

FLORENCIA & CANALE

Lujuria y poder

La pasión de
Juan Manuel de Rosas
y su hija Manuelita

de

Lectulandia

Tras la muerte de Encarnación Ezcurra, Juan Manuel de Rosas sólo encuentra desolación a su alrededor. Sin su mujer, el Gobernador de Buenos Aires parece debilitado y la única que logra calmar su pena es Manuelita, su hija dilecta. Padre e hija forman una unidad indestructible.

El dolor no evita que el viudo deposite sus ansias varoniles en diversas damas. La favorita es Eugenia Castro, la misma que había cuidado a Doña Encarnación en sus últimas horas. Sin embargo, los escarceos amorosos no logran distraerlo de los asuntos del poder. Buenos Aires sufre bloqueos y el asedio constante de enemigos internos y externos. Hasta la llegada de Justo José de Urquiza, el caudillo entrerriano que urde un plan para derrocar al Restaurador de las Leyes. Mientras tanto, en el caserón de Palermo se celebra de fiesta en fiesta. Centro de todas las miradas y adulaciones, Manuelita hace oídos sordos a los requerimientos sentimentales que recibe para dedicarse en cuerpo y alma a las necesidades de su amado padre.

Estrategias feroces, goces prohibidos y luchas palaciegas agitan la trama de *Lujuria y poder*. Luego de *Sangre y deseo*, Florencia Canale ha escrito la segunda parte de esta apasionante saga rosista, que desnuda hasta el hueso los secretos de uno de los grandes protagonistas de la historia argentina y de su famosísima hija.

Lectulandia

Florencia Canale

Lujuria y poder

La pasión de Juan Manuel de Rosas y su hija Manuelita

ePub r1.0

lenny 16.11.16

Título original: *Lujuria y poder*
Floencia Canale, 2016
Retoque de cubierta: lenny

Editor digital: lenny
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A la memoria de Moisés Polak, mi abuelo querido

PRÓLOGO

Los cañonazos tronaban una y otra vez, parecían el corazón desahuciado de una ciudad en duelo. Rosas estaba encerrado en sus aposentos, doblado de dolor. Encarnación había muerto luego de un padecimiento que pareció eterno. Él había dado la orden para que se llevaran a cabo los funerales oficiales de su mujer y las calles estaban tomadas por la negrura del luto, obligatorio para todos. A ningún mortal se le habría ocurrido transgredirlo. Los ciudadanos de los barrios alejados de Buenos Aires cumplían con el ritual sin necesidad de que se los conminara. Veneraban a su «Heroína de la Federación» y querían rendirle el tributo que sólo ella se merecía.

Rosas imaginaba todo lo que sucedía puertas afuera. No estaba en condiciones de asistir al traslado del cuerpo muerto de su Encarnación Ezcurra. *Las piernas no me responden, siento la cabeza más pesada que nunca, me olvido de respirar, así me siento sin Encarna. Pienso y más pienso, y no encuentro respuestas a los motivos de tu abandono, mujer. ¿Por qué te fuiste? ¿Qué te hice para que me dejaras?* En la soledad hermética de aquellas cuatro paredes, Juan Manuel lloraba sin testigos. Esa había sido la razón de su encierro. La tristeza lo había demolido y no quería que lo vieran en ese estado. *¿Te habré querido bien, mi perdición? A veces pienso que no te he sido suficiente, que tu voracidad ganaba siempre la partida. Tantas fueron las veces que me sentí en deuda, me obligabas a aquellos sentimientos. Tal vez no te dije demasiado cuánto te he querido, lo que me ayudaste a ser como soy, todo lo que me cuidaste. Y no lo pienso como una frase hecha, cursi y remanida. Una infinidad de veces me has recordado —en la mala— que no comiera de la mano de cualquiera, que mandara a algún ladero a que probara el alimento o la bebida antes de que lo hiciera yo. Sabías que mi vida corría peligro. Y otras tantas comías tú el primer bocado... Como si yo no supiera que el hambre no era lo tuyo, sólo la lucidez y la entrega. Hoy me siento una basura pero todo esto me da algo de alivio. Tanta perfección me dejó sin lugar al reclamo, Encarnación. Tan inigualable has sido que por momentos podías transformarte en el ser más cruel del universo. Y conmigo, mujer. Me siento en deuda y así me he sentido casi siempre. Parecía que nada te era suficiente...*

En la casa no había quedado nadie, o así lo suponía. Todos habían partido a despedir a la señora. La congoja era generalizada. Los sirvientes habían llorado desde el mismo instante en que el corazón de su patrona había dejado de latir.

El silencio de la residencia sólo parecía interrumpirse por los pensamientos que inundaban la cabeza del Restaurador. Tan fuertes eran que el descanso no llegaba nunca. *Estaba triste mi Manuelita, y como para no... Pero mi hija es fuerte como sus padres y sabrá componerse. Entenderá que debe ocupar, como ninguna, el lugar de la madre. Es más, mañana ordenaré que sea investida con personería oficial y se dirija a los comités populares en mi nombre. No puedo presentarme todavía, no*

tengo voluntad y más que nunca debo preservar las formas. Guardaré cama todavía.

Un golpe suave en la puerta lo trajo de vuelta a la realidad. Corrió los cerrojos y abrió. Del otro lado, munida de una bandeja que llevaba un tazón de sopa y una cuchara, aguardaba Eugenia, con la mirada perdida en sus zapatos.

—¿Qué haces aquí, niña? ¿Faltas a la procesión? —gruñó Juan Manuel impaciente, y se hizo a un lado para hacerla entrar.

—Yo me despedí de misia Encarnación a solas, no necesito participar de toda esa pompa —respondió con la melancolía que la caracterizaba.

—Tienes razón, les envío una santa de verdad a San Francisco, para que tire de la sotana al fraile que anime sucios pensamientos —dijo, y torció la boca en una leve sonrisa. Sus pensamientos volaron hacia las casas religiosas y recordó cada uno de los nombres de los curas impíos. Ya mandaría las órdenes de castigo. Pero la imagen de su difunta esposa volvió a tomar su mente.

Eugenia Castro, con sus gráciles trece años, había cuidado de Encarnación como una leona. Menudita pero fuerte, la joven se había transformado en la confidente de la enferma.

—Venga para aquí, mi Cautiva, abrázame un poco que me siento triste. —Rosas tomó de la mano a la niña y la atrajo hacia sí.

La había transformado en su amante pocos meses atrás, mientras su esposa yacía postrada. Era imposible negarse al patrón. Él decidía y así lo llevaba a cabo, sin el menor galanteo. De la noche a la mañana la había arrinconado contra la pared. Otra vez la volvía a reclamar. Eugenia cerró los ojos para calmar el ansia de llanto. No le gustaba hacerle mal al recuerdo de la difunta pero temía la violencia del Restaurador. Sin oponer resistencia pero con la pasión agazapada se dejó hacer. Hacía algunas semanas que no se sentía bien, las náuseas y la ausencia de sangrado le habían advertido que estaba embarazada. Suponía que era el fruto de sus magros devaneos con Sotero Costa Arguibel, un sobrino muy querido de su patrona. Pero le daba miedo confiarle la verdad. Ya se lo diría. Mientras tanto, el gobernador de Buenos Aires desataba toda su furia contra el cuerpo de ninfa de la jovencita.

PRIMERA PARTE

Tiempos violentos

CAPÍTULO I

Al poco tiempo de la muerte de su esposa, Rosas tomó la decisión de mudarse. La casa de la calle Biblioteca^[1] le traía demasiados recuerdos y su renovada residencia ya estaba en condiciones de ser ocupada. Junto con sus hijos Juan y Manuelita, su nuera Mercedes Fuentes y sus bufones y criados, se instaló en la quinta situada sobre el río, en el noroeste de la ciudad. Tenía la propiedad hacía años pero en julio había decidido ampliarla, comprándole a un vecino otras ocho manzanas linderas. Había necesitado tiempo para sanear los bañados por medio de zanjones que habían oficiado de desagües, para luego rellenarlos con tierra negra que había traído especialmente desde otro territorio. Y como allí se encontraba una capilla consagrada a San Benito de Palermo, decidió bautizarla con el nombre de Palermo de San Benito.

Buenos Aires aún era víctima del bloqueo por parte de Francia. Los franceses incluso habían capturado la isla Martín García para ver si de ese modo lograban negociar. A pesar del luto, Rosas seguía gobernando y no le había temblado el pulso al negar de cuajo la intentona francesa. No tenía ni la más mínima intención de dejarse vencer por exigencias extranjeras.

Del otro lado del río las cosas tampoco andaban del todo bien. El jefe de la escuadra francesa le había exigido a Manuel Oribe, presidente del Estado Oriental, alguna ayuda para hacer más eficiente el bloqueo de los puertos de la otra orilla. Sin embargo, Oribe había preferido mantener el buen vínculo con Rosas y le había negado el auxilio. El capitán galo, con poquísima paciencia, dispuso entonces el bloqueo a Montevideo. Al ver sitiada la capital, el presidente presentó su renuncia. Partió rumbo a Buenos Aires, donde fue recibido por el gobernador. Mientras tanto, el ex comandante artiguista Fructuoso Rivera asumía el mando en su lugar.

Por fuera de los ámbitos políticos y más cerca de los salones literarios, sobre todo del que dirigía Marcos Sastre en su Librería Argentina, dos intempestivos caballeros organizaban reuniones que habían comenzado siendo públicas para concluir, al poco tiempo, en la clandestinidad. Se trataba del poeta y escritor Esteban Echeverría y de su amigo y aspirante a abogado, el tucumano Juan Bautista Alberdi, quienes junto con Sastre y Juan María Gutiérrez habían armado el Salón Literario. Enterado Rosas de que las reuniones habían adoptado un cariz nada grato para la Santa Federación, había dado la orden de que clausuraran la librería en el acto. Algunos de los hombres siguieron reuniéndose en la clandestinidad y fundaron así la Asociación de Mayo, en homenaje a la gesta de 1810.

No eran los únicos adversarios del Restaurador. La sangre seguía corriendo, las muertes se amontonaban y las conspiraciones eran el *leit motiv* a la hora de reunirse. Cuando parecía que nada peor que la muerte de la Heroína de la Federación asolaría el alma de Juan Manuel, le llegaba la noticia de que a fines de noviembre el gobernador de Tucumán, don Alejandro Heredia, había sido asesinado por los

unitarios cuando se dirigía a su casa de campo. Y todo parecía señalar al poeta Marco Avellaneda, también vinculado a la Asociación de Mayo, como uno de los autores.

A fines de diciembre de 1838, la separatista Corrientes, bajo el mando del gobernador Berón de Astrada, aunaba fuerzas con los franceses, los unitarios y Rivera contra el gobierno de Buenos Aires.

Caía la calurosa noche del 31 y Juan Manuel trabajaba en su despacho de la casa de la ciudad. Se había quedado en la Gobernación hasta que alguno de sus asistentes lo instó a que se retirara. Era un día de fiesta, las puertas se cerraban y no quedaba un alma en la calle. Incansable, al llegar a la casa, Rosas se había encerrado para seguir con la labor. No había querido interrupciones, ni siquiera la celebración del Nuevo Año lo distraía. Esas cosas se las dejaba a su hija. Había obligado a Manuelita a que festejara en casa de alguna amiga, con la excusa de que él no necesitaba nada y que comería cualquier cosa cuando le diera hambre. Eso sería después de la medianoche, como era su costumbre. En medio del silencio, una seguidilla de ruidos desconocidos lo distrajeron.

—¿Quién anda por ahí? ¿Eusebio, eres tú? No busques que te muela a golpes —gritó impaciente, sin recibir la respuesta que esperaba.

De la nada, una andanada de bramidos lo hizo saltar de la silla. Se apuró hacia el pasillo y sólo alcanzó a ver la espalda de un hombre que salía a las corridas, perseguido por dos de sus sirvientes. Sin acomodar el desarreglo que traía, salió a la calle. A varios pasos de allí, un soldado descargaba todo el peso de su rodilla sobre la espalda del cuerpo caído. Rodeándolos había varios hombres más.

—Lo apresamos, señor. Ya no tendrá de qué temer —anunció el captor.

Rosas observó al reo de arriba abajo: un sombrero de ala ancha caído a su lado y la poca piel de la cara que se llegaba a ver, cubierta de tizne.

—Si hay algo que no tengo es temor. ¿Qué hacía este sujeto en mi casa? —preguntó el Restaurador.

—¡Ya escuchó, mierda! Respóndale a Vuestra Excelencia si no quiere que le vuele la cabeza de un tiro.

—Me equivoqué de puerta, señor, iba de visita a casa de mi novia —respondió el infeliz con un hilo de voz.

Otro de los soldados agregó más información —la poca que tenían— a los paupérrimos dichos del detenido. El hombre había confesado que se llamaba Cienfuegos y que debía visitar a una dama. Sin embargo, parecía disfrazado y eso resultaba dudoso como argumento para el cortejo. Lo levantaron de los pelos y se lo llevaron hacia el destacamento. Lo sucedido era más que suficiente: días atrás le habían disparado sin dudar a un hombre ante un merodeo sospechoso, matándolo. Temían por la vida de su jefe. Los rumores de atentado volaban de un lado al otro de la ciudad. Rosas los había levantado en peso, todo indicaba que habían matado al hombre equivocado. El muchacho en cuestión era una amistad cercana a la corte de su hija Manuela. No quería que eso volviera a suceder. Si por él hubiera sido, hubiera

apretado el gatillo al instante. Pero era mejor guardar el ansia por un rato y calmar a la fiera unitaria, además del reclamo intempestivo de su hija.

A los pocos días y tras un virulento interrogatorio, se decidió que Cienfuegos había intentado atentar contra la vida de Rosas. Sin el más insignificante miramiento y a cara descubierta, una fila de tres soldados apretó el gatillo y el hombre cayó muerto. No era el primer fusilado por las órdenes del Restaurador, pero sí el que iniciaba el terror.

* * *

La Quinta de las Albahacas^[2] estaba preparada para la ocasión. Como todos los domingos, Regina, la matrona esclava y vicepresidenta de la Hermandad del Rosario de las Dominicas de Santo Domingo, recibía a una multitud de negros y mulatas ávidos de festejo y candombe, aunque tampoco faltaban algunas damitas y un caballero que otro a la celebración popular. Allí se mezclaban todos, nadie hacía diferencias sociales, el baile los unía.

El inmenso salón con alfombra de bayeta colorada estaba colmado de mulatas con amplias faldas del mismo color. Parecía un mar de sangre, que iba y venía con el vaivén de las telas. En el fondo de la habitación, unas gradas tapizadas en rojo punzó albergaban tres importantes sillones ocupados por el Rey y la Reina, los líderes de las distintas congregaciones, reunidos para la fiesta; el del centro permanecía vacío mientras aguardaban que fuera ocupado por la invitada especial.

De repente sonó el tamboril. Se anunciaba la entrada de doña Manuelita y parte de su corte, las señoritas Juana Sosa y Dolores Marcet. La hija del Restaurador de las Leyes recorrió el gran salón a paso lento, mientras el resto de los presentes la observaba con admiración. Caminaba despacio, como si el ojo de los demás la confirmara como la mujercita que ya era. El cuello estirado, el mentón hacia adelante revelaban los genes de su abuela Agustina y de su madre. Pero, a diferencia de Encarnación, poseía una belleza que dejaba sin aliento a más de uno. A poco de cumplir los veintiún años, la Niña atraía al mundo entero casi sin quererlo, con un halo de dignidad y orgullo imposibles de obviar. Ese día lucía uno de sus tantos vestidos de fiesta. Era coqueta y amaba la ropa: en eso era la antítesis de su madre.

A la velocidad del rayo se acercaron el Rey y la Reina, le hicieron la reverencia con grandilocuencia y la condujeron hacia su trono, ubicado entre sus propios sillones. Las damas de compañía se sentaron en las gradas, sin alejarse demasiado.

—¡Qué alegría tenemos de verla, 'ña Manuelita! —le dio la bienvenida el Rey con una sonrisa de oreja a oreja y una dentadura inmaculada que destacaba contra la piel oscura de su rostro.

—Mis amigas estaban ansiosas por volver. Me acompañaron durante el encierro, han sido muy generosas —susurró Manuela y abrió el abanico de un golpe. El calor

de enero era abrasador—. Pero Tatita me insistió para que saliera, así que aquí estoy.

—¿Cómo se encuentra nuestro Restaurador de las Leyes? —preguntó el mulato con gesto triste.

—Mi padre está mejor, gracias a Dios. El año que ha pasado fue muy difícil para él, pero está saliendo adelante. —La mirada fuerte de la joven se ablandó. El recuerdo de la muerte de su madre estaba demasiado presente.

El jaleo se detuvo por unos instantes y quienes estaban sentados se levantaron de sus asientos y la música inundó la sala. A viva voz entonaron los versos tan mentados: «Loor eterno al Magnánimo Restaurador de las Leyes Don Juan Manuel de Rosas; mueran los salvajes unitarios». Luego se abrió la contradanza, con la negra Regina a la cabeza, para seguir con las demás, respetando un orden jerárquico que sólo ellos comprendían. La música tronaba dentro del salón, entre las carcajadas y el calor del atardecer.

En otro de los rincones se encontraba Martina Lezica, vinculada familiarmente con Luis Dorrego, socio de Rosas en los tiempos del saladero, junto a una amiga. Habían llegado con una esclava, que era quien las introducía en aquellos candombes. Las jóvenes de la sociedad porteña, como tantas otras, gustaban de disfrutar de los festejos de los negros. Sin testigos indiscretos, podían liberarse y mezclarse con otro tipo de gente. Observaban con ganas y algunas se atrevían a más. Hasta intentaban un paso de baile con algún que otro mulato siempre bien dispuesto.

—Vamos a bailar, Manuelita —Juana la tomó de la mano y la instó a que se incorporara.

—Hoy no tengo ganas de nada, amiga. Ve tú, que te adivino el frenesí —respondió y lanzó un suspiro—. Prefiero quedarme aquí sentada; además el calor es insoportable.

—Es que yo quería bailar contigo, mala —bromeó.

Manuelita lanzó una carcajada y alentó a su amiga para que fuera al centro de la ronda. Juanita no dudó ni un instante y se dirigió hacia donde bailaban varias negras y mulatos. Desde su trono observaba todo lo que sucedía, mientras Dolores disfrutaba del espectáculo sentada a los pies de su amiga.

La Niña se movía por la ciudad con su corte de señoritas. Juanita y Dolores eran dos de las favoritas, aunque eso no impedía el acercamiento de otras damitas, ávidas por participar del entorno de la hija de Rosas. Algunas lo hacían por iniciativa propia, otras gracias al empuje de sus padres, siempre detrás de la veneración que les provocaba su gobernador. De todas ellas, Manuelita sentía cierta predilección por Juana Sosa. Era la hija bastarda de María Olmos y el coronel federal don Hilario Sosa. Tanto había insistido la madre de la niña, que uno de los curas de la Merced había logrado facilitarle el apellido del padre, ya de grandecita. La infancia la había pasado junto a su madre en el barrio de La Merced, y con los años se había transformado en la líder del grupo. Instada por María Olmos, la muchachita se había convertido en una beldad de melena morena y ojos negros, y muchas curvas para

sugerir. Los hombres empezaron a posar sus miradas en la figura de Juanita y ella rápidamente supo que en su cuerpo tenía un arma.

—¿La has visto a la Lezica? Anda por ahí curioseando. Se hace la atrevida y bien que viene con la criada —dijo Dolores con desdén.

—Bueno, nosotras también venimos con mulatas, Dolorica —respondió Manuelita.

—Sí, pero a nosotras nos esperan con alegría, a ella ni la saludan. Puede entrar por la gracia de quien la trae.

—Pero déjala, niña, ¿y a ti qué te importa? Ahora la llamo para que venga a charlar con nosotras. —Manuelita sacudió la mano para convocarla.

—Ni se te ocurra, que después va a la casa y le cuenta pavadas de nosotras a la madre —dijo Dolores y le bajó la mano.

—¿De dónde sacas eso?

—Alguien me lo contó, no recuerdo quién.

—Dime bien porque si es así se lo debo transmitir a Tatita. —Tras el deceso de su madre, poco a poco la niña había tomado el lugar que ella había dejado—. No hables por hablar.

—De hablar van a morir, Manuela. Los chismes están a la orden del día. —Dolores hizo un gesto de intolerancia. Sabía bien que había gente que hacía circular todo tipo de rumores, de los buenos, pero sobre todo de los malditos.

—No estoy de ánimo para escuchar cosas feas, mi querida. No sé por qué pero hoy me siento cansada. —Manuelita batía su abanico pegado a la cara.

Martina Lezica caminó hasta las gradas junto a su amiga Aureliana Sacristi, intentando evitar la maroma que bailaba al ritmo del tambor. Con una sonrisa, se presentaron.

—Buenas noches, Manuela. Qué guapas se las ve —saludó Martina y en un segundo hizo el relevo de vestidos, zapatos y demás afeites. Detuvo la mirada en los volados carmesí que adornaban el vestido de la hija del Restaurador. No había escuchado nada de que el luto se hubiera liberado al fin. La ciudad entera vestía de negro, salvo en aquella celebración.

—¿Cómo estás, querida Martina? —Manuelita se dejó besar en ambas mejillas.

—Veo que te diviertes en el candombe.

—Me gusta asistir de tanto en tanto, la música es muy alegre. Y la danza, ¡qué maravilla! —Martina abandonó su mirada en el baile de los negros. Los tambores sonaban cada vez más fuerte y los movimientos se hacían cada vez más exasperados.

—¿Y por qué no te metes en el medio? Muéstranos tu talento —apuró Manuela, con sorna.

Martina y Aureliana se sonrojaron. Preferían mirar antes que hacer, y a una distancia prudente.

—Pensé que no te vería por aquí todavía. ¿No es muy pronto? —preguntó Aureliana y el pellizco solapado de su amiga la hizo arrepentir en el acto.

—Mi padre me solicitó que volviera. Ya ha pasado la fiesta del Nuevo Año pero aquí les gusta seguir con la celebración. A veces los deberes mandan. —Manuelita clavó sus ojos negros en la cara de la muchacha. No había heredado la furia evidente del carácter de sus padres, pero a veces podía meter miedo. Era preferible no provocarla.

Los sonidos de la diversión crecían. Entre las risas, el tambor y el griterío, el ruido era atronador. La esclava de los Lezica se acercó y tuvo que levantar la voz para hacerse escuchar.

—Su merced, ya es hora de partir. Su madre impuso la hora de regreso —y aguardó a que las jóvenes se acicalaran. Cumplidas, saludaron y partieron de regreso a su casa.

Dolores esperó a que las muchachas hubieran desaparecido y largó una carcajada. Si por ella hubiera sido se les habría reído en la cara, pero no quería poner a su amiga en un aprieto.

—La tratan de «su merced», habrás visto —se mofó.

—Déjalas, Dolorica. Todavía hay gente que no quiere abandonar el pasado. Vivimos nuevos tiempos y el mundo será de quienes sepan subir a la rueda. Los que insistan con el viejo orden sucumbirán, ya vas a ver. —Manuelita detuvo el vaivén del abanico y se perdió en sus cavilaciones.

A unos pasos de allí, Juanita bamboleaba sus caderas al ritmo del candombe, rodeada por mulatos y negras. Para ella, la fiesta recién comenzaba.

* * *

Ciriaco Cuitiño aguardaba en la sala de Palermo. El Restaurador lo había hecho llamar. No sabía cuáles eran los motivos de la convocatoria pero había llegado en horario.

Nada enardecía más a su jefe que la impuntualidad. Ahora, quien debía esperar era él. Hacía media hora que se acomodaba y volvía a acomodarse en la estrecha silla donde lo habían abandonado. Ni siquiera podía disfrutar de la imponente vista que tenían las habitaciones que daban al parque de la residencia. Lo único que veía era una pared adornada por un tapiz interminable. La impaciencia estaba ganando la partida cuando el tranco firme de unas botas contra el piso retumbó en la sala. Detrás del sonido, Rosas atravesó el umbral y su aura se desperdigó ocupándolo todo.

—Buenas, Cuitiño, ¿cómo andan las cosas? —preguntó sin mirarlo y caminó hasta su sillón.

El comisario saltó del asiento y ensayó una reverencia desmesurada. Rosas lo observó de reojo y desestimó la acción con la mano. Detestaba las muestras exacerbadas de respeto. No hacían falta. La lealtad se demostraba en silencio, sin necesidad de alharaca. Ahí era cuando extrañaba a Encarnación. Ella tenía una intuición animal, sabía siempre quién lo traicionaba incluso antes de que lo hiciera.

—Infórmame, Ciriaco. Y no dejes de lado detalle alguno. Las últimas noticias, como ya sabes —recién ahí le clavó la mirada.

—Ya le di el parte al Jefe de Policía del encarcelamiento del paisano Zacarías Puyol —respondió el comisario, veloz como tejo.

—¿Para qué crees que viniste hasta aquí? ¿Para repetirme como perico los partes que le entregas a Bernardo Victorica? —La impaciencia de Rosas era evidente—. Si no tienes nada más para decir, cálzate el sombrero y desaparece de mi vista.

—Ahora mismo le agrego, Excelencia —apuró Cuitiño, como si fuera lo último que haría—. El tal Puyol anduvo merodeando varias noches seguidas por el cuartel. Puse a mis hombres para que lo siguieran y observaron que se paraba en un poste, al lado del portón del cuartel. Muy sospechoso, don Juan Manuel. Estoy seguro de que quería apoderarse de las armas que guardamos allí dentro.

—¿Algo más?

—Debemos estar precavidos, su Excelencia. Tenemos sospechas continuamente sobre los enemigos de la Causa Santa de la Federación y este conservaba la patilla en U. —Y agregó con sorna—: El mismo día de la detención se afeitó en seco, por debajo de la barba.

Rosas se perdió en sus pensamientos. Sabía que alguna que otra vez se les iba la mano, pero eso no impedía que sus hombres cumplieran las órdenes. Veían enemigos por todas partes, y si se equivocaban no importaba. ¿Quién echaría en falta a aquellos muertos? Algo habrían hecho, de eso estaba más que seguro.

—También le asestamos la bala a un perverso, infame e indigno unitario que osó brindar a la voz de «Viva don Frutos Rivera y muera el tirano Rosas».

—¿Cómo llegamos a esto, Cuitiño? Hay que incinerarlos de raíz, no podemos exponernos a que esa ponzoña se extienda. Es como una enfermedad. Debemos atacarla desde el principio, si no, se transformará en epidemia. No quiero ni un ápice de duda.

—Pierda cuidado, mi señor. Tengo mano firme, no tiemblo. Ni siquiera les doy changüí a las señoras. Los otros días encarcelamos a doña Francita Pulido por haber golpeado a una joven, tirarle de los pelos y romperle las peinetas.

Las carcajadas de Rosas rompieron el silencio de Palermo de San Benito. Parecía que la reunión comenzaba a distenderse pero, como era habitual, eso nunca sucedió.

—¿Así que te metes en una pelea de animales? ¿No estarás transformándote en un invertido? —y volvió a reír con fuerza.

—Me ofende, Excelencia. La habían acusado de unitaria a la dama, por eso la encerré en el peor calabozo. Me cansé de recibir avisos contra esa mujer que hablaba con desenfreno contra el Sistema Santo de la Federación y trataba al Gobernador de Tata. —Cuitiño frunció el ceño con desagrado, como anunciando lo que se venía.

—Manifestaba que la Ilustre señora finada debía estar en el cielo colorado, dando el título de engrasados a los Federales. Las mismas parientas que se me han presentado a pedir por ella lo confiesan. Dicen que es muy exaltada y que es cierto

que siempre ha hablado contra nuestro Gobierno, y que conocen que es muy unitaria.

—Nadie se atreva a hablar en contra de Encarnación, ¿entendido? —gritó Juan Manuel—. La quiero encerrada algunas semanas; que la pase mal. Pero luego la largas, no malgasten pólvora en alimañas.

—¿No la fusilamos, entonces, como al unitario Manuel Cienfuegos?

Rosas nubló la mirada. Se perdió en sus cavilaciones. No estaba del todo convencido de que el otrora oficial del Ejército Manuel Cienfuegos hubiera intentado atentar contra su vida. De hecho no le había apuntado con arma alguna. Sin embargo, los ánimos estaban caldeados. Le había llegado la noticia de que el comandante de una fragata inglesa había confiado en rueda de colegas que empezaba a pergeñarse el plan de asesinarlo. De repente, recordó que no estaba solo.

—No podemos andar matando a todo aquel que no nos guste. Vamos a dejar a la ciudad deshabitada, parecerá un pueblo fantasma —y lanzó una carcajada—. Cambia esa cara, Cuitiño. Pareces un salvaje aterrado.

Con los ojos inyectados en sangre, lo miró. El azul helado metía miedo, era imposible desestimar la mirada feroz del Restaurador de las Leyes. El comisario supo que era hora de retirarse.

CAPÍTULO II

La brisa de abril suavizaba el sol del mediodía. Juan Manuel había apurado el carro hasta Palermo. Las últimas semanas habían sido demasiado intensas, no recordaba la cama o el descanso. Las jornadas en la Gobernación podían durar hasta las 8 de la mañana, para volver a la faena a las 3 de la tarde. Trabajaba para no pensar. Aunque los pensamientos lo asaltaban sin pedir permiso.

Entró al caserón y con sólo franquear los portones se topó con Eusebio, el bufón que había heredado tras la boda con Encarnación.

—¡Qué alegría su presencia, don Gobernador! —lo saludó éste con grandilocuencia.

—Abandona la pompa, loco. Mi hija, ¿dónde está la Niña? —preguntó con hastío.

—Su Excelencia, la Niña ya no es tal; falta poco más de un mes para que cumpla los veintidós. —El bufón revoleó los ojos—. Y no me mire así, se lo ruego. Ha de estar afuera, y creo que sola pues la corte anda desmembrada por todos lados.

Eusebio desapareció hacia el sector de servicio, dando saltitos. Rosas lo siguió con la mirada e intentó una sonrisa leve. A veces le causaba gracia, pero muchas más trataba de recordar por qué había aceptado el desembarco del sirviente de los Ezcurra en su casa. Era un bueno para nada. Cuando empezaba a engranar, el fastidio rápidamente se le deshizo en medio de otros pensamientos.

Cerró la puerta con cuidado y salió hacia los jardines de la quinta. A varios pasos de allí, a la sombra de los ombúes, estaba Manuelita sentada sobre un banco de madera.

—M'hija, ¿qué haces aquí tan sola? —preguntó el padre mientras se acercaba.

—Tatita, no sabía que vendría hoy. —Ella levantó la mirada y cerró el libro que estaba leyendo.

—¿Qué es eso? —Juan Manuel se sentó a su lado y tomó el texto que la joven había apurado en abandonar. Lo hojeó y se detuvo en el nombre del autor—. Pero Manuela, desafías mi orden. En esta casa no se nombra al traidor de Esteban Echeverría. ¿Qué haces leyendo esto?

—Sé muy bien quién es ese hombre, Tatita. Y parece que en la familia lo saben mejor que yo —respondió la joven con burla en la mirada. Sabía que no era un tema bendecido por su padre, pero ya era demasiado tarde.

—No volvamos sobre la infamia que han hecho correr por ahí.

—Bueno, pero tía Tinita lo recibía en la casa. No parecía demasiado preocupada por acallar las voces.

La hermana menor de Juan Manuel, Agustina, de apenas un año más que Manuelita, estaba casada con el general Lucio Norberto Mansilla, con el cual ya tenía cuatro hijos. Uno de los tantos invitados a las tertulias de esa casa era el escritor Esteban Echeverría. Las visitas ocasionales habían pasado a ser continuas y las malas lenguas no tardaron en dispersar la desconfianza ante esa amistad íntima entre la

preciosa Ortiz de Rozas y el caballero.

—No repitas el veneno de esas alimañas, Manuela. Ese hijo de mala madre se habrá encargado de diseminar la mentira por ahí. Un cobarde, poco hombre. ¿Y entonces, qué lees, las *Rimas*? ¿Ahora es poeta? —dijo, socarrón.

Manuelita intentó quitarle el libro de las manos pero no pudo. Había empezado a leer *La cautiva*, una de los tantos versos que ocupaban la publicación, pero su padre la había interrumpido sin más. Cansada de pelear, se abandonó contra el respaldo del banco y suspiró. Entornó los ojos y se dejó llevar.

—¿Te encuentras bien, hija? Descansemos un poco, hagamos silencio y escuchemos el decir de la Naturaleza. —Fatigado, recostó la cabeza en las faldas de su hija. Así permanecieron un rato, mientras ella peinaba la pelambre de su padre con los dedos y él se perdía en la ensoñación.

Sin embargo, la tranquilidad les duró poco. Como una tromba se acercó Eusebio, y detrás de él, un hombre.

—Su Excelencia, le traigo a un soldado que pide por usted —dijo, con apuro.

Rosas se incorporó sin disimular el fastidio que le producía la interrupción. Pero cambió el humor al instante al ver que la visita era don Gregorio Aráoz de La Madrid. Juan Manuel le tenía aprecio a ese guerrero de la Independencia, que aunque «salvaje unitario» había tenido el ánimo de volver a Buenos Aires a ofrecerle sus servicios en medio del bloqueo francés. El bravo tucumano sabía, como él, rodearse de la paisanada, y eso le gustaba a Rosas. Lo llamaban el «general vidalita» y era famoso por sus uñas de guitarrero en los fogones de sus soldados. Estando en las malas, no le había hecho asco a hacerse panadero para mantener a su familia, hasta que el Restaurador decidió ayudarlo. Don Gregorio, incluso, parecía estar volviéndose federal en esos días.

—Pero haber sabido que era usted, Madrid —le extendió la mano y envió al bufón a la cocina, a que trajera el mate—. ¿Cómo se encuentra María Luisa? ¿Y mi ahijado?

A pesar de que la muerte había irrumpido en las vidas de varios, él y Manuel Dorrego habían sido elegidos por don Gregorio y su esposa doña María Luisa Díaz Vélez para que oficiaran de padrinos de dos de sus doce hijos, Ciriaco y Bárbara, y Encarnación, la madrina del niño. El tiempo había pasado, Dorrego había sido asesinado, la pequeña Barbarita había muerto a los cuatro años y la mujer de Juan Manuel había dejado de respirar hacía unos meses. Manuelita acomodó su falda y en silencio, participó de la reunión.

—Mi hijo está bien, pero a veces me pregunto si no hice mal en insistir para que estudie. La madre no lo quiere guerrero —dijo don Gregorio, algo preocupado.

—No se empeñe usted en que Ciriaco sea doctor, porque los doctores no sirven más que para enredar. Llévelo con usted para que siga la carrera de su padre. Hijo de tigre overo ha de ser —Rosas le palmeó el hombro.

Con paso cansino y del brazo, se acercaron Juan Bautista, el hijo mayor de Juan

Manuel, y su mujer María Mercedes. Habían salido a caminar por el parque como todos los días, pero las presencias de Aráoz de La Madrid y de Rosas cambiaron la rutina diaria obligándolos a llegarse hasta la reunión.

—Buenas tardes, Gregorio. Meses que no lo veía —saludó Juan Bautista.

—Es verdad, no suelo disponer de demasiado tiempo. De batalla en batalla, aunque ahora las aguas andan calmas.

—No cante victoria, Madrid. Desconfío del silencio. —Rosas se incorporó con fuerza; tenía todo resuelto, como siempre—. Es hora de comer. Vamos, compadre, a tomar un asado a la sombra de los sauces.

Juan Manuel lideró la caminata hasta la vera del río. A la velocidad del rayo, Eusebio y otro de los bufones acarrearón las vituallas para el almuerzo al aire libre. Extendieron una gran alfombra para que se sentaran las señoras y cerca de allí clavaron un gran asador de hierro con el costillar de vaca.

—¿No te incomoda la tierra dura, mi amor? —le dijo Juan a su mujer, que estaba embarazada de cuatro meses.

—La panza aún no está crecida —sonrió Mercedes y se acarició la curva incipiente de su vientre—. Eres un exagerado.

Manuelita se acomodó al lado de Mercedes, que además de ser su cuñada agregaba otra línea de parentesco: era la prima hermana de su madre, es decir su tía segunda. Los lazos familiares se ataban desde adentro.

Rosas le ordenó a Eusebio que desensillara su caballo y que colocara el apero sobre el suelo. Allí se recostó y el almuerzo transcurrió con placidez. No faltó el vino y el Gobernador insistió con los brindis. Alegre, no cejó en las chanzas con sus bufones, que las aceptaban sin chistar. Era la costumbre. Jamás se les hubiera ocurrido demostrar disconformidad con los gestos del patrón.

De a poco fue agregándose gente a la reunión. Con paso veloz llegaron Rosa Fuentes, hermana de Mercedes, y su prometido Ramón Maza, también del círculo de amistades de Manuelita.

—¡Rosita, qué alegría! —gritó desde lejos Manuela, y sacudió su mano para que apuraran la marcha.

Ramón había sido escolta de Rosas tiempo atrás, durante su campaña al desierto, para luego ser ascendido y trasladado a la localidad de Guaminí, desde donde había continuado peleándole al indio. Hacía poco más de un mes que se lo había nombrado teniente coronel pero por medio de una licencia había desembarcado otra vez en Buenos Aires, donde pensaba quedarse el tiempo que fuera necesario. Rosa besó a su hermana y a su sobrina, y se sentó a su lado para no perder ni un segundo de cuchicheo. Juan Manuel continuó liderando la charla, mientras se mantenía atento al recién llegado. No sabía por qué, pero le parecía que Ramón no estaba como siempre. Quería al muchacho como a un hijo. Su padre, don Manuel Vicente Maza había sido estrecho colaborador suyo durante el primer mandato. Incluso había llegado a ocupar el puesto de Gobernador Interino a fines del '34 antes de sus renovadas funciones en

la Legislatura. Los Maza siempre habían sido leales, Rosas no recordaba alerta alguno por parte de Encarnación. Pero aquella tarde, a la sombra de los sauces, Juan Manuel percibió cierta incomodidad en su cuerpo.

—A ver, Eusebio, manda a traer un bote, así damos un paseo por el río. ¿Qué les parece, señoras? —dijo Rosas y les dedicó una sonrisa galante.

—Gran idea, Tatita, como siempre. —Manuelita tomó la mano de su padre y con la otra lo acarició.

Dos indios pampas trajeron el bote pintado de color punzó y con gran destreza lo echaron al agua. Los caballeros ayudaron a las damas a subir a la embarcación, y cuando todos estuvieron acomodados, partieron con el impulso de los remos.

—¿Puedo hacer el anuncio, querido? Total, somos familia. Tus padres ya están al tanto, los míos también; ahora quiero contarles a ellos —dijo Rosa mientras jugaba, seductora, con su abanico.

Ramón se sonrojó y una sonrisa se dibujó en su rostro. Era imposible detener a su prometida, tampoco pretendía intentarlo. Cuando escucharon la novedad, Manuelita y Mercedes dieron gritos de alegría y felicitaron a los novios.

—Pero fíjense ustedes, qué extraño todo. Yo te suponía al frente del Regimiento y apareces en la ciudad —largó Juan Manuel sin medir las consecuencias—. Veo que las cuestiones amorosas te demoran más tiempo del necesario.

—Tatita, no sea ingrato. Es bien bonito tener una boda en la familia —dijo Manuelita haciendo un mohín. Imaginaba cómo sería la suya y, al hacerlo, no pudo evitar un suspiro.

—Quiero prorrogar la licencia y me pareció oportuno adelantar la fecha del enlace —argumentó Maza, firme.

—Joven, no dé explicaciones. Lo felicito, es una gran idea casarse. Y mucho más si es con una belleza como Rosita Fuentes —acotó don Gregorio y cambió el clima de la conversación, que empezaba a ponerse difícil.

—Yo sólo decía, no se pongan nerviosos. Me extrañó esta decisión a todo vapor, nada más. Bueno, ¿seguimos aguas adentro o emprendemos el regreso? —preguntó Rosas mientras enfilaba la cara hacia el sol. Cerró los ojos para evitar el encandilamiento pero abrió al máximo los sentidos. Más que nunca.

* * *

Hacía un buen rato que se había levantado. A Manuelita le gustaba madrugar. Era la hora perfecta para cabalgar, casi siempre en soledad. Había heredado de su padre el amor por los caballos. Desde chica montaba en pelo, igual que Rosas que, en su primera infancia, casi había convivido con los indios en el campo de su madre. No había sido éste el caso de su hija, pero él se había ocupado especialmente de que heredara su pasión. Le había regalado su primer caballo y con el tiempo le había ido agrandando la tropilla. La Niña tenía mucho amor para dar y cada potrillo nuevo

recibía su atención a tiempo completo.

Sin consultar a nadie y mucho menos a su hija, Rosas tenía planes para su heredera. Manuelita era su mejor carta de presentación. Ella y su corte —Juanita Sosa, sobre todo— a veces oficiaban de señuelos perfectos para lograr algún cometido político. El Gobernador sabía bien que con un trabajo lento pero seguro de la mujer adecuada, los hombres podían prometer hasta el cielo si se descuidaban.

La Niña montó su alazán y presionó los ijares para que emprendiera el paso. Apuró el tranco pesado del caballo, quería alejarse de la casa. Siempre elegía el mismo monte para recorrer. Conocía de memoria cada árbol, cada rama, cada hoja. Le gustaba el silencio casi total que dominaba el monte, sólo interrumpido por el crujido de los cascos de su caballo y el piar tranquilizador de los pájaros. A veces se animaba y soltaba algún suspiro que, sabía, nadie escucharía. Ahí, sola en medio del silencio, se sentía a salvo. Podía pensar lo que le viniera en gana, sonreír al recordar algún incidente en público por el que había debido guardar las formas, o incluso llorar con congoja, algo que frenaba desde hacía un tiempo cuando estaba en casa. Demasiada compostura obligada. Debía demostrar entereza pero no siempre podía. Por eso escapaba de tanto en tanto a la soledad del monte, su jardín secreto, su lugar, allí donde no necesitaba darle explicaciones a nadie, donde podía perderse en sus pensamientos. Esos que podían incluso hasta asustar. Extrañaba a su madre, faltaba poco para que se cumpliera un año de su muerte. No había tenido una muy buena relación con ella pero el último tiempo, ya con la enfermedad más avanzada, habían logrado limar asperezas. Encarnación había tenido ojos sólo para su marido. Ella y su hermano habían sido una suerte de excusa para tensar más el hilo que los unía. O eso era lo que ella pensaba. Y para qué recordar el trato que había tenido con Pedro Pablo, ese primo que había ocupado el lugar de hermano hasta hacía demasiado poco tiempo. ¿Por qué tantas mentiras? ¿Había necesidad de conspirar tanto dentro de la familia?

A veces sentía un revoltijo de asco en el estómago que le hacía difícil levantarse de la cama. Sabía que su padre no la entendería, que la acusaría de «debilucha». Pero ella prefería la verdad, por más dolorosa que fuera. Era frontal, no le gustaban las trapisondas, la urdimbre de maniobras poco claras. Se había criado en el centro de un pantanal de ajuste perpetuo de cuentas, sin contar con la ternura de una madre para contrarrestarlo. Ahora ya era una damita hecha y derecha y era tarde para la recriminación. Pero cuando recordaba la mirada férrea de Encarnación, los modos severos, la exigua demostración de cariño, el agujero en su panza se ahondaba más. ¿Exageraba? ¿Había enloquecido? Hacía memoria y veía a su madre echando fuego por los ojos cuando su padre se perdía en cabalgatas interminables junto a ella. Era algo desmesurado pero había momentos en los que parecía que Encarnación se incendiaba de celos cuando los miraba. Luego todo se atemperaba.

Mamita, lo bien que me vendría una larga conversación con usted, pensó Manuela. En la única persona en que confiaba era en su padre, pero había cosas que

sólo podía hablar con una mujer. Estaba rodeada de amigas queridas, pero nada como una madre. Pero la suya estaba muerta. Los últimos meses de vida —como si supiera que el final era irreversible— había bajado la guardia, había abandonado su cuerpo. Su hija era una de las pocas personas que recibía. No quería que los demás la vieran en ese estado, como si así pudieran desconocer el desenlace inminente...

De repente Manuelita tomó conciencia de que las horas habían volado y que pronto la llamarían para el almuerzo. Revoleó el rebenque y galopó de regreso a la casa. Entró algo acalorada a la sala, donde se cruzó con Juanita.

—Casi salgo a buscarte, Niña. Hoy te demoraste más que de costumbre. ¿Te sucedió algo? —le preguntó con su mirada morena más intensa que nunca.

—A veces me gustaría no volver, perderme por ahí —dijo Manuela.

—Mira que eres graciosa, tu padre te mata.

—Tienes razón, Juanita. Pero hay demasiada gente en esta casa, todos me hacen preguntas, se me vienen encima. A veces no tengo nada que contestar.

—¡Y no respondas, mujer! ¿Para qué eres la princesa? —la provocó Juana.

—¿No eres tú la Edecanita? ¿No te llama así mi padre?

—Ay, la señorita tiene celos. —La joven zarandeo su falda y acercó su rostro al de su amiga.

—Déjame, Juanita que no estoy de humor. —Manuela se quitó la casaca y emprolijó la camisa. En la otra punta del salón, un movimiento les llamó la atención.

—¿Quién anda ahí?

Sigilosa, Eugenia asomó medio cuerpo por el umbral de la puerta, la mirada perdida hacia el suelo, como si buscara desaparecer.

—Pero chica, que me desespera que no anden de frente. ¿Qué pasa, Eugenia?

—Nada, niña Manuela. Tengo que ir para adentro, me necesitan las criadas. —Era cada vez más difícil disimular su vientre crecido.

—Pues anda, entonces. Se te ve sanita, Eugenia —dijo Manuelita y le dedicó una sonrisa que la jovencita no advirtió. Había escapado de su mirada como una exhalación—. Ha ganado peso la muchacha, ¿no es cierto, Juana?

—A mí que me maten, pero esa chinita tiene un hijo adentro. —La amiga entrecerró los ojos como buscando certezas—. Esas redondeces no son de pan y frituras.

—¿Qué dices, mujer? No la denigres que ya bastante tiene, pobre Eugenia. —Manuelita quería a la chiquilina, que había cuidado de su madre con un esmero inconcebible. Tras su muerte, sin embargo, le había perdido los pasos, aunque seguía debajo del ala de los Rosas.

Juana lanzó una carcajada, no le interesaba impostar nada.

—Por favor, esa zorra anda detrás de tu padre. Se le nota la lascivia. Debe haberle entrado al lecho para provocarlo —disparó sin tapujos.

—A ti se te nota la malicia. Jamás haría una cosa así, sobre todo porque quiso tanto a mamita. Y mi padre anda en otras cosas. Estás loca.

La Edecanita giró en redondo y suspiró. No quería que Manuela advirtiera lo que tanto le costaba disimular. Lo único que quería era meterse en la cama del padre de su amiga. Los rumores de la vehemencia viril del Restaurador habían llegado a sus oídos. Y esos ojos de hielo le habían quemado el cuerpo en más de una ocasión. Más temprano que tarde lograría su cometido. Juanita Sosa tenía sangre demasiado caliente. Había seducido caballeros y jovencitas por igual. Tenía mucho amor para dar.

CAPÍTULO III

La noche cerrada ayudaba. La luna, como si no le dieran permiso, se asomaba de tanto en tanto entre los nubarrones. Y para agregar oscuridad a la calle, el farol de la esquina de Esmeralda y Cangallo^[3] había sido apagado a la hora señalada por el elegido de esa oportunidad. Los conspiradores se volvían a reunir en la casa de Julián Fernández. Envueltos en sus capas negras y con las alas de los sombreros cubriendo parte de sus rostros, los caballeros cumplieron el pacto y media hora antes de la medianoche cruzaron el portal de la residencia.

El salón retumbaba con los vozarrones destemplados de algunos señores. Las reuniones de los conjurados más intempestivos se habían sucedido en los últimos meses sin interrupción, pero como si el frío de junio los atenazara, el clima de agitación se había intensificado.

No era la primera vez que planeaban el asesinato del Gobernador. Unos años antes Esteban Echeverría y su Asociación de Mayo habían arengado a sus seguidores para luchar contra el poder del dictador. Muchos jóvenes intelectuales habían optado por seguir sus palabras. Otros, más inclinados a la acción que a los discursos, prefirieron urdir planes para llevar a cabo el asesinato. Las ideas de los soñadores eran para otros, no para ellos. Había que actuar. Debían quitar de la faz de la tierra a Juan Manuel de Rosas y sólo así podrían devolverle la misma moneda. A sanguinario, sanguinario y medio. Para desterrar al tirano había que hacer uso de la violencia. De la verdadera, de la real. Nada de arengas blandas.

En las reuniones secretas deambulaban, escuchaban y vociferaban Jacinto Rodríguez Peña, hijo de Nicolás, aquel irredento que había formado parte de la cofradía que había llevado adelante la Semana de Mayo en 1810; el joven jurisconsulto Carlos Tejedor, Carlos Eguía, Benito Carrasco, Carlos Lamarca y Jorge Corvalán. Faltaban algunos otros pero en esta oportunidad no eran fundamentales. Con los que estaban, bastaba. El último en llegar era nuevo en estas lides. Hacía algunos meses, José Lavalle, hermano de Juan, había advertido a sus camaradas en la conjura que el teniente coronel Ramón Maza, hijo del presidente de la Legislatura y gran amigo de Rosas, había decidido sumarse a la cofradía. Los Lavalle, a pesar de haber sido casi parte de la familia Ortiz de Rozas, habían devenido en enemigos acérrimos de los federales. Aquí no importaban los lazos de sangre. Primero estaba el honor, y la familia Lavalle se había convertido en uno de los bastiones unitarios más importantes, opuesta a las elecciones de Juan Manuel de Rosas. Sus familiares, en cambio, habría que ver. Algunos miraban de reojo a Juan Manuel. La confianza no era un valor ganado.

—Terminemos con este letargo, señores. Parecemos débiles si permanecemos en este compás de espera. ¡A las armas, muerte al tirano! —disparó Lamarca echando fuego con su mirada renegrida—. Dejemos de escuchar el palabrerío de los tibios y

actuemos de una buena vez.

—Estoy contigo, Carlos. ¿Qué piensa el resto? —preguntó Tejedor y miró con detenimiento a cada uno de los presentes.

Nuevamente empezó la discusión. Así como eran de intempestivos lo demostraban en el intercambio de ideas. El joven Maza observaba en silencio. Era el más novato y se notaba en su contención.

—A ver tú, Ramón, que tienes cercanía con Rosas, ¿no estarás acá de infiltrado, no es cierto? —lo increpó el dueño de casa, Julián Fernández, que había reparado en el silencio sepulcral de Maza.

—De ninguna manera, caballeros. Que mi flamante esposa sea cuñada del hijo de Rosas no me hace un traidor —dijo, aunque sentía que la estigmatización hacia su persona era generalizada.

—No sólo tiene lazos familiares, Maza. Su padre prestó servicios al tirano y usted es amigo dilecto de la muchachita con aires de reina. —Benito Carrasco, con veinticuatro años, era el más joven de la reunión pero no por eso el menos arrebatado.

Ramón tragó bilis. Sabía que lo miraban de reojo y podía entender que así fuera. Pero él, más que ninguno, estaba firme en sus convicciones. Se sentía incómodo, el cuerpo no lo contenía. Como el resto de los allí presentes —y muchos que escondían sus pensamientos en la tranquilidad aparente del hogar— estaba convencido de que la hora de Rosas se había acabado. Debía dejar el poder y, si así no ocurría, el poder debía dejarlo a él. Ésa era la única forma en que Juan Manuel de Rosas desapareciera de la faz de Buenos Aires. Muerto. Si no, sería imposible. Y como de falta de salud no perecería, había que adelantarle el final. Tan simple como eso. Maza miró a su alrededor, escuchó los planes que se multiplicaban, las marchas y contramarchas para deshacerse del Tirano. Él les demostraría hasta dónde llegaba su convicción.

Afuera era noche cerrada. Sin embargo, eso no impedía que agazapado en una de las casas de enfrente, uno de los incondicionales del Gobernador fuera testigo de todo cuanto sucedía en lo de Fernández.

* * *

Hacía días, si no semanas, que no se dejaba ver por Buenos Aires. Juan Manuel había decidido mudarse a Palermo. Pero tenía ojos y orejas en la ciudad que lo mantenían al tanto de todo. Todos los días, al atardecer, llegaban las noticias desde allí. Sus adláteres estaban bien adiestrados y sabían que no debían cejar en pesquisas y búsquedas hasta obtener lo que él necesitaba: información certera de los pasos de sus enemigos. El descanso era casi una utopía. Sabía que su vida corría peligro y dormir le resultaba casi imposible. Al enemigo francés y al oriental, ahora se les sumaban también los de adentro. Unitarios que casi ya no callaban una furia explícita, además de otros con quienes en un tiempo alimentara una estrecha amistad.

La quinta estaba en silencio, parecía muerta. Sus botas resonaron en los

baldosones de la galería hasta que se acercó al palenque donde descansaban algunos caballos. Montó el suyo y a rienda suelta se dirigió hacia el río. El aire fresco le sentaba bien. Desensilló y eligió unas toscas sobre la ribera donde tendió el cuerpo pesado. Perdió la vista en el movimiento del agua, eso lo aquietó. Sintió ganas de tirarse al río para nadar un poco, pero el frío invernal había llegado antes de tiempo. Unas voces que venían de lejos interrumpieron su calma. Miró hacia atrás y vio que uno de los carruajes se acercaba por el camino. Adivinó de inmediato la voz de su hija en medio de las otras. Manuelita asomó la cabeza y al ver a su padre la cara se le iluminó. Con el coche aún en movimiento, abrió la portezuela y pegó un salto. De una corrida llegó hasta donde se encontraba su padre y se arrojó en sus brazos.

—¡Cuánta efusividad, mi Niña! —dijo Juan Manuel mientras respondía al abrazo de su hija.

—Tatita, no sabíamos que andaba por aquí. ¿Lo molestamos?

—De ninguna manera, ¿con quiénes andas hoy?

Antes de recibir la respuesta, Ramón Maza y Antonino Reyes descendieron del coche para luego ayudar a las dos damitas que completaban el grupo: la infaltable Juanita Sosa y Telésfora Sánchez, otra de las amigas que conformaban el séquito. Todos se acercaron a saludar al Gobernador y las muchachas volvieron al carruaje en busca de la canasta donde traían un mantel y algún que otro alimento. Manuelita los había convidado a pasar un rato a la vera del río, pero no había contado con la presencia de su padre.

Entre risas, las tres jóvenes desplegaron el mantel lejos de la tosca, y dispusieron los platos, algunas frutas, un horma de queso y galleta de campo. Cuchicheaban sin abandonar la labor. Los caballeros, en cambio, se acercaron hasta donde estaba Rosas.

—Buenas tardes, don Juan Manuel. Usted me dio el día franco, ¿recuerda? —Reyes le tendió la mano con gesto seguro a pesar de la incomodidad de la situación. Hacía tres años que ejercía funciones como secretario; antes, durante la Campaña al Desierto, había sido su asistente. Su trabajo había sido tan eficiente en aquel entonces que Rosas le había otorgado una suerte de ascenso.

—No sea cola de paja, Reyes; sé muy bien las órdenes y contraórdenes que doy —y esbozó una sonrisa tramposa—. ¡Pero mire la elegancia que trae hoy! Parece uno de esos doctorcitos que mejor perderlos que encontrarlos.

Antonino metió el dedo entre el cuello de la camisa y el pañuelo que la rodeaba en dos vueltas. Sintió que le ajustaba por demás. El chaleco de paño carmín combinaba a la perfección con la casaca gris oscuro. El hombre se había vestido para la ocasión. El paseo con las muchachas lo ameritaba, sobre todo por la presencia de Manuelita, que lo desvelaba aunque intentara disimularlo. Que fuera hija de su patrón complicaba las cosas, sobre todo porque ese patrón era Juan Manuel de Rosas. Se quedó mirándolo como carnero degollado. A veces no sabía si le hablaba en serio o en broma.

—Cambie esa cara, parece que hubiera visto un ánima, Reyes. Vaya y ayude a las muchachas, que están descargando todo solas. Sea caballero, por el amor de Dios. Todo tengo que enseñar, todo. Lo cansado que me tienen —y lo despachó con un fastidio impostado.

Ramón, en cambio, permaneció firme junto a Rosas. Abandonó su mirada franca en la del Gobernador, como si aceptara un convite que nunca había recibido. Los dos guardaron unos minutos de silencio, aunque parecía que pasaba una vida entera. Cada uno desde su lugar estudiaba al otro. El arte del disimulo marcaba ese duelo de miradas.

—¿Y cómo te trata la vida de casado, Ramón? —Juan Manuel tanteaba a su interlocutor en cada movimiento que hacía.

—Todo funciona bien. Nada muy diferente de lo que esperaba —respondió el joven Maza.

—Pero qué poco énfasis, m'hijo. Más vale que cuides un poco a esa mujercita tuya. Hay que tener cuidado con las enaguas.

Rosas y Maza buscaban algún indicio que dijera más que las palabras. Un gesto, un silencio fuera de lugar, algo que confirmara lo que pensaba uno del otro. Ramón estaba convencido de que el hombre que tenía a unos pocos pasos era el artífice de todas las tempestades que agobiaban al territorio. No sabía cuándo ni cómo había llegado a esa convicción, pero nada podría moverlo de ella. Juan Manuel de Rosas debía morir. Ésa era la única posibilidad de salvación. Si seguía vivo, descenderían a lo peor del averno. Metió las manos en los bolsillos del pantalón y hurgó con cautela. Le dio tranquilidad sentir el filo del puñal que últimamente lo acompañaba siempre al salir de casa. Había que ser prevenido, nunca se sabía. ¿Y si sacaba la mano como chicotazo y le hundía el metal refulgente en el pecho? ¿Y si asesinaba ahí mismo a Rosas? Le faltó el aire y ganó la vacilación.

—Se me acaba de ocurrir una idea, Ramón. Me gustaría regalarles el viaje de bodas. Rosita se lo merece y tengo ganas de hacerlo. ¿Adónde les gustaría ir? —dijo de pronto Juan Manuel.

—No me parece, no creo que Rosa tenga ganas de salir de Buenos Aires —mintió Maza.

—Sería bueno que volvieras a tu cargo en el Sur. ¿No echas de menos aquellas funciones? —arremetió de nuevo Rosas.

—La verdad que no, prefiero quedarme aquí. —Ramón no entendía adónde quería llegar Rosas.

El Restaurador habló de todo un poco: los indios, la frontera, el ejército. Parecía concentrado en lo que quería transmitirle, e insistió con los beneficios de una pronta partida. Detrás de la fachada del palabrerío, estudiaba al hijo de su amigo Manuel. Algo le olía mal, quería sacarlo de la podredumbre de Buenos Aires. Pero ya quedaban pocas amistades confiables. Los Maza se habían convertido en traidores, así se lo habían confiado sus espías. Todavía le costaba creerlo, pero era mejor

escuchar lo que sus hombres tenían para decir.

—Vuelvo con mis amigos, si no le molesta —anunció Ramón y sin aguardar respuesta caminó con tranco largo hasta donde se habían instalado los demás.

Juan Manuel achinó los ojos, montó su caballo y galopó hacia la casa. Tenía trabajo por hacer.

* * *

La larga mesa del comedor estaba ocupada casi por completo. La familia estaba reunida como hacía tiempo no sucedía. Pedro Pablo Rosas había vuelto por unos días. Hacía un tiempo se había instalado en el pueblo de Azul donde había trabajado como juez de Paz y comandante del Fuerte San Serapio Mártir. Luego de que Encarnación, antes de morir, le confesara la verdad sobre su filiación, Pedro había preferido alejarse de la familia. Que sus padres no fueran tales, y que en cambio su tía Pepa fuera su madre y el difunto Manuel Belgrano su padre, había sido un golpe duro de atravesar. Lejos de todo había podido pensar. Sin embargo, meses después había pedido ser relevado para dedicarse a administrar la estancia que le había regalado Rosas al regresar de la Campaña al Desierto. Pedro lo había acompañado en esa expedición, como su secretario personal. Todavía eran padre e hijo aunque el vínculo siempre había sido difícil. Pedro siempre había guardado cierta distancia con Rosas. Ese hombre de mirada de lince había hecho diferencias entre los hijos y al enterarse de la verdad, entendió por qué. De cualquier modo, la favorita siempre había sido Manuela Robustiana; los varones, Juan y él, recibían otro trato, por no decir una evidente indiferencia.

Juan Manuel ocupaba la cabecera, como siempre. Su hija estaba a su izquierda y Pedro Pablo, el agasajado del día, a su derecha. Las amigas de la Niña —Juanita, Telésfora y Dolores Marcet— habían sido ubicadas al lado de su hija, mientras que Juan, Mercedes y Pepa se habían sentado del otro lado.

—Se te ve preciosa, Mechita. ¿Falta poco, no es así? —preguntó Pedro a su cuñada.

—Tres meses y tengo un terror inusitado. No sé por qué, constantemente se me aparecen imágenes monstruosas. Sería tan feliz si la criatura ya estuviera entre nosotros —y se acarició la panza mientras lanzaba suspiros que delataban la dificultad que tenía para respirar.

—Ya vendrá el heredero y será igual de bonito que tú —dijo Juan con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Y por qué dices que será niño? Espero que la quieras igual si es mujercita.

—Más le vale a este hermano mío. Si serás ingrato, Juan —Manuelita lo reprendió en broma y volvió la mirada hacia Pedro—. ¿Y tú, mi querido? ¿No me harás tía pronto? Adoro los bebés.

—Antes tiene que encontrar una mujer. —Juan Manuel lanzó una carcajada y

lavó sus manos en la palanganita que descansaba a la izquierda del plato. Todos lo copiaron. En segundos llegaría el primer plato.

Hacía rato que había oscurecido y el comedor estaba iluminado por infinidad de velas en la araña que colgaba del techo. Asistida por dos sirvientes que traían platos y otros enseres, Eugenia entró con la sopera de cobre llena. La apoyó en la mesa de arrimo y empezó a servir. Pedro notó lo que era inevitable y estuvo a punto de hacer un comentario, pero un silencio incómodo lo llevó a callarse. Su hermana, que tanto había expresado su debilidad por los infantes, miraba hacia otro lado como si el embarazo de la criada no existiera. Sólo se escuchaba el tintineo de las copas y las cucharas contra los platos de loza. Eugenia y los sirvientes regresaron a la cocina tan silenciosos como habían llegado.

—Pero esa niña está encinta, y pareciera que a punto de parir —dijo Pedro rompiendo el silencio. Todos lo miraron como si hubiera dicho una mala palabra.

—¿De dónde sacas esa idea? —interrumpió Juan Manuel y se acomodó por segunda vez en la silla.

—Pues de la panza que tiene. Eso no es gordura.

Juanita miró a su amiga con ojos desafiantes. Manuela no se dio por aludida y jugueteó con los trozos de carne y legumbres de la sopa. Los asuntos carnales del servicio se mantenían donde correspondía. Lo que sucedía en la cocina quedaba allí adentro. La hija de Rosas sólo se enteraba de lo que le interesaba. Mientras tanto Pepa, la madre de Pedro, se removía en su silla, inquieta por lo que se avecinaba.

—¡Ahora me acuerdo! Escuché por ahí que la mocita anduvo seduciendo al sobrino de Encarnación —disparó Juan Manuel.

—¿Pero de qué primo habla, Tatita? —Parecía como si Manuelita se despertara.

—No tenía ni la más remota idea.

—Bueno, de Sotero, che. Y... la sangre le hierve, como a todos los de su familia... —Rosas volvió a reír como un desencajado.

Todos miraron hacia la puerta por la que habían salido los domésticos como si buscaran la estela de Eugenia Castro. Lo de Sotero Costa Arguibel no estaba tan alejado de la realidad. El jovencito visitaba de tanto en tanto la quinta de sus primos y la compañía de Eugenia siempre le había gustado. Se le había acercado y la muchacha había encontrado en él alguien de su edad con quien conversar. Juan Manuel, en cuanto descubrió su estado, había empezado a ignorarla, como si la panza se hubiera convertido en el peor obstáculo. Todo lo que la niña lo había apasionado hacía unos meses, se había congelado ante el embarazo. Eugenia se sentía sola, nadie le dirigía ni la mirada siquiera. Los sirvientes la juzgaban una trepadora y los patrones por poco una sombra. Por las noches lloraba en la soledad de su almohada. Ya no era convidada al catre de su Juan Manuel. El dolor y el desasosiego le colmaban el alma.

—Cambiemos de tema, por favor. Hablemos de cosas más interesantes —terció Pepa—. ¿Novedades de la ciudad, Juan Manuel?

Ella sabía cómo ganar la atención de su cuñado. Los sucesos políticos absorbían a Rosas de manera endemoniada. Y en aquellos tiempos, aún más. Pero no era lugar para exponer su pensamiento, ya conversaría con ella en el despacho y a puertas cerradas. En cierto modo, Pepa Ezcurra había tomado el espacio vacío que había dejado su hermana. Hasta se ocupaba del Barrio del Tambor y de los más necesitados.

Manuelita volvió a las infidencias con sus amigas. Entre confesiones y risotadas, Juanita mantenía el ojo en su objeto de deseo. Que la panza de la muchachita tuviera que ver con Rosas le importaba poco y nada. Ese hombre tenía mucho amor para ofrecer. Igual que ella.

* * *

Hacía más de un año que cerca del horizonte del Río de la Plata se veía rondar a diario velas enemigas. La escuadra francesa interrumpía la serenidad del panorama. El bloqueo ordenado por Francia era una realidad insoslayable.

Luego de interminables negociaciones —Rosas había pretendido iniciar las conversaciones con alguien debidamente acreditado pero los franceses no respondieron a su pretensión—, el capitán Leblanc se había instalado frente a la costa bonaerense al mando de la corbeta *Expeditive*. Las misivas habían ido y venido en la más completa confidencialidad. Una madrugada, pocos minutos antes de que saliera el sol, el ministro inglés John Henry Mandeville había sido escoltado hasta la corbeta para mantener una reunión con el francés. Cuantos más aliados mejor; las últimas declaraciones que había recibido del Gobernador de Buenos Aires habían sido que «no se unirían jamás al extranjero», y que si finalmente Francia llegara a imponerse sobre el territorio, «deberían contentarse con un montón de ruinas». Rosas prefería incendiar sus pertenencias antes que entregarlas.

Leblanc no se había inmutado. Con suma precisión había dictado el documento que luego sería entregado por el cónsul británico. Le ofrecía a Rosas tan sólo dos días para que suspendiera la aplicación de la ley del servicio militar a los súbditos franceses y que le garantizara el tratamiento de nación más favorecida hasta tanto se concertase un tratado. Además pretendía se les reconociera a los ciudadanos franceses las indemnizaciones reclamadas.

Mandeville no había logrado convencer a Rosas de dar respuestas inconsistentes como una estrategia para dilatar reacciones hostiles. «Exigir sobre la boca del cañón privilegios que solamente pueden concederse por tratado es a lo que este gobierno —tan insignificante como se quiera— nunca se someterá», había asentado el Gobernador. Entonces la furia francesa se desató. Leblanc dio la orden de que el bloqueo se extendiera tanto sobre la ribera del Plata como sobre la costa de Patagones, comenzando por cabo San Antonio y siguiendo hacia el sur. Así, de sólo ser una corbeta, la fuerza francesa sumó a la fragata *Minerve*, las corbetas *Sapho*, *Camille*, *Perlé*, *Adour* y *Bordelaise* además de la *Expeditive*, los bergantines *Pylade*,

Solphe, Cerf, Latin, Badine, Assas y Alerte.

En los fondeaderos de Buenos Aires, el Salado, Tuyú, Ensenada y Martín García, las naves se mecían al ritmo suave de las aguas. Desde la costa, los moradores de la ciudad detenían la vista de vez en cuando sobre esas presencias que parecían pintadas en el horizonte. Podía parecer la obra de algún artista desvelado por las marinas. Pero no. Allí se vivían todo tipo de turbulencias y se tejían los planes más feroces. «Infligiremos a la invencible Buenos Aires un castigo ejemplar, que será una lección saludable para todos los demás Estados americanos», señalaba alguno. Y otro agregaba: «La partida está empeñada y toda América abrirá los ojos. Corresponde a Francia hacerse conocer si quiere que se la respete». Desde Europa, los periódicos avivaban los ánimos con frases como: «Incumbe a Francia ejercer su influencia disciplinaria y civilizadora sobre los degenerados hijos de los héroes de la conquista española».

El bloqueo no era la única maniobra de presión que el país galo aplicaba sobre Buenos Aires. Sabían de las agrupaciones que conspiraban por todo el territorio contra el gobierno de Rosas y, en consonancia, en la ciudad se multiplicaban las voces francesas contra el Gobernador. El diplomático Enrique Bouchet de Martigny, que había recalado allí, diseminaba memorandos con la siguiente información: «Rosas está casi constantemente recluido en su Fuerte, como los antiguos pachás de Egipto y no admite cerca de él más que al bajo pueblo. Su política es estrecha y desconfiada, y en vez de cultivar los gérmenes de la civilización que encierra el país, los debilita, apaga y deja morir a los hombres más preclaros y distinguidos; los tiene alejados de él y de sus asuntos de Estado; confía los cargos públicos, hasta los más encumbrados, a la gente ignorante y mediocre; se inclina a colocar la fuerza bruta por encima de la razón y la inteligencia».

Para Martigny, la inteligencia se había exiliado hacia la otra orilla e incluso a otro partido. Sin dudar, entregó la suma de 100 mil patacones a los unitarios refugiados en Colonia del Sacramento a fin de recaudar para el financiamiento de la cruzada de Lavalle para derrocar a Rosas.

El enemigo se diseminaba y la vida del Restaurador corría peligro. El resto de las provincias comenzaba a incomodarse. Tanto desde afuera como desde adentro, el círculo se cerraba cada vez más. Juan Manuel de Rosas guardaba silencio.

CAPÍTULO IV

Ramón apretó los ijares de su caballo para que apurara el paso. Los cascos pegaban duro contra el empedrado, cuando no se hundían en el barrial que se había formado luego de varios días de llovizna. No sabía por qué, pero presentía que lo habían seguido hasta allí. Percibía una sombra al acecho. Luego de dar una infinidad de vueltas para confundir, llegó a la quinta de Rodríguez Peña en la calle Callao^[4]. Desensilló y entró como una tromba; Jacinto lo aguardaba adentro.

—¿Y? ¿Alguna novedad, Ramón? —El hijo mayor de Nicolás Rodríguez Peña y Casilda Igarzábal estaba ansioso.

—Pensé que tendría el valor para asestarle una puntada pero me pareció que no era el momento adecuado. Rosas está adormecido, Jacinto —el joven Maza hablaba inquieto—, pero los que no duermen son sus secuaces. Estoy seguro de que me han seguido, sospecho que algo saben.

—No seas tremendista y tampoco des por hecho lo que no puedes afirmar de seguro.

—No estoy diciendo una cosa por otra, era un hombre disfrazado de changador.

De pronto recordó la oferta que le había hecho Rosas hacía pocos días. ¿Y si la invitación a que partiera con otros rumbos era para alejarlo de la ciudad? Pero Rosas ya no era aquel hombre que había conocido hacía unos años, ni tampoco él era el mismo.

—Me parece que ya no hago falta por aquí, Jacinto. Avísale al resto que parto al sur a reunirme con algunos de nuestros hombres.

Luego de una breve despedida desapareció detrás de la puerta. Rodríguez Peña quedó congelado, con la mirada perdida. No tenía dudas de la elección que había tomado. Él y tantos otros no se movían sólo por los ideales políticos. También estaban en juego las arcas. El bloqueo, alentado por la actitud impasible del Gobernador, había llevado a la ciudad a la ruina. Se había interrumpido el comercio en el puerto de Buenos Aires, y él y sus camaradas habían perdido la oportunidad de importar productos desde Europa; ni siquiera los libros europeos llegaban ya a esas orillas. Ni qué hablar de los ganaderos del Sur, a quienes les resultaba imposible vender nada. La economía estaba resentida, los precios andaban por el suelo. Para colmo, Rosas no tuvo mejor idea que exigir el aumento del canon a los beneficiados por el sistema de enfiteusis, o de lo contrario que devolvieran las tierras públicas recibidas en concesión. Algunos de los ganaderos, que habían defendido a capa y espada al primer Rosas, se habían transformado ahora en enemigos hechos y derechos. Tocarles el bolsillo había sido más que suficiente para que se unieran a la oposición.

Ramón montó su caballo y apuró la marcha. Desde que se había concertado la boda con Rosita, la pareja se había instalado en la casa de su padre, situada en la calle

Las Piedras entre Biblioteca^[5] y Belgrano. Era demasiado temprano para estar de regreso. Seguramente le daría una sorpresa a su mujer. Franqueó la puerta y el silencio lo llevó hasta su despacho. Sobre su escritorio, una carta lacrada impidió que continuara con la recorrida. La ansiedad lo obligó a abrirla al instante. La remitía el general Manuel Corvalán, uno de los edecanes de Rosas.

Buenos Aires, junio 1839

Dirigido a don Ramón Maza,

Sin más, cumplo en informarle que Su Excelencia lo convida a pasar ahora mismo por la Contaduría General, para hacerle entrega de los sueldos del mes de junio, los cuales debe transportar a la división Tapalqué.

Atentamente,

Edecán General Don Manuel Corvalán

Maza se volvió a calzar la capa y partió raudo rumbo al Fuerte. Estaba tranquilo, nada podría sucederle: el hijo del edecán de Rosas, Rafael Corvalán, era uno de los suyos.

No llegó a tiempo de cruzar el puente. Allí lo aguardaban tres soldados, que lo apresaron inmediatamente y lo llevaron a empujones hasta una diminuta habitación que ofició de celda. Lo arrojaron al piso sin que nadie le dirigiera la palabra. No le daban explicación alguna pero él intuía lo que sucedía. Reclamó un papel y una pluma para escribirle a su esposa.

Mi adorada Rosita,

Voy preso a la cárcel. Mi conciencia está tranquila, y debes tú estarlo, porque de émulo nada temo, ni tú debes temer. Mándame ropa y mi poncho, porque esto será muy frío.

Salió el emisario con el aviso y Ramón se acurrucó contra un rincón. Las paredes estaban heladas.

* * *

La puntada en el bajo vientre hizo que sus piernas temblaran de dolor. Eugenia pegó el alarido de su vida y se desmoronó en la cocina. Tuvo la suerte de que allí andaba María Patria, unas de las asistentes de la cocinera, siempre solícita para los mandados. La negra corrió hacia el ovillo en el que se había convertido la muchachita y la ayudó a incorporarse.

—Pero si ya te vas a convertir en madrecita, Eugenia. La criatura quiere salir —y le secó el sudor que bañaba su rostro.

Eugenia volvió a gritar. El terror la invadió en segundos. Había vivido el embarazo como si no hubiera sucedido. Tanto había querido ocultarlo que ni siquiera había notado que su cuerpo cambiaba mes tras mes. Pero la realidad tan temida le daba un cachetazo.

—¿Puedo abandonarte por un rato, chiquilla? Quiero poner a algunos sobre aviso

y ver qué hacemos —preguntó María Patria y la desconfianza la obligó a mirar el manchón mojado de la falda y el charco que la rodeaba—. Ay, debes aguantar.

Y salió a las corridas. Eugenia empezó a llorar desconsoladamente. A esa altura no sabía si era por el dolor que sentía, el pánico o el desasosiego por sentirse más sola que nunca.

Los gritos de María Patria retumbaron por toda la casa. De discreta no tenía nada, era una actitud que desconocía por completo. Al instante varios sirvientes la rodearon para enterarse de lo que sucedía. Las deliberaciones iban y venían pero nadie tomaba una decisión.

—Pero no podemos perder más tiempo, que la chica se va a desangrar en la cocina. Y más miedo me da el reto que liguemos por la suciedad que deje. —María Patria restregaba sus manos a causa de los nervios.

Entonces se decidió. Dejó las dudas de lado y corrió rumbo al despacho del patrón. La puerta estaba cerrada y Eusebio y Biguá oficiaban de cancerberos.

—A ver, señores, necesito pasar. —María Patria no detuvo el empujón que la traía.

—El Gobernador está ocupado, nadie puede entrar salvo yo —dijo el loco Eusebio con cara de pocos amigos.

—Es de vida o muerte.

—Nosotros somos los dueños de toda criatura viva. —El Biguá se paró firme al lado de su compañero y estiró su casaca repleta de medallas. El porte desarreglado y las caras desmesuradas llevaban a la risa más que a la pavora.

Desde adentro se escucharon los gritos de Rosas. María Patria corrió a los bufones de un manotazo y abrió la puerta. Agitada, explicó como pudo lo que acababa de suceder en el piso de la cocina.

—Y claro, ese día iba a llegar. —Juan Manuel se incorporó y caminó hasta la puerta—. Llévela a alguna de las habitaciones de servicio. Ya voy para allá.

La negra salió disparada y en ese mismo momento Eusebio y Biguá entraron atropelladamente al despacho.

—Sirvan para algo, busquen a 'ña Ramona y vayan adonde se encuentre Eugenia. Pero ya mismo, nada de quedarse paveando por ahí. Y silencio —bramó Rosas y se dirigió hacia el gran salón donde su hija, como si nada ocurriera, ofrecía una de sus tertulias.

Intentó acallar el ruido de sus botas contra el piso. No quería llamar la atención de nadie, prefería que todo sucediera en el más absoluto de los secretos. Manuelita cantaba mientras alguien rasgaba las cuerdas de una guitarra. Juan y Mercedes eran parte del convite y varias de las amigas de siempre acompañaban la música con palmas. Rosas se asomó y espío lo que sucedía en el salón. Parecían disfrutar de la velada. Mejor así. Despacio, dio la vuelta y se dirigió hacia el sector de servicio. Un murmullo lo condujo hacia donde estaban los demás. En el pasillo, varios sirvientes y algunos negros departían acerca del parto que sucedía en la habitación, a puertas cerradas. Al ver al patrón, todos hicieron silencio.

—Como si hubieran visto al diablo. ¿Qué pasa allí adentro? —dijo y se cruzó de brazos—. Supongo que todo está bien bajo el mando de Ramona.

La matrona, que lo había criado de pequeño, seguía en el servicio de la familia. En nadie confiaba más que en esa mujer. Por su discreción, pero sobre todo por su sabiduría.

—Vamos a ser padres, Vuestra Excelencia —anunció Biguá con una sonrisa que deformaba aún más su rostro.

Los ojos de Rosas echaron fuego. Un silencio sepulcral invadió el pasillo, como si la muerte hubiera llegado para quedarse. Miró a su bufón con un frío de hielo. Él y Eusebio eran una suerte de depósito de sus chanzas, casi siempre de pésimo gusto. Los usaba para reírse y ellos lo permitían con gusto. Eran lerdos de pensamiento, o por lo menos actuaban a la perfección ese rol. No era extraño que recibieran, de vez en cuando, alguno que otro azote de manos de su patrón. Biguá cerró los ojos y se tapó la cabeza con los brazos. Temía lo peor y no entendía bien por qué. ¿Acaso un nacimiento no era un acto de felicidad? Un alarido anunció la llegada de la criatura. Las esclavas suspiraron y sonrieron.

—Es una niña, Juan Manuel —dijo Ramona al salir del cuarto, con un manojito de cobijas en sus brazos y una carita diminuta debajo.

Rosas miró de reojo y entró a la pequeña habitación donde yacía Eugenia. Con un solo gesto echó a las dos negras que acomodaban el desarreglo del parto.

—¿Cómo se encuentra mi cautiva? —preguntó y se sentó al lado de la parturienta.

Eugenia tenía la cara empapada de sudor y lágrimas, y su melena negra parecía una mancha contra las mantas blancas. Hizo un esfuerzo y le dedicó una sonrisa. A pesar del parto, la belleza de la muchacha iluminaba la habitación.

—Aquí estoy, Gobernador. Nació la niña, la llamaré Mercedes, si le parece bien.

—Mientras no se llame Rosas —le acarició la mejilla y dejó que su mano descendiera hasta sus pechos inflamados. Detuvo su mirada sobre el cuerpo joven y mágico de su amante. Aunque acababa de ser madre, él sólo veía a la mujer. En un segundo decidió que en cuanto se quietaran los sonidos de la casa, la subiría al carruaje junto a la recién nacida para que se la llevaran a Palermo. No quería levantar suspicacias ni provocar murmullos.

Eugenia tragó con dificultad. Intentaba contener el llanto. La brutalidad de ese hombre no le impedía venerarlo como a nadie. Pero sabía que tenerlo era muy difícil, por no decir imposible.

* * *

Manuel Maza envolvió su cuerpo con el capote negro, tiró el ala del sombrero hacia adelante y cerró la puerta de calle con sumo cuidado. La oscuridad de la madrugada impedía ver pero no escuchar. El silencio era aterrador pero más desesperante era lo

que sentía el presidente de la Sala de Representantes. Su hijo había sido encarcelado, era evidente que el Gobernador y su gente estaban enterados de todo. La conjura que habían ideado y que empezaban a llevar adelante había sido desbaratada.

Subió el cuello de la capa para cubrirse la cara y para evitar el frío de las altas horas de la noche. Sólo debía caminar una cuadra pero los peligros acechaban en todas partes. La casa de su hija María Salomé y su esposo Manuel José de Guerrico quedaba sobre la calle Tacuarí. Golpeó el aldabón contra la puerta y aguardó. Veía sombras por todas partes. A esa altura ya no sabía si vivía una pesadilla o si se trataba de una inquietante realidad. El chirrido del portón retumbó como nunca en el silencio de la calle. La tenue luz de una vela alumbró apenas la cara de un criado, que al ver a Maza abrió aún más para dejarlo pasar.

—¿Qué haces a estas horas en casa, padre? —preguntó María Salomé, asustada. Ya estaba con la ropa de acostarse puesta y la cabellera suelta.

—No pasa nada, m'hija, no debes preocuparte. Vengo a arreglar unas cuestiones con Manuel —respondió Maza mientras se acomodaba la melena cana con gesto ansioso.

La dueña de casa no creyó las palabras de su padre. Su marido había ido corriendo a ponerse una camisa y un pantalón. La noche sería larga y su suegro parecía agitado.

—Venga, Manuel. Vamos a mi despacho, allí estaremos tranquilos y podremos hablar —Manuel José palmeó en el hombro a su suegro, mientras le hacía el gesto a su mujer de que podía volver a la recámara. Él se haría cargo. Eran cosas de hombres.

María Salomé se retiró a regañadientes y los caballeros se encerraron en el despacho. Guerrico miró fijo a su interlocutor para darle ánimo.

—Todo se derrumba, Manuel José. Pasan las horas y no sucede nada, y eso me aterra cada vez más.

—Lo entiendo, la situación es demasiado difícil. ¿Pero ha tenido novedades?

—Ya se han retirado de la puerta de mi casa. No se escuchan más gritos, pero a veces presiento que el silencio es aún más peligroso. —Los ojos de Maza brillaban como nunca—. Y tú, ¿te has enterado de algo más?

Días atrás, la Sociedad Popular Restauradora se había reunido en sesión permanente para defender a Rosas y reclamar un castigo ejemplar contra los conspiradores.

—Parece que un grupo de patriotas federales ha salido como chicotazo en pos de juntar firmas para pedir su expulsión de la Sala de Representantes. —Guerrico hablaba con cuidado, dudando sobre si seguir con el resto de lo que sabía—. Una de nuestras sirvientas vino con el cuento de otra casa, hablaban del «perjuro, malvado, indigno de respirar en la tierra argentina, don Manuel Vicente Maza».

—Ya lo saben, la ciudad está enterada de nuestros planes, mi querido yerno. Y te digo más, ayer por la tarde estuve reunido con el cónsul norteamericano, Mr. Slade. Me ofreció todos los medios para que me ausentara inmediatamente de Buenos Aires.

—¿Y qué espera? Váyase ahora mismo. Puede llevarse un caballo de la casa —había urgencia en el tono del joven Guerrico.

—No puedo comprometer aún más a mi hijo. Escapar sería confirmar las ansias conspirativas y no lo voy a hacer.

—Pero Rosas ordenó detener la investigación. Tal vez debería abandonar la inquietud, don Manuel. Las órdenes del Gobernador son casi palabra santa —susurró con un dejo de sorna—. ¿Y si vamos a verlo? ¿No estaremos exagerando?

La casa estaba sumida en un silencio sepulcral. Sólo las voces quedas de Maza y Guerrico interrumpían los sonidos de la noche.

—No sé en quién confiar, han venido con todo tipo de rumores y chismes. A esta altura preferiría sufrir de sordera.

Su secretario le había confiado que se había enterado de que Rosas y sus hombres habían interceptado alguna correspondencia que llegaba desde el otro lado del río con órdenes precisas para deponer al Gobernador. En la otra orilla estaba en funciones la Comisión Argentina de Montevideo, con enemigos acérrimos de Juan Manuel de Rosas. Todos los exiliados sostenían con fervor y dinero las estrategias que llevaban adelante los unitarios. Su otra hija, Antonia, y su marido Valentín Alsina, jurista unitario, se habían visto obligados a desmontar la casa y escapar con la familia a Montevideo hacía ya cuatro años. Las cartas entre Maza y Alsina habían ido y venido a ritmo frenético. No eran, precisamente, asuntos familiares lo que yerno y suegro compartían allí. ¿Y si eran aquéllas las cartas que habían secuestrado? Qué difícil se les hacía adivinar las reacciones de Rosas. Algunos hombres eran transparentes, pero no se podía decir lo mismo del Restaurador de las Leyes.

Unos ruidos repentinos en la calle interrumpieron la conversación de los caballeros. Aguzaron el oído y distinguieron un griterío que exaltaba a la violencia. Espiaron por la ventana. Una turba de sombras defendía a viva voz la figura de su héroe federal y amenazaba de muerte a Maza.

—No puedo esperar más, voy a dimitir a todos mis cargos, Manuel José. ¿Te das cuenta de lo que está sucediendo? ¿Adónde nos vamos? —gritó Maza con desesperación.

—Por supuesto que me doy cuenta; y si ha tomado la decisión, yo no soy nadie para hacerlo cambiar de idea. La noche es peligrosa.

Se fundieron en un abrazo corto y el jurista partió de la casa de su hija. Volvió a cubrirse el rostro todo lo que pudo y se perdió en la negrura de la madrugada.

A la mañana siguiente, su estado de ánimo no había cambiado. El malestar continuaba. Las largas horas de encierro dentro de su casa se le habían tornado insoportables. Pensó que la calle le daría alguna respuesta y, sin avisar a nadie, se vistió y volvió a salir. Luego de dar algunas vueltas tomó el camino que lo llevó hasta la casa de Juan Nepomuceno Terrero, amigo íntimo de Rosas y uno de los socios con quien había iniciado su negocio millonario de la mano del saladero. No se había anunciado pero el estanciero lo recibió con los brazos abiertos.

—Ya sé todo, mi amigo. Tengo ojos y oídos en las calles —le anunció Terrero, intentando tranquilizarlo.

—Perdón por mi visita imprevista pero me veo acorralado, Juan. Sus vínculos con Rosas son muy estrechos, vengo a pedirle consejo. —La ansiedad volvía a ganarlo y le hacía temblar la voz.

—No caiga en la desesperación, Manuel. No creo que sea para tanto y tampoco creo que Juan Manuel tome represalias contra los insurgentes.

Maza observó al caballero que tenía enfrente como si se quisiera meter en sus pensamientos. Quería creerle pero había algo que lo obligaba a desconfiar.

—Usted lo conoce más, eso es innegable.

—¿Por qué no habla con él? Nada peor que los intermediarios; siempre contribuyen a la confusión. Nadie como uno mismo para explicar lo que pasa. —Terrero se echó hacia atrás como si quisiera mirarlo mejor y se apoyó contra el respaldo de la silla—. Vayamos juntos a verlo y ya verá que luego de una exposición franca, pesará más la amistad de años que cualquier otro malentendido.

Las dudas aquejaban a Manuel Vicente Maza. Bajó la vista y se perdió en sus razonamientos. ¿Cómo se presentaría ante su amigo traicionado? ¿Y de qué modo podría quitar a su hijo del medio? No quería comprometer a Ramón. Esos segundos duraron una eternidad. Finalmente abandonó la mano sobre su cabeza e inspiró como si fuera la última vez.

—Si su preocupación es Ramón, quítesela y hágame caso; vayamos a ver a Juan Manuel. Allí está la solución.

—Le agradezco inmensamente el consejo, Juan. Y le pido disculpas por la intromisión. —Maza intentó una sonrisa que quedó a mitad de camino.

—Me parece que es una buena hora para ir a la casa de Juan Manuel. Debe estar muy ocupado pero nos atenderá igual, delo por seguro. —Terrero le palmeó la espalda y se dirigió al zaguán con Manuel detrás suyo. Se calzaron los abrigos y partieron.

El viento de finales de junio azotaba fuerte contra las caras limpias de los caballeros. Caminaban en silencio, ya habían hablado demasiado. Sin embargo, al llegar a la esquina de Biblioteca y Perú^[6], Maza detuvo la marcha.

—No, no puedo ir, Juan. —A pesar del frío, la frente le brillaba con sudor.

—¿Pero cómo? Vamos, Maza, se lo suplico. No desista —y lo tomó del brazo.

—Si me matan, que sea en mi puesto.

Su resolución era irrevocable. Terrero supo que todo lo que dijera sería en vano. Abrazó a su amigo y emprendió la vuelta. Maza, con la cabeza gacha, se dirigió hacia la Sala de Representantes^[7]. Estaba convencido, iba a redactar la renuncia a su cargo. Cruzó el patio a paso lento; parecía vencido, cansado. El atardecer anunciaba la pronta llegada de la noche. No podía más, los acontecimientos de las últimas horas lo habían devastado. Los pensamientos invadían su cabeza una y otra vez obsesivamente. El lugar estaba vacío, ya no era horario de actividad y ni siquiera los

ordenanzas andaban por ahí. Le pareció raro no cruzarse con ninguno de los dos pero siguió camino hasta su despacho. Se acomodó en su escritorio y miró por la ventana que daba a la calle Perú. Se distrajo unos minutos. El trajín era mínimo, los pocos transeúntes que circulaban apuraban el paso para llegar al calor de sus casas. En breve caería la noche. Maza escuchó pasos y aguzó el oído. Supuso que serían Fernando Gómez y Anastasio Ramírez, los ordenanzas. Embebió la pluma en la tinta negra y puso la fecha en el extremo izquierdo del papel. Empezó a redactar sus dimisiones a la Presidencia de la Sala y al Tribunal de Justicia. Raro, no encontraba las palabras. Garabateó unas cuantas frases, que no lo conformaron. Hizo un bollo y lo arrojó al piso. Dio inicio, otra vez, a las renunciaciones. Se sentía incómodo y no entendía por qué; escribir documentos era una de sus actividades habituales, algo que dominaba a la perfección. Pero en esa hora crucial no era el caso. Tomó aire y se rascó la frente. No quería equivocarse.

Sólo una vela iluminaba la mesa. Afuera ya reinaba la oscuridad, salvo por la luz de la luna y el farol de la cuadra. Volvió a intentar la escritura pero algo lo distrajo. Miró hacia la calle pero no vio nada raro. Unas sombras habían llamado su atención pero al dirigir la vista hacia allí, todo había pasado. Reinaba un silencio de tumba. De pronto, en un abrir y cerrar de ojos, tres hombres emponchados y con sombrero bien encasquetado irrumpieron en el despacho. Paralizado y sin entender qué sucedía, Maza no atinó a reaccionar. En pocos segundos, los sujetos clavaron sus facas en el corazón del funcionario renunciante. Sabían hacer su tarea y dónde asestar el golpe para asegurar el hecho que habían ido a cometer. Luego salieron del despacho y de la Sala de Representantes con la más absoluta tranquilidad.

Anastasio, uno de los ordenanzas, hacía guardia en la sala contigua cuando el sonido de unos pasos lo sacó de su letargo. Se asomó al patio y vio la retirada de tres ponchos punzó. Alarmado, entró sin pedir permiso al despacho de don Manuel y ante su estupor, vio el cuerpo tendido en el sillón. Ahogó un grito y corrió hacia Maza para confirmar lo que suponía: estaba muerto. Las heridas abiertas habían teñido de sangre la camisa, la mesa y los papeles. El cadáver del presidente de la Sala de Representantes yacía todavía tibio pero exánime.

Salió del despacho y buscó a su compañero. Temía que el corazón atravesara su pecho, tan fuertes eran los latidos. Estaba aterrado. Sin pensar, apresuró la marcha todo lo que pudo. Debía poner sobre aviso a algún superior. ¿Y si esas gotas de sangre presagiaban ríos de muerte? Sin chaqueta corrió hacia la casa del general Agustín de Pinedo, vicepresidente de la Sala e íntimo aliado de Rosas, para comunicarle lo que había sucedido. No quería pensar lo peor pero no era nada fácil.

* * *

Manuelita, Juan y Mercedes comían solos. Como casi siempre, su padre y suegro no los acompañaba en la mesa. Rosas prefería comer solo en su despacho en algún alto

del trabajo o cuando sintiera hambre, cosa que no ocurría seguido. Sin amistades que los acompañaran, ese día los hermanos se sentaron a la mesa.

No había sido una comida ni alegre ni locuaz. Habían intercambiado pocas palabras. Juan estaba en su mundo, y Manuelita y su cuñada parecían preocupadas. Tenían motivos de sobra. Rosa, la hermana de Mercedes, estaba desesperada por los sucesos de los últimos días. Ramón, su marido, estaba preso y todavía no había podido visitarlo. Pero mucho más desesperantes eran los motivos del encierro: se lo acusaba de ser el autor de un intento de levantamiento contra el orden. Mercedes se sentía tironeada; trataba de acompañar a su hermana todo lo posible pero su embarazo no le permitía demasiada actividad y debía volver a la casa junto a su marido. Manuelita también padecía. No le gustaba ver a su cuñada en ese estado, con los ojos llorosos y ese gesto rígido en la boca. Pero lo que más le preocupaba era que el asunto pudiera afectar a su sobrino, por entonces de cinco meses de gestación. No había modo de que cambiaran de humor. Ramón Maza seguía preso y las pocas noticias que les llegaban no eran alentadoras.

No repitieron el plato, apenas si terminaron lo que les habían servido. Con cierta displicencia abandonaron las servilletas sobre la mesa y empujaron sus sillas. Juan acompañó a su esposa hasta la recámara para que descansara; no la veía bien. Manuelita, en cambio, cruzó el largo pasillo hacia el despacho de su padre. Hacía rato que no sabía nada de él. A pocos pasos de la puerta, que permanecía entornada, escuchó una acalorada discusión de varias voces masculinas. Se quedó quieta y amagó pegar la vuelta, pero una fuerza desconocida la hizo acercarse con sigilo y aguzar el oído como nunca. Pronto reconoció al resto de la comitiva; eran asiduos visitantes de su padre.

—¿Pero están seguros de la identidad de los ejecutores? —preguntó Juan Manuel con tono de hartazgo.

—Sí, Vuestra Excelencia, no le voy a decir una cosa por otra. Manuel Maestre, Felix Padín y Manuel Gaetán, sus gracias. —Cuitiño dio la información sin titubeos; no quería que el Gobernador se exaltase, aunque parecía una misión imposible.

—¿Y quién dio la orden? —bramó Rosas.

Se hizo un silencio que metía miedo y que duró demasiado tiempo. Manuelita pensó si la habrían descubierto. Tragó, se apretó aún más contra la pared y cerró los ojos, como si no ver tuviera el poder mágico de impedir que la vieran.

—Excelencia, tuve que reunir de inmediato a la comisión permanente de la Legislatura para tomar medidas —se adelantó Pinedo mientras buscaba la complicidad de Mansilla, cuñado de Rosas y uno de los convocados de urgencia a la reunión.

—A ver, Lucio, prefiero escuchar lo que has visto antes que guiarme por testimonios de desconocidos. —Se notaba preocupación en su voz. Juan Manuel presentía que esta vez el peligro era real.

—Confirmamos el reconocimiento del cadáver que hizo la policía —dijo

Mansilla, mientras levantaba la ceja renegrida y clavaba la vista en Cuitiño—. Y acordamos con el diputado don Lucas González Peña que se levantara un sumario para elevarlo a quien correspondiese. También dispusimos que se conservara al muerto en la sala de la presidencia al cuidado de dos empleados hasta las 9 de la mañana de mañana, para que entonces sea llevado al Cementerio del Norte.

—¿Quién más estaba con ustedes? —A esta altura, Rosas sólo parecía confiar en los lazos de la sangre.

—Además de nosotros y González Peña —lo señaló a Pinedo—, estaban el diputado Manuel Irigoyen, el obispo y Eduardo Lahitte.

En cuestión de segundos, Rosas hizo una especie de inventario mental de cada uno de los participantes a esa reunión. El obispo le gustaba poco y nada. Mariano José de Escalada, primo hermano de la difunta doña Remedios de Escalada, había logrado el obispado luego de infinitas luchas de poder. El Gobernador desconfiaba de esos hombres que se escondían detrás de la sotana. Defendía a algunos sin miramientos, pero con otros podía llegar a ser muy despiadado. Escalada había sido un gran defensor de los jesuitas años atrás, pero no era de los favoritos de Rosas.

—Suficiente para ustedes, Pinedo y Cuitiño. No los necesito aquí. —Juan Manuel ni siquiera los miró. Resopló con apuro y se incorporó.

Los despedidos salieron del despacho con furia contenida por haber sido excluidos. En el pasillo se cruzaron con Manuelita, que no había tenido tiempo para escapar. Pero tal era su malestar que ni siquiera repararon en su presencia. La joven suspiró con alivio y regresó a su refugio para escuchar.

Rosas se había quedado con el grupo más íntimo: Mansilla, Terrero —que estaba desde hacía varias horas en la casa— y el ministro de Relaciones Exteriores, Felipe Arana, hombre de gran lealtad.

—Más vale que haya muerto así. Si llega a hacerse proceso me pregunto cuántos más hubieran caído —murmuró Rosas casi como para sí mismo.

Los demás lo miraron con preocupación. Temían el derrotero de los hechos. ¿Qué pasaría ahora? ¿Hasta dónde llegaría el Restaurador de las Leyes?

—Hice todo tipo de esfuerzos para traerlo a tu presencia, Juan Manuel, pero no quiso —dijo Juan Nepomuceno.

—Es que el doctor Maza había perdido la cabeza. En cuestión de horas los unitarios dirán que lo mandé matar, ya van a ver —y apretó la mandíbula.

—Qué pasará ahora... Sabes bien que una muerte trae otra y esto puede llegar a ser un camino sin fin —acotó Lucio.

—Lo peor es que hay federales en el complot. —Los ojos azules de Rosas parecían de hielo—. Quiero saber quiénes son. No temo por mi vida, sino por los horrores que va a presenciar Buenos Aires si no me matan.

—Pero Juan Manuel, no digas eso. Hemos trabajado para dismantelar este intento de revuelta. No volverá a suceder —intervino Arana, tratando de calmar a su amigo.

Rosas volvió a sentarse a la mesa, tomó pluma y papel, y escribió con frenesí. Al

finalizar, firmó y le entregó el documento a su ministro. Era la orden de fusilamiento de Ramón Maza.

—Ejecuten mañana mismo al hijo de Manuel. Veremos qué hacemos con el resto de los conspiradores —dijo a modo de despedida. Estaba cansado y se había hecho demasiado tarde.

Manuelita ahogó un grito desde el pasillo. No podía creer que su amigo Ramón fuera ejecutado en unas horas. Un dolor incalculable le inundó el pecho. Ni siquiera hizo a tiempo para alejarse de la puerta sin que no la vieran. Su tío y los otros dos caballeros salieron preocupados y se toparon con la Niña. Ella no atinó a dar explicaciones, cruzó el umbral y corrió hacia donde se encontraba su padre.

—¡No, Tatita! No puede mandar a matar a Ramón, no me haga esto —lloriqueó mientras lo tomaba de las manos.

—Basta, Manuela, no puedo creer que defiendas a esa gente. ¡Intentaban matar a tu padre!

—Es increíble, le llenan la cabeza con mentiras. Son todos carroña, Tata. Ramón es el cuñado de Juancito —dijo la Niña con un rictus de terror en el rostro.

—¿No aprendiste nada a mi lado, m'hija? Déjate de pavadas, que éstas son cosas de hombres. Y que sea el cuñado de tu hermano no cambia en nada. Padre e hijo, dos tapados, desleales de mierda. Y aquí no termina la cosa.

—Por favor, no derrame más sangre, Tatita. Déjeme interceder por algunos encarcelados. Con la muerte de los Maza será suficiente.

Recién entonces Rosas se detuvo a mirar a su hija. Estaba desencajada, no recordaba haberla visto así ni siquiera cuando había fallecido Encarnación. Le acarició la mejilla con el dorso de la mano. No le gustaba verla vulnerable, le hacía mal.

—Hago lo que me pidas, Niña. Dame los nombres y serán puestos en libertad.

—Avelino Balcarce y Carlos Tejedor —dijo entre hipo.

—Ahí tienes otro de tus empeños. No les doy su merecido por consideración a sus padres. Y les voy a prevenir que cuiden a sus hijos para que no vuelvan a relacionarse con los salvajes unitarios.

Manuelita abrazó a su padre y así permaneció un buen rato. Rosas se enterneció pero hizo un esfuerzo por no demostrarlo. Había algo que lo inquietaba todavía: cómo reaccionarían su hijo y su nuera, cuñados del próximo fusilado.

CAPÍTULO V

El gran salón de la calle Biblioteca^[8] había sido acondicionado para la tertulia que ofrecía Manuelita. Era una reunión menos concurrida que otras, pero eso no significaba que la Niña no recibiera amigos en su casa como era habitual. La muerte de los Maza, hacía unas pocas semanas, había hecho mermar las celebraciones a puertas abiertas. Todavía circulaba una desconfianza pavorosa en Rosas, y su hija sabía a quiénes sacar de las listas, aunque fuera sólo por esos días.

El número de invitados había quedado reducido a la ineludible Juanita Sosa, Dolores Marcet, Sofía Frank, Telésfora Sánchez, Petronila Villegas y Marica Mariño, todas con sus chaperonas o sus madres, salvo la Edecanita, que ya casi formaba parte de la familia; además jamás se le hubiera ocurrido presentarse con la suya, no pertenecía a esa clase. También estaban sus tías Pepa Ezcurra —sin consorte y única representante de la rama de su madre—, y las hermanas de su padre: Agustinita, junto a su marido Lucio Norberto Mansilla; Dominga y su marido, Pedro Rivera Rondeau, y Manuela junto al suyo, el doctor Henry Bond, y a su hija mayor, Merceditas, que había cumplido los trece años hacía poco. Además de los nombrados, el grupo masculino estaba formado por los íntimos: el edecán de Rosas, Antonino Reyes, que miraba con deseo a Manuelita, aunque ella parecía no darse por enterada; Reyes había traído a un amigo, don José María Cabral. Estaban también los hermanos Oyuela, Ángel, Calixto y Fernando —este último junto a su esposa, María Alagón—, cercanos a Rosas desde los tiempos de la expedición al desierto, y el joven *monsieur* Jean Jacques Girondeau, integrante de la colectividad francesa, que había hecho buenas migas con la hija del Gobernador.

A las nueve de la noche empezaron a llegar los invitados, y según mandaba el protocolo, uno de los sirvientes de la casa los recibía en la puerta de entrada donde debían aguardarlo hasta que diera aviso a Manuelita. Luego regresaba para hacerlos pasar al salón de recibo, donde tras una espera prudente aparecía la dueña de casa. Con las mujeres hubo saludo de besos y abrazos a la francesa^[9]; con la esposa de Fernando Oyuela, no demasiado cercana a la familia, un solo beso; con el resto, dos besos. Más formal y con un suave movimiento de cabeza, la damita saludó a los varones.

Las tres Ortiz de Rozas se habían acomodado en uno de los sillones barrocos de la sala. Sus maridos ocupaban otro sector, cerca de una de las tantas mesas de arrimo que decoraban el amplio espacio y que sostenían los candelabros de tres velas, de plata labrada.

—¿Cómo están tus niños, Dominga? ¿Se recuperó Miguelito de esa angina brutal? —preguntó Manuela Ortiz de Rozas, como si fuera entendida en medicina.

—Parece que exageramos más de lo debido. Le di esas pastillas que me recomendó tu marido y santo remedio —respondió aliviada.

Manuela sonrió con orgullo. Los esposos de ambas eran médicos y entre ellas cada tanto competían por los conocimientos de cada uno, disputa que tenía sin cuidado a los hombres.

Sobre una de las mesas el servicio había colocado varios botellones de vino, una infinidad de copas, limonada y agua. Algunos caballeros se acercaban a servirse y aprovechaban para conversar.

—Supongo que se habrán enterado de la última acción de Juan Manuel; qué pena que no esté entre nosotros esta noche —les dijo Fernando Oyuela a Bond y a Rivera.

—No tengo idea de qué hablas —dijo Pedro. Su relación con Rosas tenía muchos vaivenes. Eran tiempos de bonanza, pero nunca se sabía.

—Los comerciantes designaron por unanimidad a Saguí para que integre el Tribunal de Comercio y Juan Manuel rechazó el pliego. Dice que es un enemigo de la causa de la Federación y que no merece la confianza del gobierno. —Oyuela le clavó unos ojos negros escrutadores; era un incondicional de su amigo.

Francisco Braulio Saguí estaba casado con Andrea, otra de las hermanas de Rosas y una de sus dilectas. De jovencitos habían compartido mucho tiempo juntos; incluso hacía tiempo uno de sus amigos le había arrastrado el ala, pero no había llegado a buen puerto. El elegido —sobre todo gracias a la venia de su madre, doña Agustina López Osornio— había resultado Saguí. Rosas estimaba a su cuñado, a pesar de que no pensaran igual en cosas de política. A él le permitía usar chaleco blanco y no colorado, como había impuesto a toda la población. Pero luego de la intentona de revuelta, desconfiaba de todo el mundo. Y el Tribunal de Comercio era un lugar estratégico.

De repente, un bullicio inesperado que venía de la calle interrumpió la reunión. Manuelita y un par de amigas corrieron a la ventana para espiar qué sucedía. Un carro conducido por un joven de punta en blanco y atuendo rosista, y dos damas vestidas con el luto de rigor al cuidado de un retrato del Restaurador de las Leyes, pasó por la puerta de casa. Las custodias asintieron con la cabeza a modo de saludo y revolearon sus pañuelitos punzó con entusiasmo.

—¡Miren! Celebran a nuestro Gobernador, como se debe —dijo Juanita, apoyada en el alféizar. Se quitó el clavel que tenía en el peinado, lo besó y lo arrojó hacia el carro.

—Ese mismo retrato estaba expuesto en el altar de La Merced. Pasamos con mamita los otros días, para saludar al padre Belisario y allí estaba. Grandioso tu padre.

Dolores Marcet miró a su amiga.

Manuelita se perdió en sus pensamientos. Hacía semanas que la ciudad se había dispuesto a festejar el fracaso de la conspiración. Se ofrecían bailes, banquetes y brindis por doquier. De los grandes ventanales de los hogares federales colgaban banderas coloradas, que manchaban las paredes blancas como si fueran la sangre unitaria que empezaba a correr entre las manos de la Santa Federación. La Niña y su

corte eran parte primordial en esos convites. Ella prefería no ir pero su padre la obligaba, y debía cumplir las órdenes de su Tatita.

El sonido de las voces de sus amigas le lastimaba los oídos. Le hablaban sin parar pero ella estaba en otro mundo. Juanita la miraba intensamente y ella sentía una incomodidad nueva entre ellas. No sabía qué le pasaba pero hacía días que se sentía lejos de su amiga.

—¿Dónde están tu hermano y tu cuñada, Manuelita? ¿Ya ha nacido el pequeñín? —preguntó Telésfora acercándose.

—No todavía, pero está pronto a nacer —mintió la Niña. El corazón se le estrujó al recordar a su hermano. El parentesco con los Maza había enardecido a su padre y sin mediar siquiera una mínima reflexión, les había pedido a Juan Bautista y a Mercedes que se alejaran de su casa. No había tenido consideración por el estado avanzado de embarazo de la joven. Pero Manuelita adoraba a su hermano y el dolor de la distancia obligada la tenía a maltraer. Otra orden que cumplir.

Miró a su alrededor y suspiró. Necesitaba cambiar el estado de ánimo. En la otra punta estaba su tía Pepa junto a su prima Merceditas Bond, conversando animadamente. De pronto le pareció que se veía a ella misma a los trece años junto a su tía, en una escena idéntica. El vínculo con Pepa siempre había sido muy estrecho, como el de una madre y su hija, como el que no había tenido con Encarnación. Caminó hasta ellas y se sentó al lado de la jovencita. La rodeó con su brazo y comenzó el cotilleo.

La reunión era un éxito, como solían ser todas las que ofrecía Manuelita Rosas. Los sirvientes entraban y salían del salón con las bandejas repletas de comestibles y bebidas. Las señoras conversaban y los caballeros hacían lo mismo, cada grupo con su tema. Por lo bajo sonaban algunos acordes de piano y guitarra, para no interferir en las charlas. Pero de pronto la dueña de casa ordenó que tocaran su minué favorito. Tenía ganas de bailar un rato y sacudirse los pensamientos tristes.

—¿Me permitirías este baile, Manuelita? —propuso Reyes sin perder ni un segundo.

—A ver si me puedes seguir el paso, Antonino —sonrió ella, y le extendió la mano para que se la tomara.

Las tías paternas la siguieron con la mirada. Tinita sonrió con complicidad. Era evidente el interés del joven. Había que ver cuál sería la reacción del padre. Su hermano guardaba con celo la vida de su hija y, desde que había quedado viudo, esa sobreprotección se había triplicado. Entre vuelta y vuelta del baile, cruzó una mirada con su sobrina y le guiñó el ojo. Aprobaba a ese candidato, ya era hora de que Manuelita encontrara a algún caballero digno de compromiso. Y el edecán de su hermano, el joven Reyes, parecía el candidato adecuado: gentil y trabajador, además de federal. Pero al encontrarse con la mirada de su tía Manuelita se ruborizó y miró para otro lado. La ansiedad de una parte de su familia la exasperaba. No veía por qué debía entregarse a alguien. Por el momento, el único hombre de su vida era su padre.

A los pocos minutos, su amiga Sofía Frank se le unió en el baile junto al francés. Los invitados más jóvenes copiaron el gesto y la fiesta cobró animación.

Los caballeros de más edad continuaban con la charla, y cada tanto se exaltaban en la discusión. No era para menos, los últimos acontecimientos habían sido muy serios y exigían mucho análisis.

—Una pena que esta vez no nos acompañe Juan Manuel. ¿Qué le ocurrirá? —se preguntó en voz alta Lucio Norberto.

—Debe andar encerrado en su despacho, al calor del trabajo —intervino Fernando.

—Tengo entendido que repartió seiscientas leguas entre sus militares dilectos —interrumpió Rivera Rondeau con gesto ambiguo.

—No veo el inconveniente. Es un premio merecido tras el aplastamiento de esos cobardes traidores. —Ángel tenía poca paciencia y le gustaba mostrarlo.

Además de las tierras, Rosas había repartido hacienda que había sido confiscadas. A cada general le había entregado dos mil quinientos vacunos y otro tanto de ovejas, y a los soldados, cincuenta vacunos y ciento cincuenta lanares a cada uno.

La puerta del salón estaba abierta. Desde el umbral, donde hacía un rato se había apoyado, Juan Manuel observaba todo lo que sucedía adentro. Con los brazos cruzados y un papel en una de sus manos, parecía tranquilo.

—Pero ¿qué hace mi cuñado ahí en la esquina, como espiando? —le gritó Lucio Norberto y abrió los brazos. El resto de los invitados miró con asombro hacia donde estaba el Restaurador, pero en seguida continuaron con sus asuntos. El festejo estaba en su punto cúlmine y parecía que nada ni nadie lo detendría.

Juan Manuel se acercó al grupo de caballeros y apartó a Mansilla y a los Oyuela. Estaba exultante y quería compartir el motivo con ellos.

—Recibí esta carta por la mañana. No es la primera que recibo, pero el apoyo de San Martín me alienta y me confirma una vez más que no estoy errado —dijo y la desplegó para volverla a leer—. Mientras aquí estamos rodeados de traidores, un hombre excelso desde Francia describe con precisión los aconteceres de nuestra querida Patria.

Los hombres lo escuchaban con suma atención, esperando la lectura que Rosas demoraba. La ansiedad los carcomía.

—Pero lee, hombre, que la curiosidad nos va a matar —lo increpó Lucio.

Rosas lanzó una risotada; era evidente que disfrutaba de provocar a sus interlocutores. Se detuvo un tiempo más y por fin empezó.

—Me habla del bloqueo —se acomodó y leyó— ... *Esa conducta puede atribuirse a un orgullo nacional cuando puede ejercerse impunemente contra un Estado débil... Pero lo que no puedo concebir es el que haya americanos que por un indigno espíritu de partido, se unan al extranjero para humillar a su Patria y reducirla a una condición peor que la que sufríamos en tiempos de la dominación española: una tal felonía ni el sepulcro la puede hacer desaparecer.*

Cómplices, los presentes intercambiaron miradas. Admiraban a don José de San Martín a la distancia. Les habría gustado tenerlo allí, junto a ellos, pero no era fácil. El recuerdo de los sucesos del pasado estaba demasiado presente para el general. Pero cada tanto ellos insistían, aunque la respuesta que esperaban nunca llegaba.

Juan Manuel suspiró satisfecho. La misiva de San Martín le había cambiado el humor. La atmósfera de muerte, con la que había convivido aquellas últimas semanas y que lo tenía asqueado, parecía haber concluido por el momento. Prefería dejar de lado las cuestiones violentas y conectarse con la vida, aunque fuera tan sólo por un tiempo. Levantó los ojos de la carta y miró a su alrededor. Su hija se balanceaba al ritmo de la música y sus hermanas seguían con la conversación que las tenía enfrascadas desde hacía rato. Cabeceó a modo de saludo y ellas respondieron con una sonrisa amplia. Su cuñada también le dedicó un saludo y él respondió amable. Pepa colaboraba con su gobierno extraoficialmente, siempre había sido una buena oreja en su favor. Amiga pródiga de muchas familias porteñas, a veces llegaba con chismes siempre bienvenidos. Así podía enterarse, de fuente fidedigna, de las identidades de desleales, traidores y enemigos. Sin embargo, ella no era la única que colaboraba con la causa federal; Rosas tenía cientos de ávidos entregadores.

Las amigas de su Niña parecían ocupar todo el salón con su griterío y su excitación. Risas que parecían cacareos, infidencias a voz en cuello, abrazos por cualquier motivo, así se relacionaba la corte de su Manuelita. De repente, percibió una rara sensación, como si algo lo reclamara. Su mirada de hielo recorrió el salón y se detuvo en Juanita Sosa. Ella lo penetraba con los ojos. Era tal la insistencia de esa mirada que se incomodó, aunque sólo duró unos segundos. Guapa, la Edecanita, se dijo. Hacía un buen rato que había recluido a Eugenia en Palermo. De cualquier modo, su gravidez le había impedido hacer uso de su cuerpo. Pensó en su cautiva y sonrió. Le había perdido el ansia después de verla con esa panza inmensa. Ya la traería de nuevo a la casa, pero mientras tanto... Como si se hubieran puesto de acuerdo, Rosas y Juanita salieron del salón sin ser vistos. La fiesta seguía en pleno fragor.

El siseo de la falda de la Sosa interrumpió el silencio de los pasillos de la casa. Caminaba lento, mirando de un lado a otro, como en busca de algo. De pronto, una puerta se abrió y del otro lado estaba Juan Manuel.

—¿Perdida, mi Edecanita?

—Eso parece, ¿no es cierto? Mire, su Excelencia, que conozco la casa de memoria. Debe ser el licor... —dijo con gracia la amiga de Manuelita.

—El que busca, encuentra, Juanita. Pero si estás mareada, mejor será que descanses un poco —la tomó de la mano y la obligó a entrar a su despacho.

La jovencita se dejó hacer, aunque el bombeo del corazón se aceleraba. Le gustaban varios caballeros, pero el Gobernador era otra cosa. La acompañó hasta una silla y la ayudó a sentarse. Se apoyó contra el respaldo a sus espaldas y posó sus manos sobre los hombros de la joven. Con intensidad, le hundió los dedos y llegó

hasta la piel suave del cuello. Sin miramientos apretó con fuerza. La cabeza de Juana perdió el control y se fue hacia atrás, contra el cuerpo viril de Rosas. Sus cuarenta y seis años apenas se notaban. Estaba más que en forma. Comía poco, no era adepto al alcohol y cabalgaba como un gaucho siempre que podía. La Edecanita jadeó. Juan Manuel la incorporó y dejó que sus manos se perdieran entre las enaguas de la mujercita. «Juana, ¿dónde te has metido?», se escuchó a lo lejos. Manuelita la buscaba. Se detuvieron en el acto. Rosas le lamió la cara desde el cuello, después la soltó y la miró fijo.

—Te llama mi hija, ve nomás —dijo, y le palmeó la redondez debajo de la falda—. Mía.

Juana intentó que su respiración volviera a la normalidad. Aguardó lo suficiente y salió del despacho del Gobernador. Cerró la puerta y se detuvo por un rato, recuperándose. No podía creer lo que había sucedido. Se sumaba a la lista de señoritas a las que Rosas les había echado el ojo. Pero ella no era como todas, de eso podían estar más que seguros.

* * *

La tensión crecía en Buenos Aires al mismo tiempo que el clima de violencia. Los asesinatos de los Maza no habían aplacado los ánimos sino al contrario. Si los federales habían pretendido asustar a los habitantes de la ciudad, habían perdido la intuición. Nada más alejado. De un bando y del otro se urdían febriles planes de exterminio. Y Rosas quedaba en el medio, como si fuera un espectador, como si no formara parte de esa ignominia. El Restaurador de las Leyes jugaba a la ceguera puertas para afuera pero estaba bien enterado de todo.

El frío de agosto no había congelado las ansias de confrontación. Faltaba poco para los tiempos de cabezas unitarias degolladas por doquier, pero ya el ambiente comenzaba a caldearse por demás. No hacía falta lanzar o escuchar amenazas. El filo de las facas brillaba en cualquier momento y lugar, a la espera de carne donde penetrar. Voracidad de sangre aún agazapada.

Los comisarios Andrés Parra y Ciriaco Cuitiño agrupaban fuerzas y alentaban pensamientos de represalia. Para demostrarle a su Gobernador cuánto defendían la causa federal, hacían envíos de correspondencia casi cotidiana. Necesitaban que su jefe conociera su nivel de entrega. Rosas, por su parte, se proponía amedrentar a los exaltados, asustar a la caterva de unitarios resentidos que seguían con los planes de asesinato. Para eso tenía a Pedro De Angelis, su colaborador dilecto, que dirigía *La Gaceta Mercantil* y a quien le pedía que publicara lo que hacía falta según las circunstancias:

El único sentimiento, Excelentísimo Señor, que les queda a los que firman, es que estos indignos traidores y reos criminales de Lesa Patria y América no hayan probado de nuestras manos el puñal que desnudo conservamos para sostener la ilustre persona de Vuestra Excelencia a costa de nuestra propia sangre, como

del mismo modo el nombre santo de la Federación, que hemos jurado sostener con nuestras propias vidas.

Las huestes de Rosas caminaban las calles en busca de traidores. Con caras de pocos amigos perseguían unitarios cual perros vizcacheros. Sometidas al vaivén de los ánimos del Gobernador, prometían sangre derramada al menor intento de traición.

El 13 de agosto, Juan Manuel recibió una terrible noticia. Su padre, don León Ortiz de Rozas, dejaba de vivir a un año de cumplir los ochenta. Pocos días antes, como si hubiera visto venir el fatal desenlace, Rosas le había hecho llegar un borrador del testamento en el que daba indicaciones de renuncia a la herencia a favor de sus hermanos y de su madre. Así se despedía de don León:

... Que Dios Nuestro Señor conceda a su merced los alivios y restablecimientos por que tanto rogamus, es el sentimiento más íntimo de su amante hijo que le pide su bendición y le besa su mano.

El día de la muerte de don Ortiz de Rozas, Juan Manuel acompañó a su madre en silencio. Doña Agustina yacía postrada en su cama, de donde hacía tiempo que no se levantaba, las piernas habían dejado de responderle. Aquella dama que había manejado los hilos de la familia con mano de hierro y una altivez física fuera de lo común, era una sombra de lo que había sido. La parálisis le había ganado el cuerpo aunque no pasaba igual con su cabeza. Desde la inmovilidad seguía dominando los hilos de su familia. El látigo lo tenía en la lengua. Sin embargo, Juan Manuel tenía el cuero duro y veneraba a doña Agustina. De tal madre, evidente hijo. Luego de las exequias, le hizo llegar una esquela sentida: «Sabe su merced que no cesaré jamás de acompañarla en su dolor. ¡Ah!, llore su merced, llore para poder ensanchar su corazón». A pesar de la distancia, de las idas y vueltas entre ambos, y de las disputas que habían vivido a causa de Encarnación, el lazo entre ellos era indestructible.

Mientras tanto, la lista de los desleales agregaba nombres y derrumbaban la credibilidad del Gobernador. Cuando había pensado que nada peor que la traición de los Maza podía acorralarlo, llegaba a sus oídos que su dilecto escribiente Enrique Lafuente, aquel con quien compartía horas de despacho, era un espía encubierto y formaba parte del Club de los Cinco, la agrupación antirrosista por antonomasia. Esta vez Rosas prefirió mirar hacia otro lado y permitir que el joven revolucionario escapara rumbo a la Banda Oriental para poner a salvo su vida.

Pero lo que más hería al Restaurador era el silencio de su hermano Gervasio. Desde su más tierna infancia, Gervasio se había caracterizado por un mutismo del que era casi imposible sacarlo. ¿Se había amparado siempre tras esa característica de niño especial para ocultar sus verdaderos sentimientos? Rosas tenía pocas pulgas e intuía lo peor: tenía un traidor en el seno de la familia. A diferencia de Prudencio, que lo apoyaba en cuanta decisión política tomaba, Gervasio no emitía opinión pero su mirada torva hablaba por él.

Con septiembre y la antesala de la primavera, los habitantes de la ciudad se esperanzaron en que la tensión que habían vivido durante el mes anterior empezara a

ceder. Lavalle, uno de los enemigos más intempestivos de Rosas, había preferido cambiar el escenario de la contienda: eligió Entre Ríos en vez de Buenos Aires. Bajo protección francesa, se dirigió hacia allí al mando de setecientos hombres dispuestos a hacer la guerra.

Pero llegó octubre y la tensa calma de los Libres del Sur comenzó a quebrarse. Con Lavalle lejos y sintiéndose abandonados en su buena fe, tomaron sus armas, montaron los caballos y cabalaron rumbo a Dolores al mando de los coroneles Pedro Castelli, hijo del independentista Juan José Castelli, Manuel Leoncio Rico —un oficial de carrera, desencantado de Rosas— y Ambrosio Crámer.

El 29, la población se reunió en la plaza y, arengados por los remozados unitarios, se arrancaron las divisas que coloreaban sus trajes obligados por el luto. El espejismo triunfalista los llevó a pisotear algún que otro retrato del Restaurador de las Leyes. Los estancieros vivaron a grito pelado, la peonada siguió sus instrucciones y la revuelta se extendió de Dolores a Chascomús. El coronel Prudencio Ortiz de Rozas, hermano dilecto, vadeó el río Salado y avanzó con sigilo al anochecer del 6 de noviembre para caer por sorpresa sobre los revolucionarios. El triunfo fue instantáneo y la tropa federal no cejó hasta lograr los degüellos de Castelli y Crámer. Las cabezas de ambos fueron colocadas en una pica en la plaza principal, y allí permanecieron durante semanas para dejar en claro quiénes eran los poderosos.

El otro hermano de Rosas tuvo otro destino. Gracias a las innumerables traiciones y componendas resbaladizas, Gervasio recibió una nota donde le advertían que lo prenderían. Sin un minuto que perder se puso a resguardo, tomó la pluma y le anunció a su madre que no tuviera cuidado, que él no estaba comprometido en esta rebelión y que jamás tomaría armas contra sus hermanos; que ya estaba a salvo y se iría para Montevideo. Cruzó el río y sumó así uno más a la interminable lista de exiliados.

Los levantamientos recrudecieron la desconfianza que ya tenía Rosas. Los días que faltaban para terminar ese año 1839 transcurrieron con lentitud para él, envuelto como estaba en un ansia de represión y vigilancia como nunca antes había sentido. Tanto el campo como la ciudad estaban cubiertos por un velo de violencia que por momentos se desataba sin disimulos. Cualquier unitario confeso podía encontrar la muerte en plena calle, como si fuera un amigo al que hacía tiempo que no veía. Una tarde, el abogado y pintor Andrés Somellera, muy vinculado a los Maza, recorría la Plaza 25 de Mayo^[10] junto al suizo Félix Tiola y a Manuel Bustillo, repartiendo ejemplares del periódico antirrosista editado en Montevideo *El Grito Sagrado*, del que participaba como dibujante de láminas. Al finalizar la tarea, cada uno partió para su lado sin reparar en lo que sucedía a su alrededor. Somellera se dirigió tranquilamente hacia La Paz^[11] con destino a un remate que tenía lugar a pocas cuadras de allí. Nunca llegó. Un grupo de mazorqueros, entre los que se encontraban Cuitiño y Gaetán, lo atacaron a palazo vivo. En cuestión de segundos, los transeúntes que circulaban por las cercanías hicieron oídos sordos y se escondieron detrás de

alguna puerta que los amparara. Nadie quería ver ni escuchar la muerte. El miedo envolvía a Buenos Aires. Herido, Somellera logró huir y vivió agazapado los meses que pudo hasta que logró organizar su fuga al otro lado del río. Tiola no tuvo la misma suerte: fue capturado y fusilado por orden de Rosas. Bustillo, por su parte, confiado en el amparo de la noche, salió de su casa pero fue interceptado y trasladado al Hueco de los Sauces^[12], donde recibió tal castigo físico que le llevó meses recuperarse.

La violencia se diseminaba como lava. Para ese entonces ya era moneda corriente. Algunos preferían no ver lo que sucedía y optaban por guarecerse en la tranquilidad de sus hogares. Todos desconfiaban de todos. Los federales de los unitarios y viceversa. Ni pertenecer a un mismo bando alcanzaba para estar a salvo de los resquemores. No fuera cosa que estuvieran prestos al cambio... Conspiraciones eternas, uniones intempestivas y vigilancias feroces: así era el clima que se vivía en Buenos Aires. Algunos lo padecían, otros lo llevaban con hidalguía o según su conveniencia, cumpliendo a rajatabla el orden establecido. El gris y blanco de las calles se veía intervenido, de tanto en tanto, por manchas rojo punzó. El atuendo obligado de los caballeros eran el chaleco y la chaqueta colorada, y el sombrero de panza de burro. Iban uniformados como un modo de evitar la molestia de ser amenazados por los seguidores de Rosas, siempre más embravecidos que él mismo. Pronto las puertas y ventanas también empezaron a vestirse con el color federal. Las damas tampoco estaban exentas; la impertinente que no cumpliera con la nueva costumbre de asistir a misa con la divisa punzó bien expuesta, podía ligar un moño con alquitrán en el pelo de manos de la Mazorca. Cada tanto aparecía un desafiante, y el castigo no tardaba en llegar al grito de «¡Mueran los salvajes unitarios!». Las señoras vengaban su furia al susurro de «rosines infames». Cada cual tenía su lenguaje pero todos compartían la misma iracundia.

CAPÍTULO VI

El calor había dejado de ser agobiante pero el sol aún pegaba fuerte. Era mejor guarecerse al mediodía dentro de la casa. Durante el verano, las familias pudientes de Buenos Aires se mudaban a alguna quinta o estancia en las afueras. Los Rosas no eran excepción. A fines de diciembre, Juan Manuel y Manuelita se habían trasladado a Palermo de San Benito, con equipaje tupido para la dama y no tanto para el dueño de casa. Ese detalle ya había trastornado el humor de la niña. Había dado por hecho que su padre no pasaría demasiados días en la casona y, como casi siempre, su intuición se confirmaba. A las pocas semanas de llegar, Rosas montó su caballo y emprendió el regreso a la ciudad con la promesa de volver cuanto antes. Así lo hizo, pero como si se le hubiera partido un panal de abejas en la mano, raudo, partió de nuevo.

Manuelita se aburría sola. Sus amigas no la habían acompañado en esta oportunidad. Sus familias habían preferido que se quedaran en la ciudad, un artilugio para poder vigilarlas de cerca. Las cosas no estaban bien en Buenos Aires y tenerlas lejos y tal vez con algún peligro al acecho, les hacía poca gracia. La ciudad tampoco era un lugar demasiado seguro. Cada tanto se podía ver unitarios arreados por las calles, listos para ir a la cárcel y, si hacía falta, al patíbulo. Por si fuera poco, el 1° de enero de 1840 la provincia de Corrientes le había declarado la guerra a Rosas y su gobernador, Pedro Ferré, lo había anunciado así a través de un manifiesto:

Es ya una verdad demostrada que Corrientes tuvo poderosos motivos en el año 1839 para declarar la guerra al gobernador de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, y a los sostenedores de este funesto poder. La publicidad con que Juan Manuel de Rosas interviene en los negocios puramente domésticos y exclusivos de cada provincia, deprimiendo la soberanía e independencia de ellas: los caudales que ha levantado para sus gobernadores: las crueldades y muertes que ha prodigado a sus hijos más respetables: la infracción que ha hecho de tratados solemnes, que existían entre los pueblos de la Confederación, y constituían la única garantía de su tranquilidad y soberanía, han clasificado a aquel gobernador como el más formidable usurpador de la Independencia provincial, como el primer tirano de la República...

No eran buenas noticias para Buenos Aires. El Gobernador sumaba una nueva estocada y terminaba por perder la poquísima paciencia que tenía. Así fue que el intento de compartir unos días de descanso junto a su hija había volado de un plumazo. Manuela entendía las obligaciones de su padre pero a veces se cansaba de que la postergara por los asuntos de la política.

Esperaba con ansiedad que la canícula bajara un poco para poder cabalgar. Le gustaba perderse entre los montes hasta bien entrada la tarde. Y ahora que su padre no estaba para controlar, podía escapar sin problemas.

Una de esas tardes salió a la galería y se acomodó en una de las reposeras. Abrió la canasta donde guardaba las labores y puso manos a la obra. Necesitaba que las horas pasaran y el bordado ayudaría. La destreza con el hilo y la aguja la había heredado de su tía Pepa y de su abuela Teodora Arguibel. Desde muy chica la habían

iniciado en la tarea, casi como un asunto de sangre. Su madre no había participado en el legado; Encarnación siempre había estado para otras cuestiones más importantes: el cuidado de la economía de la familia y la construcción concienzuda de la figura política de su esposo. Las tareas domésticas se las había dejado a las otras mujeres de la casa.

Entre los ovillos descansaba la carta de su amiga Sofía Frank que había recibido el día anterior. La comunicación entre las amigas era fluida y constante. La correspondencia iba y venía de la ciudad a la quinta y de la quinta a la ciudad con velocidad de ráfaga. Siempre había sido así. Manuelita extrañaba a sus amigas cuando no las tenía cerca. Con algunas era más confidente que con otras pero mantenía un vínculo férreo con todas. Releyó con parsimonia la carta de la joven Frank. Le contaba con lujo de detalles lo bien que la había pasado en la fiesta que había ofrecido el capitán de la fragata HMS *Calliope*, Thomas Herbert. Ella, sus hermanas y George, su padre, como exponentes de la colectividad inglesa, habían sido convidados al agasajo del intrépido comandante, que había recalado en el puerto de Buenos Aires por poco tiempo para luego continuar viaje por los mares. Manuelita sintió desazón, le habría gustado tanto ir a la fiesta... La comida y el baile habían tenido lugar en una casona de la Calle de la Paz. «La decoración desplegada para la ocasión fue esplendorosa al extremo; banderas de todas las naciones flameaban en el patio, iluminado brillantemente con candelabros de vidrio de *muchos* colores, adornados con un escudo formado por las letras V. y R., y una corona en el centro^[13] con la palabra *Calliope*», le contaba Sofía. El agasajo había estado a cargo del ministro británico John Henry Mandeville, inglés que el padre de Manuelita reverenciaba. Tres grandes salones se habían ornamentado para el baile y también había un cuarto destinado a los refrigerios, donde se ofrecían dulces exquisitos. La comida se había servido con cubiertos de plata, y Sofía contaba que habían comido jamón inglés. La mesa estaba adornada con flores frescas, que despedían una fragancia deliciosa. El baile había comenzado a las ocho de la noche y había durado hasta las cuatro de la madrugada. Sofía le confesaba que había sentido una alegría inusitada cuando la sacaron a bailar varios caballeros. Entre tanto minué, vals, contradanzas y federales, había olvidado el nombre de algunos de los candidatos. El ministro de Hacienda, Manuel Insiarte, era el más buscado para la conversación, pero no precisamente por las señoritas. El emisario de Rosas era el centro de interés de los ingleses. La descripción de las joyas de doña Carmen Quintanilla de Alvear era tan minuciosa que Manuelita sentía como si tuviera el pedrerío entre las manos. «Sigue siendo una mujer preciosa a los 47 años», le confiaba su amiga. Doña Carmen había permanecido en Buenos Aires mientras que su esposo, don Carlos de Alvear, estaba en Estados Unidos, país del cual había sido nombrado embajador dos años antes.

Levantó la vista del papel y vio que el sol había bajado. El tiempo había pasado y no lo había notado. Se incorporó y caminó hacia el fondo del caserón, donde descansaba parte de su tropilla. El capataz le tenía tres caballos siempre listos por si

acaso. Era bien sabido en Palermo que la Niña podía aparecer de la nada y exigir una monta al instante. Con el cuidado de sus animales tenía pocas pulgas. Y, digna hija de su padre, no aceptaba una negativa como respuesta.

—Niña, ¿pues, qué la trae por aquí? —la saludó María Patria, con los brazos en jarras sobre la falda blanca. En la quinta y por el calor que hacía, pero sobre todo porque el patrón no estaba presente, se atrevía a prescindir del luto—. Una limonada fresca le va a hacer bien.

La negra estaba doblando unas cuantas cobijas que se habían secado al sol. Arriba de la ropa blanca, varios pañales recién lavados aguardaban para ser acomodados.

—Pero no me siento mal, María Patria —rio Manuelita con ganas—. Si ya sabes que vengo en búsqueda de mi yegua.

—Es verdad, pero beber un poco le va a cambiar la cara, va a ver —y sin esperar, se dirigió hacia la casa y entró.

Mientras tanto, Manuela se dirigió hacia los caballos, que andaban sueltos comiendo pasto. Acarició el cuello cobrizo de la mansa yegua y el gesto le transmitió paz. Así se perdió durante unos minutos hasta que, como quien no quiere la cosa, reparó en los pañales sobre la pila de cobijas. Los asoció en el acto con su sobrino Juan Manuel León, el pequeñín de Juan y Mecha que había nacido el 15 de septiembre del año que había pasado. Extrañaba a su hermano y a su cuñada. Deseaba que todo volviera a ser como antes: las tardes en el campo, las caminatas, los juegos, las complicidades. Los Maza habían arruinado todo. Pero ¿de quién serían esos pañales? ¿Tal vez alguna sirvienta había dado a luz y ella no se había enterado? Entonces recordó las redondeces de Eugenia.

—¡Vamos, amita! Se la hice bien cargada, va a ver qué rica está —dijo María Patria a los gritos, interrumpiendo el hilo del pensamiento de la niña.

Manuelita se bebió la limonada de un trago y volvió a lo suyo. Pidió ayuda a un peón que andaba por ahí y montó la yegua como un hombre. Tenía una falda con mucho vuelo pero quería galopar con libertad. Apretó la panza del animal con los tacos y salió. María Patria puso su mano sobre sus ojos. El reflejo del sol la había dejado ciega. La imagen de su ama montada sobre el caballo se fue haciendo cada vez más chica hasta que se transformó en un punto negro. Entonces sintió una presencia a sus espaldas. Giró, y en el umbral de la puerta con su beba en brazos estaba Eugenia.

—¿Tiene algo la criatura? —inquirió María Patria y apuró el paso, preocupada.

Todo el servicio doméstico de Palermo cuidaba de Merceditas como si fuera una hija. Era la mimada de la casa. María Patria le tiró los brazos y la niñita se fue con ella, entre gritos y sonrisas.

—Ella se encuentra perfecta. Soy yo la que no me siento del todo bien —dijo la jovencita y apoyó su mano en la boca del estómago.

María Patria se quedó mirándola. Eugenia estaba pálida, no tenía buena cara. Con Merceditas en brazos, la instó a que se metiera en cama. Ella se haría cargo de su hija.

Eugenia hizo caso sin chistar. Se sentía débil, tenía náuseas de tanto en tanto. No quería ni pensar lo que imaginaba que podría pasarle. Cauta, caminó hasta su cuarto y se recostó. Cerró los ojos para evitar el mareo, pero todo giraba a su alrededor. Además del mal del cuerpo, se sentía triste y sabía bien por qué. Juan Manuel le quitaba el sueño, a pesar de lo poco que le daba. Era extraño. La forzaba, era feroz en el trato cotidiano pero a veces le demostraba ternura. Y ella estaba atrapada en sus fauces como si la hubiera envenenado con su sangre, como si padeciera de la enfermedad de Rosas. Él era el amo y ella su esclava. Siempre. Pensaba en eso y la panza se le hacía un nudo. Algo no estaba bien pero no podía salir de esa trampa, ni tampoco quería.

* * *

—¿Hasta qué hora me iban a hacer esperar? ¿No se les avisó que debían venir para aquí inmediatamente? —gritó Rosas como hacía tiempo no lo hacía y miró fijo al ministro Arana y a Terrero.

—Hemos venido lo más rápido que pudimos, Juan Manuel. A caballo, para llegar cuanto antes —intentó calmarlo Juan Nepomuceno mientras contemplaba a su amigo, que parecía desencajado.

Los recién llegados se sentaron cada uno en su silla, a la espera de algo que desconocían por completo. Con Rosas muchas veces era así: reclamos intempestivos y sin motivo evidente, manifestados sin respetar horarios ni lugar. Faltaba poco para la cena pero los ministros bien sabían que Juan Manuel comía cuando tenía hambre, no cuando lo marcaba el reloj o las convenciones. Arana y Terrero temían que no llegarían a sus casas para la hora de comer. Tampoco podían asegurar que en la residencia del Gobernador se les sirviera comida. Sólo podría salvarlos la presencia de Manuela. Pero como Eusebio los había arrastrado hasta el despacho para no perder ni un minuto más, no habían visto si estaba en la casa.

—Estamos aquí para escucharlo, Vuestra Excelencia. —Felipe Arana se desabrochó la casaca y el colorado de su chaleco refulgió—. Díganos.

Rosas caminaba como un león enjaulado ante la atenta mirada de sus interlocutores. Había intentado ordenar sus pensamientos durante toda la tarde pero no lo lograba.

—No quisiera equivocarme, caballeros. No podemos tomar el camino errado, nadie se merece la confusión de una duda. No estoy en este lugar para dejarme atrapar en la tibieza cómoda de la indecisión. El mundo es de los audaces. Yo sé que varios me juzgarán, pero a la larga me lo agradecerán. ¿No es cierto, Juan?

Terrero y Arana asintieron. No tenían demasiada idea a qué se refería Rosas pero sabían que debían optar por el silencio y aguardar a que llegara al punto. Con la mirada perdida en sus pensamientos, Juan Manuel cebó el mate y lo dejó descansar sobre la mesa.

—Ya se lo agradecen, Excelencia. No pierda el tiempo en los pocos enemigos que siempre existen. Es imposible caerle en gracia a todo el mundo pero la inmensa mayoría lo venera. Por algo no le aceptaron la renuncia.

El 10 de abril, Rosas había retomado la estrategia de la renuncia. Mediante un escrito le había advertido a la Sala de Representantes que sería mejor si se alejaba del cargo luego de seis meses, que algunas «desgracias domésticas» aún no cicatrizaban y que prefería encomendarse al solaz de la familia. La Sala autorizó a emitir papel moneda por 14 millones y le extendió un documento que decía:

... Que el sacrificio de la fama debe entenderse que es sostener la guerra santa en que está empeñada la república, sin detenerse en la pérdida de la fama misma... ni en nada de lo más caro y precioso al hombre civilizado... que el gobierno debe poner en ejercicio y le autorizan que pongan cuantos medios le conduzcan a este glorioso fin, hasta el exterminio total del salvaje y feroz bando unitario...

—Las peores derrotas a veces no están representadas por los grandes hechos. Un acontecimiento, por más pequeño que sea, puede horadar el triunfo más grandilocuente. Me siento vencido, señores.

—Pero le han extendido dividendos, Excelencia; y además le han hecho saber lo imprescindible que es. Que unos pocos intenten amedrentarlo no puede equipararse a la admiración de todo un pueblo.

—El Manco escapó de Buenos Aires y no entiendo cómo pudo hacerlo. ¿Es que mi policía no está a la altura de las circunstancias? ¿A qué se dedica el imbécil de Cuitiño? —vociferó Rosas.

El general José María Paz, más conocido como el Manco, era el militar más brillante de esos tiempos. Y unitario. Había participado de las reuniones secretas que agrupaban al enemigo, pero eso no había inquietado a Rosas. Respetaba demasiado al general, aunque sabía que estaba en la vereda de enfrente.

Los primeros días de abril habían sido decisivos. El Manco había subido a una ballenera y, agazapado, había huido a Montevideo. Los residentes de ese lado del río lo recibieron con los brazos abiertos. Sumaban un hombre más, pero sobre todo una mente superior. A los pocos días de arribado, recibió la invitación del gobernador de Corrientes para que fuera a su provincia. José María Paz había confesado la repugnancia que sentía por haber huido de su país, de modo que no lo dudó y aceptó la invitación.

—Me dio su palabra de militar y de caballero de que no tomaría las armas contra el Gobierno —intervino Arana con firmeza—. Y ha cumplido.

—¿Y qué hacemos con los hombres de estatura moral diminuta como Jacinto Machado? ¿Ustedes creen que con haberlo fusilado basta? ¿Que será el único estanciero que buscó su propio ajusticiamiento? ¿Reincidente y muerto, y con él asesinados todos los rebeldes? Me causan gracia los ingenuos —los ojos de Juan Manuel echaban fuego.

—Cuitiño y su gente hacen «visitas» sin previo aviso a los hogares en busca de

enemigos, Juan Manuel. No va a quedar ni uno en pie, ya verás. —Juan Nepomuceno intentaba tranquilizar a su amigo pero también él necesitaba escuchar palabras de aliento.

La policía ejecutaba las órdenes libradas por Rosas. Nada quedaba liberado al azar. Ser sospechoso era suficiente como para ser detenido. Los alcaldes clasificaban, uno por uno, a todos los apresados y el motivo de su arresto. Que no llevara bigote podía ser un motivo pertinente, como también que fuera «paquete de frac»^[14], o «*hablantín* contra el superior Gobierno y la Federación», o «que tuviera correspondencia seguida con los salvajes unitarios existentes en Montevideo».

—Y no se olvide, Gobernador, de los hechos de mayo. —Arana quería calmar a Rosas, costase lo que costase. Presentía una sed de sangre que no le gustaba demasiado—. Cuitiño y sus hombres no dudaron, y cortaron las cabezas que hacía falta.

Juan Manuel se cruzó de brazos y recordó el hecho del pasado 4 de mayo. Francisco Lynch, que había sido capitán del puerto, José María Riglos, Isidoro Oliden y Carlos Mason —un enemigo que no se había contenido y había gritado varios «muera» al Restaurador— habían intentado atravesar el río hacia territorio oriental, para unirse con el resto de los golpistas. En una noche sin luna habían intentado subir a una embarcación en la costa, a la altura de San Telmo, sin contar con la delación de su guía, Juan Merlo, que había aparentado estar de su lado pero integraba en secreto la Sociedad Popular. La información llegó a oídos de Cuitiño y en el momento en que los cuatro rebeldes intentaban trepar a la barca, el comisario y sus hombres aparecieron a caballo de la nada, envueltos en la oscuridad nocturna. De un saque, las cuatro cabezas degolladas rodaron por la orilla y el terror se apoderó de la ciudad.

Un golpeteo en la puerta del despacho les recordó que el tiempo pasaba. Rosas reconoció el llamado y autorizó la entrada. Sus bufones dilectos franquearon el umbral con dos canastas llenas de empanadas. Eusebio tenía la sonrisa como pintada y ensayaba un bailecito que intentaba ser gracioso. Su patrón se lo festejaba, él insistía.

—¡Coman, mis amigos, que deben estar famélicos! ¿Creían que no me iba a ocupar de ustedes? —dijo Juan Manuel, con sorna, a sus hombres de confianza.

Juan Nepomuceno y Felipe metieron mano a la canasta y la noche viró de tensión y política a placeres sibaritas y delicias culinarias.

* * *

Desde la calle, la casa de Raúl Corvalán parecía un mausoleo, pero puertas adentro cobraba vida. Toda la ciudad se transformaba en un cuerpo muerto cuando caía la noche. Sus paseos se vaciaban, las voces se silenciaban. El terror había ganado las calles de Buenos Aires. La Mazorca las recorría con ansias de guadaña, y en cuanto algún movimiento parecía sospechoso, el filo atravesaba la carne de cualquiera que lo

hubiera provocado. Sólo los federales tenían el salvoconducto —y había que ostentarlo— que les permitía llevar una vida como la de antes: pasear, celebrar o concurrir a alguna tertulia, ir al teatro, a los toros y algunas pocas actividades más. Los «salvajes» unitarios vivían casi en la clandestinidad. Salían poco y si lo hacían, guardaban las formas al extremo. No fuera cosa que un comedido de esos que nunca faltaban los delatara. De cualquier modo, las reuniones se celebraban igual pero primaba la discreción. Los cuidados nunca eran suficientes.

Eran sólo tres aquella noche en el primer patio de la residencia de los Corvalán. Los inicios de la primavera auguraban una velada agradable. La sala principal daba a la calle pero era tal la persecución que habían preferido reunirse bien adentro para resguardarse de cualquier peligro. El servicio era de confianza pero la dueña de casa, Candelaria del Cerro Roo, los había mandado a sus aposentos temprano; ella se encargaría de todo en persona. De ese modo aseguraba el hermetismo tan buscado. Los otros dos convidados eran el joven José Mármol y el intempestivo José Antonio Wilde.

—¡A ver, caballeros! No estoy de acuerdo con abandonar la gesta, y mucho menos con permitir que el ánimo decaiga por este nuevo revés. Debemos demostrar nuestra fuerza, sea como sea —los ojos renegridos de Wilde transmitían furia. El contraste contra la piel blanca de su rostro era aterrador.

—No tienes por qué ponerte así, José Antonio. Puedo entenderte si es sólo un exabrupto; ahora, si lo dices en serio, es otra cosa —lo atajó el dueño de casa y miró hacia los costados como si estuviera en busca de algo.

Mármol observaba, prefería escuchar antes que hablar. Había vivido la cárcel un año atrás y había escarmentado. Una semana entre rejas le había bastado para aprender a cuidarse hasta en el más mínimo detalle. Las influencias familiares lo habían librado del yugo pero nunca se sabía, cualquier cosa podía suceder. A partir de aquel encierro había tratado de llamar la atención lo menos posible: se mudaba de casa de tanto en tanto, andaba oculto y prefería pasar desapercibido. Casi como un fantasma pero con las convicciones inamovibles, así había circulado aquel último año. Aunque el frío gélido ya se había retirado, no era raro verlo debajo de su capote oscuro, con el rostro guarecido por la capucha.

—Yo me pregunto, ¿era necesario que Lavalle se embarcara en navíos franceses para venir hasta aquí? Confía demasiado en esos galos —protestó José Antonio. Luego de las grandes batallas de Don Cristóbal y Sauce Grande, Lavalle había tomado la decisión de abandonar Entre Ríos, donde acampaba, y tomar por asalto la provincia de Buenos Aires. En el camino había tomado posesión de la Isla de Coronda.

—Pues tan mal no le ha salido, ¿no es cierto? Logró confundir a la tropa federal, que creyó que iba tras Santa Fe —dijo, escueto, Mármol.

El general Lavalle había permanecido durante unas semanas en la isla, situada a unas ocho leguas^[15] de Santa Fe, para hacerles creer que su objetivo era otro. Allí

había preparado a sus hombres —cerca de mil— en pos del verdadero plan: atacar Buenos Aires. El 2 de agosto habían llegado a las márgenes de la desembocadura del arroyo Cabrera para desembarcar con sigilo, siguiendo el plan del jefe unitario. Sin embargo, Lavalle no pudo llegar hasta donde había planeado y tuvo que contentarse con acercarse a San Pedro, sitio algo alejado de donde lo aguardaba la caballada. Pero eso no fue lo peor: allí lo esperaba el general Pacheco, principal lugarteniente militar de Rosas.

—Pero las cosas salieron mal, mi estimado. Por algo les vengo diciendo que no confiemos en los galos. Su actitud ha cambiado a partir del nuevo gobierno que manda ahora en su país. El poder del cónsul francés, que hasta hace poco apoyaba a nuestra comisión situada en Montevideo, ha decaído ostensiblemente —murmuró José Antonio, como si hablara para sí.

Un golpeteo suave los distrajo de la conversación. En el umbral de la entrada al patio apareció la joven Candelaria con una bandeja munida de dulces y licores. Su marido se incorporó para ayudarla y la instó a que los acompañara.

—Ven, querida, puedes quedarte, no se hablará de cosas que tú no conozcas.

—Sin quererlo escuché que hablaban de la República Oriental. Caballeros, mi madre doña Ventura Roo es oriental y tengo parientes de ese lado del río. Ya ven que algunos intereses tengo —dijo Candelaria mientras servía bebida en las copas de los señores.

Los invitados se levantaron de sus asientos y aguardaron a que la dama se ubicara en su sitio. La bella Candelaria acomodó la cola de su vestido de seda gris sobre el damasco del silloncito. La oscuridad que regía en el patio pareció iluminarse con la presencia femenina. Posó la mirada en cada uno de los hombres, como si estuviera a la espera de que alguna verdad se revelara.

—Me parece que en cualquier momento también yo seré de la partida. Ya no puedo vivir en Buenos Aires, se me torna cada vez más difícil —dijo Mármol con la preocupación grabada en la cara—. Rosas ha transformado esta ciudad como nadie. Para mal, no hace falta que lo aclare.

Corvalán se perdió en sus cavilaciones. Sin querer, la imagen de su padre le vino a la cabeza. Don Manuel era el primer edecán de Rosas y uno de sus hombres de confianza. A veces pensaba que gracias a ese vínculo a él lo dejaban en paz. No se habían metido con él, aunque a veces recibiera miradas esquivas de parte de los unitarios. Sabía que para algunos el parentesco era más que suficiente como para empezar a desconfiar; algunos lo señalaban como un «perfecto federal». No era extraño que sucedieran estas cosas en la ciudad de Buenos Aires. Los lazos de sangre no aseguraban la firmeza en los ideales. Los hijos, tal vez para rebelarse contra las viejas ideas, intentaban caminos diferentes a los de sus mayores, a veces con una belicosidad incendiaria. Raúl desde hacía algunos años había empezado a alejarse de los ideales de su padre. Había comenzado una amistad con Juan Bautista Alberdi y formado parte, junto a algunos más —incluido José Mármol— del Salón Literario,

además de ser el editor responsable de *La Moda, gacetín semanal de música, poesía, literatura y costumbres*, publicación donde escribía el propio Alberdi.

—Somos cada vez menos aquí, Montevideo está repleto de los nuestros. Chile también hospeda a alguno que otro. Carlos Vicente Lamarca y Petrona Coronell armaron el equipaje con lo que pudieron reunir y lograron instalarse allí. Parece que ya nadie elige esta bendita ciudad.

—Ni siquiera el Tirano está aquí. Dicen que se instaló en Santos Lugares. La ciudad está descabezada —intervino José Antonio.

—No tan sola, mi amigo. Arana quedó al mando y a veces son peores quienes reciben las órdenes que los que las dan. —Raúl volvió a servirse licor en su copa. El botellón lleno del líquido color ámbar auspiciaba una larga noche por delante.

—Lo que me resulta incomprensible es cómo Lavallo pudo haber imaginado que Rosas no tendría plan alguno, y que tan sólo con sus hombres y caballos estaba en condiciones de avanzar. Únicamente una mente diminuta puede pensar de tal modo.

Wilde tragó la última gota de su copa y rechazó que le volvieran a servir.

Los tres señores callaban una verdad ineludible. La reacción que se había esperado por parte de los unitarios que vivían en Buenos Aires había sido completamente neutralizada por los partidarios de Rosas. Nadie había anunciado que estuviera dispuesto a salir a la calle para apoyar a Lavallo en cuanto éste arribase. Las diatribas se jugaban en la seguridad de los hogares o bajo el amparo de las reuniones secretas. Y cuando se esperaba alguna acción de más, ésta nunca llegaba. Fue así que el jefe unitario, con un ejército debilitado y asumiendo que los levantamientos que aguardaba no se producirían, el 9 de septiembre emprendió la retirada desde Merlo hacia la provincia de Santa Fe.

Raúl reparó en el gesto tenso de su esposa. Con la mirada ausente, Candelaria fregaba sus manos en un acto reflejo. Hacía varias semanas que la notaba atribulada y razones no le faltaban. Ventura, la pequeña hija de ambos que todavía no llegaba al año, la desvelaba.

—Aprovecho que están en mi casa, José y José Antonio, para que escuchen parte de lo que me enteré. Mi marido algo sabe, pero necesito ahondar más —dijo la dama con voz trémula—. Aunque intenten escondernos las noticias por ser mujeres, nos enteramos de todo. Sé muy bien que no pasa una noche sin que dos o tres asesinatos tengan lugar. No sé cuánto tiempo más pueda seguir así.

Hizo lo imposible por contener el llanto, la garganta le dolía de tanto tragar. Corvalán la miró apenado.

—Y no sólo eso, doña Candelaria. Rosas publicó un decreto por el cual confiscará las propiedades y los bienes de los unitarios —agregó Mármol.

—Con el pretexto de revisar las viviendas para buscar personas ocultas o armas, La Mazorca ha golpeado y maltratado mujeres —insistió Candelaria y clavó sus ojos en los de su marido—. Te lo ruego, querido. Esto ya no da para más, no puedo seguir exponiendo a mi niña al peligro.

Raúl extendió su brazo y acarició la mano de su esposa. No sabía cómo contenerla. Ella tenía razón, las malas noticias corrían como reguero de pólvora y los incidentes se multiplicaban. Una madrugada, en casa de los Quesada, había sonado la puerta. Aterrorizados, habían pensado que era la Mazorca pero se trataba de la esposa del comerciante Gregorio Terry, que imploraba refugio. Su marido había sido apresado por ser unitario. Y así se sucedían los incidentes, una y otra vez. El silencio de la noche era interrumpido por un estertor de muerte o una súplica que podía llegar hasta la humillación.

Las voces se callaron por un instante. Sobraban. Los cuatro allí presentes se dedicaron a escuchar los sonidos de la residencia de los Corvalán. Sin previo aviso, un rayo iluminó el cielo. Pronto el olor a lluvia y a tierra mojada invadió el patio, y se cumplió el anuncio inminente. La tormenta de primavera los instó a correr hacia el interior de la casa. El miedo acechaba, el terror anidaba adentro.

CAPÍTULO VII

El silencio sólo se interrumpía cuando los remos embestían contra el agua del gran estanque. Manuelita había convidado a su hermano a la quinta. Juan Bautista había llegado junto a Mercedes y al pequeño Juan Manuel León, que ya contaba con un año y tres meses de edad. Hacía un largo tiempo que no se veían; luego del incidente con los Maza, la familia se había distanciado.

El calor de diciembre era la excusa perfecta para navegar un rato. Juan remaba y las damas se divertían con el niño, que no cesaba de desplegar sus gracias.

—Esta Navidad vendrán a casa. No pasaremos otra celebración sin ustedes, mis queridos —anunció Manuelita mientras le tiraba los brazos a Juan Manuel.

Mercedes sostenía a su hijo pero miraba a su marido. No le gustaba que su suegro los hubiera enviado al frío de la distancia, pero sabía que no era una buena idea inmiscuirse a destajo, con la impunidad de quien no registra un rechazo. Era preferible usar la inteligencia y no las emociones.

—Yo creo que tu padre, Juan, cuando vea a su nieto, se va a ablandar. Además, hemos elegido el nombre del niño en su honor y en el de su propio padre —Juan Manuel León miraba el agua y lanzaba grititos de excitación.

—Estás en lo cierto, Mecha. Tatita va a volverse loco con este niño. Mira lo que es, ¡un amor!

Juan Bautista abandonó el remo y el bote detuvo la marcha, y se aquietó en el vaivén del agua.

—No quiero exabruptos; tampoco me interesa provocarlos —dijo el hijo de Rosas—. ¿Cómo está nuestro padre, Manuelita?

—Inquieto pero no desmoralizado. Ya sabes lo que sucede últimamente. Está muy atento a los sucesos orientales. Tiene montada una organización de espionaje que intercepta correspondencia peligrosa. Es lo único en lo que piensa. A veces me preocupa —confesó sin reparar que tal vez hablaba demasiado y miró a su hermano como implorando—. No seas terco, acércate a nosotros, nos necesita a su lado.

—Lo último que supe es que levantó el luto por nuestra madre. —El recuerdo de Encarnación invadió de tristeza el ánimo del hijo.

A fines de octubre, Rosas había abandonado él mismo el luto y ordenado que se difundiera la siguiente proclama:

Después de dos años en que el Árbitro Supremo se dignó en su infinita misericordia afligir mi corazón con la pérdida de la compañera querida de mis cansados días, observo que todos visten el mismo luto de mi penetrante dolor. Mas ya es tiempo, confederales, que pongáis fin a estos justos y religiosos desahogos de vuestro pesar.

—La extraña a mamita —dijo Manuelita y se detuvo—. No me mires de ese modo, Juan. Te juro que no miento.

—Sé que eres honesta, hermana, pero a veces pienso que tu ingenuidad es

inconmensurable —Juan se quedó mirándola y sonrió con ironía—. Los rumores circulan como bola sin manija.

—Que se detenga en alguna que otra mujer no significa que le entregue su vida. Eso sólo lo hizo con mamita.

—Ya es hora de que tú repares en algún hombre, Manuelita. No puedes postergar tu vida al lado de nuestro padre para siempre. —Juan Bautista pensaba en lo que se decía de su hermana acerca de que era la «novia» malhabida de Rosas y la madre de la criatura que daba los primeros pasos en el sector de servicio de Palermo.

Manuela amagó indignarse con su hermano pero prefirió callar. Sabía que toda su familia —salvo su padre— la observaban con ansiedad a la espera de que se comprometiera cuanto antes con algún caballero decente. Y ella dedicaba su tiempo y su energía a acompañar al hombre que le había dado la vida. No podía dejarlo solo. Casi como un mandato de madre a hija, había recibido la orden tácita de encontrar reparo bajo el ala de Juan Manuel de Rosas. No existía hombre que le llegara a los talones a ese ejemplar único del género masculino.

—No me importa lo que digan. Siempre hubo y habrá personas llenas de maldad —susurró con voz triste.

—Mi linda cuñada, no te pongas así. Ya verás que pronto volverá la alegría a la casa. Prometo muchas canciones para las próximas fiestas —interrumpió Mercedes tratando de romper el aire de melancolía que se había instalado entre los hermanos.

—¡Sí, Mechita! Me pondré al piano para acompañarte, como antes —dijo Manuela y sentó al niño sobre su regazo. Comenzó a cantarle y a zarandearlo, y su sobrino le respondió riendo a carcajadas.

Juan encendió un cigarro, acomodó su sombrero de ala ancha para protegerse del sol y se echó hacia atrás. Entrecerró los ojos y se perdió en un suave letargo. Imaginó cómo sería un posible reencuentro con su padre. Habían sido unos largos meses lejos de su familia y sabía que en algún momento tendría que suceder, pero el tiempo transcurrido lo llenaba de dudas y rencores. Quería verlo pero el resquemor no lo abandonaba. No quería ser víctima de sus provocaciones, pero sabía que eso era casi imposible de evitar.

El niño continuaba con sus grititos y saltitos. El paseo en bote y la presencia de sus padres y su tía lo habían excitado.

—Juanchito me recuerda a ti cuando éramos chicos, no se queda quieto ni un minuto —sonrió Manuela y se lo entregó a la madre, a ver si lograba calmarlo.

La infancia de los hermanos Rosas no había sido como la de cualquier niño. Además de compartir la vida junto a su hermano mayor, Pedro Pablo, que luego había pasado a ser su primo, su crianza había estado a cargo de sus tías y sus abuelos. Manuelita había sido la única mimada por su padre. Encarnación, por su lado, se había dedicado a otras cuestiones, la maternidad no era lo suyo. Juan Bautista había sido un niño díscolo, sus berrinches siempre se transformaban en gestas interminables. Ni Juan Manuel había podido con él. La única que había logrado

calmarle la furia había sido su abuela Agustina, aunque para eso tuviera que recurrir a alguna sacudida.

—¿Has ido a ver a Tina? Podríamos ir a visitarla juntos uno de estos días, ¿qué te parece? —preguntó Manuela.

—Hace tiempo que no la veo. ¿Cómo se encuentra?

—Postrada, ya sabes. Pero le gustará mucho volverte a ver. Intenta hacerse la fuerte pero se le nota demasiado la tristeza que trae. No ha podido reponerse luego de la muerte del abuelo. —Manuela levantó la mirada hacia el cielo y controló el rayo del sol—. Volvamos, Juan. Tatita no permite que me quede hasta tarde por aquí. Quiere que regrese con la luz del día, para evitar los peligros que trae la noche.

Los remos golpearon contra el agua. Las damas se dejaron llevar por el sonido rítmico que ejecutaba Juan mientras remaba. Sólo eso y las risas del niño interrumpían el silencio en el bote.

* * *

Las chicharras constantes anunciaban la caída de la tarde pero no por eso el descenso del calor. Diciembre auguraba un verano fogoso, y no sólo por las altas temperaturas.

Instalada en Palermo, Manuela sentía crecer la ansiedad por los festejos de fin de año. Ya le había anunciado sus planes a su padre y él los había tomado de buena gana. Estaba de mejor humor, entre otras razones porque se había logrado un acuerdo con Francia por el que se ponía fin al bloqueo. El ministro Felipe Arana había firmado un tratado con el comandante en jefe de las fuerzas navales de Francia, Ange René Armand de Mackau, y el conflicto había concluido: el gobierno de Buenos Aires se comprometía a indemnizar a los ciudadanos franceses y les otorgaba los mismos derechos que a los amigos ingleses. La amnistía llegaba para traer nuevos bríos a las relaciones y eso había colaborado para renovar encuentros sin recelo; o por lo menos ya no hacía falta guardar las apariencias. Los galos volvían a las tertulias con la frente alta, aunque no se necesitaba demasiado para eso. ¿Habría sido ése el motivo de la sonrisa de su padre cuando le anunció que Juan, Mecha y Juanchito serían parte de la mesa de Navidad? Ella sentía que le había vuelto el alma al cuerpo; adoraba a su hermano mayor y estaba encantada con el próximo reencuentro familiar.

Algunas de las amigas dilectas de Manuela ya se habían instalado en la quinta con ella. Aguardaban a otras más luego de las fiestas. El verano se les hacía insoportable en la ciudad. En las afueras, en medio de la naturaleza, se aguantaba mejor. Sólo se perdían una que otra tertulia pero no les importaba demasiado ya que el palacete del gobernador se llenaba de invitados constantemente.

Juanita Sosa y Telésfora Sánchez habían sido las elegidas para abrir la temporada estival en Palermo. Ocupaban las recámaras contiguas a la de Manuelita y recibían el mismo trato deferencial que ella. Esa tarde habían salido a cabalgar por uno de los montes del fondo y las carcajadas de las tres muchachas se escuchaban en leguas a la

redonda.

—No aguanto más este calor; ni el galope de esta yegua logra refrescarme. No corre ni una gota de viento, yo creo que vamos a morir del sofoco —exageró Juanita, como era su especialidad.

—No es para tanto, pero sí, estoy transpirando un poco. El cuello de esta camisa me está ahogando —dijo Manuela y se la tironeó un poco.

Al paso se fueron acercando a una de las puntas del estanque. Estaba quieto, sin botes que lo ocuparan, pero con varios patos y demás aves que lo recorrían de una a otra de sus orillas. Juana desmontó de un salto e instó a que las demás hicieran lo mismo. Era casi imposible decirle que no. Nunca paraba hasta lograr su cometido. Manuela y Telésfora se deslizaron de su monta y caminaron hasta el estanque mientras los caballos se dedicaban a masticar la gramilla que crecía alrededor. Sin titubear, Juanita se desabotonó la falda y la soltó hasta que cayó al piso. Lo mismo empezó a hacer con la blusa de lino, ante la mirada estupefacta de sus amigas.

—¿Pero qué haces? ¿Te has vuelto loca? —gritó Manuela.

—Más locas se volverán ustedes si permanecen con tanta ropa en medio de este calor. Remojémonos un poco, mi linda Manuelita, nos va a hacer bien. ¿Qué te parece? —sin esperar la aprobación de sus amigas, y mucho menos controlar que no hubiera nadie que pudiera verla, se quitó las medias de seda y las enaguas.

Las jóvenes miraron a un lado, hacia el otro y no encontraron nada que las inquietara. Entre gritos y carcajadas, le dieron rienda suelta al revoleo de telas, que aunque no eran pesadas como las de invierno tampoco resultaban tan frescas a esa hora del día y al aire libre. Sólo cubiertas por la ropa interior, se acercaron al agua fresca. El golpe frío contra los cuerpos calientes logró su efecto y entre saltos y jadeos, empezaron a acostumbrarse a la nueva temperatura. Juanita chapoteó y aprovechó para mojar a sus amigas. Las puntillas de los calzones se habían empapado, las finas telas de las ropas se adherían a la piel joven.

—Estás guapa, Manuelita. No pierdas más el tiempo y déjate robar un poco de piel por algún caballero —dijo Juana y se le acercó.

La muchacha miró a su amiga y sintió que le faltaba el aire. Su gesto se ensombreció. Posó su mano sobre el cuello como si la garganta se le hubiera clausurado.

—No me gusta que me presionen con esos temas, Juanita. Y menos tú, que eres mi amiga incondicional.

Telésfora no sabía qué hacer. Quería abrazar a Manuelita y abofetear a la otra. ¿Cómo se atrevía a molestarla? Con lo buena y generosa que era con todas...

—Pero yo lo hago sin maldad —dijo Juana, mientras le acariciaba el hombro—. Eres tan perfecta que te mereces lo mejor.

—Yo no sé lo que es querer a alguien —susurró Manuela y se quitó un rulo negro de la cara—. Y nadie me enseñó.

—Pero eso no se enseña, mi querida. El amor sucede, aunque una intente escapar

de él —le sonrió Telésfora.

Manuelita suspiró y pensó en sus padres, en especial en su madre. Jamás le había regalado una muestra de cariño cuando era más chica. Ya de grande, le había enseñado que debía desconfiar de los hombres salvo que fueran iguales a su Juan Manuel. Se hacían llamar el sexo fuerte pero eran débiles, mucho más débiles que ella. Y ella había sabido dominarlos. Su hija debía ser igual, aprender todo lo que ella había demostrado en vida.

—Además, con lo preciosa que eres, tienes a todos a tus pies. Te mereces lo mejor, Manuelita —insistió Juana, zalamera.

—¿Y quién te dijo que la belleza es un salvoconducto a la felicidad? —dijo Manuela con la mirada triste.

Sus amigas quedaron mudas. No sabían qué responder a semejante pregunta. A veces las salidas de su amiga resultaban tajantes e incómodas, como si quisiera clausurar la discusión.

—Hay que ser agradecido con lo que Dios nos otorga. Pensar menos y sonreír más. Cada vez que lo hago se suman halagos a mi lista —dijo Juanita. Puso las manos en jarras y sonrió con coquetería, como si tuviera una platea ávida frente a ella.

Manuela lanzó una carcajada, su amiga le levantaba el ánimo a cualquiera. La abrazó y les reclamó que ya era hora de volver a la casa. Volvieron a vestirse sobre los calzones húmedos y cada cual montó su caballo. Su aspecto al llegar era bastante desarreglado. La parada en el estanque las había refrescado, pero el cuidado en la apariencia había quedado de lado. Las melenas despeinadas, las camisas a medio abrochar, las faldas cubiertas de lamparones de humedad, rastros de polvo en las pieles y las caras... Manuelita las guió apurada hacia el fondo del caserón. Era mejor entrar por atrás que hacerlo por la entrada principal. No quería que las vieran así.

Cruzaron el pasillo en fila india y en puntillas. Imaginaban que de ese modo evitarían que el barro se desprendiera de las botas. La circulación de la servidumbre, sobre todo a esa hora en que se empezaba a organizar la comida de la noche, era inevitable. Pasar desapercibidas era un sueño absurdo.

—¡Amita, venga para acá! Su padre nos va a poner contra la pared y nos recorrerá a azote limpio si ve esta mugre. Sáquense todo, por favor. —María Patria salió de la cocina a grito vivo.

Las muchachas le hicieron caso y en absoluta complicidad y risas ahogadas, se quitaron el calzado mugriento. La negra amontonó los pares sobre su pecho y se dirigió hacia el cuarto de aseo a toda velocidad. Manuela, Juana y Telésfora fueron detrás en silencio. La estridencia del llanto de un bebé las sobresaltó. Los ojos de María Patria se redondearon aún más y les hizo el gesto de que la siguieran sin chistar. Pero Manuelita no pudo con su genio y fue detrás del llanto. Sus amigas la siguieron. En la habitación del fondo y por la puerta cerrada se colaba el griterío. Abrió sin pedir permiso y allí, con una criatura en brazos, caminaba María Eugenia.

—¿Quién es este angelito? —preguntó Manuela.

La amancebada de Rosas quedó petrificada. Parecía una estatua. No podía creer que la Niña la interpelara. ¿Sabía lo que sucedía desde hacía tiempo, o preguntaba en serio? Era mejor pensar menos y responder con la verdad.

—Es Angelita, mi hija. No llega a los dos meses, mírala —y se la mostró con un dejo de emoción. Manuela se acercó y la tomó entre sus brazos. La beba dejó de llorar en el acto. Juanita y Telésfora observaban desde el umbral de la puerta; María Patria había preferido el éxodo veloz.

—Es preciosa —dijo Manuelita y detuvo la mirada en el rostro de la pequeña. El parecido con su padre era impresionante. Levantó la vista y miró a María Eugenia.

—Sí, Niña, es hija de su padre. Las habladurías son verdad. Ángela es hija de Rosas, pero Mercedes no, aunque insistan —confesó María Eugenia en un hilo de voz. Temía las consecuencias de lo que acababa de decir.

—En general, no me detengo demasiado en chismes. Supongo que ya me conocen y es por eso que tampoco me buscan para contármelos. Pero no te voy mentir, María Eugenia, algo había escuchado. Cambia la cara, muchacha. Lo hecho, hecho está; no sirve de nada que te arrepientas ahora.

—Pero yo no me arrepiento, quiero mucho a mis niñas. Son buenas, no la van a molestar.

Manuela apretujó a Angelita entre sus brazos y la besó. El olor de la beba era una delicia. Se la devolvió a la madre y le acarició el hombro. Quería que se tranquilizara, ella no la iba a juzgar. Abandonó el cuarto y sus amigas la siguieron.

—Qué atrevida esa sirvienta. Mira que sacarle dos hijas a tu padre, habrase visto. Porque no le irás a creer que la Mercedes ésa es hija de otro, ¿no? —dijo Juana, indignada en serio.

—¿Y a ti qué te importa, se puede saber? —Manuelita miró fijo a su amiga.

—Te quieren robar el dinero, ¿es que no te das cuenta?

—¿Tú crees que alguien podrá meterle la mano en el bolsillo a mi padre? Me causas gracia, Juana.

Telésfora no podía creer lo que estaba escuchando. Le parecía demasiado que Juanita se atreviera a tanto. Que fuera el padre de su amiga no quería decir que pudiera avanzar tanto sobre la figura nada menos que del Gobernador. A veces se olvidaban de que Juan Manuel de Rosas era el hombre más importante de la ciudad.

—No te tomes tantas atribuciones, que no te llevarán a buen puerto. Calma esa cabeza, que la única que puede opinar sobre mi padre soy yo.

Siguieron hasta el cuarto de aseo para buscar las botas limpias, cada una envuelta en sus propios pensamientos: Telésfora, azorada por la novedad; Manuela, entre inquieta y contenta por la noticia de que tenía una nueva hermanita, tal vez incluso dos, y Juanita enfurecida de celos y odio.

* * *

En el resto de las provincias los acontecimientos no diferían demasiado de lo que sucedía en Buenos Aires. El terror ganaba las calles de las ciudades más importantes y el campo libraba también sus batallas más sangrientas. La lucha siempre se disputaba el mismo botín: Juan Manuel de Rosas. A favor o en contra, se peleaba por la permanencia en el poder del federal más importante.

Las últimas semanas de diciembre de 1840 y los inicios del año que empezaba demostraban que la carta de éxito se la llevaba el Restaurador de las Leyes. Rosas ganaba la guerra. Con su ciudad bajo control, había empezado a poner el ojo más allá. El norte debía ser observado. La ciudad de Córdoba estaba bajo el mando de los federales luego de una infinidad de revueltas y levantamientos. El gobernador Manuel López, su aliado incondicional, le había hecho frente a Sixto Casanovas, quien había organizado un intento de derrocamiento. No contento con el sofoco de la afrenta, López había partido rumbo al sudeste de su provincia para frenar una posible invasión del general Lavalle. Desde La Rioja avanzaba el general La Madrid, que había vuelto a su antiguo amor por el bando unitario, levantándose contra Rosas. Aprovechó la ausencia de López para derrocarlo y nombró en su lugar al coronel José Francisco Álvarez. Sin embargo, cuando La Madrid emprendió la retirada hacia el norte, López recuperó su provincia. La pata federal de Córdoba quedaba a resguardo.

En Mendoza también había sido sofocada una revolución. Juan Lavalle había enviado tropas para colaborar en la revuelta; sin embargo, el 8 de enero de 1841 habían sufrido una derrota en el paraje cordobés de San Cala. Como si se repitieran unos a otros, los estallidos se sucedían una y otra vez. Lo mismo sucedía en Salta, donde los federales doblegaban al ejército unitario.

Rosas, siempre atento a todo lo que acontecía a su alrededor, enviaba una misiva a Quebracho —así le decían los amigos al gobernador de Córdoba, don Manuel López— advirtiéndole que limpiara la provincia de «inmundos traidores, que en sus personas y en sus bienes deben sentir los terribles efectos de su iniquidad, su alevosía, su salvajismo asqueroso y feroz». Sin tiempo que perder, López había ejecutado a varios.

Los fusilamientos se sucedían de ambos lados por igual. Sin miramientos se gatillaba contra el enemigo y ríos de sangre teñían el suelo, jaqueando la estabilidad de los habitantes.

Los ecos de la guerra también llegaban desde el Estado Oriental. Rosas, ávido por continuar con la marcha frenética de los acontecimientos, ordenó que bloquearan el paso a todo barco en los ríos Paraná y Uruguay que no estuviera patentado por el gobierno de la Confederación. Toda embarcación oriental que fuera encontrada en aquellas aguas era considerada una presa.

A pesar de la insistencia por tener todo bajo su égida, Rosas presentaba —una vez más— su renuncia a la conducción de las Relaciones Exteriores de la Confederación, sabiendo de antemano que no le sería aceptada. Las razones esgrimidas eran casi

siempre las mismas:

La irreparable pérdida de mi amante esposa Encarnación, la prolongada lucha de mis más queridas afecciones para subordinarlas a mis altos deberes y los principios de mi vida pública, aléjanme de una posición en que fuera desacuerdo reproducir sacrificios ya colmados. Con intenso anhelo, muy encarecida y humildemente, os suplico que, sin pérdida de tiempo, elijáis la persona que ha de sucederme en el mando supremo de la provincia.

La Sala parecía no sentirse demasiado afectada por los argumentos del líder. Con diplomacia y reverencia, así le respondía:

No es dado a los representantes del pueblo conceder a V.E. el descanso que tan justamente solicita. Cierto es que las circunstancias de la República exigen un poder con suficiente fuerza, armonía y rapidez: en este convencimiento están los Representantes, y en el de que, aun cuando no hay patriotas esclarecidos capaces de ponerse al frente de los negocios, sólo en la persona de V.E. pueden depositar confiadamente la plenitud de facultades que acuerda la Ley. Sienten, pues, no poder por ahora hacer innovación alguna a las resoluciones anteriores; pero en medio del pesar que les causa su irrevocable resolución, se hacen un deber manifestar a V.E. que están dispuestos a prestarle la más activa y decidida colaboración en todo cuanto concierna al sostén de la libertad e independencia de la República, bajo en concepto que oportunamente facilitarán los recursos necesarios para terminar la cruel guerra promovida por el feroz bando salvaje unitario.

Rosas doblaba el comunicado, lo guardaba y permanecía al mando del poder pleno. Sus ojos de hielo siempre parecían ver más allá.

CAPÍTULO VIII

Rivera Indarte le había pagado sus buenos pesos al cochero del carruaje que más confianza le inspiraba. Necesitaba que todo se llevara a cabo en el mayor de los secretos. El periodista cordobés, que hacía rato se había instalado en Montevideo, operaba junto al resto de los exiliados políticos contra el poder de Rosas. No había día que no ideara algún plan contra el tirano. Incluso desde el diario *El Nacional* la emprendía con sus arengas incendiarias.

El carruaje llegó a la hora señalada. La caída del sol colaboraba para camuflarse entre las sombras. Rivera Indarte y un colaborador salieron de la casa con una gran caja. Rápidamente se instalaron dentro del coche y el periodista dio la orden de emprender el viaje. Tras un largo bamboleo por caminos deficientes, llegaron al sitio indicado. Descendieron con su carga y entraron al taller donde los aguardaba un tal Aubriot, especialista en mecánica.

—Pongámonos a trabajar, el tiempo urge. Debemos volver con la caja lista en una hora —ordenó Rivera Indarte y la colocó sobre la gran mesa que ocupaba el fondo del galpón.

—Diga nomás, don José, qué es lo que precisa y lo tendrá. —El monto ofrecido por el trabajo había sido más que tentador.

Rivera abrió la importante caja de madera tallada y explicó a grandes rasgos lo que quería: que al levantar la tapa se desplegara un mecanismo que le diera una buena sorpresa a quien lo abriera. Aubriot asintió y puso manos a la obra. Rivera Indarte y su colaborador se alejaron unos pasos, dispuestos a esperar lo que hiciera falta.

Unas semanas atrás, el embajador de Portugal en Montevideo, don Leonardo de Souza Acevedo Leite, amigo dilecto del Restaurador, había recibido una importante caja —un tercio de vara de ancho— enviada por la Sociedad de Anticuarios, con una importante colección de medallas y una carta con una llave en su interior que develaba el secreto de cómo debía abrirse. El embajador había depositado el regalo en el Ministerio de Relaciones Exteriores con una nota que ordenaba que debía ser embarcado rumbo a Buenos Aires para ser entregado al Gobernador. Como muchas de las encomiendas que llegaban desde el exterior eran interceptadas en Buenos Aires por los enemigos de Rosas, la Sociedad de Anticuarios había preferido enviarla a Montevideo. Pero Rivera Indarte tenía amigos en el Ministerio que le habían ido con el cuento. Las novedades corrían como reguero de pólvora y siempre llegaban más allá de donde debían. Veloz como un rayo, el periodista pergeñó un plan y logró hacerse de la caja sin que la plana mayor se enterara. Ahora sólo había que esperar.

—Daremos un golpe maestro, camarada —le dijo en voz baja a su colaborador.

—Pero don Aubriot debe apurarse porque si no la devolvemos a tiempo estaremos en aprietos.

—No te preocupes, estamos ante un genio. —La mirada de Rivera Indarte se perdió en sus cavilaciones. No podía dejar de pensar en el tema que lo ocupaba

durante horas interminables. Juan Manuel de Rosas era el peor castigo que podía sufrir su tierra. «Ese Mefistófeles, ladrón y mala entraña, que abandonó a su esposa en sus últimos días de vida, que sodomiza a mujeres de las familias más respetables, además de a su propia hija, la virgen cándida de Manuelita, que es hoy un marimacho sanguinario y lleva en la frente la mancha asquerosa de la perdición», pensaba con gesto desencajado.

Las manos del mecánico trabajaban sin cesar. El tintineo de los metales de las herramientas no cejaba, como si fuera un médico luchando para salvarle la vida a un enfermo terminal. Su concentración era absoluta. Rivera Indarte sacó el reloj de su bolsillo y controló el tiempo que le quedaba. Estaban sobre la hora. Por fin, Aubriot pegó un grito y sonrió. Había finalizado su obra. Entregó la caja y recibió la bolsita de terciopelo llena de monedas.

Sigilosos, Rivera Indarte y su acompañante regresaron al carruaje y enfilaron rumbo al Ministerio. El sol se había escondido, la oscuridad sólo iluminada por los faroles de las calles era ideal para pasar desapercibidos. Rivera Indarte permaneció agazapado en el coche y el otro hombre descendió con la caja en mano. La depositó en el mismo lugar de donde la había quitado y salió a la puerta para avisar que todo había salido a la perfección. El cordobés volvió a su casa agotado pero con la grata sensación de la tarea cumplida. Al día siguiente la recogería el edecán del almirante francés Jean Henri Joseph Dupotet, *Monsieur Bazin*, y la llevaría a su destino: la casa de Juan Manuel de Rosas en la ciudad de Buenos Aires.

* * *

Como todas las mañanas, Manuelita recibió la correspondencia, tanto la suya como la que iba dirigida a su padre. Ella era la encargada de esos quehaceres, entre algunos otros. Había pocas cartas para ella y una infinidad para Rosas, como siempre.

Todavía en su recámara y con el camisón puesto, se dispuso a clasificar lo recibido. Alguna que otra esquela de sus amigas, invitaciones de diversas categorías, reclamos. Armó una pequeña pila con lo suyo, ya tendría tiempo para ocuparse de eso. Las cartas de su padre contenían infinidad de pedidos. No faltaba la de alguna señora conocida, amante de las bellas letras y los dichos galantes, que optó por no abrir. Sabía de memoria lo que podría llegar a encontrar ahí. Se la acercó a la nariz y percibió el mismo aroma de siempre. Sonrió y siguió adelante. Había una cantidad de papeles con sellos oficiales y remitentes castrenses, seguramente de los informantes desde los distintos puntos donde se llevaban a cabo las escaramuzas. Ésas las dispuso en un sitio destacado. Entre todo el papelerío también había algunas encomiendas. Una llamó especialmente su atención: un paquete de considerable tamaño, remitido por la Sociedad de Anticuarios del Norte con sede en Copenhague, Dinamarca. ¿Qué le mandarían a su padre desde tierras tan remotas? No recordaba que nadie de su familia hubiera hablado nunca de aquel país europeo. La curiosidad la estaba

aniquilando pero no era un regalo para ella; no correspondía que lo abriera.

Sobre una de las sillas estaba colocada su ropa. Como todas las noches, una de las sirvientas le había dejado listo su vestuario del día. Con un deajo de hastío se quitó el camisón y se puso las enaguas y el vestido gris con rayas amarillas. Chequeó su aspecto con displicencia frente al espejo del tocador, tomó las cartas, las encomiendas y el paquete, y salió de su recámara. Fue hasta las habitaciones de su padre, que aún guardaba cama. Lo acompañaban desde temprano Biguá y Eusebio, y se habían agregado el loco Bautista y el Negrito Marcelino. Ellos le cebaban los primeros mates del día y cumplían las órdenes que, cada tanto, les daba su amo.

—Le traigo la correspondencia, Tatita. Y este paquete que me vuelve loca de intriga —dijo Manuela y colocó todo sobre la mesa donde descansaban varios papeles para ser estudiados.

Rosas apenas levantó la vista de un mapa, le dedicó una sonrisa tibia a su hija y volvió a lo suyo. Otros asuntos lo desvelaban, el resto podía esperar. Manuelita, testaruda, colocó el paquete en los pies del lecho de su padre y se retiró.

La jornada transcurrió sin sobresaltos ni novedades, por lo menos para ella. Su padre se entregó al trabajo, como casi siempre, y ella salió de paseo con algunas de sus amigas. Regresó temprano, no era una de las veladas con celebración ni una noche de teatro.

Al día siguiente, Manuelita no había logrado amainar la curiosidad por el misterioso paquete. Su amiga Telésfora había llegado al mediodía para compartir el almuerzo. Luego decidirían si iban de compras pero antes de sentarse a la mesa, las jóvenes pasaron por la recámara de Rosas, y Manuelita asomó la cabeza.

—Buen día, hija, ¿necesitas algo?

—Nada, Tatita. Quería ver cómo estaba nomás —la sonrisa de oreja a oreja no engañó a su padre.

—A ver, Niña, tú tienes demasiada curiosidad por ver lo que trae esa caja y eres pésima para disimular. Llévenla nomás y luego me cuentan lo que tiene —dijo y le extendió el paquete con la carta de instrucciones.

—¡Gracias, Tata! Quédese con el oficio que ya lo leí ayer y sé de memoria cómo debo abrirla. —Manuelita rodeó el cuello de su padre con los brazos y le dio un sonoro beso en la mejilla. Tomó el regalo y salió a las corridas, seguida de cerca por Telésfora.

Ya en su recámara, se sentaron sobre la cama con la caja en el medio. La criada Rosa Pintos, que estaba acomodando la ropa limpia en la cómoda, dejó todo y se acercó intrigada. Con cuidado, Manuelita quitó el paño blanco que la cubría y ambas suspiraron ante la infinidad de guardas y tallas en la madera, que copiaban el estilo de un cofre antiguo. Todo parecía confirmar que allí dentro habría un tesoro oculto. Introdujo la llave ocre en la cerradura y giró. Los ojos de las tres estaban abiertos como monedas. Pero la tapa saltó como si algo se hubiera roto adentro, con un estruendo metálico que las dejó sordas durante varios segundos. Bastante aturdida,

Manuelita cerró la caja y salió de su recámara. En el pasillo se topó con su padre, que era a quien buscaba.

—¿Qué fue ese ruido, m'hija? ¿Y qué es ese semblante como si hubieran visto a un muerto? —preguntó Rosas, inquieto. Le quitó la caja de las manos y se dirigió al despacho, donde ya había dos oficiales que lo aguardaban. Hubiera preferido estar solo pero su hija, Telésfora y Rosa entraron detrás de él.

Colocó la caja sobre su escritorio y con la mirada les advirtió a las mujeres que se pusieran a una distancia prudencial. Con mucha precaución levantó la tapa. No tenía la más mínima idea de lo que podía haber adentro, ni siquiera un presentimiento. Uno de sus hombres se acercó e inspeccionó el contenido.

—Atento, Vuestra Excelencia, aquí hay un gatillo —dijo, y desactivó la maquinaria en el acto. Rosas lo miró hacer y no pudo evitar el exabrupto.

—¡Qué diablos de salvajes unitarios! —y agregó impasible—: Son dieciséis cañones cargados a bala y ligados a los lados de la caja, de modo que explotasen al abrirla. Uno solo hubiese bastado para matar a mi hija, aunque por supuesto venía destinado para mí.

Manuelita pegó un grito y cubrió su boca con ambas manos. Sin poder evitarlo, se largó a llorar como una niña. El miedo le atravesaba el cuerpo y sentía la muerte pisándole los talones. Estaba viva de casualidad. También la vida de su padre pendía de un hilo. Se dio cuenta de que nada ni nadie era tan confiable como ella imaginaba. Su padre —la persona que más quería en el mundo— y ella podrían haber sido asesinados en ese mismo segundo.

—No llore, mi niñita; aquí estoy yo para cuidarla y siempre será así —dijo Rosas y la rodeó entre sus brazos. Manuela, al sentirse contenida, liberó el llanto aún más.

Sin dar explicaciones a nadie, se la llevó hacia su recámara. Quería cuidarla, no permitiría que nada ni nadie hicieran sufrir a su hija. Si aquella máquina infernal hubiera funcionado bien y algo le hubiera sucedido a Manuelita, no habría parado hasta aniquilar al autor de la matanza. Pero eso no hubiera sido suficiente, la sola idea de vivir sin la compañía de su hija le quitaba las ganas hasta de respirar.

—Recuéstese en mi cama, yo me quedo aquí para que nada le pase. Descanse, mi chiquita —y se tendió a su lado, protegiéndola con su abrazo. Las lágrimas de Manuelita caían sin cesar en silencio, como en aquellos tiempos de la niñez, cuando podía desanudar la tristeza hasta encontrar calma, como cuando buscaba la oscuridad para liberarse.

* * *

La residencia del ministro Arana había cobrado vida. Las visitas entraban y salían sin cesar. Era el paseo obligado en esos días, para fastidio de la esposa del dueño de casa. Rosas había dispuesto que la máquina de la muerte estuviera en exposición durante varias semanas en la casa de su ministro de Relaciones Exteriores, don Felipe Arana,

para que la ciudadanía toda estuviera al tanto de lo que había sucedido y del riesgo letal que habían corrido. Doña Pascuala Beláustegui había puesto el grito en el cielo pero nadie le había hecho el menor caso. Órdenes eran órdenes, y si venían de boca del Restaurador, se volvían inamovibles por completo. El intento de Pascuala de poner por delante la salud de Melchor, su hijo de tan sólo tres años, tampoco había surtido efecto. El pequeño sufría de temperatura y la madre había pedido tranquilidad para ofrecerle los cuidados que necesitaba. Pero Arana la tildó de exagerada y el arma letal llegó rodeada de pompas y circunstancias, y fue colocada en la sala principal para que todos pudieran observarla al detalle.

Esa tarde de abril había despertado el interés más que otras. El buen tiempo o alguna otra razón difícil de adivinar habían hecho que la fila de curiosos llenara la sala. Doña Pascuala recibía en silencio, con una sonrisa parecida al desdén, con Merceditas, una de sus hijas mayores, a su lado. El ministro, en cambio, departía con cuanta persona así se lo requería.

Petronita Villegas había llegado junto con su prometido, el oriental Fernando Cruz Cordero. Hacía días que se había enterado de lo sucedido en casa de los Rosas —formaba parte del círculo íntimo de Manuelita— pero no había tenido tiempo de ver la caja funesta. Acompañada por su novio, al fin se había decidido a prestar testimonio de la gran amistad que la unía con la hija del Gobernador.

—Doña Petronita, nos honra con su presencia —Arana le dio la bienvenida y besó su mano con caballerosidad explícita. Sabía del vínculo estrecho con Manuelita, pero no sólo eso: el padre de la muchacha, el hacendado don Justo Villegas, era amigo íntimo de Rosas; habían actuado juntos en la defensa de la frontera contra el indio y logrado de ese modo una banca en la Sala de Representantes.

—Ministro, muchas gracias. ¿Conoce a mi prometido? Vengo con suma ansiedad a vuestra casa, ya sabe por qué —la sonrisa de Petronita iluminó la sala—. Llévenos a ver esa máquina infernal.

Arana les indicó que lo siguieran y los condujo adonde se realizaba la exposición. Sobre una mesa yacía la famosa caja labrada. Petronita se acercó y no aguardó explicaciones. Ahogó un grito y se tapó la boca con las manos al ver las dieciséis pistolas.

—No se asuste, el Gobernador salvó las vidas de todos. Su amiga está en perfecto estado de salud —intentó calmarla el ministro.

—«Pituquita, aún me ronda el miedo», me dijo Manuelita por carta los otros días, y ahora entiendo por qué —dijo la muchacha en voz baja.

Ciriaco Cuitiño, que andaba por ahí con la orden de cuidar de cerca la máquina, escuchaba atentamente lo que decían.

—Si algo le hubiera ocurrido a nuestro Restaurador, la sangre inmunda de esos caribes habría corrido por las calles de la ciudad a torrentes, y nuestros puñales, hundiéndolos de uno en otro pecho, serían incansables para saciar nuestra sed de venganza —dijo el comisario con los ojos inyectados en sangre.

Felipe Arana, Petronita y Fernando se detuvieron en el acto. Miraron a Cuitiño en silencio. No habían reparado en él, pero sus palabras los dejaron sin habla. El ministro prefirió alejarla a la joven de allí y buscó a su esposa para que le ofreciera algo de tomar. La parejita se sentó y doña Pascuala les sirvió dos tazas de té.

—Gracias, señora. Qué caballero destemplado, ¿no es cierto? —susurró la joven mientras señalaba al comisario con un gesto discreto.

—No le hagas caso, niña. No veo la hora de que estas personas, que no tienen nada que ver con nosotros, se retiren de mi casa —dijo Pascuala mientras les ofrecía unas pastas secas.

—Nada más alejado de lo que le escuché a mi amiga. La violencia de ese hombre hace daño, doña Pascuala. La entiendo a la perfección.

—¿Y qué les ha contado Manuelita del asunto?

—Parece que el almirante Dupotet, indignado con que se hubiesen valido de *Monsieur Bazin*, su edecán, para llevar a cabo trama tan infame, lo despachó a Montevideo para que tomara informaciones del cónsul general de Portugal. Este señor Leonardo de Souza Acevedo Leite, tan ofendido como debía estarlo al conocer la explotación de la que había sido víctima, se vino sin demora a Buenos Aires con *Monsieur Bazin* para dar el debido testimonio de su inocencia —relató Petronita con nerviosismo entre pestañeos constantes.

—Es evidente que ese caballero no es el culpable de semejante afrenta. Es un hombre de bien, del que se han aprovechado —dijo doña Pascuala—. Qué barbaridad a lo que hemos llegado.

Petronita sintió que un escalofrío la recorría de cuerpo entero y Cordero la tomó de la mano para tranquilizarla.

—No se preocupen, señoras. Nada malo va a sucederles, esto ha puesto sobre alerta a los hombres del Gobernador —señaló Fernando con convicción. El futuro jurisconsulto hacía tiempo que se había instalado en Buenos Aires y parecía más porteño que oriental—. Todos los flancos están cubiertos, ya verán que nadie podrá acercárseles.

La ciudad parecía sitiada. Desde todos los extremos se custodiaba la vida del Restaurador y su familia. El coronel Isidro Quesada, instalado en Santos Lugares para repeler al enemigo, había enviado un comunicado donde reclamaba que «cesaran todas las consideraciones con esta canalla, y todo el que sea enemigo nuestro que perezca, pues es éste el destino que ellos tenían preparado para nosotros».

El fanatismo federal había recrudecido. Por un lado, multitudes entusiastas hacían fila para dar muestras de cariño a su venerado Gobernador y a su hija tras haber salido ilesos del fallido atentado. Rosas y Manuelita accedían al encuentro con conciudadanos e incluso con extranjeros, quienes podían esperar durante horas para verlos. Pero no todo era simpatía. Había empezado a suceder una serie de incidentes inquietantes. Turbas exasperadas esperaban a las puertas de las iglesias y pegaban moños punzó con brea sobre las cabezas de las unitarias. Las persecuciones habían

vuelto a la ciudad y no se sabía cuánto durarían. El círculo de Manuelita prefería no enterarse de estas cuestiones, pero a veces no era tan fácil. Las criadas llevaban y traían chismes, y no siempre eran sobre asuntos amorosos. El miedo se imponía.

* * *

Eran pocos pero suficientes. Terrero había convocado a los más próximos para continuar con las discusiones. El intento de asesinato del Gobernador había alertado a muchos. José Nepomuceno era uno de los más preocupados y lo había hecho saber. Los anuncios, las dudas y los exabruptos habían sido moneda corriente durante varias semanas, y todo parecía confirmar que Rosas no había quedado afuera del entredicho. A puertas cerradas, los caballeros disertaban sin descanso. José María Roxas y Patrón era el más intempestivo de la reunión. Su vínculo con el Restaurador era estrecho desde hacía varios años. Había sido su ministro de Hacienda durante el primer mandato y entonces había tomado la decisión de disolver el Banco Nacional para fundar la Casa de la Moneda. Sus funciones como ministro habían terminado pero ahora ocupaba una banca como diputado. Era leal a Rosas, como Terrero y varios más. Sin embargo, Rosas desconfiaba de todo y de todos. También el presidente del Tribunal de Justicia, don Vicente López y Planes, formaba parte de la reunión, además del ministro don Felipe Arana, y los antiguos congresales y cabildantes don Bernabé de Escalada, don Miguel de Riglos, don Juan Miguel de Dolz, don Felipe de Ezcurra —hermano dilecto de Encarnación—, don Nicolás de Anchorena, los generales Soler, Mansilla y Vidal, el doctor Eduardo Lahitte, don Simón Pereyra y don Baldomero García, miembros de la administración. Máximo, el hijo mayor de Terrero, estaba sentado al costado y en silencio. Juan Nepomuceno le había permitido participar y ninguno de los presentes había interpuesto objeción.

—¿Ustedes toman dimensión de lo que habría pasado si el plan de esa gente se hubiera cumplido y acababan con la vida de Rosas? No sé si estoy en condiciones de imaginarlo siquiera —clamó José María con preocupación.

—Pues no lo imagine, Roxas, no vale la pena. No ha sucedido y tampoco sucederá. Se han tomado todos los recaudos para que sea inmortal —bromeó Terrero padre, intentando poner paños fríos al asunto.

Roxas y Patrón clavó sus ojos enfurecidos en Juan. Las chanzas le parecían fuera de lugar, no sólo en la reunión que protagonizaban sino en la vida en general. La seriedad lo pintaba de cuerpo entero, y la circunstancia que los convocaba era de extrema solemnidad. Por lo menos para él.

—Usted tiene poca capacidad de ver más allá de los hechos concretos, Terrero. Le recomiendo que agilice esa destreza, va a ver qué bien le va.

Juan Nepomuceno miró a su hijo que lo observaba con detenimiento. Pocas veces Máximo había participado de este tipo de reuniones y prefería mantener silencio y estudiar al detalle a los mayores. Terrero ignoró la provocación. No tenía sentido la

pelea; no se habían reunido para eso. Había problemas mucho más serios que atender.

—Necesitamos pensar en una persona que reemplace al Restaurador en caso de muerte súbita y violenta —dijo José María al volver a tomar la palabra—. Ustedes saben que hace unos días propuse una alternativa inmejorable para ocupar ese lugar: Manuela Rosas y Ezcurra.

Los presentes escuchaban con atención. El tiempo los urgía y la necesidad de encontrar soluciones era apremiante.

—No sé por qué, pero esto me recuerda a otros tiempos, al Congreso reunido en Tucumán en 1816 —dijo López y Planes y se dirigió al joven Máximo—. Tú no sabes de lo que estamos hablando pero no te va a venir mal que atiendas.

—No se crea, Vicente, tengo un padre que se ha ocupado de enseñarnos bastante y no soy un crío. Ya tengo casi veinticuatro años —respondió el hijo de Terrero, con gesto sereno.

—Mejor así, muchacho. Recuerdo a Belgrano, que en paz descansa, cuando promovió la monarquía como forma de gobierno y a un descendiente de la dinastía inca como el elegido al trono. Instaurar a Manuela como sucesora del poder parece una solución monárquica otra vez.

El murmullo devino en discusión acalorada; algunos defendían una postura, otros la atacaban. Don Vicente, que se había sumado al Congreso cuando se mudó de Tucumán a Buenos Aires, recordaba bien las discusiones de entonces con otros diputados, como Tomás Manuel de Anchorena, los sacerdotes Achega y Chorroarín, José Darregueyra, Esteban Gascón, Pedro Medrano y Juan José Paso. Algunos se habían retirado de la política, unos pocos seguían en el campo de la batalla por el poder, y la mayoría había dejado de respirar.

—Si mal no recuerdo, su hermano Tomás —dijo López y Planes dirigiéndose a Anchorena— la rechazó de cuajo. Dijo sentirse atónito con lo ridículo y extravagante de la idea y así se lo hizo saber a Rosas; así que cuidado, caballeros, que todo esto no se transforme en algo descabellado.

Don Nicolás recordó los tiempos en los que su hermano tenía amplia participación política. Los lazos familiares —eran primos segundos y Juan Manuel había vivido una temporada en la casa de los Anchorena tras una batahola infernal con su madre— habían colaborado.

—Discúlpeme, don Vicente, pero hace poco más de un año Juan Manuel me dijo, y además lo dejó por escrito, que si faltaba por disposición del cielo, en sus hijos podíamos encontrar a quienes podrían sucederlo. En ese caso sumaba a Juan Bautista a la lista —Juan Nepomuceno recordaba los dichos de su amigo en julio del 39.

—Se adelantan y no me dejan terminar, señores. Le escribí a nuestro Restaurador anunciándole mi idea y como era previsible, respondió en el acto —metió la mano en el bolsillo y sacó un papel doblado en cuatro partes. Lo desplegó y lo agitó—. Me agradeció, como era de esperar, y les leo: «Como ustedes lo dicen, es cierto que la niña está impuesta de los asuntos de la administración y de la marcha que ellos deben

seguir; pero es más cierto que lo que ustedes pretenden es nada menos que el gobierno hereditario en nuestro país, el cual ha aventado tres o cuatro monarquías, porque eran hereditarias». Así que démoslo por abortado.

La polémica regresó al despacho con aires de incógnita. ¿Cómo es que hace un año bregaba por la continuidad de su sangre y ahora la rechazaba?, se preguntaban unos. El cambio constante de rumbo los confundía, era complicado entender al Restaurador de las Leyes, y más aún tras el atentado. Rosas estaba irascible y tenía sus razones.

* * *

Eran las once de la noche y de tanto en tanto una que otra sombra atravesaba las calles. Algún farol disperso iluminaba apenas y dejaba al resto de la ciudad en tinieblas. El canto del sereno interrumpía de vez en cuando un silencio mortal que caía sobre la aterrada Buenos Aires. Una vigilia en suspenso, así se vivía por aquellos tiempos. «Viva el Ilustre Restaurador de las Leyes; Mueran los Salvajes Unitarios», vociferaba el sereno.

En medio del sigilo, el trepidar de los cascos y el bamboleo del carruaje retumbó como si fueran muchos. El conductor se detuvo donde le ordenaron y el edecán de Rosas, don Manuel Corvalán, descendió presto para ejecutar la orden que traía. Tocó la puerta de la residencia de López y Planes con fuerza. Era un poco tarde y la ausencia de luz en la cuadra le confirmaba que ya todos estaban acostados.

—Buenas noches, soy el coronel Corvalán, edecán de S.E. el gobernador don Juan Manuel de Rosas. Vengo en busca del doctor López, a quien S.E. necesita ver con urgencia —le anunció al criado que abrió la puerta.

Luego de algunos minutos y con una inquietud difícil de disimular, salió don Vicente. Se había vestido con lo primero que había encontrado a mano y sin entender nada, subió al carro seguido por el edecán. Al emprender la marcha, López miró con cara de pocos amigos al edecán, sin entender qué sucedía.

—Doctor López, S.E. me pidió por usted, dice que es la única persona en la que confía, el único hombre probo que tiene cerca. Y le agrego a la señorita Manuelita, que lo tiene en tan alta estima —a través de las calles en penumbras, Corvalán repetía una y otra vez las distinciones de su acompañante, como si por ese medio lograra calmar las dudas de su compañero.

La preocupación del letrado iba en aumento. No entendía bien por qué era el elegido de Rosas y aún menos para qué. Tenía muchos otros hombres de confianza a disposición. No era él uno de éstos. Llegaron a la residencia de Rosas y un sirviente se encargó de llevarlo hasta los aposentos del patrón, que se encontraba enfermo y en cama. Más incomprensible todavía. ¿Por qué no llamaban a un médico? ¿Qué sabía él de aquellos males? El sirviente lo condujo por un interminable laberinto de habitaciones y puertas, hasta que arribaron a una recámara a medio alumbrar por una

diminuta vela escondida detrás de un mueble.

—Cuidado, no tropiece con ese sillón; y no se golpee con la mesa, vaya para la izquierda; atento por favor —dijo una voz desde la oscuridad, la que rápidamente fue reconocida por López—. Siéntese, mi señor don Vicente.

Al sentarse, López y Planes acostumbró sus ojos a la penumbra y distinguió una cama al costado, y un bulto de espaldas allí reclinado.

—¡Qué impertinencia, mi señor don Vicente! ¡Llamarlo a estas horas! —se excusó Rosas—. Pero lo necesitaba tanto que he pasado por alto las maldiciones que usted me habrá echado.

—No, señor gobernador, la urgencia me preocupó —respondió López y se acomodó en la silla.

—Para quietarme, quiero ante todo saber si está usted bueno de la salud —la voz de Rosas cambió de tono—. Lo necesitaba mucho. Aquí me tiene usted, en medio de una gran inquietud. Anoche dormitaba aquí, así como usted me ve, postrado de cansancio, enfermo y abatido por los infinitos sinsabores que amargan mi existencia. Es tan grande la corrupción en que este país ha caído, hay tanto que castigar, que uno no sabe por dónde empezar, ni dónde acabar. Y no son sólo los salvajes y malvados unitarios los que tengo que contener por todos lados, sin que me ayuden en nada los hombres buenos y débiles que le permiten a la juventud extraviarse de las ideas religiosas, subvertir el orden público, y faltar insolentemente a sus padres y a las autoridades legítimas.

López y Planes volvió a cambiar de posición. No entendía a dónde quería llegar Rosas. ¿El intento de asesinato lo había puesto así? ¿Qué buscaba? ¿Creía que él lo había traicionado? Un frío helado le corrió por la espalda. Su hijo Vicente Fidel había sido un férreo opositor al régimen y estaba refugiado en Chile junto a varios más. ¿De aquella juventud le hablaba?

—Vuelvo a mi caso de anoche, don Vicente. Estaba, como he dicho, reclinado así y dormitando, y sería más de medianoche cuando sentí algo como un bichito, o una telaraña, o un velo delgado que me rozaba la cara. Sin hacer mucho caso, me pasé la mano pero el bichito, o cosa, volvió a incomodarme hasta que abrí los ojos y me pareció ver un bulto muy blanco en el techo y mi cabeza. Me refriego la vista, me fijo bien y distingo perfectamente a Encarnación envuelta en un manto blanco, con la divisa federal en el pecho, que me miraba con cara de enojo, señalándome las almohadas con la punta del dedo. Sorprendido, busqué si había algo a mi lado, pero no vi nada. Vuelvo a mirar para arriba, y allí seguía Encarnación con el mismo gesto y en la misma postura. —Rosas susurraba, como si tuviera miedo de alguna presencia, y de pronto tomó algo con la mano—. Al fin levanto las almohadas y me encuentro con este palo, lo tomo, miro el techo y Encarnación había desaparecido.

Rosas le extendió una especie de regla redonda y lo instó a que la viera a la luz de la vela. López y Planes cumplió la orden y giró el trozo de madera redonda, de media vara^[16] de largo, pintado de colorado, en su mano. Le dio varias vueltas y se lo

devolvió.

—Bueno, don Vicente, como usted es tan sabio y ha leído tantísimo con tan buena memoria, en mi confusión he creído que usted era el único que me podía sacar de dudas. ¿Qué habrá querido decirme Encarnación? —Un silencio de tumba inundó las habitaciones—. No piense tanto, dígalos con franqueza.

—Señor gobernador...

—Deje eso de gobernador, mi nombre y nada más. Usted ha sido presidente de las Provincias Unidas del Río de la Plata y yo lo estoy tratando de usted, cuando debería decirle ex con todo respeto, y Vuestra Excelencia...

—No, señor. Me parecería una burla. Vuestra Excelencia es gobernador y yo no soy sino un ciudadano.

—No soy capaz de eso, don Vicente, de ninguna manera. Pero lo que me interesa es que usted me diga qué habrá querido decirme mi finada esposa al ponerme aquí este palo.

—Creo que nadie sabe nada de cierto de las cosas sobrenaturales. Yo, al menos, no sé nada.

—Eso no, don Vicente, la religión nos enseña que hay ánimas en pena y aparecidos; y hay muchas personas que los han visto, y que en sueños han adivinado la verdad. Dígame, ¿no hay un Rey de no sé dónde que adivinó una espantosa seca, soñando con unas vacas muy gordas y otras vacas muy flacas? En alguna historia está eso. ¿Cómo no lo leyó usted? ¿Dónde es?

—En la Biblia, señor.

—¿Ah, sí? Pues la Biblia no miente.

El cuestionado se sintió enredado en un enjambre de locura. No sabía si participaba del despliegue de una chanza siniestra o si el bulto encamado hablaba en serio. Alguna vez había sido testigo de las bromas que lanzaba a sus acólitos. Sin embargo, la hora y la convocatoria urgente lo confundían.

—Pero Vicente, ¿no le parece muy raro este palo?

—No, señor, es un palo colorado como la divisa federal con que se le apareció a Vuestra Excelencia la señora doña Encarnación.

—¡Ahí está! Usted ha tenido la misma idea que yo, estamos de acuerdo, éste es un palo federal. Pero, ¿para qué me lo ha traído Encarnación?

—Debe ser un recuerdo cariñoso, como un modo de felicitar a Vuestra Excelencia por sus gloriosas victorias sobre los unitarios —A Vicente López el intento le pareció afortunado.

—No, son salvajes. —La penumbra no impedía ver la mirada páfida de Rosas.

—Sus últimos hechos son criminales y de malos ciudadanos; nosotros entendemos por salvajes...

—Bueno, usted dice que son criminales, es lo mismo. A mis amigos les gusta más llamarlos salvajes, y le aconsejo que usted los llame así siempre. —Rosas hizo un largo silencio para luego proseguir—. Pero volvamos al palo federal. Para mí no es

una felicitación, como usted cree; es una advertencia que me hace Encarnación de que estoy rodeado de salvajes y malvados unitarios, de malos jueces enemigos míos y de mis amigos. Lo que ha querido decirme es que con este palo federal les arrime palo, palo y palo —con golpes furiosos la emprendió contra la madera del catre— hasta exterminarlos.

Entre batacazo y batacazo, Rosas siguió amenazando al aire como si fuera la última vez. Al rato, como un niño cansado después de un berrinche, bajó el tono y pidió disculpas por los improperios y por haberlo convocado a esas altas horas de la noche. Se lo notaba incómodo, como si el cuerpo le apretara. Sopló un silbato y al instante entró el sirviente que lo había llevado hasta allí. Le ordenó que trajeran el carruaje a la puerta y que Corvalán acompañara de vuelta al doctor hasta su casa.

—Bueno, mi señor don Vicente, le deseo mucha salud. Ahí en el zaguán que va al primer patio lo va a atajar la Niña. Lo quiere mucho a usted; desde que supo que usted vendría, lo espera con un pequeño obsequio.

El sirviente lo tomó de la mano y lo condujo otra vez por el laberinto de puertas, pasillos y recámaras. Manuelita salió a su encuentro en el mismo lugar al que había hecho referencia su padre. Con una mirada de súplica y unas palabras de agradecimiento, le extendió una canasta con naranjas procedentes de Sevilla. López y Planes las aceptó y le retribuyó con el mismo gesto en los ojos. Esperó unos segundos, a ver si la muchacha le decía algo. Manuela amagó pero prefirió tragarse las palabras y guardar silencio. Apañaba al padre, como siempre, aunque muchas veces no lo entendiera. Don Vicente le apretó uno de los hombros, en señal de cariño. Desconcertado, no sabía si se suponía que tenía que sentir calma o más bien terror.

CAPÍTULO IX

Eugenia acomodaba los utensilios en silencio. Juan Manuel la había mandado llamar y la muchacha acataba la orden. Así era y seguiría siéndolo siempre. La habían montado a uno de los carruajes del patrón y había llegado a tiempo para la comida. Con la más absoluta complacencia de parte de todos, Eugenia se había ubicado en el comedor y, blandiendo el cucharón de madera, había llenado los tazones de todos los comensales con la sopa del puchero. El Restaurador presidía en la cabecera, su hija Manuela se ubicaba a uno de los costados, la nuera Mechita al otro, y de ahí en más se sumaban Juan Bautista y dos integrantes de la corte de amigas de la hija. Eugenia servía la comida para todos. El Restaurador exponía su vínculo como si no existiera posibilidad de recriminación alguna, y sus hijos sonreían con una aceptación incómoda. Parecían una familia unida y sin nada que ocultar. Al menos a la vista de los que integraban la casa, con el resto ya se vería.

El Restaurador estaba de buen humor. Contaba chistes, se reía a carcajadas y se mostraba amable con su amancebada. Le había dedicado sonrisas y algún que otro roce cuando la falda le pasaba cerca. Eugenia sólo contenía el aire y se ruborizaba.

La comida terminó y la muchacha reclamó el permiso para retirarse. Se deslizó hasta la recámara sin que nadie pareciera notar su ausencia. Quitó el biombo detrás del cual se escondía su catre. Ya estaba acostumbrada al ritual nocturno. Rosas había instalado una discreta mampara en su habitación para ocultar lo que sucedía por las noches: Eugenia dormía con él, como si fuera su esposa. Por eso el biombo, por eso las apariencias. Lo hizo a un costado y buscó las cobijas en la cómoda.

Me muevo de memoria, como si supiera, como si fuera mi territorio; arreglar la cama y esperar a Rosas, como siempre, como se debe, es mi deber. Me gustaría nombrarlo como lo hacen todos, Juan Manuel... Pero no me atrevo, no está bien visto que la manceba llame así a su dueño. El miedo se aleja, pero a veces me vuelve. Y él no hace mucho para evitarlo. Me dolió, aún a veces duele, el temor sigue... Y aquí no me gusta tanto, esta ciudad me acobarda. A mí me gusta mi Palermo de San Benito, mi catre, mi pieza y mis criaturitas, Mercedes y Angelita, a quienes, cada vez que se me solicita, debo dejar tiradas por ahí... Quedan en buenas manos pero yo las echo de menos, sólo sonrío cuando estoy cerca. Niñas chúcaras, como la madre, ¿y cómo iban a ser si el padre de una y el de la otra apenas las considera? Nada puedo pedir, más quisiera. La Angelita es el calco de Vuestra Excelencia, no se le puede negar el parentesco... Extraño los jardines de la quinta, ahora en otoño, con sus miles de colores, caminar por esos senderos embarrados, pisar aquellas hojas doradas y sentir su crujir bajo el cuero ajado de mis botas. Respirar ese aire, ese viento constante. Y la bruma mañanera y la soledad triste del paraje. Allí me gusta a mí. Y que venga Rosas, y que me abrace y me mire, y busque algo que siempre encuentra. Pero de eso hay poco y nada. El Gobernador está ocupado, yo debo entender. Y complacer, no pedir ni reclamar. Como se debe. Él decide cuándo y cómo.

Por la fuerza y a la fuerza. Cada vez menos, pero el espectro del dolor siempre acecha. Pero yo cierro los ojos y estoy a salvo. No veo nada, nadie me ve. El miedo es mi mejor camarada. Yo sé que me quiere, a su manera, que no es la mía pero que es la que se debe. Soy la única que lo mira en silencio y sin la mueca prepotente. «Ven, Cautiva, mi Cautiva», me dice, y yo sé que mi cautiverio es mi salvación; si no hubiera sido por el Gobernador, estaría muerta. Me salvó de esa turba inmunda que me maltrataba, y me llevó a su casa para protegerme. Y la doña, pobre doña, muerta y sepultada. La quise, me quiso y no le debo nada; ahora le cuido al esposo, lo protejo de sus espectros, que tiene muchos. Si no fuera por el dolor físico... Él lo niega. Así somos los hombres, me dice a veces. Tienes que acostumbrarte y chito la boca, que ustedes no tienen por qué hablar. Pero yo me acuerdo de la señora Encarnación, que bien que decía lo que decía. Y las chicas me contaron que guay de que la contradijera, porque se armaba la guerra; que los gritos se escuchaban desde la calle, y si te descuidabas, hasta la frontera del Salado. La señora sí que sabía defenderse, yo quise a la señora y ella me quiso a mí. Ella me encomendó a la mano del Gobernador. Y no puedo decir nada, mi voz suena bajita, yo escucho, eso lo hago bien. Él habla, habla y habla porque sabe que yo lo oigo y nada más. A veces trae los papeles, que yo leo y guardo. Y olvido. ¿Olvido? Nadie sabe que la señora me enseñó a escribir. Y a leer. Yo no necesito las letras, porque lo único que hago es esperar. Y callar. Guardar las lágrimas y esperar a que el nudo en el pecho se deshaga. Algún día se va a acabar. Y si no, ya me acostumbraré. Respirar duele, vivir duele, el Gobernador me duele. Pero él me enseñó así. Y es así.

—¡Eugenia! —bramó Rosas desde lejos.

La jovencita tuvo un escalofrío. Las botas retumbaban contra el piso. Con sólo dieciséis años, conocía de memoria a Juan Manuel. Sin estrategia, a pura intuición. El vínculo que se había establecido entre ambos era completamente desigual. Él hacía con Eugenia lo que le placía y la muchacha acataba. Ella estaba completamente a su merced, víctima de la admiración amorosa y de la impotencia hija de la necesidad.

* * *

Envuelto en el poncho que había usado durante la última campaña, y cruzado sobre el lomo de su caballo, llevaban el cuerpo muerto de Juan Lavalle. En un extremo de la procesión iban diez tiradores a las órdenes de Laureano Mansilla y al final, una escolta de más de cien hombres al mando del general Juan Esteban Pedernera. Éste no bajó la guardia en ningún momento: la frente alta, el gesto adusto y la emoción ahogada del soldado que defiende al camarada hasta luego de muerto.

Habían pasado algunas horas de la fatídica madrugada del 9 de octubre de 1841, en la que Juan Galo de Lavalle había encontrado la muerte. El enemigo acérrimo de la Santa Federación, el contrincante de ley de Juan Manuel de Rosas, se había transformado en un cadáver hediondo. De qué modo un integrante del linaje de los

Lavalle, familia unida por el tiempo y la sangre a los Ortiz de Rozas, había devenido en un exponente del mismísimo diablo para sus parientes, nadie lo supo nunca. Sin embargo, la enemistad furibunda los había mantenido unidos durante años.

Meses atrás y junto al general Gregorio Aráoz de La Madrid, Lavalle se había retirado hacia el norte para continuar con su plan de arrasar con el federalismo. Había desensillado en La Rioja, donde había armado su barraca, y desde ahí había intentado distraer al enemigo. Tropas amigas habían sido derrotadas en Machigasta y San Cala. La desmoralización había ganado terreno y la jefatura había decidido cambiar de planes: él emprendería el regreso a Tucumán y La Madrid tomaría la responsabilidad de llevar la campaña hacia Cuyo. Tras la derrota de la batalla de Famaillá a mediados de septiembre, se llegó a la finalización de la Coalición del Norte. Pocos días después, La Madrid era destrozado en la batalla de Rodeo del Medio, en Mendoza. Las bajas unitarias se contaban por decenas.

Lavalle prefirió huir a Salta, donde pensaba continuar con su plan: entablar la resistencia por medio de una guerra de guerrillas. Pero la suerte, otra vez, le fue esquiva. Los soldados correntinos, que se había llevado sin el permiso de Ferré, optaron por abandonarlo y desertaron hacia su provincia. Sin hombres para la lucha, retrocedió hacia la ciudad de San Salvador de Jujuy. No lo hizo en soledad. Había enamorado a la joven salteña Damasita Boedo, y ella había tomado la decisión de ir detrás de su amado.

Llegaron al anochecer del 8 de octubre a una ciudad que no los recibía de la mejor manera. El gobernador había escapado rumbo a Bolivia y el territorio había quedado prácticamente a merced de los rosistas. Su secretario, Félix Frías, los había instado a que continuaran viaje pero Lavalle prefirió acampar. Desde hacía días, estaba exultante. No vestía uniforme, algo inadmisibles en un hombre de sus principios. Frías lo notaba extraño, parecía otro hombre, y eso le daba mala espina, como si ese cambio fuera el anuncio de una desgracia.

Lavalle eligió los tapiales de Castañeda para el acampe, a unas diez cuadras de la ciudad. Comenzaron el despliegue pero cambió de idea y quiso dormir en una cama. A nadie se le ocurrió contradecirlo. Junto con Damasita, su secretario, el edecán Pedro Lacasa, el teniente Celedonio Álvarez y ocho soldados, se dirigieron a la ciudad. Las puertas no se abrían para ellos; nadie, ya fuera por convicción o por miedo, quería hospedar al jefe unitario y a su séquito. Llegaron a la casa de Zenarrusa que estaba vacía, y allí se instalaron: Damasita y Lavalle se hospedaron en el dormitorio que daba al segundo patio, Frías y Lacasa en una habitación junto al zaguán, y los soldados se tendieron en el primer patio. La caballada quedó en el fondo de la casa, atada.

A las seis de la mañana se escucharon ruidos. Los cascos de unos caballos anunciaron la emboscada. Unos catorce hombres de las filas enemigas llegaron por el callejón y rodearon la vivienda. Frías propuso salir corriendo por los patios de atrás; Lavalle declamó bravío: «¡Nos vamos a abrir paso!». Era el único que mantenía la

sangre fría; el resto había perdido la calma y el color en sus rostros. Parecían muertos en vida. El general Lavalle salió al patio y una suelta de tiros surcó el aire. Una bala dio en el blanco: el corazón de Juan Galo de Lavalle. Murió en el acto. Un silencio de tumba cubrió a San Salvador. Los cascos de la fuga retumbaron y el grito desgarrador de Damasita rompió la quietud del alba. Se arrojó sobre el cuerpo ensangrentado y entre lágrimas besó la carne ya sin vida. El edecán y el secretario la sacaron a la fuerza. Al llegar Pedernera ya no había más nada que hacer. Su líder estaba muerto. No había tiempo que perder, debían salir inmediatamente de allí si querían conservar la vida, además de evitar que el cuerpo fuera ultrajado. Le recomendaron a la dama que regresara a Salta pero se negó: seguiría a su hombre hasta el final.

Comenzó la larga procesión por la Quebrada de Humahuaca rumbo a Bolivia. Transcurrieron los días y el sol del norte pegaba duro. El cadáver se descomponía con el paso de las horas. Cubierto por un poncho y con el rostro pálido tapado con un pañuelo, el cuerpo muerto atravesaba los caminos de tierra. Detuvieron la marcha en Huacalera y se dispusieron a descarnar el cadáver. Le quitaron las vísceras y allí las enterraron. Los huesos, bien lavados, fueron acomodados en una caja, envolvieron la cabeza en un pañuelo bien ajustado y el corazón se depositó en un barrilito de aguardiente. Finalmente, los restos fueron sepultados en Potosí.

El extenso territorio volvía a ser controlado por los federales, casi sin oposición. En Buenos Aires descorchaban las botellas y las celebraciones se sucedían sin cesar.

Terminaba el año 1841 con triunfo para el Partido Federal y su líder, don Juan Manuel de Rosas. Pero algo incomodaba en aquel mar de aparentes bondades. En la provincia de Entre Ríos, el gobernador Echagüe finalizaba su mandato. Había aspirado a una reelección que no había podido ser. Para sucederlo en la gobernación, nombraron al general Justo José de Urquiza.

* * *

Comenzaban los primeros fríos de 1842. Tres hombres caminaban por la vereda de la Legislatura, opuesta a la de la casa de Rosas. Por la ropa y las ínfulas se notaba a qué se dedicaban. No era tan difícil de adivinar en aquellos años. Ellos se presentaban como «miembros de la Sociedad Popular Restauradora de las Leyes», pero todos los llamaban mazorqueros.

Troncoso, Badía y Alen lucían con mucho orgullo el poncho colorado para ejercer el patrullaje de todos los días. Cumplían las órdenes de Cuitiño a rajatabla. De los tres, el comisario tenía una leve predilección por Alen. El «pulpero», así le decían, gozaba de algún miramiento de parte de su jefe. Leandro Antonio Alen había transitado una vida de acción hasta que un revés había cambiado su suerte. Años atrás, Rosas lo había nombrado Vigilante de Regimientos a Caballo, hasta que a mediados de la década del 30, una enfermedad mental lo había alejado de la actividad. Fue así que cambió de oficio y se ocupó de regentar durante un tiempo la

pulpería de la esquina de Federación y Los Pozos^[17]. Sin embargo, a partir del 40, Cuitiño había vuelto a requerir sus funciones.

Llegaron los tres a la bocacalle de Universidad^[18] y allí de repente se detuvieron. Como si una campana los hubiera puesto sobre aviso, hicieron un alto al lado de un poste. Detrás de ellos un caballero ataviado con elegancia caminaba a paso firme. El diputado Lorenzo Torres acababa de salir de la Legislatura y apuraba el trayecto hasta su casa, situada en el barrio de Santo Domingo.

Los cuatro hombres se encontraron en la esquina y los tres de poncho saludaron con respeto al legislador.

—¿Qué hacen aquí reunidos, mis amigos? —preguntó el diputado.

—Estamos esperando a aquel «salvaje» para llevarlo al cuartel —respondió Troncoso y cabeceó hacia el otro lado, para señalar.

Un escalofrío sacudió a Torres. Sabía de lo que estaban hablando y entendía a la perfección la jerga que usaba La Mazorca. Sabía que se referían al cuartel de Cuitiño, donde se ejecutaba el tan temido degüello de los enemigos de la Federación. Con sólo escuchar aquella palabra, olvidó quién era y sus convicciones. El exaltado partidario de Rosas entró en pánico. Se dio vuelta y vio, en efecto, que detrás de él llegaba un hombre de caminar lento y esmero en el vestir. Era el doctor Carballido, quien también salía de la Legislatura con su sombrero de copa y levita, y cierta parsimonia en el andar.

—¿Cuál?

—Aquél.

Ya no podía seguir con las vueltas y la pérdida de tiempo; era evidente de quién se trataba, no había nadie más en la calle. Torres disimuló la intemperancia ante el peligro inminente.

—Pero, amigos, si ese caballero es un buen federal... —ensayó como al pasar...

—Pues, señor, nosotros hace días que lo hemos clasificado de «salvaje» —intervino Badía con mirada torva.

—¿De qué hablan, caballeros? Si hasta es practicante de mi estudio.

—¡Ah, entonces es otra cosa!

El supuesto salvaje llegó con la inconsciencia de quien camina por las calles pensando en nada, muy tranquilo. Torres, a la velocidad del rayo, lo presentó a cada uno de los que lo acompañaban.

—Bueno, amigos, ya saben, adiós, hasta otra vez, que les vaya bien —los saludó y se dirigió a Carballido—. Vamos pronto, que es tarde.

—Adiós, señores —retribuyó Carballido como pudo. Al escuchar los nombres de los otros tres se había quedado de una pieza. Sabía muy bien de quiénes se trataba.

—Adiós, paisano. Mucho gusto de haberlo conocido. —Troncoso hizo una reverencia ostentosa.

Torres apuró el paso y tomó a la derecha por la calle Universidad; Carballido lo siguió de cerca.

—Camine ligero, mi amigo —se apresuró a murmurarle—, no sea que estos bárbaros reflexionen, se arrepientan y quieran llevarnos a los dos al cuartel.

En la otra punta, los tres mazorqueros permanecían en silencio. Troncoso reflexionaba acerca de lo acontecido. Se habían equivocado, les sucedía alguna que otra vez. Pero no podían regresar al cuartel con las manos vacías. Debían volver a la ronda, otra vez de recorrida y con paciencia. Tarde o temprano algún salvaje aparecería por ahí.

—¡A ver, vamos! No paremos; cada segundo de descanso es un changüí que les damos. Alen, será mejor que te vuelvas a tu casa, no tienes buena cara. Que tu esposa te cuide, no vaya a ser que te dé un ataque, o algo parecido.

Alen levantó los hombros con gesto de desidia. Se sentía cansado y si era sincero, no tenía muchas ganas de volver a tomar la calle por asalto. Prefería regresar a la tranquilidad de su casa con Petrona, su joven y bella esposa.

* * *

Manuelita y su corte descansaban en una de las galerías de la gran casona. Ya habían almorzado y disfrutaban de la tarde soleada con vista a los jardines.

—¿Quién nos toca hoy, mi querida? —preguntó Juanita, con la mirada a media asta. Parecía un gato ronroneando bajo el sol.

Petronita, Telésfora y Sofía lanzaron una carcajada. En cualquier momento llegarían los caballeros a Palermo. Era costumbre que al comenzar la tarde, la quinta —o en su defecto, la residencia de Buenos Aires— se colmara de invitados, en su mayoría del sexo masculino, para cortejar a las señoritas. Manuelita tenía muchos candidatos, era como la miel para las abejas, aunque ella no les prestaba mucha atención. Era diplomática y educada, pero en cuanto percibía algún acercamiento de más, imponía una distancia gélida entre ella y el pretendiente de turno, que lejos de amedrentarlo lo encendía aún más. La ciudadanía toda adoraba a Manuelita, ella era una princesa para ellos. Les gustaba tejer todo tipo de historias, en las que casi siempre había un final feliz. Pero también había de las otras, en las que la señorita era una víctima más del despotismo de su padre. Ésas eran ignoradas por los allegados a la casa. Mientras tanto, la principal interesada guardaba muy bien sus sentimientos más recónditos.

Juanita Sosa sabía a la perfección lo que sucedería a la brevedad. Ella formaba parte del núcleo duro de las solteras encantadoras. Rosas usaba las gracias de su hija y su amiga para deleitar los ojos de los caballeros, que se acercaban para hacer negocios con él o con el gobierno de Buenos Aires. El Restaurador se apoyaba en los encantos de ambas para sacar provecho de las limitaciones que pretendían imponerle sus interlocutores. A veces la puesta en escena salía mejor que otras, pero la más insignificante de las ventajas era bienvenida por Rosas. Los señores bajaban la guardia delante de las damitas y ahí era donde ellas tomaban el recaudo de memorizar

todo: dichos, hechos, dudas, deudas, silencios. Cualquier dato era recibido en alta estima por el Restaurador.

—Un viajero inglés pidió audiencia con mi padre, pero como siempre, pasará antes por nosotras, Juana —con una sonrisa, Manuelita se calzó un clavel en el pelo y buscó la aprobación de sus amigas.

—¡Un extranjero, pero qué gran noticia! —dijo Juanita y zarandeó los hombros.

—¿Conocemos sus intenciones?

—Dice que quiere establecer su negocio aquí, ya veremos.

Estaban instaladas en uno de los corredores con arcada que daba al lago artificial. Cada tanto, la parsimonia de la tarde era interrumpida por el batir de alas de la enorme cantidad de pájaros de todos los plumajes que poblaban los jardines de la residencia.

Un criado interrumpió el letargo con el anuncio y la compañía de un atildado caballero.

—Buenas tardes, Mr. MacCann, lo estábamos esperando —saludó Manuelita y le extendió la mano, que fue besada en el acto.

—Al fin la conozco, *Miss Rosas*, me han hablado tanto de usted... —El inglés se había quitado el sombrero y le regalaba una reverencia a cada una de las presentes.

—Recibí una respuesta afirmativa a mi pedido de audiencia y aquí me tienen para reunirme con su padre, a quien tantas ganas tengo de conocer.

Manuelita hizo un chasquido con los dedos y ordenó con la mirada al criado que aún permanecía allí parado. El muchacho, vestido de blanco como el resto de la servidumbre de Palermo, entendió y salió a las apuradas en busca de tres caballos.

—Ay, pero Tatita no podrá recibirlo. La pena que tengo, William. ¿Sería lo mismo para usted un paseo con nosotras? —dijo y extendió el brazo para que la asistiera al incorporarse de la reposera.

MacCann la ayudó sin titubear. No tuvo tiempo de pensar siquiera que los tres caballos habían sido dispuestos a la espera de que fueran montados. Todo estaba cuidadosamente planeado de antemano. Manuelita montó su animal sin la ayuda de nadie, como hacía siempre. Desde arriba miró al inglés con sus ojos castaños y el hombre se apuró a hacer lo propio. Juanita acompañaría a la pareja para officiar de chaperona, pero también para desplegar en secreto la parte del oficio encomendado que le tocaba. Manuelita espoleó con suavidad la panza de su caballo y dio inicio a la cabalgata.

—Va a ver, William, lo bonita que es esta tierra. Lo voy a llevar por unos recovecos que no conoce nadie. Mi jardín secreto —susurró la joven con tono zalamero.

Iban al paso, disfrutando del paisaje. El inglés miraba la inmensa extensión de tierra, azorado de que le perteneciera a una sola persona.

—Lástima que su padre no pueda acompañarnos, Manuelita.

—Tiene razón, William. Mi preocupación más amarga es que mi padre acorte su

vida a causa de su extrema contracción a los negocios públicos —frunció el ceño—. Lo que no daría por que estuviese aquí con nosotros, pero sus ocupaciones; usted entiende...

—Qué orgulloso debe estar de tener una hija como usted, tan presente, tan bondadosa. Me lo habían advertido, pero ahora que lo veo con mis propios ojos me doy cuenta de que es absolutamente real.

Manuelita le dedicó una sonrisa y volvió la vista hacia adelante; se perdió en el silencio de la naturaleza y se sintió bendecida por la suerte. Los sonidos del campo marcaban el ritmo de la cabalgata, mientras el sol descendía poco a poco. La joven le consultó acerca de sus intenciones en la provincia y el inglés se despachó con sus ansias de abrir su propio comercio en Buenos Aires. Pero antes necesitaba el visto bueno del Gobernador. Manuelita escuchaba con atención. Juanita no había emitido palabra todavía, pero seguía atenta al intercambio de ambos. Con el correr de las horas, las muchachas dejaron de lado la desconfianza y, sin decirlo, dieron el visto bueno a Mr. MacCann. Él también se sintió como a sus anchas con la compañía. Al rato de conversar con Manuelita, le confió que su influencia sobre su padre era tan fundamental que le recordaba a la de la Emperatriz Josefina sobre Napoleón Bonaparte. Manuelita rio. El diálogo fluía sin tropiezos y, de tanto en tanto, Juanita se unía con alguna intervención.

—Alguna tarde, cuando esté en Buenos Aires, si me lo permite, me gustaría invitarla a pasear por la Alameda —dijo MacCann—. Me llamó la atención, hace unas semanas durante el atardecer, cuando caminaba por los alrededores, el aspecto fantástico que tomaba la playa. Luego comprendí que eran las distintas luces que emitían los faroles de los que se sirven los bañistas.

—¿Los estaba espiando, por casualidad? —preguntó Manuelita con picardía.

—Bueno, no precisamente. Pensé que ya no eran horas para tomar baños pero me equivoqué; lo hacían con el mayor decoro. Me senté bajo un árbol para disfrutar de la brisa nocturna al claro de la luna.

Manuelita detuvo la mirada en el inglés. Le pareció que era buen mozo, con su altivez británica y su sensibilidad especial. Durante el paseo, el caballero le había recitado versos de Lord Byron, parecía interesante... La joven dio un rebencazo y salió al galope, instando a sus acompañantes a que la siguieran. Se internaron en los bosques y los cascos retumbaron sobre la hojarasca del suelo. La damita era una perfecta amazona; había heredado ese talento de su padre y su abuela. MacCann y Juanita quedaban rezagados, y cada tanto debían esmerarse para alcanzarla. No era tarea fácil y Manuelita lo sabía. Le gustaba provocar, demostrar su superioridad por sobre animales y personas. Al rato se dio cuenta de que el sol estaba por despedir el día y propuso que regresaran a la casa. Al paso emprendieron la retirada.

—Mr. MacCann, ¿no ve las molestias que le causan los mosquitos en el cuello y los brazos a mi amiga? —le reclamó Juanita—. Espántelos.

El inglés la miró sin entender del todo la sugerencia pero cumplió la orden sin

chistar. Manuelita largó una carcajada y revoleó una de sus manos para sacarse los bichos de encima. El atardecer atraía a los insectos. Pronto los grillos comenzaron su serenata habitual. Llegaron a la galería desde donde habían partido y desmontaron con pericia. Un criado aguardaba para llevarse los caballos hacia uno de los establos, en los fondos de la casa.

Entraron y mientras paseaban por los corredores del patio, Manuelita vio la figura de su padre en la otra punta. Corrió hacia él y le rodeó el cuello con los brazos. William MacCann observaba todo a varios pasos de allí.

—¡Tatita! ¿Cómo es que me ha dejado sola? ¿Y qué hace afuera a estas horas y con este frío? —lo reprendió amorosamente.

Rosas la abrazó y le estampó un beso en la mejilla. Se separó de su hija y le retribuyó la mirada al inglés.

—Niña, llama a Zoilo y que acompañe al caballero hasta la ciudad. No vaya a ser que se pierda en la oscuridad. Y búscame mi capa para que se abrigue, amenaza el viento pampero —dijo, y con un leve cabeceo volvió a la casa y desapareció de la vista de todos.

—Vamos, William, ya escuchó a mi padre. No se niegue. Y no ponga cara de circunstancia, que seguramente lo atenderá cualquier día de éstos. —Manuelita lo tomó del brazo y lo guió hacia el zaguán.

Luego de los preparativos ordenados por Rosas, Mac Cann y Zoilo montaron sus caballos y partieron rumbo a Buenos Aires. La capa de paño del Restaurador cubría la espalda del inglés. A las pocas cuerdas se levantó el viento. El pampero se anunciaba con ráfagas heladas.

* * *

Una violencia inusitada azotaba la ciudad de Buenos Aires. Parecía que volvían, con fuerza renovada, las mismas ansias de venganza que habían atrapado a los habitantes de la ciudad dos años atrás. Durante unas semanas, con un interminable estruendo de desolación, la muerte acechó en cada esquina sin que hiciera falta la oscuridad de la madrugada para encontrarla. La crueldad podía hacer su aparición a plena luz del día, sin ningún pudor.

El periódico *El Nacional* publicaba las cartas escritas por testigos presenciales que daban cuenta de la infinidad de horrores: cinco cadáveres sin cabeza habían sido arrastrados atados a la cola de los caballos; en una de las esquinas de la Plaza de la Victoria^[19] había quedado en exposición una cabeza, a la vista de quien quisiera verla, y de los que no también; un comerciante español había sido muerto de un tiro al retirarse del teatro, y otro había sido degollado en plena calle y luego quemado; una señora había muerto víctima de una golpiza feroz; una vecina había visto carros cargados con cabezas humanas, cuyos conductores pregonaban sandías y duraznos.

La voz corría a la velocidad del rayo. Todos quedaban sin habla al escuchar el

incidente protagonizado por el mazorquero Moreira. El alcohol había hecho de las suyas en la cabeza y el ánimo del hombre, y se había llegado hasta la pulpería donde recalaba siempre. El dueño del almacén le había reclamado el pago de la abultada cuenta que le adeudaba, y en el acto el hombre de la Mazorca lo había tomado del saco y pasado a degüello. El dependiente había intentado auxiliar a su patrón pero también había encontrado el filo sobre su cuello. Al salir de la dependencia, Moreira había encontrado la carreta, había tirado las cabezas allí dentro y salido hacia la calle al grito de «¡A los buenos durazos!». Pero el crimen no había quedado impune. Un oficial, al ver el espectáculo de Moreira, había dado el parte a Moreno, jefe de la Policía, quien al instante había puesto sobre aviso al Restaurador, que lo había mandado fusilar a la mañana siguiente en el cuartel de Cuitiño.

Mientras la sangre teñía las calles de Buenos Aires, Rosas había optado por instalarse en Santos Lugares^[20]. Sus hombres de confianza le habían insistido que se alejara de la ciudad e incluso de Palermo. El resquemor por el intento fallido de la máquina infernal había resucitado en el ánimo de los federalas. Temían por la vida de su jefe. La idea de que el tratado con Francia pudiera haber traído la ansiada paz era un espejismo. Las muertes de Lavalle y de algunos unitarios de relevancia, y la derrota de La Madrid tampoco habían colaborado para que las aguas se calmaran.

A Rosas le llegaban las noticias. Desde el campamento, armaba y desplegaba los planes y acciones para que sus hombres concretaran sus órdenes. Nada de lo que sucedía quedaba fuera de su órbita. El 19 de abril había redactado unos borradores de puño y letra, para que el escribiente de turno los copiara y los enviara a destino. El comandante del escuadrón de Vigilantes de Policía, coronel Cuitiño, y el vicepresidente del Cuerpo de Serenos, mayor Mariño, recibieron sendas circulares donde se les anunciaba el profundo desagrado con que el Ilustre Restaurador había observado «la bárbara y feroz licencia». Le pedía al jefe de Policía que patrullara las calles de la ciudad a partir de aquella misma noche. Y no sólo eso, además escribía:

Se ocupe personalmente, con el mayor celo y delicado desempeño, en patrullar la ciudad y suburbios, tanto de noche como de día, en los puntos adonde no alcancen las patrullas de infantería, debiendo mandar a la cárcel pública, con grillos, a los asesinos o sospechosos que se encuentren.

También los de afuera aprovecharon para reavivar la mecha. Los unitarios reunidos en Montevideo y Chile habían unido filas en pos del derrocamiento de su enemigo. Incluso habían hecho circular una carta con firma apócrifa por la que Juan Manuel de Rosas denostaba a los nuevos gobernantes del país vecino del Paraguay. La guerra pudo ser detenida, pero no la de los pueblos hermanos. Rosas había sentido una especial aversión contra Juan Pablo «Mascarilla» López, gobernador de Santa Fe. Su aliado durante un tiempo, se había dado vuelta y firmado una alianza con el gobernador de Corrientes, don Pedro Ferré, otro de sus enemigos. La traición de uno de sus hombres de confianza lo llenaba de ira. Tal era el desprecio que sentía por el santafesino que había dejado de llamarlo por su nombre para pasar a ser «el

pelafustán».

Los meses transcurrieron y los bandos continuaron con el tanteo y la furia contenida. Cuando uno avanzaba, el otro se medía, y lo mismo sucedía del otro lado. Expertos en la payada, federales y unitarios eran contrincantes de ley.

Llegó el mes de diciembre con deseos en la población de que el año terminara lo más pacífico posible. Pero era una ilusión. Las tensiones habían dominado la vida y las mentes de las tropas, y se había llegado al derrumbe de la relación con el vecino territorio oriental. La batalla de Arroyo Grande, en la provincia de Entre Ríos, fue una de las más violentas contiendas en todo el territorio. Rosas y el ex presidente uruguayo Manuel Oribe se habían asociado en contra del brigadier Fructuoso Rivera, quien a su vez se había asociado con los unitarios emigrados, los correntinos y los santafesinos al mando del «pelafustán». Sin embargo, la cosa era más compleja todavía. Nadie confiaba demasiado en nadie y mucho menos el Gobernador de Buenos Aires. Los planes muchas veces eran desbaratados antes de concretarse. Desleales y conspiradores estaban a la orden del día. Pero si había un zorro en esa guerra, ése era Juan Manuel de Rosas. Desconfiaba hasta de su sombra y dominaba las artes de la estrategia como ninguno. Una tarde preparó el terreno horas antes del arribo de John Henry Mandeville, ministro plenipotenciario británico ante la Confederación Argentina y amigo dilecto, por no decir enamorado, de su hija. Refregándose las manos y con un brillo especial en la mirada llamó a su edecán Antonino Reyes para ponerlo al tanto.

—Dentro de poco vendrá Mr. Mandeville. Cuando estemos reunidos, usted entrará a darme cuenta de que las divisiones del ejército de vanguardia están de a pie, que no se han empezado a pasar por el Tonelero los pocos caballos que hay, y que por esto y la falta de armas, el ejército no puede iniciar operaciones. Yo insistiré para que usted hable en presencia del ministro —reclamó Rosas sin ignorar que Inglaterra había comprometido una ayuda secreta para que Francia pudiese acabar de una buena vez con su conflicto en el Río de la Plata.

Al rato llegó Mandeville y le prometió a Rosas todo su esfuerzo para que se terminaran los entuertos. Reyes hizo su entrada como habían pactado y con cara de nada reclamó la atención del Gobernador.

—Diga usted —ordenó Rosas—, el señor ministro es un amigo del país y hombre de confianza.

Reyes se despachó con pelos y señales, y Rosas se levantó de la silla como una tromba y empezó a los gritos.

—Vaya usted, señor, y dirija una nota al jefe de las caballadas haciéndolo responsable del retardo en entregar los caballos, y otra en el mismo sentido para el jefe del convoy. ¡Y tráigame pronto sus notas para firmarlas!

Mr. Mandeville intentó calmarlo y le señaló que quizás a esas horas ya todo había llegado a destino.

—¡No, señor, no puede haber llegado todavía! Y si el Pardejón^[21] supiera

aprovecharse... ¡Así es como vienen los contrastes, así es como vienen! —respondió Rosas, cada vez más agitado.

Mandeville pidió permiso para retirarse. De inmediato, Rosas mandó la orden al capitán del puerto para que vigilase los movimientos en la rada. Esa misma noche tuvo el parte de que salía un lanchón para Montevideo, en el que iba un hombre de confianza del ministro. Al arribar, transmitiría los dichos que Mandeville había escuchado de boca del Restaurador.

Con la información fresca y seguro del dato, el general Rivera ordenó el avance contra Arroyo Grande, que suponía debilitado. El final era una catástrofe anunciada.

CAPÍTULO X

Manuelita y su comitiva descendieron del carruaje a las nueve de la noche en punto, según el protocolo de la invitación. Llegaron hasta la puerta del caserón, a la espera de que vinieran en su búsqueda para hacerlos pasar. Una semana antes había recibido, en su casa de la calle Biblioteca, el convite a ese baile dedicado a su persona de parte del Comercio de Buenos Aires. Las tarjetas de invitación se habían confeccionado especialmente para la ocasión; las de las señoras eran de color rosa y las de los caballeros, celeste. Su Excelencia el General Rosas también había sido invitado, pero había preferido no concurrir. No era muy amigo de las reuniones sociales, aunque de vez en cuando elegía sorprender y aparecer sin previo aviso. No había sido ésta la elegida para la sorpresa.

Manuelita se había hecho presente junto a algunas de sus amigas: la hija del ministro Arana, María Mercedes, Dolores Marcet, Telésfora Sánchez y la siempre fiel Juanita Sosa. El edecán de su padre, Antonino Reyes, y la tía Pepa habían sido los chaperones en esta ocasión.

Miembros de la comisión aguardaron en la entrada para conducir a las señoras hasta las puertas del salón de tocador. Las muchachas pasaron un buen rato allí adentro, como era costumbre de toda dama que se preciara de tal. El arreglo y los afeites previos eran indispensables en toda fiesta. Luego de ajustar algún corset, acomodar algún rizo y revisar algún escote, las muchachas cruzaron el umbral y fueron conducidas al salón de baile. Los caballeros habían dejado sus capas y sombreros en la habitación destinada a esos avatares y tomado el billete numerado. Un billete de igual diseño era entregado a las señoras, para reclamar luego sus chales y demás abrigos. Todo estaba organizado al dedillo para que la noche transcurriera sin tropiezos.

Manuelita y su séquito fueron conducidas al sitio preferencial, que había sido arreglado con gran esmero. Al cruzar la puerta, se quemaron veintiún bombas de estruendo y la orquesta ejecutó la *Marcha Nacional* y el *Himno Loor Eterno* en su honor. Las muchachas expusieron su mejor sonrisa. El baile estaba presto a comenzar.

El salón estaba dividido en cuatro secciones, y dos bastoneros —con el brazalete de cinta punzó adornando el brazo izquierdo— cuidaban el orden en cada una de ellas. Manuelita se acomodó en el centro de la ronda de sillas que se había armado para ella. Sus amigas la rodearon y comenzó la charla, interrumpida a los pocos minutos por el ministro Mandeville, uno de los invitados de honor, que se acercó galante y la sacó a bailar. Una gran tarjeta colocada al frente del palco de la orquesta anunciaba el ritmo elegido. Un minué abrió la velada. Manuelita y John Henry dieron inicio al baile y detrás de ellos salió una infinidad de parejas.

—Mi querida niña, quiero expresarle mi agradecimiento por haberme concedido la primera pieza de la noche —le dijo el ministro y la tomó por la cintura.

—Ah, John, pero cómo no hacerlo —respondió Manuelita y lanzó una risa

coqueta.

—Tanto es mi afecto hacia usted desde que nos vimos la primera vez en la iglesia de Santo Domingo que sólo puede cesar con mi existencia. Fue el 24 de mayo de 1836, para más datos —retrucó el caballero.

—Pero no exagere, hombre. Veo que tiene una memoria privilegiada. Recuerda todo a la perfección, por lo visto. ¿También se acuerda de que ese día yo cumplía los diecinueve años?

—Desde ya, mi señora, cómo olvidar a una beldad semejante. A mi edad puedo expresarme así con usted sin temor de ofenderla. ¿O la ofendí? —entre giro y giro Mandeville le sonrió, provocador.

—De ninguna manera, mi señor —dijo Manuela, y volvió a reír con ganas—. Pero a veces pienso que tal vez pueda ofender a otra persona con sus dichos, alguien bastante más allegado a usted...

Manuelita lo miró de reojo y Mandeville se ruborizó como un chico. Había una parte de su vida que prefería no hacer demasiado pública pero a veces no le salía como esperaba. Había llegado en el 36 a Buenos Aires con la joven Fanny MacDonald, a quien había presentado a todo el mundo como su sobrina. La había instalado en su casa de la esquina de Representantes y Restaurador^[22], mientras él se alojaba en una casona del sur, cerca de la Quinta de los Ingleses^[23].

—No entiendo de qué me habla, *Miss Manuelita* —respondió Mandeville con un tono que parecía implorar misericordia.

—Vamos, John, hablo de Fanny, a quien veo de tanto en tanto por el barrio, siempre acompañada por usted —le susurró al oído.

—Soy un hombre de corazón grande y carne débil, estimada. Pero eso no significa que sea deshonesto.

—No se ponga triste, *dear John*, no quise lastimarlo. Lo estimo tanto... —dijo y le dio un beso en la mejilla.

—Espero que así me quiera su padre, *milady*; no vaya a ser que me castigue como a tantos otros —sugirió con una sonrisa.

—¿Otra vez exagerando? —preguntó la joven con el ceño fruncido—. Usted bien sabe que Tatita decretó una amplia amnistía y un buen número de los exiliados volvió a estas tierras. Incluso alguno que otro se incorporó a mi corte.

—Pero dicen que está disconforme con el almirante Purvis y los barcos que se mecen en el río... —anunció el inglés con cuidado.

—Usted conoce a Tatita casi como yo. No le gusta que lo contraríen. Él gobierna no sólo esta tierra sino también sus aguas. Si él ordena un bloqueo, el pedido debe cumplirse. Y la Graciosa Majestad es de ustedes pero no nuestra, gracias a Dios. Pero no se asuste, John querido, usted está a salvo, se lo prometo —le susurró cerca del oído.

Mandeville ciñó la cintura de Manuelita y redobló la vehemencia en el baile. No era el único extranjero que se dejaba seducir por las mujeres de Buenos Aires. Cada

vez que algún hombre de ultramar ponía un pie en una tertulia quedaba asombrado ante el despliegue de elegancia y belleza de las representantes del género femenino. Algunos incluso llegaban con advertencias férreas de que la primera intención de las señoras era turbar a los extranjeros, y que para eso se valían de una bebida por ellos desconocida, el mate, brebaje por medio del cual podían llegar a una cierta hilaridad. Sin embargo, tarde o temprano todos se dejaban tentar por aquellas miradas seductoras que se escondían a medias detrás de los abanicos.

Las formas elegantes de los jóvenes caballeros, la soltura y el porte se amalgamaban a la perfección con las bellas proporciones de las damas. Unos y otras desplegaron todos los recursos de la seducción sin caer en el escándalo. Nadie lo encontraba mal y todos participaban de esa fiesta dentro de la fiesta.

Llegó el cambio de tarjeta y un nuevo ritmo. Era el turno de la contradanza y al instante se formaron dos filas, de un lado los hombres y del otro las mujeres. Avanzaron unos hacia otros, por parejas, que giraron tomadas de las manos; dieron dos pasos de derecha a izquierda y valsaron. Los señores aprovechaban para darse el placer de oprimir entre sus brazos, alternativamente, a todas las bonitas damas de la fiesta. Incluso alguno que otro se animó e hizo alguna declaración insinuante. Total, lo peor que se podía recibir a cambio era un ingenuo «¡tiene dueño!».

Hijas, madres y abuelas se entregaban a la diversión del baile con espíritu juvenil. Quienes preferían quedarse sentadas, por algún impedimento físico o simplemente para deleitarse ante el despliegue de movimiento y color, sentían que aquello era un espectáculo edificante, que les probaba que la vejez no tenía por qué ir acompañada de la tristeza.

A la una en punto, un coro entonó el Himno dedicado por el Comercio a la noble hija del Jefe Supremo del Estado y se abrieron las puertas del Salón del Ambigú. Ya habían sido repartidas con anticipación por los bastoneros sesenta entradas a los caballeros, para que cada uno condujera a dos señoras a la mesa, a quienes debía atender de pie durante toda la comida. Algún caballero, designado por la comisión, pronunciaría de tanto en tanto brindis alusivos. Luego de que las ciento veinte señoras dejaron la mesa, los caballeros pudieron entrar a comer con sus tarjetas de entrada repartidas oportunamente. Era requisito obligado que reinara el mayor orden, guardando el decoro y moderación en los brindis, que exigían la presencia de la hija de Su Excelencia y de las demás representantes del bello sexo.

Pepa estaba entre las que no bailaban pero acompañaba de cerca a su sobrina. También aportó lo suyo para el juego social, con hábiles pinceladas diplomáticas. Con una memoria prodigiosa, recordó al pie de la letra a todos los invitados al baile de Comercio, sin siquiera tener que apuntar los nombres. Guardando un estilo de distracción aparente, estaba alerta a cuanta conversación podía escuchar. El espionaje era moneda de cambio de aquellos tiempos, y las apariencias a veces engañaban. No era bueno confiar ciegamente en nadie y convenía mirar todo con cuatro ojos. Cuando le fue posible, Antonino Reyes también se acercó a Manuelita. No había sido

tarea fácil porque era la dama más solicitada de la fiesta. Estaban aquellos que se sentían atraídos por ella, y otros que buscaban algún acercamiento con su padre por su intermedio. Sin embargo, Manuelita quería mucho a Antonino y le hizo un lugar en su tupido cuadernillo de bailes. La que no perdía oportunidad de pasar de brazo en brazo era la intempestiva Juanita. Apasionada y visceral, la amiga querida de Manuela olvidaba por momentos que debía cumplir con el deber impuesto por el decoro y se entregaba a la erótica del placer. Era una mujer de sangre caliente y no le importaba demostrarlo. A veces se extralimitaba un poco, y su carácter le jugaba malas pasadas. Pero sabía reponerse rápido. Daba vuelta la página, y a otra cosa. Sin embargo con Rosas era diferente. No conseguía olvidarlo; no lograba abandonar las sensaciones que la habían dejado casi sin habla durante esa noche en que la había llevado a su despacho. Con sólo pensar en las manos de aquel hombre sobre su cuerpo, sentía una especie de vahído.

Mandeville persiguió a la agasajada durante toda la noche y ella lo dejó hacer. La conversación siguió, solos o acompañados por el resto de la comitiva. El ministro y Manuelita eran grandes amigos. Él intentaba, de vez en cuando, ir más allá de la pura amistad, pero ella sabía cómo mantenerlo a raya sin romper el vínculo. Sin embargo, el hombre no cejaba. Parecía hipnotizado por la porteña.

Pasadas las horas, Manuelita se sintió algo cansada y le susurró a su tía que tenía ganas de retirarse. Doña Pepa Ezcurra así lo advirtió y la orquesta volvió a tocar los Himnos *Nacional* y *Loor Eterno*, se quemaron otra vez veintiún bombas y se dio por terminado el baile. La comitiva oficial fue con sus billetes a recoger sus pertenencias y salieron a la calle, donde aguardaban los carruajes que habían estado esperando a los costados de la Recova, al cuidado de vigilantes de a pie y a caballo. Se debía cumplir con el itinerario: entrar por la Plaza 25 de Mayo, seguir por la Plaza de la Victoria y tomar la calle Reconquista^[24]. Los cascotes de los caballos contra el empedrado de las calles anunciaron el fin de fiesta.

* * *

Rosas ocupaba su despacho, como casi todas las tardes. En la antesala, y con la puerta abierta, estaban el loco Eusebio y el Biguá, con sus trajes de luces y la algarabía de siempre. Juntaban el papelerío que descartaba el patrón y lo ordenaban por tema y por fecha. Rosas les encomendaba ocupaciones y ellos las encaraban contentos. Que cumplieran, eso ya era otra cuestión. A veces el Restaurador perdía la paciencia y el dúo ligaba una sarta de improperios dignos de un carrero, o alguno que otro palo sobre el lomo. Abrían los ojos con pavor pero parecían no escarmentar. No aprendían o no querían. Pero permanecían al lado de Rosas como el primer día, siempre a tiro para lo que su amo les ordenara.

El jefe aguardaba compañía. Durante los últimos meses había tomado decisiones cruciales. Los acontecimientos arreciaban y el tiempo corría demasiado de prisa. La

realidad con todas sus complicaciones lo había tomado por asalto.

Eusebio asomó media cabeza y carraspeó para anunciar su presencia. Sin levantar la vista, Rosas le hizo una seña para que hiciera pasar a sus invitados. No esperaba a nadie más que a Arana y a su cuñado Mansilla. Los caballeros hicieron su entrada con los sombreros en la mano y el paso firme. Clavaron los ojos en el dueño de casa, aguardando a que les sugiriera el asiento para cada uno.

—Mis amigos, me parece que prefiero dar una vuelta. Estoy entumecido —expresó decidido y con un grito dio la orden—. ¡Que nos preparen los caballos, Biguá! Salimos ya mismo.

Los recién llegados se miraron entre sí y fueron detrás de Rosas. No tenía sentido decir nada, cuando decidía algo era imposible modificar su parecer. Volvieron a guarecerse con sus capotes y salieron a la calle, donde ya estaba lista la caballada. Los resoplidos interrumpían el sonido habitual de las caminatas de los transeúntes, mientras el batir de las colas para quitarse de encima alguna mosca parecía parte de una danza frenética. Juan Manuel montó de un salto, Arana y Mansilla hicieron lo suyo y emprendieron el recorrido que marcaba Rosas.

—¿Adónde nos dirigimos, Juan Manuel? —preguntó Lucio.

—Vamos a la Alameda, quiero hacer una recorrida de punta a punta. No creo que hoy circulen demasiadas personas. Podremos conversar tranquilos —dijo Rosas; parecía contento como un chico—. Y a la vuelta quiero hacer una pasada por un local que acaba de abrir sus puertas y que alguien por ahí me dijo que tiene unos bizcochos soberbios.

Los señores rieron ante la confesión golosa del Restaurador. Eran bien conocidas sus mañas a la hora de la comida. Respetaba poco los horarios impuestos, comía cuando tenía hambre —en general lo hacía solo— y únicamente lo que ordenaba.

—¿Será la panadería de Juan Michelet? —señaló Mansilla—. Tinita anda como loca con eso.

—Exactamente, me han dicho que el cartel de la entrada reza *La Panadería del Cañón*. Los habitantes de Buenos Aires estaremos más que contentos con la bonanza del tal Michelet en los negocios, ¿no es cierto? —No había detalle de la ciudad que quedara fuera de la órbita de Rosas. Conocía los pasos de todos.

—Perfecto, Su Excelencia, eso haremos —agregó el ministro Arana, siempre atento a las necesidades del gobernador.

—Tengo demasiadas preocupaciones, caballeros —dijo de pronto Rosas e hizo silencio. Miraba hacia adelante, mucho más allá, donde reposaban las aguas del río.

Los problemas que ocupaban su cabeza no le daban paz. A la solución de uno, de inmediato aparecían otros tres. Sabía que ser el líder de la Confederación nunca había prometido ser una tarea fácil, pero en algunas oportunidades quería tirar todo por la borda. Y que los demás se ahogaran sin él. Lo tenían cansado, no entendía cómo podían ser así de necios. Hacía meses que había expulsado a los jesuitas de su territorio. Las rispideces habían comenzado luego del atentado del que había sido

víctima. Los padres no habían expresado el suficiente rechazo del incidente y Rosas había empezado a molestarse con ellos. Había dado la orden de que nadie pisara las iglesias, ni siquiera para escuchar misa. Por si no hubiera sido suficiente, se había corrido la voz de que los sacerdotes sólo confesaban a los unitarios. Manuelita había intentado interceder pero su palabra no había llegado a buen puerto. La furia, siempre disponible en cualquier diatriba, se había hecho carne en su padre y empezaron a aparecer pasquines en las paredes con dibujos de jesuitas colgados en la horca. Muchos buscaron refugio en casas particulares por miedo a las turbas violentas. Las grescas fueron y vinieron hasta que el Superior de la Orden le hizo un reclamo a Rosas, pidiéndole que designara a otra persona para que se hiciera cargo de la iglesia. Se nombró a Majesté y el 22 de marzo de 1843 ordenó la salida de los jesuitas.

—Soy tanto mejor como amigo cuanto más terrible soy con el enemigo —dijo de la nada, y echó una mirada furtiva a sus acompañantes.

—Lo sabemos bien, Excelencia.

—Termínela con los títulos, Batata —así llamaba a Arana, en la intimidad—. Estamos aquí a la vera del río, no nos oye nadie.

—Nosotros tampoco escuchamos, Juan Manuel. Nos has traído hasta aquí y no largas palabra, hombre —dijo Lucio, intranquilo.

—Menos ansiedad y más paciencia, cuñado. A veces no es malo pensar y callar.

Ajustó las riendas entre sus manos y continuó como si siguiera el hilo de sus pensamientos.

—El que no está conmigo está en contra de mí.

—Pues eso ya lo sabemos más que bien —intervino Mansilla.

—¿Y te parece mal?

—¿Cómo voy a opinar sobre tus percepciones acerca del bien y del mal, Juan Manuel? Somos familia.

Rosas clavó sus ojos azules en los de su cuñado. Los lazos familiares no significaban ninguna garantía para él. Su hermano Gervasio lo había traicionado, varios de sus cuñados estaban en la vereda de enfrente y no tenían ni el más mínimo pudor en decirlo. Y su madre... De pronto la recordó. A pesar del estado de salud que la postraba, Agustina López de Osornio aún insistía, de tanto en tanto, en que abandonara la política y se dedicara a vivir feliz y contento en el campo. Sabía que la dama despotricaba contra los federales, aunque también despreciaba a algunos unitarios. Visceral como nadie, desde la cama digitaba las vidas de hijos y nietos. Agustinita Ortiz de Rozas era su hermana querida y la menor de todas. Apreciaba a su marido pero él tampoco formaba parte de las huestes rosistas. Se respetaban mutuamente y cuando debía hacerle algún pedido, ahí estaba Lucio. Hacía un tiempo, luego de la batalla de Quebracho Herrado, le había encomendado que acompañara al capitán francés Eduard Halley a entrevistarse con Juan Lavalle para ofrecerle una salida segura del país, oferta que el jefe unitario había rechazado. Mansilla no lo traicionaba.

—Caballeros, me preocupan las deliberaciones con Inglaterra. Como bien saben, Baring quiere cobrar el empréstito —El viento empujaba el follaje de los árboles, lo que obligaba a Rosas a elevar la voz.

—¿Pero Insiarte no se ocupa de eso? —preguntó Arana.

—En eso anda, pero no me fío de los ingleses, sus prestamistas, sus Majestades y la mar en coche.

Hacía como dos décadas del empréstito contraído a través de la casa Baring Brothers por el gobierno bonaerense, que seguía acumulando deudas. Los años habían pasado y los banqueros habían comisionado al señor Felicien Falconet para realizar el cobro al gobierno de la Confederación.

—Insiarte puso todo tipo de excusas, manifestó todas las dificultades por las que hemos pasado y les dijo que estamos dispuestos a cederle a su Majestad Británica las islas Malvinas en pago de la deuda —agregó Rosas.

—Seguramente aceptarán y así agregarán una porción de tierra a la infinidad de colonias que tienen alrededor del globo —soltó Arana en defensa de su colega ministro.

—No debemos confiarnos tanto, Felipe. No está dicha la última palabra, no han aceptado aún. Tampoco estamos en condiciones de hacernos de un nuevo enemigo; basta de contiendas, por favor —dijo Rosas.

—Ya tenemos demasiadas, Excelencia —acordó Arana—. Y a propósito, me han llegado noticias de extramuros acerca de vuestros traidores, con nombre y apellido.

—Largue, Batata. A ver si son los que ya tengo registrados o el virus de la traición se ha adueñado de aún más corazones.

Muy de vez en cuando se cruzaban con algún jinete distraído, o con grupos dispersos de peatones que no caían en la cuenta de quién montaba aquel soberbio caballo zaino. Rosas se había calzado el sombrero hacia adelante para que el ala disimulara su rostro y su cometido se cumplía: nadie parecía reconocerlo.

El ministro de Relaciones Exteriores comenzó a enumerar la lista de traidores que había llegado a su conocimiento. Tras la cordillera, el exiliado Domingo Faustino Sarmiento fogueaba contra el gobierno de Rosas. Desde el diario chileno *El Progreso*, había iniciado una campaña tenaz para que Chile ocupara el Estrecho de Magallanes, y el 21 de mayo había partido una expedición desde Santiago, al mando de John Williams. Arana había enviado una nota de protesta al gobierno trasandino.

Pero Sarmiento no era el único enemigo de Juan Manuel de Rosas. Don Felipe agregó a Florencio Varela, instalado desde hacía un tiempo en Montevideo. El periodista tenía en vista fragmentar el territorio constituyendo una nueva nación con Entre Ríos y Corrientes, y para eso se había agenciado algunos aliados: los ministros del gobierno uruguayo, el almirante Purvis y el comendador Juan Luis Vieira Cansanção de Sinimbú, plenipotenciario de Brasil. Otro amigo de la traición no era otro que el director del diario uruguayo *El Nacional*, José Rivera Indarte, el artífice de la fallida máquina infernal. El poeta cordobés, que antes había sido miembro de la

Sociedad Popular Restauradora de la mano de doña Encarnación, había cruzado a la otra orilla como tantos otros, asqueado de las tropelías rosistas. Los federales esgrimían que había tenido que escapar de Buenos Aires como un perro, procesado por estafa y falsificación de documentos.

—Desde afuera nos comen los nuestros, hijos de mala madre —susurró Rosas, lleno de ira.

—Es un sinsentido pero es así —dijo Lucio y agregó, consciente de que se arriesgaba—: Pero también nos comemos desde adentro, Juan Manuel. La sangre derramada en Buenos Aires nos va a ahogar. Hay que parar con esta locura.

Arana asomó la cabeza y escrutó a Mansilla, que cabalgaba al otro lado de Rosas. Avanzar sobre el tema de La Mazorca resultaba delicado. Nadie se atrevía a hablar abiertamente en contra del grupo regenteado por Ciriaco Cuitiño.

—Me parece que tienes razón, Lucio. No debemos dar pasto a los chimangos. A veces siento que a Cuitiño se le van las cosas de las manos. Emprendamos el regreso —anunció Rosas, decidido—. A la vuelta implemento las resoluciones, pero antes pasemos por la panadería, por favor.

Con una sonrisa, como si la charla lo hubiera aliviado como por arte de magia, Juan Manuel tiró de una de las riendas para que su caballo doblara. Sus compañeros de cabalgata lo imitaron y tomaron la primera calle que los llevaría hasta Maypú^[25], donde estaba quedaba la panadería del francés. Arribaron a los pocos minutos.

—Baja, Lucio, y compra ese manjar de los dioses —ordenó Rosas y permaneció a caballo, junto a Arana.

Mansilla desmontó y entró en la Panadería del Cañón. Decidió que aprovecharía y se haría de unos bizcochos más para su casa.

—Quería que estuviéramos solos, sin testigos —apuró Juan Manuel y miró a su ministro Arana—. A partir de mañana se terminan las acciones de La Mazorca; se acabaron la refalosa y violín-violón^[26], y toda esa mierda. Mándemelo a Cuitiño, que le hago el anuncio. Y guay de la cara que me ponga ése. No vaya a ser que se gane una cucharada de su propia medicina.

SEGUNDA PARTE

La hora de la verdad

CAPÍTULO I

Todo parecía anunciar un tiempo de bonanza. A diferencia de los años anteriores, 1844 había transcurrido con una calma fuera de lo común para los porteños, poco acostumbrados a la vida rutinaria sin sobresaltos.

El Restaurador había mantenido un vínculo estrecho con el exiliado general José de San Martín a través de una activa correspondencia. Las consultas y sugerencias habían ido y venido sin cesar desde Buenos Aires a Europa y viceversa. San Martín sentía respeto por Rosas, y así se lo había hecho saber. En su testamento, escrito aquel año, le había legado el sable que lo había acompañado durante la independencia americana. Así lo expresaba:

El sable que me ha acompañado en toda la Guerra de la Independencia de la América del Sud le será entregado al general de la República Argentina Don Juan Manuel de Rosas, como prueba de la satisfacción que como argentino he tenido al ver la firmeza con que ha sostenido el honor de la República contra las injustas pretensiones de los extranjeros que trataban de humillarla.

Por otro lado, el enemistado ejército oriental comandado por el general Fructuoso Rivera había sido derrotado por una división de la tropa federal, al mando del general Justo José de Urquiza, en la batalla de Puntas del Sauce. Era la primera contienda exitosa de Urquiza sobre Rivera. Pero luego de un año lo derrotaría por completo en la batalla de India Muerta, obligándolo a exiliarse en el Brasil. Un enemigo menos para el gobierno rosista de la Confederación.

En marzo se había logrado un acuerdo con los representantes de la Baring Brothers. Insiarte había vuelto a insistir con la oferta de las Malvinas pero Falconet había preferido rechazarla «por no prometer la cuestión que este gobierno sostiene con el de Su Majestad Británica un pronto y feliz resultado». Los ingleses asumían la propiedad de las islas de antemano. Rosas, algo intranquilo con las posibles retribuciones inglesas, había instado a su ministro a que pusiera a los prestamistas británicos de su lado, costara lo que costase. Cumplidas las órdenes, el ministro de Hacienda había acordado con el delegado inglés que la Confederación volviera a pagar los intereses de la deuda con una quita del ochenta por ciento. Hubo celebración conjunta y Rosas comenzó a devolver el empréstito, con la condición de que el puerto no fuera bloqueado. El préstamo había sido de un millón de libras de las cuales, una vez descontadas las comisiones, habían llegado cincuenta y cuatro mil. Buenos Aires comenzaría a pagar cinco mil pesos mensuales, gesto muy bien visto en Londres.

Muchos de los exiliados que estaban en la orilla oriental habían decidido tomar las armas y ser parte de la milicia defensiva. Esteban Echeverría —que antes de su partida solía frecuentar la casa de Agustinita Ortiz de Rozas— luchó mientras le fue posible. Pero una enfermedad pulmonar lo había resentido hasta postrarlo en cama. Sin embargo, continuaba defendiendo sus ideas con convicción cada vez que tenía la

oportunidad. «Es preciso desengañarse. No hay que contar con elemento alguno extraño para derribar a Rosas. La revolución debe salir del país mismo, deben encabezarla los caudillos que se han levantado a su sombra», expresaba el poeta. Pero estas ideas encendidas no se hicieron carne en la ciudad sitiada, como tampoco en Buenos Aires. Rosas ejercía el poder con más firmeza que nunca.

Aquel año, una fuerte tormenta se abatió sobre la ciudad. Como hacía tiempo que no sucedía, las fuerzas de la naturaleza destrozaron algunas de las instalaciones del puerto y arrasaron viviendas del Barrio del Tambor. Muchos negros que allí habitaban se habían quedado sin casa. El gobierno de Rosas, como ningún otro del pasado, reparaba en ellos. El interés había comenzado en tiempos de doña Encarnación y se mantenía a través de la injerencia de Manuelita. Tradicionalmente los domingos la población negra celebraba a lo grande: bailaban y gritaban con absoluta libertad y, de vez en cuando y gracias a un permiso especial del Restaurador, lo hacían en la propia Plaza de la Victoria. Era un espectáculo que también disfrutaba el resto de la gente, aunque a veces lo hacían al resguardo del disimulo. Era una fiesta contemplar el bamboleo sensual de las negras vestidas con muselinas claras, con sus collares y pulseras de colores, sus cabezas envueltas en turbantes, sus escotes generosos y sus brazos al desnudo. Los negros, por su parte, lucían orgullosos sus chalecos punzó, saco y pantalón blancos, y sus infaltables divisas federales.

Desde siempre, Rosas era partidario de la diversión popular, pero en febrero del 44 había tomado la decisión de suprimir la celebración del Carnaval. Decretó que esa fiesta que mezclaba a ricos y pobres, a criados y amos, quedaba prohibida para los habitantes de la ciudad. Quienes no cumplieran la ley sufrirían el castigo de tres años de trabajos públicos y pérdida de empleo. Su argumento era que esa costumbre —con sus noches de borrachera, sus desórdenes y algún que otro episodio de violencia— era inconveniente a los hábitos de un pueblo laborioso e ilustrado; que se deterioraban y ensuciaban los edificios; que se transmitían enfermedades; que las familias sufrían por el extravío de sus hijos, dependientes o domésticos, y unas cuantas excusas más.

Otro de los cambios que había propuesto el Gobernador a fines de mayo había sido la modificación del luto. A diferencia de la costumbre previa, por la que la gente se vestía de negro de la cabeza a los pies cuando guardaba respeto por sus muertos, ordenó que en adelante el luto sería «en los hombres una lazada de gasilla, crespón o cinta negra de dos pulgadas de ancho en el brazo izquierdo, y en las mujeres una pulsera negra de igual ancho en el mismo brazo». Quería que el color volviera a pintar las calles de Buenos Aires y que la oscuridad pasara a formar parte del pasado. Como era de prever, esta novedad trajo resistencias de toda índole. Estaban los que la defendían con ahínco, pero también quienes defenestraban a Rosas como un hombre carente de sentimientos.

Los unitarios habían sumado adeptos que miraban con desconfianza a Rosas. Sin embargo muchas familias respetables defendían a su líder. Arana, Anchorena,

Beláustegui, Unzué, Paz, Terrero, Elizalde, Pinedo, Pacheco, Ezcurra, Villegas, Oyuela, Riglos, Oromí, González Moreno, Escalada, Ortiz Basualdo, Sáenz Peña, Lahitte y muchos otros apellidos integraban las filas de los que apoyaban al rosismo.

Pero quien ganó en notoriedad aquel año fue el ministro inglés Mandeville, y no por los lazos que había entablado con la Manuelita, sino por un movimiento político que devino en asunto público. Rivera Indarte, siempre atento a las operaciones periodísticas, se había hecho de once cartas firmadas por Mandeville que ostentaban un tono antirrosista explícito. Sin dudar, las había publicado en su diario para que todos los lectores se enteraran de tamaña traición.

El ministro había alimentado el vínculo con Rosas y lo frecuentaba a menudo. Tal había sido la cercanía entre ambos, que el inglés solía aceptar los convites del gobernador con mucho placer. Se contaba que en una oportunidad había pasado toda la tarde en Palermo. Luego del almuerzo, Rosas le había mandado tender una cama debajo de uno de los árboles del inmenso parque. Una vez que el cónsul había sucumbido al sueño, el dueño de casa había ordenado que lo pincharan con un elemento filoso en la pierna y colocado, al mismo tiempo, una serpiente venenosa entre las sábanas, con la boca cosida para evitar el mordisco letal. Al despertarse de un salto, Mandeville casi se deja llevar por el horror. Rosas, que se había mantenido cerca, le tomó la pierna y absorbió él mismo el «veneno» de la herida. En un gesto de valentía inusitada para Mandeville, luego había manoteado el bicho infame. El diplomático permaneció en cama durante dos días al cuidado del dueño de casa. Pasada la convalecencia, Mandeville se había retirado convencido de que Rosas le había salvado la vida.

Asiduo concurrente a las tertulias oficiales y a las más privadas también, gozaba de cierta simpatía por parte del Restaurador, aunque éste a veces desconfiaba de algunas conductas del representante de Gran Bretaña. Lo había confirmado aquella vez en que le había tendido la trampa junto a su edecán. Sin embargo, Rosas no había tomado represalias. Se limitaba a recopilar información. Hasta que sucedió el episodio de las cartas dadas a conocer por Rivera Indarte, que pronto se transformó en la comidilla de la sociedad. Todos aguardaron la respuesta de Mandeville, convencidos de que evitaría poner los pies en la residencia de Palermo de San Benito. Se equivocaron. El inglés concurrió a la quinta como si nada y, tras la media hora de conversación con Rosas, éste, con su desparpajo habitual, lo orinó. Mandeville quedó pasmado.

—Su Excelencia, debo decirle que me siento muy malogrado por su accionar. Es una afrenta para la Gran Bretaña toda —dijo con los ojos desorbitados.

—Mis más sentidas disculpas, mi estimado Mandeville. Sin embargo, es muy conocida la costumbre que prodiga a la vista de cualquiera de rascarse a cada momento las asentaderas, tanto en actos oficiales como privados, y yo nunca le puse reparo, pues consideré que sería fruto de una necesidad —respondió Rosas sin inmutarse.

Entre bravuconadas y bromas por el estilo continuó la relación entre Rosas y Mandeville, aunque sin dejar de lado los lazos diplomáticos, lo que los obligaba a un tire y afloje constante.

Y empezó 1845, con un primer semestre que se anunciaba bastante anodino. Nada parecía anunciar lo que se vendría. Sólo algunos pocos percibían el escalofrío del vendaval que se ceñía sobre ellos.

* * *

Leandro Antonio Alen había empezado bien temprano con la faena de las cuabras. Desde hacía un tiempo, Rosas lo había convocado a Palermo para que se ocupara de sus animales, y el integrante de la desmembrada Mazorca había aceptado con alegría. Allí se había instalado junto a su mujer y sus dos hijos, Leandro y Marcelina, para poder cumplir al pie de la letra las instrucciones recibidas. Todas las mañanas bien temprano pasaba un buen rato cepillando los caballos favoritos del patrón, el Tordillo y el Pico Blanco.

Alen le rendía pleitesía a Rosas. Sentía una gratitud como si lo hubiera rescatado de las fauces de la muerte. La salud hacía rato que no lo acompañaba pero no se le ocurría faltar a sus tareas. Nada le alcanzaba a la hora de la retribución. En una oportunidad había curado el caballo de andar del gobernador, y éste había recompensado su servicio con mil quinientos pesos. Lleno de asombro ante semejante suma, Alen sólo había aceptado la tercera parte y le había devuelto el resto junto con una carta donde le agradecía y le decía que estaba «suficientemente satisfecho con los quinientos que quedan en mi poder».

A Marcelina le gustaba ayudar a su padre, cada uno con la atención puesta en el animal que cepillaban. De tanto en tanto, el resoplido aletargado de los animales suspendía el silencio que reinaba en las caballerizas. A la jovencita le gustaban los caballos, que desde chica había aprendido a cuidar de la mano de su padre.

Ese día Don Leandro estaba especialmente concentrado en el cepillado, trataba el pelo del animal como si estuviera puliendo una piedra preciosa. A su lado, su hija lo imitaba. De pronto, el crujido de las hojas secas los sacó de la hipnosis y miraron hacia los portones. Allí, en el umbral, se había detenido Rosas.

—Buenos días, Alen. Pero qué bien que ya anda ocupándose de mi tropilla; tenía pensado salir en un rato con la compañía de mi hija. Prepárele el suyo también —recién ahí reparó en la muchacha, que había suspendido lo que hacía para mirarlo—. Y ésta debe ser la suya, ¿no es cierto? No la creía tan grande.

—Buenas, patrón. Ésta es Marcelina, mi hija querida. Quiso asistirme y se lo permití. La saqué buena, y ya mismo le va a preparar el alazán a doña Manuelita —dijo, y le señaló el caballo—. ¡Vamos, niña, a moverse!

—No le grite a la muchachita que me la va a asustar —señaló Rosas con una sonrisa irónica y continuó dirigiéndose a ella—. ¿Así que su padre la reprende? ¿No

será una jovencita díscola, no?

—Para nada, Su Excelencia. Yo acato las órdenes que me dan en mi casa, como corresponde —respondió Marcelina, seria.

—Pero qué bien educada esta chica. Lo felicito, Alen, ha hecho un buen trabajo, no se va a arrepentir. Seguramente esta niña lo colmará de alegrías. —Rosas se acercó al caballo que cepillaba Marcelina, y le acarició el cogote.

Envuelta en su capa azul marino hizo su aparición Manuelita, preparada para la cabalgata junto a su padre. Tenía la cara iluminada por una amplia sonrisa, a pesar de que recién clareaba el alba. Podía acostarse a altas horas de la noche luego de un largo festejo, pero siempre se despertaba temprano. Le gustaba madrugar, y apenas abría un ojo, saltaba de la cama y emprendía sus actividades. Cuando el día comenzaba con una cabalgata —en especial si era junto a su padre— su humor se encendía con la promesa de una alegría asegurada.

—Buenos días a todos. Tatita, ¿salimos ya? ¿Está todo listo? —Manuela se zarandeó y la capa la persiguió en el ondeo—. Muchas gracias, Marcelina.

—¿Conoces a la hija de Leandro, entonces? —preguntó Rosas, azorado.

—Ay, Tatita, por supuesto. Conozco a los empleados de Palermo y también a su descendencia. —A diferencia de su padre, Manuelita siempre procuraba afianzar los vínculos. Estaba en todos los detalles, sabía qué criada agrandaba la familia, o cuál de los sirvientes tenía a su padre enfermo. Como su madre y su abuela Agustina, le gustaba cuidar de la gente que tenía a su cargo. Rosas era más frío e indiferente, aunque a veces asombraba con alguna salida generosa. Como había hecho con Alen.

—No me rete, Niña, discúlpeme —bromeó Juan Manuel—. ¿Pero entonces por qué no la convidamos a alguna de las tertulias? La señorita parece despierta y es bonita; puede hacer un buen papel, ¿no es verdad?

Marcelina se ruborizó y su vista se perdió entre la tierra del suelo y sus botinetas negras. Don Leandro miró a los patrones una y otra vez. La idea le había paralizado el corazón. Que su hija formara parte de la corte de la Niña era casi un sueño.

—Gran idea, Tatita; y tú, Marcelina, vente a la caída del sol para la casa; vienen unas amigas y me gustaría presentártelas.

La muchacha sonrió de felicidad pero al instante su cara se ensombreció como si la cubriera un velo. Manuelita captó al vuelo el significado de su expresión.

—Y no te preocupes por nada. A mi casa entra la gente que yo quiero y eso no tiene que ver con oropeles ni nada por el estilo —dijo acercándose a la muchacha para no incomodarla frente a los hombres—. Ven un poco antes, tengo algunos vestidos que no me gusta cómo me quedan y a ti te sentarían muy bien. No acepto un no como respuesta.

Manuelita le apretó el brazo en gesto de amistad. Le gustaba la hija del mazorquero, le parecía franca y honesta.

—Bueno, basta de secreteos y vayamos a lo nuestro, m'hija. Los caballos están preparados y ávidos por salir. Y yo también —dijo Rosas y se dispuso a montar el

suyo.

Manuelita lanzó una carcajada y siguió a su padre. Se acomodó sobre la silla, reafirmó el fuste y le guiñó un ojo a Marcelina. Apretaron los ijares de los animales con las botas y salieron al trote. El galpón quedó en silencio. Alen miró a su hija con intensidad, como si quisiera adivinar sus pensamientos.

* * *

Doña Agustina estaba ansiosa. Desde la cama de su gran recámara digitaba los pasos del gentío que habitaba en su casa y quería que sus órdenes se cumplieran en el acto. Además de la servidumbre, todavía algunos de sus hijos vivían bajo su techo, al igual que sus nietos Enriqueta, Franklin, Carolina y Enrique Bond y Ortiz de Rozas, que habían ido a vivir con su abuela tras la muerte de sus padres, Manuela y el doctor Franklin Bond, tras una tisis fulminante. Al poco tiempo, Enrique también había muerto a causa de la misma enfermedad. Doña Agustina había quedado amargada y resentida por el deceso de su hija, culpaba a su yerno de haberla contagiado. Sin embargo, adoraba a sus nietos y se había transformado en su tutora y curadora. Ellos también veneraban a la abuela. Todo lo rigurosa y por momentos feroz que había sido con sus hijos, era historia vieja a la hora de tratar a sus nietos. Los cuidaba y los amaba con la más tierna y sobredimensionada solicitud. Que hubieran quedado huérfanos le destrozaba el corazón. La matriarca tenía sentimientos.

—¿Mande, doña Agustina? —La cabeza cana del negro Ladislao se asomó por la puerta.

—Pasa, hombre, pasa, te estaba esperando. ¿Qué te detuvo, por el amor de Dios? Hace horas que aguardo —lo retó con impaciencia.

—Pero si recién me avisan —imploró el criado.

—Terminemos con el lloriqueo y tráeme a Montaña, hombre. Vas ya mismo a la casa y lo subes al carruaje. En media hora aquí —y volvió la atención a las cobijas y las almohadas.

Ladislao se dio por despedido y voló a cumplir el pedido. A pesar de los modos, era el criado predilecto de doña Agustina, el que mejor cumplía todo cuanto ella le encomendaba. Mantenían un vínculo muy apreciado por ambos. Ella lo tenía al trote y él lo aceptaba. A veces ensayaba algún gemido de queja que surtía efecto. La dama sólo confiaba en él y casi todos los requerimientos eran destinados a su persona.

A la media hora en punto el escribano Montaña era anunciado en la habitación de doña Agustina. El hombre entró y se detuvo al lado del lecho de la postrada. Con gesto de concentración la miró, a la espera de que le dirigieran la palabra.

—Montaña, quiero hacer mi testamento.

—Bueno, hija.

—Siéntate y escribe.

El escribano se dirigió hacia la mesita redonda estilo imperio, y allí se acomodó.

Doña Agustina, mujer de una memoria deslumbrante y con las ideas más que ordenadas para la edad avanzada y los achaques de salud, comenzó a dictarle con una seguridad apabullante.

—Agustinita, eso que dispones no está bien —la interrumpió Montaña.

—¿Por qué?

—Porque lo prohíbe la ley.

—¡Que lo prohíbe la ley! —La señora lanzó una carcajada aterradora—. ¿Que yo no puedo hacer con lo mío, con lo que hemos ganado honradamente con mi marido, lo que se me antoje? Escribe nomás, Montaña.

—Pero hija, si no se puede, no será válido. No seas porfiada.

—¿Qué no se puede? Escribe, que tú no eres el del testamento sino yo, y ya verás que sí se puede...

—Pues escribiré y ya verás.

—Ya veremos —dijo la mujer frunciendo la boca.

Montaña siguió tomando nota de lo que le dictaban. Cada tanto la interrumpía pero Agustina levantaba la ceja y lo perforaba con la mirada. El hombre agachaba la cabeza y continuaba.

—Bueno, lee ahora, Montaña.

Y así lo hizo, palabra tras palabra.

—Perfecto, ahora agrega esto: Sé que lo que dispongo en los artículos tales y cuales es contrario a lo que mandan las leyes tales y cuales. Cita tus leyes aquí, mi querido —le sonrió y continuó casi sin tomar aire—. Pero también sé que he criado hijos obedientes y subordinados, que sabrán cumplir mi voluntad después de mis días. Se los ordeno.

En el testamento, Doña Agustina favorecía a sus tres nietos a tal punto que ellos heredaban más que sus propios hijos. Si aquella decisión iniciaba una tormenta entre su descendencia, allá ellos. De cualquier modo, tenía estudiados de memoria a los bueyes con los que araba. Conocía a cada integrante de su familia al dedillo.

—Yo te veo estupenda, Agustinita. Te adelantas demasiado, me parece —dijo Montaña, confiado en su ojo de lince.

—Cállate, zalamero. Mi salud se resiente aunque intente disimularlo. Ya tengo setenta y seis años —dijo, y se acomodó la mañanita con un dejo de coquetería femenina.

—Te dejo dormir, no molesto más y me llevo el papelerío conmigo. Ya sabes que si quieres cambiar algo, estamos a tiempo.

Una vez más Agustina le clavó su mirada depredadora, aquella que había aprendido a usar de jovencita y que nunca le había fallado. Esos ojos azules —que su hijo Juan Manuel había heredado— hablaban con tanta eficacia como siempre, por más arrugas que los rodearan. Los años no habían doblegado su furia y su poder de mando. Con un suspiro de cansancio, dio por terminada la reunión.

CAPÍTULO II

La disputa por el territorio nunca se había detenido del todo. Siempre que las ansias de apropiación parecían aquietadas, desde algún lado avanzaba el zarpazo. Los ejércitos de la Confederación defendían o atacaban, según el sitio donde se encontraran. La Banda Oriental era uno de los puntos más calientes y sus conflictos habían convocado a la figura de Rosas, que había optado por tomar partido por el bando del general Oribe.

Mientras que a fines de marzo del 45 Manuelita recibía en Palermo a cientos de invitados para celebrar el triunfo del federal Urquiza en India Muerta, lejos de su casa Rosas decretaba el bloqueo del puerto de Montevideo para reforzar el sitio que Oribe había impuesto en torno de la ciudad controlada por sus enemigos.

Esta decisión del gobernador de Buenos Aires había provocado una reacción por parte de Francia y Gran Bretaña, por la que decidieron hacer una intervención conjunta en el Río de la Plata. De inmediato, Inglaterra nombró a William Gore Ouseley como ministro en reemplazo de Mandeville, y Francia al barón Deffaudis como enviado extraordinario, que llegaría en el mes de junio. El nuevo ministro plenipotenciario francés era Durand de Mareuil, y había desembarcado en febrero en el puerto de Buenos Aires. Habían sido largos meses de deliberaciones con el ministro de Relaciones Exteriores, don Felipe Arana. Antes de las negociaciones finales, Arana había exigido que se reconociera el bloqueo; los mediadores, sin embargo, reclamaron su levantamiento. El canciller les recordó el bloqueo francés; los extranjeros, en cambio, reclamaron por los intereses comerciales anglo-franceses. Exigían respuesta inmediata, a lo que Arana les contestaba con la exigencia de la inmediata aceptación del bloqueo. El 21 de julio los funcionarios extranjeros solicitaron sus pasaportes.

Entonces, sin advertencia previa, los buques ingleses y franceses apretaron a la escuadra argentina que bloqueaba Montevideo. El almirante Guillermo Brown, bajo las órdenes de Rosas, debió resignarse ante la superioridad enemiga. Él y sus oficiales fueron dejados en libertad, pero los barcos de la Confederación quedaron en poder de los ingleses y los franceses.

Meses más tarde, las tropas anglo-francesas se decidieron a remontar el río Paraná para poner en práctica la libre navegación de los ríos interiores. Pero Rosas no estaba dispuesto a permitir semejante afrenta. Previendo el plan de su enemigo externo, había empezado a preparar un plan en respuesta. Su cuñado era el elegido para hacerse cargo de la defensa. En su carácter de comandante interino del Departamento del Norte, Lucio Norberto Mansilla había sido instruido para que formara una pequeña tropa con gente de los alrededores. Se había instalado en las barrancas de la Vuelta de Obligado, sobre el Paraná, y allí había dispuesto sus baterías. De orilla a orilla del río habían anclado los cascos de veinticuatro pontones, que sostenían tres gruesas cadenas. Las banderas argentinas flameaban sobre los pontones y dos mil

quinientos soldados aguardaban detrás de los parapetos de barro contruidos por ellos mismos, que servían a la vez para defender y ocultar las treinta y cinco piezas de artillería. Abundaba la bravura pero escaseaban las municiones.

Eran las nueve y media de la mañana de un 20 de noviembre refulgente cuando los grandes barcos enemigos aparecieron fondeando con la seguridad de su contundencia. Las dos márgenes se colmaron de hombres vestidos de colorado. Al grito de «¡Oíd mortales el grito sagrado!» los tambores retumbaron en aquella mañana de cielo límpido, y varias voces al unísono continuaron con un «¡Viva la Patria!». El general Mansilla arengó a sus tropas a viva voz: «¡Vedlos, camaradas, allí los tenéis! Considerad el tamaño del insulto que vienen haciendo a la soberanía de nuestra Patria al navegar las aguas de un río que corre por el territorio de nuestra República, sin más título que la fuerza con que se creen poderosos. ¡Pero se engañan esos miserables, aquí no lo serán! Tremole el pabellón azul y blanco y muramos todos antes que verlo bajar de donde flamea». Y comenzaron los disparos de proyectiles y metralla. Pero el enemigo venía mejor armado. Tronaron los ochenta y ocho cañones. El combate parecía interminable. Los invasores intentaron aproximarse a las cadenas para deshacerse de ellas, pero fueron repelidos por el intenso fuego a la orden de Mansilla. Con viento a favor, lograron dejar fuera a los bergantines *Dolphin* y *Pandour*, obligando a retroceder al *Comus*. Ambas fuerzas se batieron en una lucha sin cuartel. En un momento, sin perder la calma de siempre, Mansilla se dirigió a uno de sus hombres y le consultó: «Alberti, ¿qué es eso que echan al agua de aquel barco?». El hombre, de origen italiano, tomó su catalejo y observó con detenimiento. Sin dudar, respondió: «¡Son corpos, usía!»

Luego de dos horas de combate, el bergantín *Republicano*, que sostenía las cadenas en la margen opuesta, se quedó sin municiones. Su comandante, veloz para las decisiones, lo hizo volar y pasó a tierra para reforzar una de las baterías terrestres. A las cinco de la tarde, todo había terminado. Los buques extranjeros lograron abrirse paso y sus hombres desembarcaron. Mansilla cargó personalmente a bayoneta calada para defender las baterías, pero fue derribado por una salva de metralla que lo hirió gravemente en el pecho. El artillero capitán Juan Bautista Thorne tomó el mando pero ya no había más nada que hacer: habían sido derrotados por Francia e Inglaterra. Entre los caídos se contaron ciento cincuenta hombres y noventa heridos. Entre las víctimas del combate había algunas mujeres alcanzadas mientras atendían a los malheridos.

En los meses siguientes se sucedieron los enfrentamientos con los buques europeos que, entorpecidos en su avance por los ataques desde las costas, remontaron lentamente el Paraná hasta Corrientes y Asunción. Los emisarios europeos volvieron a intentar algún tipo de arreglo con Juan Manuel de Rosas pero el diálogo no era una tarea fácil. Ellos presentaban sus fundamentos de forma poco fidedigna. Los propósitos reales —según el comisionado brasileño ante las cortes de Londres y París— de la intervención anglo-francesa en el Río de la Plata eran los siguientes:

convertir a Montevideo en «factoría comercial para las potencias marítimas»; obligar a la «libre navegación del Plata y sus afluentes»; independizar a Entre Ríos y Corrientes «si sus habitantes lo quisiesen»; fijar los límites del Estado Oriental, Paraguay y el Nuevo Estado de la Mesopotamia «con prescindencia del Brasil»; conservar el estado de cosas en el resto de la Confederación «si Rosas accediera a la razón sin recurrir a las armas» o diese libertad de comercio. En caso contrario, levantar contra él a las fuerzas locales adversarias suficientes para obrar apoyados por las fuerzas navales y poner en Buenos Aires un gobierno «que dé muestras de amistad hacia Europa».

* * *

El cortejo emprendió el viaje temprano por la mañana, hacia el Cementerio del Norte^[27]. En el más hermético de los silencios, la familia le rendía honores a su matriarca. Doña Agustina López de Osornio había dejado de respirar el día anterior, el 12 de diciembre de 1845, en su casona de la calle De la Paz^[28]. El desenlace había sido previsible. Su salud se había deteriorado mucho durante los últimos meses. La parálisis que la había postrado finalmente se había llevado su vida. Sin embargo, la injerencia que ella había tenido siempre sobre sus hijos no terminaba con su muerte. La señora había pedido expresamente que se aceptaran sus deseos y nadie se atrevía a contradecirlos. Las autoridades del gobierno habían querido prepararle unas exequias con toda la pompa que merecía la madre de un gobernador, pero había sido imposible. Doña Agustina había dejado por escrito que su cadáver fuera llevado al cementerio público en el carro de los pobres y en el cajón más rústico que se encontrase, para luego ser conducido al templo de San Francisco acompañado sólo por sus parientes próximos; además dispuso que al funeral asistiera su familia y los miembros de la Cofradía de San Benito^[29], a la que ella había pertenecido.

La Legislatura había enviado una nota a Rosas en la que anunciaba una comisión para que asistiese al funeral y él la había rechazado por las razones testamentarias. En la esquila había señalado el dolor que sentía «por la pérdida de una madre tan cariñosa, que amaba en proporción a su mérito y virtudes».

A título oficial, el ministro don Felipe Arana participaba del entierro en representación del gobierno, y el canónigo Miguel García lo hacía en representación de la Iglesia. En coche y a caballo, los varones de la familia formaron el cortejo. Las mujeres, según la costumbre, no concurrieron al cementerio. Con discreción y vestidos de negro de pies a cabeza, sus tres hijos Juan Manuel, Prudencio y Gervasio escoltaron la procesión. Los yernos —don Felipe Ezcurra, don Francisco Saguí, don Miguel Rivera y don Tristán Nuño Baldez— y los nietos —Juan Bautista Ortiz de Rozas, Carlos María de Ezcurra, Felipe María de Ezcurra, León Ortiz de Rozas, Lucio Víctor Mansilla, Tristán Baldez (hijo) y Franklin Bond y Rozas— iban detrás.

Descendieron en San Francisco y en silencio se acomodaron para escuchar la misa de cuerpo presente. Cumpliendo el requisito de la difunta, no se ofrecería convite alguno. Tras el oficio, el cajón fue conducido en un modesto carruaje para ser sepultado en el depósito de los pobres. Al finalizar el sepelio, todos regresaron a la casa de De la Paz, salvo Juan Manuel y su hijo. Rosas le pidió que lo acompañara, quería estar con los suyos. Subieron al carruaje y se dirigieron a la casa de la calle Biblioteca.

—Ahora que no está, me doy cuenta de que debería haberla acompañado más. Lo lamento tanto —dijo Rosas en voz muy baja—. Nada de todo esto me compensará.

—Es la ley de la vida, padre. Contra eso no se puede... —intentó Juan.

—La de veces que me recriminó llorando sin consuelo que recibiría por premio la más cruel ingratitud —tragó para contener el llanto—. Y ahora nadie me la va a devolver.

El silencio los embargó. Juan no sabía qué decir para calmar la tristeza de su padre. Él también estaba triste, su abuela había sido una figura demasiado importante para toda la familia.

—¿Y ahora a quién le enviaré todos los días la fuente llena de natillas? —preguntó Rosas con angustia al recordar la costumbre diaria que había cumplido por años.

—¿Qué le parece si las comemos hoy en su honor? —propuso Juan con una sonrisa leve.

Rosas palmeó a su hijo y le devolvió un gesto que intentó ser una sonrisa pero que quedó a mitad de camino. Llegaron a la casa donde los esperaba Manuelita, que vestía un vestido de tafeta negra, el mismo que había usado hacía siete años cuando había muerto su madre. La muerte de su abuela era un golpe fuerte para la niña: las dos mujeres más importantes de su vida ya no estaban junto a ella.

En la casa de doña Agustina, el escribano Montaña había abierto el testamento y se disponía a leerlo frente al resto de sus hijos. Los bienes gananciales del matrimonio, fincas, fondos públicos, billetes de lotería, moneda contante y dos cajas de oro, la casa de la calle De la Paz y quince casas más, sumaban 1.088.033 pesos. En cuanto a los muebles y ajuar de la casa principal, se dividieron en seis lotes para las mujeres de la familia.

—Vayan a ver qué dice Juan Manuel —dijo Gregoria, la primogénita, mirando fijo a Gervasio.

El hermano menor leyó con detenimiento todas las páginas y permaneció en silencio durante unos minutos. Reflexionó con la mirada perdida.

—Que se cumpla la voluntad de madre. Pero vayan a decirle a Juan Manuel y a Prudencio que nosotros somos ricos y que de lo nuestro se tome para integrar la hijuela que a las hermanas mujeres corresponde —señaló Gervasio, que había sido nombrado albacea de la sucesión y tutor de Franklin Bond.

El escribano enrolló el testamento y partió rumbo a lo de Rosas. Allí lo recibió el

huérfano junto a sus dos hijos; su nuera y su nietito no participaban de la reunión.

—Le traigo el testamento de su madre, Vuestra Excelencia.

—Que se cumpla la voluntad de madre —ordenó Rosas sin leer.

—Sus hermanos dijeron lo mismo que usted, salvo don Gervasio, Juan Manuel —murmuró Montaña, con los ojos más redondos que de costumbre.

Rosas hizo un gesto de desdén y giró sin decir ni una palabra. Se dirigió hacia la ventana y allí se quedó, dándole la espalda al resto. Juan le ofreció a Montaña acompañarlo hasta la puerta. Manuelita se acercó a su padre.

—Tatita, le haría bien dejar de lado el trabajo por unos días aunque sea —dijo con suavidad y lo rodeó por los hombros.

—A veces las obligaciones nos pasan por encima, mi niña.

—Pero todo puede esperar. Y además, para algo estoy yo. —Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

—Me olvidé de preguntar, pero averíguame si madre dejó algo para sus pobres. Si no lo hizo, entrégales una limosna mensual en su nombre —le pidió a su hija sin reparar en su llanto—. Pero Manuelita, ¿qué pasa? Mi niña amada, te has puesto triste.

La abrazó y la dejó llorar sobre su hombro. Sabía lo que había sido la abuela para su hija. Muchas veces había ocupado el lugar maternal que no había tenido Encarnación. Tan parecidas y tan diferentes... Hizo un esfuerzo enorme por no quebrarse pero el brillo de los ojos lo delataba.

—No me dejes solo, Manuelita. Quédate conmigo para siempre, prométemelo —dijo Rosas, mirándola fijo.

—Pero usted no está solo, Tatita. La tiene a María Eugenia —respondió la hija entre sollozos.

—Eso no cuenta. La única que me quita esa fea sensación de soledad eres tú, Manuelita.

La joven no podía parar de llorar. Veneraba a su padre, quería acompañarlo siempre pero también sentía que quería una vida para ella. Quería aprender a amar a un hombre, construir algo parecido a lo que habían hecho sus padres, emularlos. No sabía cómo ni si sería capaz. Con la mirada nublada por las lágrimas, miró a su padre. Si lo perdía a él también se mataría.

* * *

Rosas imitaba a un caballo con Angelita en andas. Salticaba como un potro y la niña reía como loca. Había tomado la calle de ombúes que llegaba al río; detrás, un poco más alejados, iban Eugenia y el resto de la prole: Merceditas, Emilio y Nicanora, que empezaba a dar sus primeros pasos.

—¡Vamos, Eugenia, que quedan rezagados! —gritó Juan Manuel y la niña lo imitó—. Soldadito me aprieta las ancas y me obliga a correr.

Rosas llamaba a sus nuevos hijos con nombres que él mismo les había inventado, una práctica que solía usar con casi todo el mundo. Con la mayor —que ya tenía seis años—, aunque sabía que era la hija de un sobrino de Encarnación, no hacía diferencias respecto del resto. La llamaba Antuca y era el centro de sus bromas porque más de una vez la había pescado comiendo desafortadamente dulces escondidas. Angelita tenía cinco y era la favorita de Juan Manuel. Iba detrás de su padre constantemente y tal era su fascinación por él que un día le pidió a la madre que la vistiera con casaca y pantalón, emulando al Restaurador. Así adquirió el apodo de Soldadito. Emilio, el varón, próximo a cumplir los cuatro años, era el Coronel para su padre y como era de esperar, también vestía ropas de soldado en miniatura. Y Nicanora, la menor, era la Galleguita.

Ya nadie se asombraba de ver a Rosas jugueteando con los hijos de su manceba. Era algo cotidiano encontrarlo en Palermo hincado con algún crío encima, o jugando a la lucha como un niño más. Lo que no había hecho con Pedro y Juan, ni siquiera con Manuelita, lo hacía ahora con los hijos que había tenido con la Castro.

Nicanora se cansó de caminar, y de la nada, comenzó con un berrinche atronador. Lloraba sin lágrimas y extendía sus bracitos hacia donde jugaban Juan Manuel y Angelita.

—Rosas, la Galleguita lo llama. —Eugenia tomó a la niña en brazos y se dirigió hacia donde se encontraba su hombre.

—Pero qué atrevida esta mocosa. ¿Quién se cree que es, mi Gallega? Venga para acá. —Rosas bajó a Soldadito de sus hombros, que frunció el ceño en el acto, y allí mismo colocó a la otra—. Y usted, demuestre su talento y marche a mi lado, como una buena federala.

Soldadito se irguió, quitó los rulos de su cara y desenvainó la espada de madera, arengándose con sus propios gritos mientras marchaba con seriedad. Su padre largó una carcajada. Sus hijos pequeños le causaban una gracia inusitada. Los pocos minutos de distensión los tenía junto a ellos, el resto era trabajo.

Una liebre cruzó el camino y Emilio olvidó todo y corrió detrás. Él también tenía una espada en miniatura y la enarboló como si fuera un arma mortal. A los gritos se perdió entre los árboles. El resto continuó su camino como si nada. Estaban acostumbrados a caminar entre flamencos, guanacos, ñandúes y otros animales silvestres, además de la enormidad de pájaros de precioso plumaje. Los pequeños Castro eran chicos de campo, no iban nunca a la ciudad, prácticamente no la conocían. Eran la réplica de Juan Manuel de niño. Las infancias parecían calcadas, salvo por las figuras maternas. Eugenia era la antítesis de Agustina.

Era una tarde de verano perfecta. Rosas se había tomado el día y descansaba junto a Eugenia y sus hijos. Llegaron a la orilla del río y la madre desvistió a los niños, que de una corrida llegaron hasta el agua y para meter los piecitos. Se armó un griterío en medio del chapoteo, bajo la atenta mirada de Eugenia y Juan Manuel. Toda la dedicación estaba puesta en las criaturas. A la luz del día, él no imponía su hombría

sobre la mujer. A la noche y en la intimidad de su cuarto, era otra cuestión. Allí sí hacía uso de su vehemencia. Y ella se dejaba. Ahí en el río y a solas con sus hijos, habría deseado que él la rozara siquiera. Pero eso no sucedía y ella tampoco se atrevía a tanto. En la oscuridad y en lo íntimo de la soledad compartida, cada vez se animaba un poco más.

En la casa, los acontecimientos se sucedían en el más completo frenesí. Manuela y Juanita se desempeñaban lo mejor que podían ante la infinidad de visitantes que se habían acercado hasta Palermo. En el sector preparado especialmente para aquella faena, largas filas de hombres y mujeres esperaban pacientemente que la hija del Restaurador los atendiera. Ella los recibía uno por uno. Secundada por su Edecanita, la Niña escuchaba todo, ofrecía palabras de aliento para los necesitados y si veía que el desamparo era excesivo, les daba alguna bolsa de harina o fruta o lo que tuviera a mano. Pero también recibía regalos y ofrendas. Calabazas gigantes, canastas repletas de flores, hormas de queso e incluso animales para sumar a los muchos que ya ocupaban el terreno de Palermo. La jornada se alargaba más de lo común pero las muchachas estaban acostumbradas a la labor.

El sol había empezado a pegar la vuelta y la luz tenue del atardecer anunciaba el comienzo de la retirada de los convidados del pueblo. Al ver las espaldas de los últimos en irse, Manuelita suspiró y se quitó un mechón renegrido que le había caído sobre la cara.

—Vamos a la galería de la estatua, Juanita. Quiero descansar un rato allí —dijo Manuelita, refiriéndose a un sector de la casona donde había un bello busto de mármol sobre un pedestal, todo rodeado de árboles.

—Pícaro, mi amiga. A quién te recordará esa estatua —bromeó Juana con la mano en la cintura.

Manuela la miró y le dedicó una sonrisa vaga. Pero Juana, que lo que no tenía de inteligente lo suplía con la intuición, se dio cuenta al instante del estado de ánimo de su amiga.

—¿Te pasa algo, Manuela? ¿Sigues triste por la muerte de tu abuela? —le preguntó mientras la rodeaba por los hombros y caminaban con paso lento.

—Eso también, pero ya sabes cómo soy. A veces siento una desazón inmanejable. La tristeza me arrasa y no sé qué hacer; me duele aquí —y puso su mano sobre el centro del pecho.

—¿Por qué no organizamos un baile? Te hará muy bien, ya verás —propuso Juanita, que amaba el jolgorio.

—No tengo voluntad y tampoco quiero que te ocupes de eso. Cuéntame algo de ti, Juana, así no pienso más en mi malestar.

Llegaron a la galería y allí estaba Mercedes junto a Telésfora, reposando en las mecedoras y disfrutando de unas limonadas frescas. Manuelita sonrió al verlas y se acomodó al lado de su cuñada. De fondo empezaban a sonar las chicharras de los grillos y más lejos, los gritos alegres de los niños.

—Te noto agotada, Manuela. ¿Te sientes bien? —le preguntó su cuñada sin disimular la preocupación.

—Hemos tenido un día largo, nada que no se solucione con unas buenas horas de sueño —respondió Manuelita—. ¿Cómo está el niño, Mechita?

—Divino pero travieso. Debe andar por ahí, con la nana y algunos más. Tan chico y tan zalamero, no sé a quién saldrá. —Mercedes largó una carcajada.

Juanita achinó los ojos y se perdió en sus elucubraciones. Sin poder dominar su mente, sonrió con incipiente picardía.

—En qué andarás pensando, Juana. Te delata la cara —largó Telésfora.

La muchacha intentó disimular sus pensamientos pero el rubor tiñó su rostro, delatándola.

—¿Será que ya andas con novio, jovencita? Cuenta, cuenta —la instó Mercedes.

—Coqueteo con varios pero a nadie le he dado el sí —respondió Juanita, intrigante.

—Debes tener cuidado, niña. No vaya a ser que de la larga fila luego no quede ninguno. Los hombres se hacen los ciegos y los sordos mientras quieren seducir a una mujer; cuando ya la han tenido, se aburren y se van.

—Por eso mismo, Mechita. A mí no me tiene nadie. Hay que hacer mucho mérito para cautivarme.

—Tengo más años que tú. A los diecinueve ya deberías estar pensando en el vestido blanco más que en esos volados coloridos. Te lo digo por experiencia. —En el acto se arrepintió de sus palabras. Manuelita estaba a poco de cumplir los veintinueve y seguía soltera.

Todas miraron con ansiedad disimulada hacia la hija del Gobernador.

—Cambien la cara. No entiendo por qué cada vez que se habla de bodas y novios, a todo el mundo se le ocurre sufrir por mí. Soy una mujer feliz así como estoy —aseguró Manuelita.

—No hace falta que nos engañes, querida. —Mercedes detuvo la mecedora y se acercó a su cuñada y apoyó su mano sobre la de ella—. No existe la mujer que no quiera casarse, que no crea en el amor.

Manuelita llevó su otra mano al pecho y la subió hasta el cuello. Su mirada triste se perdió en el horizonte.

—Ya vas a ver que la pasión invadirá tu cuerpo y no podrás detenerla —dijo Juanita, pensando en sus propios secretos.

Era la menor de todas y hablaba con una autoridad digna de alguien de mucha más edad y experiencia. Juanita sólo creía en el poder que su cuerpo le daba frente a los hombres. Con ese poderío, todo era más que suficiente. Ella decidía cuándo y dónde; con quién era otra cuestión. Ya volvería a tener a Rosas entre sus brazos. Era joven y bella, no necesitaba nada más.

Corriendo como locos aparecieron Merceditas, Ángela y Emilio, transpirados y con las mejillas arreboladas, llamando a Manuelita. Subieron a la galería y se

pelearon por ver quién se sentaba primero en sus faldas.

—¡Bueno, a ver! No se peleen, hay lugar para los tres —rió su hermana y los acomodó como pudo entre las faldas.

A lo lejos venían Rosas y Eugenia, con Nicanora en brazos. La niña empezó a los gritos, señalando a sus hermanos. Subieron la escalinata y se acercaron a donde estaban las muchachas.

—Venga, Tatita, tómese una limonada con nosotras —invitó Manuelita y le señaló uno de los bancos de caoba.

Juan Manuel la miró y luego se detuvo algunos segundos en el rostro de Juanita.

—Tengo cosas que hacer, me van a disculpar las señoras. —Hizo un cabeceo y dio media vuelta. El taconeo de las botas anunció su retirada.

Mercedes volvió a llenar los vasos. Manuelita estaba acostumbrada a los desplantes de su padre. Juana apretó los volados de su falda con fuerza inusitada. Necesitaba descargar la furia y la pasión contenidas sin que nadie lo notara.

CAPÍTULO III

El 9 de mayo de 1847 arribaron al puerto de Buenos Aires dos emisarios —uno del gobierno inglés y otro del francés—, una vez más, para negociar con Rosas el levantamiento del bloqueo. El conflicto en el Río de la Plata se prolongaba más de lo que habrían deseado, y Francia e Inglaterra intentaban jugar una nueva carta. John Caradoc, lord Howden, barón de Irlanda y par de Inglaterra, era el enviado extraordinario de Gran Bretaña que llegaba directo desde su país; y Alejandro Florian José, conde Colonna-Walewski —plenipotenciario del rey Luis Felipe e hijo ilegítimo de Napoleón I con la condesa polaca María Walewska—, era el representante francés, que antes había recalado en Montevideo.

El ministro Arana había instalado a los recién llegados en diferentes sitios. Lord Howden había arribado solo y con la idea de convenir rápidamente con Rosas, para luego continuar viaje rumbo a Río de Janeiro y ocupar el cargo de ministro plenipotenciario de S.M.B., por lo que resultó más fácil acomodarlo. Lo instalaron en el Hotel de Provence, en la calle de la Catedral^[30]. El conde Walewski, por su parte, había desembarcado con su esposa María Anna Ricci, una de las mujeres más preciosas de Europa, que estaba a punto de dar a luz, y el hermano de la dama, el príncipe Bentivoglio. Por orden expresa de Rosas, el matrimonio y su comitiva habían sido alojados en una vivienda preparada especialmente para ellos, en el 177 de la calle De la Piedad^[31].

Sin embargo, el arribo de los extranjeros no había sido la única preocupación del ministro de Relaciones Exteriores. Poco antes había enviado al coronel José Manuel Galán a Corrientes para negociar un tratado de paz. Las relaciones con esa provincia seguían tirantes. Parecía ser el principal bastión de la enemistad con Rosas. El Gobierno de Buenos Aires tenía dos frentes abiertos: uno a pocas leguas de distancia, el otro cruzando mares y latitudes. Pero eso no amedrentaba al hombre de confianza del Restaurador.

A los tres días del desembarco, a María Anna se le había adelantado el parto y había dado a luz una niña que llamaron Isabel, nacida con graves problemas de salud. Enterado de la desgracia, Rosas había instado a su hija a que se llegara hasta la casa acompañada por su médico personal, James Lepper.

Aunque poco proclive a la gratitud y la confianza abiertas, secretamente Juan Manuel había colocado al médico en un pedestal. Le había confiado la salud de su mujer cuando había caído en la enfermedad. Y tres años atrás lo había atendido a él por un grave problema de cálculos en el riñón, que le volvía con recurrencia. Lepper había llegado a Palermo y lo había encontrado padeciendo un serio ataque del mal de piedra; una incluso se le había incrustado en la uretra, causándole mucho dolor. Sin instrumentos, el médico se había visto obligado a extraérsela. Al poco tiempo, ante un segundo ataque, Lepper había recurrido al mismo remedio, con un éxito rotundo.

De regreso a la ciudad, Rosas se había entregado al doctor, que lo había sometido a un tratamiento preventivo. Había mejorado durante un tiempo, con leves recaídas en su molestia, pero a los pocos días había sufrido otra vez un ataque muy severo. Esta vez la operación para extraer una piedra mucho más grande se hizo con gran dificultad. Rosas se fue recuperando de a poco, quitándole solemnidad a los dichos de su médico aunque le tenía una confianza ciega.

Manuelita, junto a su comitiva y al doctor Lepper, se anunció en la casa donde se alojaban el conde francés y su esposa. Al instante, la muchacha hizo buenas migas con Walewski y María Anna. Llegó con regalos para todos, incluso para la recién nacida. El emisario sintió que las negociaciones comenzaban con buena estrella y su mujer agradeció el gesto generoso de la gran dama de Buenos Aires.

El 11 por la mañana, ambos plenipotenciarios fueron recibidos con toda la pompa por el ministro Arana, y presentaron sus credenciales y notas. Los tres querían llegar a la mejor negociación. Por más que todos se trataran con diplomacia, la sutileza dejaba entrever tres posturas diferentes en el centro de la escena, que correspondían a cada uno de los territorios que representaban: Buenos Aires, Francia e Inglaterra. En las notas, Walewski y Howden consignaron:

... que en consecuencia de la aceptación, por todas las partes interesadas, de los artículos que servían de base de pacificación, presentados por Mr. Hood, los gobiernos de Francia e Inglaterra, habiendo tomado en consideración la sola dificultad que impedía la completa y entera ejecución de este arreglo, han resuelto de común acuerdo acceder a la demanda hecha por los generales Rosas y Oribe, y en consecuencia han decidido que el levantamiento del bloqueo tendrá lugar sobre las dos riberas del Plata, simultáneamente con el establecimiento del armisticio y la cesación BONA FIDE de las hostilidades entre las partes beligerantes.

Walewski y Howden reclamaron una respuesta lo más rápido que se pudiera. Con complacencia, Arana cursó la invitación para el 13 de mayo a las dos de la tarde en su morada de la calle de Representantes, número 153. La conferencia tuvo lugar ese día y los emisarios insistieron con que el arreglo se haría de acuerdo a las bases Hood.

Un año atrás, el primer ministro inglés había enviado a Thomas Samuel Hood a Buenos Aires para reiniciar las discusiones de paz. Traía instrucciones de suspender las hostilidades, desarmar a los extranjeros en Montevideo, obtener la retirada de las tropas argentinas a la margen occidental del río Uruguay, levantar el bloqueo, devolver la isla Martín García y los buques apresados, reconocer la soberanía plena de la Argentina en el Paraná, propiciar las elecciones libres en el Estado Oriental, y decretar una amplia amnistía. Rosas le había impuesto algunas correcciones pero en general había aceptado. El gobierno de Montevideo, en cambio, había optado por el rechazo. Con el tiempo a su favor, Walewski y Howden aseguraron que llegaban con la intención de renovar las bases establecidas por Hood.

—Es inútil hablar sobre esto, porque el Gobierno no conoce aún los proyectos. Después de verlos podremos hacer comparaciones —dijo el ministro Arana con tono seguro.

Al día siguiente, Arana recibió el extenso documento y luego de una rápida leída partió rumbo a la residencia del Gobernador, sabiendo de antemano con lo que se encontraría. Rosas leyó con cuidado punto por punto. Poco tenía que ver con lo negociado tiempo atrás. Suprimía el espíritu conciliador y pacifista que había animado la negociación anterior, introducía una garantía para la independencia oriental y metía en la negociación al gobierno de Montevideo, junto a varias contradicciones más.

—Hay tanta distancia de las bases Hood a esto como de las puertas del Paraíso a las del Infierno —dijo Rosas con furia contenida.

—Me es imposible contradecirlo, Gobernador —agregó Arana.

—Después de las notas que esos señores enviaron a nuestro gobierno, hay que tener coraje para presentar estos proyectos. No daremos respuestas rápidas, Arana. Nada más elocuente que el silencio, por lo menos por unos cuantos días —señaló Rosas y se distrajo en sus cavilaciones.

* * *

El reclamo de Manuelita no había obtenido la respuesta que tanto ansiaba, pero sabía que no tenía sentido seguir insistiendo. Su padre no acostumbraba asistir a sus tertulias, por más importantes que fueran. Ni siquiera a la de esa noche del 24 de mayo, en la que festejaba sus treinta años. Sin embargo había celebrado junto a su padre durante toda la tarde. Habían salido a cabalgar juntos luego del almuerzo, y él luego le había entregado el regalo: una mantilla de seda china bordada a mano con hilos de oro. Manuelita se había quedado sin habla al abrir la caja. Luego de abrazarlo, le había prometido que la usaría a la noche para que todos vieran esa maravilla. Su padre se mostraba algo caído. Además de las preocupaciones a las que lo sometía la presencia de las comitivas extranjeras, se sentía muy desmoralizado por la reciente muerte de su querido amigo y aliado, don Tomás Manuel de Anchorena, fallecido el 29 de abril. No tenía ganas de festejos, mucho menos en público.

Manuelita se estudió al detalle frente al espejo veneciano de sus habitaciones. Ya era la hora. Sus invitados estarían en el salón; su familia, sus amigas de siempre, su fiel amigo Antonino Reyes, Máximo Terrero, que había empezado a participar de alguna que otra reunión y tenía el aval de la amistad y la antigua sociedad en común de sus padres, y las figuras relevantes que habían integrado la lista, casi por obligación pero con ansiedad y ganas: el conde Walewski, su cuñado el príncipe Bentivoglio, Lord Howden, el barón de Mareuil, *sir* Thomas Herbert, David Glasgow Farragout, el almirante Leprédour y algún otro caballero extranjero más. Con destreza, se colocó la tiara de oro en la cabeza que hacía juego con la gargantilla que rodeaba su cuello. La piel blanca del escote y los hombros iluminaban el vestido de terciopelo carmesí. Cuando le pareció que ya estaba lista, se envolvió en la mantilla regalo de su padre y salió de la recámara. En la puerta la aguardaba Rosa, su criada,

que la aprobó con la mirada y la escoltó hacia el gran salón. Las salvas de cohetes y los fuegos artificiales que tronaron en los jardines anunciaron su llegada. Abrió las puertas-ventana que daban a la galería y allí recibió a los invitados. Un interminable besamanos la entretuvo durante un largo rato en que no demostró cansancio ni hartazgo. Estaba bien instruida. Con el mentón echado hacia adelante y el cuello bien estirado, Manuelita saludó a todas las damas, los caballeros, incluso a la peonada y a los gauchos que se habían alejado del fuego donde se cocinaba el asado, a las chinas y a sus negros queridos.

La agasajada se sentó en la cabecera de la larga mesa de madera que habían acondicionado en una de las galerías. A cada lado, se sentaron su hermano Juan y su tía Agustina. De ahí en más, las sillas fueron ocupadas sin demasiado protocolo.

Lord Howden había quedado impresionado por el porte de Manuelita. Ya la había visto en los días previos, pero no había tenido la oportunidad de intercambiar palabra. Había llegado con la recomendación de su gran amigo John Henry Mandeville. «Esa joven extraordinaria, mi estimado amigo, vale más que el ministro de Relaciones Exteriores de su padre, y tiene mucha mayor influencia sobre el general Rosas. Póngase usted en sus bellas manos, que yo lo recomendaré fervorosamente», habían sido sus palabras. Howden se había vestido de punta en blanco para causar buena impresión en la anfitriona. En las dos semanas de su estadía en Buenos Aires se había dedicado a estudiar las costumbres de los federales y había hecho todo lo posible por copiar su estilo. Al cinto de seda punzó le calzó un facón de plata labrada, que hacía juego con las vistosas espuelas y el rebenque de cuero con mango de plata.

Días antes, Manuelita también había recibido una carta de Mandeville en la que le anunciaba la pronta llegada de su amigo inglés. El intercambio epistolar de la dama y los representantes extranjeros no era un secreto para su padre. La diplomacia, además de ser dirigida por el ministerio de Relaciones Exteriores, se manejaba también dentro de su casa.

La música estaba a cargo de los maestros Juan Pedro Esnaola y los italianos Esteban Massini y Ernesto Camilo Sívorì, que tocaban el piano, la flauta y el violín en el salón mientras los comensales disfrutaban del asado. Las conversaciones tenían lugar en grupos dispersos; a veces tan sólo era un cuchicheo de a dos. Se hablaba de política pero también de temas menores. Don Felipe Arana, como era de esperar, había acaparado a Lord Howden, al conde Walewski y al barón de Mareuil. Los intentos de alguna de las señoritas por intervenir en el grupo con otros asuntos no surtían el menor efecto. Era imposible sacar a los señores de sus asuntos más urgentes. La mujer del ministro, doña Pascuala Belaustegui de Arana, conversaba con *madame* Melanie Dayet, la institutriz suiza que había desembarcado años atrás junto a su esposo, Pedro de Angelis.

Las amigas de Manuelita estaban exultantes. El arribo de los caballeros de diversas nacionalidades había renovado la tertulia y encendía su imaginación. ¿Y si enamoraban a alguno y vivían una tórrida historia de amor? Todas observaban con

ojos brillantes el despliegue a su alrededor. Todas salvo la agasajada, que no pretendía más que ayudar a su padre. El resto se lo dejaba a las demás.

Cerca de la medianoche, los músicos eligieron un vals para dar comienzo al baile. La tía Agustinita presionó la mano de su sobrina para advertirle que el ritual debía empezar. Como era su costumbre, nadie la sacaba a bailar sino que ella elegía a su compañero de vals. Esa vez, Lord Howden era el favorito. Manuelita caminó hasta donde estaba sentado el caballero inglés y le extendió su mano. De un respingo, el caballero se incorporó y juntos entraron al salón con el resto de los invitados detrás.

—*Miss Manuelita*, me siento tan honrado —El inglés detuvo la mirada un instante sobre la mano de la dama, limpia de joyas y afeites, para luego mirarla a los ojos—. Todo lo que me ha dicho Mandeville acerca de usted es poco ante su presencia.

Comenzaron los giros del baile. La pareja dominaba el ritmo como si se conocieran de años. Manuelita recordó las palabras de presentación que Mandeville le había enviado: «Él es un caballero de noble estirpe, par del Reino, de altas calidades y grandes riquezas, y su deseo de distinguirse en la ardua tarea de pacificar a los países de ambas riberas del Plata lo ha inducido a aceptar ese difícil cargo; deja una existencia muy brillante en su patria y a una anciana madre que lo adora». Esto había ido directo al despacho de su padre. El resto se lo había guardado para ella: «... tiene un exterior interesante y maneras muy agradables, y como a mi amigo ruego para él de parte de usted aquella graciosa benevolencia con la que usted siempre me honró». Esbozó una sonrisa al recordar a John Henry, qué hombre adorable.

—Le estoy sumamente agradecida, Lord Howden. Espero que su estancia aquí sea de lo más agradable. Haré todo lo que esté a mi alcance para que así sea —dijo en voz baja.

—Haberla conocido nunca pasará de mi memoria ni de mi corazón. Ya ha hermosado esta época de mi vida —El inglés buscó su mirada para que viera que no hablaba de más.

—Pero no sea zalamero, milord. Tenga en cuenta que apenas nos conocemos. ¿No se precipita demasiado? Y además, ¿no es un hombre casado? Dios mío, es igual a todos. —Manuelita soltó una carcajada.

—De ninguna manera, *Miss Manuelita*. Estoy divorciado y he llegado solo a estas tierras —respondió él con un dejo de indignación fingida.

Lord Howden se había casado algunos años atrás con la princesa Catherine Bagration, Skavronskaya de nacimiento, quince años mayor que él. La dama era famosa por su belleza, sus romances y su conducta extravagante. Hasta Goethe había admirado su esplendor. Pero como era de esperar, el amor no había durado y la princesa había armado el equipaje y había tomado un barco para escapar del yugo del matrimonio. Así, John Hobart Caradoc, segundo barón Howden, había vuelto a dedicar todo su tiempo al vértigo laboral, que lo había hecho desembarcar en las lejanas costas de Buenos Aires.

—Mis disculpas, milord. Ha visto cómo son las cosas, a veces me vienen con

habladurías tontas. —El vals dio sus últimos acordes y durante unos segundos se hizo un silencio—. Me voy a bailar con el conde Walewski, si no le molesta, John. Quiero acompañarlo en este momento tan difícil. Supongo que se habrá enterado del fallecimiento de la recién nacida. Nuestro médico no pudo hacer nada.

—Claro, *milady*. Qué tristeza, pobre hombre. No quiero importunarla, me gustaría volver a visitarla y si es posible, que me concerte una cita con su padre —dijo Howden mientras la tenía tomada de ambas manos.

—Despreocúpese, yo lo tengo al tanto.

El guapo inglés bajó la cabeza para besar sus manos y Manuelita detuvo la mirada en el enjambre colorado de su pelo. Con suavidad las quitó y se dirigió hacia donde estaba Walewski. Le dio nuevamente sus condolencias y el francés le pidió que disculpara a su esposa, que todavía no estaba de ánimo para concurrir a festejos. Un rato de charla, un poco de abanico y se detuvo ante Thomas Herbert, amigo querido y con lazos antiguos con Rosas.

En la otra punta del salón conversaban algunos integrantes de su familia, y entre ellos estaba Máximo, quien le dedicó una mirada especial. Manuelita le devolvió una sonrisa y hacia allí se encaminó. La mantilla se le había deslizado, dejando sus hombros al descubierto. Sin demasiados aspavientos y amparados por la relación que los unía desde niños, Máximo extendió su mano y ella aceptó en el acto. Otro vals resonaba en la sala y la pareja acercó los cuerpos para bailar. Él agachó la cabeza para susurrarle algunas palabras al oído. Era bastante más alto que Manuelita. Las sonrisas iluminaban sus rostros.

* * *

Gracias a la intervención de Manuelita, Lord Howden logró la entrevista con Rosas. Pero a diferencia de los encuentros protocolares que había tenido con Arana, éste comenzó de una manera particular. El Gobernador lo había citado a la medianoche, como solía hacer. Lord Howden llegó puntual, en uno de los carruajes que le había enviado Rosas como muestra de consideración especial. Walewski había quedado afuera de la reunión, y tampoco lo había puesto sobre aviso. Era una audiencia a puertas cerradas. Rosas tenía asuntos que tratar con él y no aceptaba otros testigos.

Eusebio lo llevó hasta las habitaciones del Restaurador. Sin anunciarlo, el bufón le indicó que entrara y cerró la puerta con un hermetismo total. Era una reunión de a dos. La gran recámara, que combinaba el despacho y el cuarto de dormir, estaba limpia, impecable. Sin alfombras ni cortinas, los pocos muebles de caoba recordaban por momentos a un claustro. Rosas estaba sentado detrás de un escritorio colmado de papeles y libros, sobre el que había dos candelabros de plata. Se puso de pie con deferencia y le extendió la mano con una sonrisa. Howden comparó las vestimentas de ambos: él había elegido los colores federales y un poncho de vicuña sobre la casaca; Rosas, en cambio, lucía una chaqueta azul a la europea, desabrochada.

—Buenas noches, Lord Howden, siéntese, por favor —Rosas se sentó—. Me encuentro honrado con su visita, con lo que yo venero a los ingleses. Desde chico que los admiro; en mi casa siempre ha sido así, ¿sabe usted? Pero a los franceses los desprecio, no les confío en nada; casi igual que a los unitarios, que son gente abominable; unos mierdas, en fin.

Howden escuchaba con los ojos bien abiertos. El monólogo de Rosas era imposible de interrumpir.

—Tanto como aborrezco a los brasileños, otra gente abyecta. No me ha quedado otra que implementar mano dura con ellos, Lord Howden, no me han dejado alternativa, ¿me entiende, no es cierto? —El inglés asentía—. Y eso que deberían haber muerto muchos más, le he perdonado la vida a más de uno en esa caterva de traidores. Y lo peor es que han agrandado sus arcas a costa mía. No tienen ni un ápice de vergüenza.

Los minutos corrían y Rosas continuaba con su discurso, como si estuviera ante una platea atenta a sus dichos y gestos. Era un actor consumado. De pronto, sin previo aviso, cambió el tema y en sus ojos relumbró un brillo distinto.

—Mi amigo, he considerado que esta reyerta temporaria de dos naciones no es motivo suficiente como para que tripulantes ingleses de alta honra mueran de hambre, habiendo en estas pampas carnes y verduras superiores. Mientras nosotros discutimos las minucias de un buen tratado, le haré un envío con mis hombres. Todos los días les llegará una ración de alimentos a los buques de su flota. —Rosas le clavó la mejor mirada de hielo que tenía.

—Le agradezco el ofrecimiento, Excelencia. —Howden intentaba descubrir lo que había detrás de las palabras de su interlocutor pero resultaba difícil—. Pero usted entenderá que me es imposible aceptar nada mientras continúe el conflicto.

—¿Acaso usted me considera poco honorable?

—Todo lo contrario, Excelencia; lo valoro por demás. Sin embargo, ante el gobierno inglés mi postura quedaría demasiado deslucida y digna de sospecha si en pleno bloqueo alimentara a nuestros hombres gracias a su generosidad.

—Temo que otras actitudes sean las que generen sospechas a su gobierno, mi querido amigo. Me parece que sus reparos equivocan el objetivo.

La piel blanca de la cara de Howden se tiñó de un tono rojizo. ¿Alguien le había ido con el cuento de su acercamiento a Manuelita? ¿Con eso quería amedrentarlo? Sabía del vínculo férreo entre padre e hija y estaba al tanto de los chismes que se comentaban.

—Pero yo estoy seguro de que usted me entiende, milord. A nadie perjudica más este bloqueo que a ustedes. No creo que se atrevan a quejarse del modo en el que se ha comportado mi gobierno con su país. ¿No se han enriquecido acaso los comerciantes honestos y los mejores estancieros que se han establecido aquí? —Rosas hablaba pausado y sin levantar la voz—. Convendrá conmigo que, gracias a la buena administración y el orden que he impuesto, las propiedades de sus coterráneos

instalados en la Confederación están completamente seguras. Y para qué hablar de las vidas que llevan...

La perorata de Rosas continuó durante varios minutos más. Howden por momentos perdía el hilo de la conversación. Estaba cansado, se había hecho tarde y añoraba su cama. Tuvo que ahogar algún que otro bostezo que no pasó desapercibido a los ojos del dueño de casa. Rosas escrutó su reloj de bolsillo y le pidió disculpas por la hora. Llamó a Eusebio y tras una despedida formal, volvió a lo suyo. Lord Howden regresó por donde había entrado. En el camino, una ventana iluminada lo distrajo. Se detuvo y vio a Manuelita sentada frente a su tocador, y a una criada peinándole la larga cabellera negra. Sobre el camisón blanco, los mechones refulgían tras el cepillado. La niña cerraba los ojos de placer. Eusebio carraspeó e interrumpió esos segundos de voyeurismo. Howden se sonrojó y siguió hasta el carruaje. Llevaba esa imagen guardada en su retina.

* * *

Temprano por la mañana la caravana partió desde Palermo. Lord Howden sentía una fascinación creciente por Manuelita, que ya no se preocupaba en disimular. Sin inhibiciones a la hora de pedir, le había manifestado a Manuelita su deseo de conocer el campamento de Santos Lugares. Ella se lo concedió y organizó el paseo para el 31 de mayo. Sin oficiales de ninguna de las partes, con varias damas de compañía y Máximo Terrero como presencia masculina, Manuelita encabezó la excursión con Howden a su lado.

Lo miró de reojo disimulando la ternura que le provocaba ver lo acriollado que estaba en tan poco tiempo. Con gallardía, Howden lucía su poncho pampa, un chambergo de alas cortas, rebenque y espuelas de paisano y cabalgaba un pisador de la silla de Rosas. Provocadora, la niña arengó a su monta y salió al galope; Howden la siguió sin acobardarse. Él también dominaba el arte ecuestre y quería demostrárselo.

Como estaba previsto, al mediodía llegaron a Santos Lugares. El pueblo estaba tan tranquilo como siempre, con su larga hilera de ranchos y sus huertas cultivadas con esmero. Los cascos de los caballos sobre las calles de tierra apisonada anunciaron el arribo y los lugareños salieron a la puerta para recibir a la Princesa de las Pampas y a su comitiva. A modo de bienvenida, las tropas apostadas les rindieron honores militares: seis gauchos se entregaron a la doma de potros, y una división de indios pampa, con lanzas de siete varas, bolas y lazos, hicieron vistosos simulacros de combate. Manuelita y su gente aplaudían con algarabía la exhibición. Encantado con semejante despliegue, Howden le dio la mano a varios caciques y les confió — gracias a un lenguaraz que ayudaba en la interpretación— que él también era un señor en su país y, además, era un querido amigo del general Juan Manuel de Rosas. Manuelita y sus amigas reían como locas ante su atrevimiento. A su lado, Terrero no

dudaba en demostrar cierta incomodidad.

Para estar a la altura de las circunstancias, los lugareños habían preparado un succulento banquete y un baile. Pero la oferta no tuvo éxito. Manuelita adujo cansancio y un interminable camino de regreso, y se decidió emprender la vuelta. De nuevo la pareja encabezó la caravana. Lord Howden se dejó invadir por la belleza del campo teñido de dorado otoñal, que lo incitaba a la confesión amorosa. Recordó algunos versos, intentó un recitado y probó con acercarse a la dama que cabalgaba a su lado.

—Mi querida Manuelita, estas semanas a su lado han sido como cinco años de felicidad plena para mí. Presiento que tendremos una relación deslumbrante —dijo enfático mientras la miraba con ojos brillantes.

La Niña dejó que su mirada se perdiera en el horizonte; el silencio la dominaba, como si tuviera demasiado para esconder.

—¿La incomodo, *milady*? No era mi intención... Sólo quisiera estar más cerca suyo...

—Tenemos algunas cuestiones que solucionar antes, milord. Responsabilidades mucho más importantes —y sonrió sin mirarlo.

—Las tensiones entre nuestros gobiernos se compondrán cuanto antes, ya lo verá. Y nada más alejado de las intenciones de nuestra Reina que impedir la dicha de sus funcionarios. Y yo siento que mi dicha depende en gran parte de usted. —Howden se atrevía cada vez más.

—Mi padre me necesita a su lado permanentemente, milord. No puedo abandonarlo. Si algún día me casara, tendría que poner a mi marido y a mi descendencia por encima de él, y eso sería imposible. Por otro lado, usted reside en tierras tan lejanas...

—Pero ahora siento como si hubiera nacido aquí, junto a usted, Manuelita —la miró fijo—. La esperaré todo lo que haga falta. Renuncio a todo por usted.

Manuelita lo miró y le dedicó una sonrisa. La ansiedad dominaba al caballero que, sin embargo, no encontraba la satisfacción buscada. Ella volvió a clavar la vista en el horizonte y continuó cabalgando en silencio.

—Tal vez he ido demasiado lejos; no pretendo que me responda ya mismo. Puedo esperarla, como aprendí a hacer con su padre, mi señora.

—Ay, milord, los tiempos aquí son infinitos como la pampa —respondió ella, inabordable.

—Si no fuera hija de quien es, ¿qué me respondería?

—Y si no fuera hija de quien soy, ¿usted me abordaría? —retrucó con ojos repentinamente seductores y un dejo de melancolía en la voz—. Pero no nos adelantemos tanto, Lord Howden. Mire qué lejos quedó nuestra comitiva, parecen hormiguitas.

Giró las riendas y galopó hacia donde estaban sus amigas y Terrero. Al inglés no le quedó otra que seguirla en silencio.

Pasados varios días de aquella intempestiva declaración de amor, Lord Howden recibió una esquila firmada por Manuelita y un obsequio: el árbol genealógico de los Rosas. Al ver la carta cerrada, el inglés sintió que su corazón se aceleraba, pero al leerla la desazón lo derrumbó. La señorita le anunciaba que a partir de ese instante lo miraría como a un hermano. Sin piedad, dilapidaba cualquier ilusión. Tuvo que tomarse un tiempo para encontrar el modo de responderle.

Manuela recibió la contestación de Lord Howden; a diferencia de la suya, la carta era interminable.

Buenos Aires, 25 de junio de 1847

¡Señorita de mi profundo respeto y hermana de mi tierno cariño!

Por grande que sea su conocida e inagotable benevolencia, estoy muy seguro de que nunca habrá previsto toda la extensión del contento que me proporcionó su amable e inesperada carta. Hijo único de mis padres, me ha negado la Naturaleza el goce de esos privilegios y consuelos que disfrutan seres más favorecidos en las dulces y sagradas relaciones que existen entre un hermano y una hermana. Lo que usted me dice relativo a un enlace tan puro, no es para mí una mera expresión de urbana política, sino una concesión seriamente caritativa y bondadosa hecha para llenar el hueco que había en mi corazón. Admito todo lo que hay de generoso de parte de usted en semejante asociación y reconozco lo que hay de obligatorio por mi lado en el compromiso que contraigo. En adelante será mi primer deber, como mi primer anhelo, hacerme digno de tal parentesco. Le doy infinitas gracias por la estirpe genealógica que usted me destina. Con igual placer y orgullo colocaré el precioso documento en la casa de mis padres. Lo colgaré delante de los retratos de mis antecesores, ¡que bajarán de sus empolvados marcos para recibir a una nieta tan ilustre! ¡Señorita! Qué el honor, la salud y la prosperidad acompañen por siempre los pasos de usted y de su esclarecido padre. Tal es el voto sincero de su hermano, amigo, admirador y rendido servidor que besa sus pies...

Caradoc

Manuelita lanzó una carcajada. *Touché*. El inglés había dado muestras de un sentido del humor estupendo, una ironía finísima propia de su país.

* * *

Las negociaciones políticas, en tanto, iban y venían como un péndulo. Mientras el vínculo entre Manuelita y el inglés se afianzaba día a día, las relaciones internacionales con Francia parecían un camino de obstáculos. Walewski observaba con desconfianza la alharaca de la parejita, que además de verse, bailar en fiestas, reírse con complicidad y provocar la mirada azorada de la ciudad entera, era la comidilla de la prensa, que retrataba cada uno de sus encuentros en sus páginas. *El Comercio del Plata* había hecho la crónica del paseo a Santos Lugares, para malestar no sólo del conde francés sino también en los exiliados en la otra orilla. Al calor de los lazos entre el inglés y la Princesa de las Pampas, temían que se anticipara el fin del bloqueo, con el que estaban de acuerdo.

Como si Rosas hubiera urdido un abanico de planes estratégicos, las relaciones entre Howden y Walewski terminaron por romperse y cada uno debió ocuparse de sus negociaciones por separado. La rivalidad entre ambos se había hecho evidente casi al

momento de desembarcar, pero al comienzo habían guardado las formas. El inglés había mantenido reuniones con el ministro Arana en soledad, y el trato hacia él había sido especial. Lo palmeaba en la espalda y lo trataba campechanamente, como si hubiera recibido un curso intensivo de criollismo. Rosas recibía información favorable sobre Lord Howden por parte de su hija y también de Arana, que le había dicho: «Los modales de lord, su desenvoltura, su trato fácil y su franqueza hacen de él un hombre digno de confianza».

Por su parte Walewski, que había llegado con un séquito importante, tenía espías por todos lados y no le había resultado difícil enterarse de los movimientos del inglés. Veloz, intentó hacer lo mismo y se presentó en casa de Arana con su secretario, *Monsieur Brossard*. Pero nada fue igual, el estilo del francés era completamente distinto y perdía ampliamente en la comparación. «La misión inglesa, por su franqueza y ausencia de ceremonia, dejó muy atrás a la misión francesa», agregó el canciller al informarle a Rosas.

Era imposible dejar de lado el *affaire* con Manuelita. Howden se había servido de esa circunstancia como un atajo para cruzarse a solas con el Gobernador. Libre de testigos, le había entregado en mano las cartas firmadas por Manuel de Sarratea, ministro plenipotenciario de la Confederación en Gran Bretaña y Francia. Días antes de la celebración del cumpleaños de Manuelita, había organizado una gala en el hotel donde se alojaba en homenaje a la Reina Victoria, en la que el Gobernador y su hija serían los invitados especiales. Todavía bajo el manto de la tragedia de la muerte de su hija, Walewski no pudo realizar una celebración similar en la fastuosa residencia que le habían otorgado. Una vez más, quedaba en desventaja.

Howden siguió con el despliegue de honores y convidó a Manuelita y su corte al palco del Teatro de la Victoria, donde se representaba la comedia *Halifax o pícaro y honrado*, y el sainete *En paz y fugando*. La estrategia no terminó ahí. También concurrió a la función de gala por el 25 de mayo junto al padre y la hija, y aplaudió a rabiar el drama *El idiota o el subterráneo de Heliberg*, elegido especialmente por Rosas para la fecha. Sin embargo, a pesar de semejante despliegue de seducción, a los pocos días Rosas le ordenó a Arana que objetara todas las cláusulas del proyecto internacional. Howden y Walewski vieron cómo se desmoronaba su castillo de naipes y volvieron a la carga aduciendo que sus intenciones eran pacíficas. Arana se mostró complacido pero se negó a aceptarlas. Las negociaciones volvieron a foja cero y el ministro prometió llevarle el tema a Rosas, no sin antes pasarle la advertencia de que la plena soberanía sobre el río Paraná era innegociable.

Howden mantenía relaciones con los comerciantes ingleses que residían en Buenos Aires, que aguardaban con ansiedad el desarrollo de los acontecimientos. La intransigencia del Gobernador de Buenos Aires complicaba sus asuntos. Pedro de Angelis advertía con preocupación lo que sucedía: «El mal resultado de la última negociación ha envuelto al país en una crisis comercial de muy grave trascendencia y sigue con fuerza en este momento destruyendo las pocas fortunas que se han salvado

de los conflictos anteriores». Walewski esperaba que la presión de los comerciantes acelerara un desenlace, pero Howden era pesimista. «Una vez que aquí se adopta una idea, se vuelve irrevocable», le escribía a uno de sus hombres.

El 4 de julio, tras una cordial despedida de Rosas, Manuelita y Arana, y munido de los regalos que había recibido —además del árbol genealógico que le había enviado la Niña, el canciller le había entregado armas indias para la colección de armas que tenía en su país—, Howden subió al vapor *Alecto* y se dirigió hacia Montevideo. Luego de tres días, lo mismo hacían Walewski y su comitiva a bordo del *Cassini*, después de celebrar las exequias de la pequeña Isabel en el Cementerio del Norte.

Tras algunas negociaciones en la costa oriental que no llegaron a buen puerto para Montevideo, el 16 de julio Howden levantó el bloqueo en ambas orillas del Plata bajo la orden del «cese de toda ulterior intervención por haber rehusado el gobierno provisional de Montevideo asentir al armisticio que yo considero razonable, justo y muy de desear en el sentido de la humanidad». Sin embargo, el verdadero motivo del levantamiento era lograr atemperar la disconformidad de los comerciantes británicos de Buenos Aires, a quienes el largo bloqueo había perjudicado en sus negocios.

Dos días después, Howden le detallaba por carta a Manuelita sus decisiones. Después del acostumbrado encabezamiento «Mi linda, buena, querida y apreciadísima hermana, amiga y dueña», le daba cuenta del levantamiento del bloqueo y le rogaba que le agradeciera encarecidamente a su padre por todas las bondades que le había prodigado.

La misión diplomática terminaba magistralmente para los argentinos contrarios al bloqueo y también para el Reino Unido, plenamente de acuerdo con la medida tomada. El canciller inglés Lord Palmerston había llegado a la conclusión de que Juan Manuel de Rosas era un mal necesario para los intereses de la corona británica en estas tierras.

Walewski, en cambio, decidió mantener el bloqueo por parte de la escuadra francesa y expuso su disgusto ante el inglés. Sin la más mínima intención de guardar sus impresiones, vociferó a los cuatro vientos que «en este capítulo de la historia de Inglaterra y Francia en el Río de la Plata, se percibe la intervención oculta de Manuelita». A su criterio, la Niña era la verdadera artífice de todos los males.

Howden siguió con la correspondencia a su «hermana» amorosa y le confió los rumores que circulaban. Se reían abiertamente de las habladurías. Quien lo hacía en silencio aunque no con menos brío era el Gobernador de Buenos Aires, el verdadero constructor de esa historia.

CAPÍTULO IV

La falta de sueño iba a terminar por reventarlo. Ya llevaba demasiadas noches sin dormir y sabía que eso no le haría bien, más tarde o más temprano. Don Leandro Alen se revolvió en la cama como un pez recién sacado del agua. Su mujer le preguntaba si se sentía enfermo y él le inventaba una excusa renovada cada vez. Pero él sabía lo que le pasaba. Un pensamiento funesto lo asaltaba desde hacía varias noches. Necesitaba que su hija se casara, cuanto antes mejor. Él era hombre grande y sabía de esas cosas. Marcelina estaba en la plenitud de su belleza. Era una jovencita preciosa e ingenua, ignorante por completo del efecto que producía en los hombres. Ese candor encendía su atractivo. Alen veía cómo la miraban en Palermo, no sólo la servidumbre sino también los caballeros con los que había empezado a interactuar. Desde que frecuentaba las tertulias de la señorita Manuelita, su adorada hija había pasado a ser *la boccata di cardenali* de los convidados de turno. Pero las miradas ávidas de esas fieras no lo asustaban tanto como la que había percibido en el patrón. No quería dejarse llevar por sus afiebrados pensamientos pero él lo había visto. Rosas parecía un depredador cuando miraba a Marcelina. Tenía una deuda de por vida con él pero su hija era un precio demasiado alto. No estaba dispuesto a sacrificar a la sangre de su sangre. Porque él sabía cómo eran las cosas. Se trataba de saciar la carne y a otra cosa. Y el estigma lo cargaría su pequeña por siempre...

Marcelina parecía hipnotizada por las luces de la gran casa. Sin embargo, Alen la conocía mejor que nadie y sabía de qué madera estaba hecha. Su hija no era una arribista o una descocada; era una persona de bien. Aunque la entendía, la señorita Manuela era tan buena con ella...

Harto de dar vueltas, se levantó al alba y, sigiloso, se dirigió a las cuadras situadas en la zona de la maestranza. Al noroeste del caserón se encontraba la gran construcción donde vivía la escolta personal de Rosas y donde también se realizaban algunas tareas de obraje, agricultura y veterinaria. Desde muy temprano esa edificación cobraba vida con el trabajo de los hombres.

Como un autómatas empezó a cepillar los caballos del patrón. Los resoplidos acompañaban el movimiento de la mano, una y otra vez, y la tarea tenía un efecto hipnótico que lo calmaba.

—Buenas y santas, don Leandro —lo saludó un joven de buen aspecto.

Alen hizo foco como si estuviera de regreso de un sueño y vio a Martín Yrigoyen Dolhagaray. Tardó unos segundos en componerse y entonces recordó que había quedado días atrás con el muchacho, vasco y herrero de profesión, en que lo fuera a ver para encomendarle unos trabajos. Las herraduras del Tordillo y del Pico Blanco debían cambiarse y le habían recomendado mucho a Yrigoyen. Vestido con modestia pero con pulcritud, el joven herrero aguardaba con la boina en la mano.

—¡Pero qué cabeza la mía, muchacho! Me distraje un poco y me olvidé. Qué suerte que usted no —Alen sonrió tímidamente y lo invitó a acercarse—. Pase y deje

por aquí sus herramientas, así le muestro lo que hay que hacer.

Martín se movió con rapidez... Observó con ojo de médico las patas de los caballos que le mostraba Alen y asintió con serenidad ante cada indicación. A pesar de sus veintiséis años, su temple infundió una confianza inmediata en Alen. El sol había levantado y ellos continuaban ensimismados en la faena. Yrigoyen golpeaba el hierro para darle forma, mientras Alen alimentaba y aseaba a sus animales.

La mañana transcurrió sin complicaciones. Y como era de esperar, cerca del mediodía apareció Marcelina. Apenas la vio, el padre cambió la cara. La desazón de la noche anterior volvió a instalar el nudo en el estómago. Recordó que tenía un problema que necesitaba resolver. El ruido a hierro golpeado cesó en el acto. La mirada de Martín se detuvo en Marcelina y fue tan fuerte el impacto, que se obligó a bajar la vista. No quería quedar mal frente a Alen.

—M'hija querida, estamos trabajando, pero es una alegría verte por aquí —dijo Alen y caminó hacia ella—. ¿Te hace falta algo?

—No, papá. Sólo vine a saludarte y de paso a ver a los animales —Una sonrisa iluminaba ese rostro que en ese momento reparó en el muchacho.

—Te presento a Martín Yrigoyen, nuestro flamante herrero —le dijo su padre. Mientras hablaba, una idea empezó a bosquejarse en su mente. No estaba mal que su hija conociera a ese amable joven vasco...

Los jóvenes intercambiaron miradas y cabeceos leves. Marcelina era tímida y pudorosa. Al diferencia de las amigas de Manuelita que veía en las tertulias, ella aún no se acostumbraba al juego de seducción entre hombres y mujeres. Se ruborizaba de nada. Martín era corto y, sobre todo, no quería quedar mal parado frente a Alen. El trabajo era sagrado y no haría nada que lo pusiera en peligro, como meterse con la hija del patrón. Hizo un esfuerzo por disimular la atracción que había sentido apenas vio llegar a Marcelina. La entrada de la muchacha había sido como un cachetazo en el medio de la cara que lo había despertado.

Marcelina le dedicó algunas caricias a los caballos y se despidió en voz baja. Don Leandro la acompañó solícito. Caminó junto a ella varios pasos para alejarse de la cuadra y de la posibilidad de que alguien lo escuchara.

—Quiero que mires con buenos ojos al vasco —Tomó de ambos brazos a su hija y se dirigió a ella con una solemnidad extraña, parecía poseído.

—No entiendo lo que pasa, padre.

—No hace falta entender nada, m'hija. Martín es un muchacho honesto y me gustaría que fuera mi yerno.

Marcelina miró a su padre con ojos gigantes. ¿Se había vuelto loco? ¿Desde cuándo le imponían las relaciones? Sabía que su padre daba las órdenes en su casa pero nunca lo había visto en ese estado.

—Y no me mires de ese modo, Marcelina, que yo sé cómo lo hacen esos hombres que concurren a las fiestas de doña Manuelita. No quiero parecer exagerado, pero el peor de todos es el jefe, ¿me entiendes? —y le apretó los brazos.

Las mejillas de la muchacha cambiaron de color en el acto y bajó la vista con vergüenza. Su padre hablaba del propio Juan Manuel de Rosas. Tonta no era. Cada vez que podía, el Gobernador se le acercaba mucho y le hablaba. Notaba el interés que el hombre tenía por ella, y sabía que no era inocente. Le contestaba lo indispensable, pero como en el juego del toro, conseguía el efecto contrario: ella bamboleaba el capote y él acomodaba la cornamenta. No había sucedido más que eso. Un flirteo evidente de parte del caballero y unas respuestas suaves y educadas de Marcelina, que revelaban un dejo de interés.

—Exageras, papá —mintió la joven lo mejor que pudo.

—No lo creo. Seguiré atento, más que nunca. Y además ya estás en edad de casamiento, m'hija. Deja de mirar adonde no debes, esa gente no tiene nada que ver con nosotros.

Don Leandro abrazó a su hija y la despidió. El alma le había vuelto al cuerpo. La aparición de Martín había sido proverbial, casi milagrosa. La ocurrencia de que su niña y él se comprometieran le parecía brillante. Ya la compartiría con su esposa.

* * *

Esa mañana Marcelina había desistido de la invitación de Manuelita. No se sentía del todo bien y un paseo en bote por el estanque le resultaba imposible de aguantar. La Niña y algunas de sus damas de compañía harían un recorrido por el espejo de agua para luego disfrutar de un ligero *lunch* en el Bosque de las Magnolias. Había prometido que si el malestar disminuía, se acercaría para la comida al aire libre. La navegación, en cambio, temía que la mareara aún más. Su amiga, generosa mientras se despedía en los jardines, le había dicho que fuera a su recámara, que allí tenía algún jarabe para calmar el mareo. Marcelina había intentado convencerla de que no era para tanto, pero Manuelita la había obligado a tomarlo. Quería que se repusiera para la hora de la comida y no había forma de oponerse cuando se le antojaba algo. Marcelina sonrió resignada y cruzó la terraza hacia el sector de las habitaciones. Las puertas se abrían y cerraban al ritmo del ajeteo en el caserón. El Gobernador se hallaba en casa pero aún no se había dejado ver; aún estaba en su recámara todavía. Era habitual que el trabajo se extendiera hasta bien entrada la madrugada y muchas veces se acostaba cuando el sol peleaba por iluminar el horizonte. Recién pasado el mediodía, Rosas asomaba por los pasillos de la casa; incluso podía suceder que se quedara hasta las cuatro de la tarde en cama, ocupándose allí mismo de sus numerosas obligaciones.

Marcelina abrió la puerta de la recámara de Manuelita y la volvió a cerrar. Se apoyó contra la madera, y desde ahí observó la inmensidad de la sala de recibo. Una de las paredes estaba dominada por la *toilette* de espejo, semicubierta por una gran toalla de hilo festoneado y guarnecido de encajes de las provincias; disseminados por el vasto espacio había un pequeño sofá, dos sillones y algunas sillas tapizadas con

fundas blancas. Y el piano. En esa antesala solían reunirse y compartir largas veladas con amigas. De vez en cuando, algunos jóvenes de confianza de la casa participaban de esas reuniones íntimas. Las tertulias, en cambio, se ofrecían en el gran salón. Atravesó la sala de recibo y abrió la puerta que daba a la recámara propiamente dicha, donde se guardaba el jarabe. Muy pocas veces había entrado allí. La primera, cuando Manuelita le había regalado aquel vestido que a ella ya no le sentaba, y en alguna otra oportunidad. Permaneció en el umbral y disfrutó de lo que veía. La habitación estaba amoblada al estilo inglés, con una cama alta de caoba a cuatro columnas, vestida con almohadas y almohadones con fundas de hilo fino. A los pies de la cama descansaba una palangana de plata, y el piso estaba cubierto por una mullida alfombra. Rodeó la cama y fue hasta la mesita de noche. Tomó el pequeño tirador de hierro y abrió la puerta. Había varios frasquitos de diversos tamaños y colores. Dudó, ¿cuál sería el adecuado? Miró las etiquetas y desechó los que decían «cabeza», «panza» o «garganta», hasta que encontró una en la que se leía «mareos» en una cuidada caligrafía en tinta negra. Con la sensación de haber descubierto un secreto milenario, tomó el frasquito y se incorporó. Le quitó la tapa y olió su contenido. Volvió a sentir el mareo. Seguramente la comida de la noche anterior le habría caído pesada. No estaba acostumbrada a comer tanto y le había seguido el tren a Juanita Sosa, que no escatimaba en desmesuras de cualquier tipo. Había querido copiarla y ahora sufría las consecuencias. Estaba empachada, tenía que ser eso.

Era imposible tomar el medicamento sin un vaso de agua. Temía que el gusto fuera igual al aroma metálico y amargo que había sentido al destapar el frasco. Salió del cuarto, cruzó la antesala y se dispuso a ir hacia el sector de la cocina. Hizo unos pasos por el pasillo y una puerta se abrió de repente. Frente a ella estaba Rosas.

—Pero mira a quién me vengo a encontrar por aquí. ¿Qué haces aquí, Marcelina? —preguntó en franca postura de caza.

—Nada, Vuestra Excelencia. Su hija me dijo que buscara un medicamento en su recámara —respondió la muchacha sin dejar de ruborizarse.

—Habrase visto, esa chica es médica ahora —y largó una carcajada—. ¿Estás enferma?

—Tuve unos mareos pero creo que es empacho. Voy a tomar esto —dijo y le mostró el frasco con el jarabe.

Juan Manuel observó el recipiente y luego detuvo su mirada en la muchacha de piel blanca y rulos negros. Era preciosa. Y más aún con ese pundonor que la atravesaba de cabo a rabo.

—Pero esto no se puede tomar sin un vaso de agua, es repugnante. Eso sí, te cura al instante. Ven conmigo —la tomó de la mano y se dirigió hacia la parte del edificio que miraba al este.

Marcelina supo en el acto que iban hacia las habitaciones de Rosas. Jamás había estado allí, era el sector prohibido del caserón. Allí no entraban las amigas de Manuelita. El cuarto donde dormía Juan Manuel —y donde, así decían, también lo

hacía María Eugenia— tenía una puerta que lo comunicaba con el centro de la galería del patio principal, otra con el comedor exterior del este, y una tercera que daba a un salón donde guardaban sus aperos y demás arreos de campo. Desde este último cuarto se pasaba directamente a la capilla. En el trayecto se cruzaron con algunos criados que mantuvieron la mirada en alto, como si Rosas y Marcelina fueran invisibles. Eran expertos en no ver lo que no debían. Sabían lo que sucedía pero siempre era mejor parecer ignorantes.

El sol pegaba en el patio y Marcelina tuvo que entrecerrar los ojos, acostumbrada a la sombra del interior de la casa. Rosas abrió la puerta y entraron a su cuarto. La gran cama de bronce, alta y sostenida por pilares dorados con una colcha colorada de damasco, la deslumbró. La mesita de noche también era colorada. A los pies de la cama había un armario socavado en la pared y debajo de éste se encontraba la estufa, que estaba apagada. A la derecha de la cama había un gran espejo y al frente estaba situado el escritorio. En el medio de la habitación había una gran mesa de caoba con carpeta de paño grana y dos sillas de esterilla enfrentadas; sobre la mesa había dos candelabros de plata bruñida con velas de sebo adornadas con arandelas rosadas de papel picado. Allí también reposaba una jarra de vidrio con tapa y un vaso. Rosas empujó una de las sillas y tomó la jarra.

—Ven, Marcelina, siéntate aquí —y le señaló la silla que tenía a su lado.

Mientras la muchacha cumplía la orden, Rosas quitó la tapa y sirvió un poco de agua en el vaso.

—Tómame un trago del jarabe y detrás, el agua; hazme caso y te sentirás como nueva.

Rosas observó hasta el más mínimo detalle de la joven: cómo cerró los ojos al tomar el medicamento, el temblor de la boca al tragar con disgusto, la respiración ancha y el pecho que subía y bajaba con velocidad. Esperó unos segundos hasta que le hiciera efecto. Marcelina ya parecía sentirse mejor. Allí sentada, miró hacia donde estaba él, de pie, y le dedicó una sonrisa de alivio. La tomó de la mano y la invitó a incorporarse.

—¿Estás bien, no es cierto? Te ha cambiado la cara —y le acarició la mejilla con su mano tosca.

Marcelina puso su mano pequeña sobre la del hombre y la arrastró suavemente por su cara hasta quitarla. En ese momento se dio cuenta de que al dedo anular le faltaba la primera falange.

—¿Qué le pasó, Gobernador? Debe doler... —dijo en voz baja.

—Ya no. Se me cortó con el lazo mientras pialaba potros hace muchos años. A mí no me duele nada, Marcelina —la tomó de los brazos y se la acercó—. Y lo que te haga doler, te lo curo yo.

La muchacha casi pierde el pie. Se había olvidado de respirar, de lo nerviosa que estaba. Tenía que bajar la vista pero era más fuerte que ella: esos ojos insondables y la seducción de la voz parecían haberla hipnotizado para siempre. De repente

despertó del letargo y se excusó. Debía partir, la esperaban afuera.

—Hasta pronto, niña. Y no te asustes, estoy yo para quitarte el miedo. No escuches a cualquier hijo de tal por cual. Eres mi elegida, eso te transforma en alguien especial —La apretó contra su pecho y pudo sentir los latidos de su corazón joven. La miró, volvió a acariciarle el rostro y la dejó ir.

* * *

Manuelita iba sola en el carruaje rumbo a lo de su tía Agustina. Como todas las semanas, cumplía con la visita de rigor. Se entregaba de cuerpo entero a las obligaciones familiares y lo hacía con ganas. Las casas de Agustina y de Pepa, su otra tía dilecta, eran las que más visitaba, la primera, por tener casi su misma edad, la otra porque había sido como una madre para ella. Esa tarde era el turno de su tía Ortiz de Rozas.

Agustina la aguardaba en el patio. El calor había amainado y era el sitio perfecto para tomar unos chocolates o unas limonadas. Como si lo llevaran en la sangre, Agustina cuidaba de sus flores tanto o más que su hermano Juan Manuel, que les dedicaba todo el tiempo que podía en Palermo. Competían por ver quién tenía las rosas más imponentes. Junto a Agustina estaba su hija Eduarda, que la ayudaba con total concentración.

—¡Querida! Dichosos los ojos que te ven; acércate y ayúdanos, por favor — saludó la dueña de casa a Manuelita, que hizo su entrada con una gran sonrisa.

—Qué maravilla ver a la madre y a la hija trabajando juntas. —Besó a una y a otra, y dejó la mantilla sobre una de las sillas—. Estás enorme, Eduardita. Deja de crecer, hazme el favor.

—Si estoy igual que la última vez que me viste —rio la prima.

—Me vas a alcanzar en cualquier momento.

—Claro, digna hija mía y prima tuya —dijo Agustina y la abrazó—. ¿Cómo está tu padre?

—Sí, ya extraño a mi tío preferido. ¿Cuándo necesitaré de mis habilidades de nuevo? —intervino Eduarda con gesto serio.

La niña dominaba varios idiomas y poseía una inteligencia superior, reconocida por todos los miembros de la familia. Rosas, que no hablaba francés, había convocado a su sobrina de trece años para que oficiara de intérprete durante las conversaciones con el conde Walewski. Éste al principio había sentido cierto resquemor, pero luego había quedado impresionado por la soltura de la jovencita con un idioma que no era el suyo.

Las mujeres celebraron la ocurrencia de Eduarda con una carcajada.

—Dejemos que Eduarda siga con las flores y nosotras vayamos a sentarnos.

—Agustina se acomodó en la silla de hierro e invitó a Manuelita a que la acompañara en la de al lado.

Sirvió chocolate en cada taza y le ofreció una a su sobrina. También había pastelitos de membrillo hechos en la casa.

—Ahí anda mi padre, ocupado como siempre, Tinita. Le pido que delegue algunas obligaciones pero no me lleva el apunte.

—Bueno, pero los diplomáticos ya se retiraron, debería estar más tranquilo.

—Pero entraron problemas nuevos. Esto es una cadena interminable de reclamos y Tatita no tiene descanso.

—¿Y ahora qué pasó? No sé cómo tiene tanta paciencia ese hombre. Yo ya hubiera tirado todo por la ventana, qué quieres que te diga —Agustina revoleó los ojos y suspiró.

—Unas desinteligencias con Urquiza, ya sabes cómo es. Ha tenido que aceptar algunas condiciones impuestas por Entre Ríos pero ha perdido la tranquilidad. Basta que confíe en alguien para que lo traicione.

El gobernador de Entre Ríos, Justo José de Urquiza, había vencido al ejército correntino en la batalla de Vences, ganando un punto más para el estado federal. Gracias al poder acumulado, Urquiza había empezado a comerciar con el puerto de Montevideo —a pesar de que la ciudad se encontraba sitiada y en guerra—, en desmedro del de Buenos Aires. Rosas lo había aceptado a desgano, ya que necesitaba de la fuerza entrerriana para no perder poder. En silencio lo acusaba de contrabandista, pero lo permitía de hecho. Urquiza, por su lado, sostenía entre los suyos que Rosas extendía el estado de guerra para posponer de ese modo la sanción de la Constitución.

—Lo que yo no puedo creer es lo sucedido con Camila, la hija de Adolfo O’Gorman. ¿Te enteraste?

Manuelita miró a su tía con preocupación. Hacía tiempo que no veía a Camila, una amiga a la que estimaba mucho. Compartían algunas amistades y habían intercambiado charlas y confesiones en varias tertulias. Sus padres también se conocían pero las actividades de ambos —y las de ellas— hacían difícil que pudieran verse más seguido. Eran tiempos intensos y a veces el único modo de saber de alguien era a través de terceros.

—No sé de qué me hablas. ¿Algún problema?

—No ahondé demasiado, pero una de mis criadas me vino con el cuento de que la muchacha se fugó con un cura. —Los ojos de Agustina se agrandaron mientras bajaba todo lo posible el tono de voz—. Te podrás imaginar el oprobio para la familia. ¡La hija soltera con un hombre de la Iglesia!

Mientras terminaba de hablar, Agustina advirtió que se metía en camisa de once varas. La tía por parte de madre de su sobrina, Pepa Ezcurra, había sido el estigma de la familia durante años. El tiempo había pasado y las heridas se habían curado, pero a nadie le gustaba recordar el incidente vergonzante de la relación clandestina de Pepa con Manuel Belgrano, de la que había quedado un hijo. Incómoda, Agustina desvió la mirada para evitar reclamos.

—Mejor no hablemos de solteronas —dijo Manuelita con un guiño—. Pero qué barbaridad, cuéntame más.

—Fue con el cura de la parroquia del Socorro, el tucumano Uladislao Gutiérrez. Parece que de buenas a primeras, la chica se ha dejado enamorar y abandonó todo por él. Hay que ser tonta, madre mía.

—¿Será verdad? La servidumbre a veces exagera, Tinita.

—Te digo que es así, mi querida. Ya me habían dicho que la hija de Adolfo era peculiar. Siempre la veían recorriendo las librerías de Ibarra, de La Merced o de la Independencia en busca de novedades. Pero desde que el tucumano desembarcó en el Socorro, la chica abandonó los libros. Se ve que encontró lo que buscaba pero en el claustro.

—Por favor, está tu hija, cállate, te lo ruego —la instó Manuelita, mientras señalaba a Eduarda, que disimulaba entre las rosas mientras mantenía el oído bien atento.

—Doble pecado: revolcarse con un hombre sin estar casada y encima uno con hábito. Tu padre siempre tiene la razón. Por algo les ha gritado las cuarenta a algunos exponentes de la Iglesia. Grandes canallas han resultado, ¿no es cierto?

—Hoy estás más desafiante que nunca, Tinita querida. No sé qué habrás comido —le sonrió con cariño—. Pero así es, algunos irán directo al infierno. Y no seremos ni tú ni yo.

—Te digo que el rumor está ganando la calle.

—Bueno, por una vez quedamos afuera de las habladurías —Manuelita probó un pastelito y se relamió.

—Siempre está el cretino que une peras con manzanas y concluye que todo es culpa de Juan Manuel. Ojalá me equivoque pero ya estoy curada de espanto.

Tía y sobrina siguieron así durante un buen rato, poniéndose al día de las novedades de sus relaciones cercanas y de los acontecimientos más escandalosos de la ciudad. Hasta que el crepúsculo las invitó a entrar en la casa y, a Manuelita, a emprender la retirada antes de que se hiciera de noche.

CAPÍTULO V

Rosas había mandado a llamar a Máximo Terrero. Era visita casi permanente en su casa, pero casi siempre lo hacía por el lado de Manuelita. Desde pequeños se habían frecuentado y era de lo más normal verlos jugar juntos. Habían trepado árboles, uno más intrépido que el otro y corrido carreras con sus caballos, de las que Manuelita casi siempre salía triunfante. Desde chica había sido muy competitiva durante la infancia y no la avergonzaba disputarles el cetro a los varones.

Terrero entró al despacho con su simpatía habitual. Su altura y su delgadez le conferían un estilo algo desgarrado y lánguido, que contrarrestaba con grandes patillas, bigote y perilla negros como el azabache.

—Buenas tardes, Gobernador. ¿Me buscaba? —preguntó.

—Menos solemnidades, Máximo, que estamos solos. Te conozco de cuando no arrastrabas esa altura y apenas me llegabas a la rodilla —dijo Rosas mientras lo recibía con una sonrisa.

—Pues aquí estoy, Juan Manuel, para lo que mande.

—Quiero darte un ascenso. Tengo entendido que te has desempeñado con suma corrección en el puesto que tienes. Ahora te quiero más cerca. —Se echó hacia atrás y se cruzó de brazos.

Rosas lo había nombrado comisario del ejército de la provincia, medio por el cual verificaba y liquidaba pagos. El hijo de su amigo había cumplido como esperaba; más aún, el Gobernador no había recibido ni un solo reclamo en su contra.

—Como le parezca, yo cumplo con mi trabajo y con las órdenes que recibo.

—Te quiero cerca, la confianza no es un sentimiento que me llegue fácil. Encarnación me enseñó a desconfiar y le estaré eternamente agradecido. Pero en ti confío, Máximo, y quiero que seas mi secretario privado. Te mudarás a la casa inmediatamente y ocuparás las habitaciones junto al padre Fernando. No te preocupes, luego Eusebio te muestra. Estás de este lado, cerca de mi oficina de despacho y sus dependencias. De cualquier modo, conoces Palermo de memoria, no te perderás —lo provocó—. No quiero seguir cargando a Manuelita con responsabilidades, ya tiene demasiado.

Máximo asintió. Su amiga le había entregado la vida a su padre, en desmedro de la propia. Sí, se divertía con amigas y llevaba adelante una infinidad de compromisos y obligaciones, pero él se daba cuenta de que añoraba algo más aunque no lo confesara. Veneraba a Manuelita. Desde que tenía memoria estaba enamorado de ella pero nunca se le habría pasado por la cabeza decírselo. Daba por hecho que no tenía lugar en su vida.

Unos pasos interrumpieron la conversación de los caballeros. El taconeo corto y ligero anunciaba el arribo de Manuelita al despacho de su padre.

—¡Máximo, qué alegría verte por aquí! ¿Haciéndole compañía a mi padre? —preguntó y lo besó sin soltar la pila de cartas que traía.

—Es mi nuevo secretario, m'hija. Así te libero de algunos asuntos. Has visto cómo te cuido. —El padre extendió su mano para que Manuelita se la tomara.

—Me parece fantástico, Tatita. Entonces, ya que estamos, aprovecho para leerte la carta que te envió el doctor Lepper. Y lo hago con Máximo como testigo, a ver si me haces caso de una buena vez. —Se dirigió a su amigo—. Sabrás que el doctor le advirtió a Tatita que el exceso de trabajo está afectando su salud. No sólo tiene la piedra, ahora se le agregó una gastritis. Escuche, Tata, y deje de hacerse el zonzo.

—Si no nos queda otra, lee —ordenó Rosas.

Manuelita abrió la carta y con gesto serio dio comienzo a la lectura. Entre otras cosas, Lepper le recomendaba «como médico y antiguo y sincero amigo de V.E., le suplico por Dios, por Manuelita y también por la felicidad y gloria de la Confederación Argentina que se digne V.E. tomar todas las medidas de precisión para conservar la importantísima salud de V.E. y como creo que los trabajos mentales y sedentarios por la noche son las causas principales de estas enfermedades, por estos motivos, y otros todavía más poderosos, ruego que V.E. tenga a bien variar este método durante esta estación tan fría y húmeda, y permítame proponer a V.E. que divida las veinticuatro horas en tres partes —desde las doce de la noche hasta las ocho de la mañana para descansar, desde las ocho de la mañana hasta las cuatro de la tarde para el recreo, y desde las cuatro de la tarde hasta las doce de la noche, para el trabajo—, y que coma, al mismo tiempo continuando con el agua mineral, que hasta ahora ha producido tan buenos efectos...». Bajó la carta, miró a su padre y buscó complicidad con Máximo.

—Lo que me faltaba, dos cancerberos en casa. Lepper es un exagerado, Manuelita, pero te juro que cumpliré con sus consignas si eso te hace feliz.

—No hablo de mí, Tatita, hablo de usted y su salud. Es un hombre joven y apuesto —le gustaba ser zalamera con su padre—, si se cuida un poco, aunque sea será inmortal.

Lanzó una carcajada y contagió al resto. Sabía que no valía la pena insistir sobre el asunto; a su padre le gustaba hacerse el distraído con esas cosas aunque en su fuero interno estaba consciente de todo.

—Ya que estamos, lleva a Máximo a sus nuevos aposentos, que compartirá con el padre Lozano. Y ya sabes —dijo dirigiéndose al joven— mañana a las cuatro de la tarde te espero aquí, fresco como una lechuga.

Manuelita tomó a su amigo de la mano y lideró la caminata hacia el sector de las dependencias.

* * *

Don Adolfo O'Gorman había tomado, al fin, la determinación de reunirse con el Gobernador. Luego de dar vueltas y esperar infructuosamente que su hija regresara de una buena vez por su propia voluntad, comprendió que la única solución que le

quedaba era recurrir a Rosas. Pidió audiencia con el Restaurador de las Leyes y le fue otorgada en el acto. Nadie en la gobernación ignoraba los sucesos que eran la comidilla del pueblo.

O’Gorman entró al despacho aún envuelto en su capote. El frío empezaba a azotar y los pasillos del caserón parecían de hielo. Sin embargo, el brasero ardía en la oficina de Rosas con tal intensidad que el calor fue como un cachetazo.

—Tengo entendido que un asunto lo urge, O’Gorman.

—Así es, Vuestra Excelencia. Discúlpeme pero no me ha quedado otra alternativa que venir aquí con mi espanto a cuestas. Debo ponerlo en conocimiento del acto más atroz jamás oído en el país. —Tenía el sombrero en la mano y los nudillos blancos de apretar las manos con fuerza.

—Diga nomás, estoy para atenderlo.

—Acudo a la rectitud de Vuestra Excelencia completamente desolado — O’Gorman bajó la vista y el tono de voz—. La herida que este acto ha ocasionado a mi desgraciada familia es mortal. Me cuesta decirlo... Mi hija Camila se ha fugado con un hombre de nombre Uladislao. ¡Y es un sacerdote!

—No se avergüence, Adolfo. Los lazos familiares a veces más que de sangre son sanguinolentos, tal es su mal olor. Pero continúe.

—Es un escándalo, que salpica no sólo a las familias sino a todo el clero de la Confederación. Así, señor, le suplico dé orden para que se libren requisitorias a todos los rumbos para impedir que esta infeliz desesperada se precipite en la infamia —Los ojos negros de O’Gorman brillaban de furia y desolación.

Mientras escuchaba, Rosas se perdía en sus deliberaciones. Conocía de memoria los hábitos poco piadosos de algunos hombres de la Iglesia. Había lanzado castigos de toda índole, incluso enviado milicias a varios conventos donde se denunciaban prácticas *non sanctas*. Que los curas tuvieran sus mancebas, vaya y pase, pero que se metieran con niñas de familia era otra cosa. Ya bastante lo indignaba que algunos religiosos emprendieran negocios espurios, más cerca de lo profano que del cielo. El orden lo imponía él, no el clero.

—Cumpliré sus deseos; hoy mismo mando las requisitorias.

—El individuo es de estatura regular, delgado de cuerpo, de color moreno, ojos grandes pardos y medio saltones, pelo negro y crespo, barba entera pero corta, y lleva dos ponchos tejidos. A la niña la conoce, pero le dicto los datos: muy alta, grandes ojos negros, tez blanca, pelo castaño, delgada de cuerpo.

Los caballeros intercambiaron saludos, con promesas de pronta ejecución. Para Rosas, el reclamo había dejado de ser una cuestión familiar para pasar a ser un asunto de Estado. A la mañana siguiente y sin previo aviso, se hicieron presentes dos integrantes del clero. El provisor de la Iglesia del Socorro, Miguel García, y su colega Mariano Medrano, con sus sotanas de punta en blanco, aguardaron durante un largo tiempo sentados en la antesala a que el Restaurador los atendiera. Le habían avisado que tenía gente esperando y tardó más de la cuenta. Después del mediodía, Rosas

entró como si nada e invitó a los sacerdotes a la intimidad del despacho.

—Eminencias, ¿qué los trae por aquí? ¿Han venido a confesarme? —bromeó.

—Vuestra Excelencia, no es eso. Un suceso tan inesperado como lamentable ha tenido lugar en estos últimos días —dijo el padre García con circunspección—. El suceso es horrendo, y establece la ruina y el deshonor no sólo del que los ha cometido sino también de la familia de la joven.

—Un acto de barbarie, evidentemente —Rosas tanteaba a sus interlocutores.

—Pero lo más lamentable es la infamia que trae aparejada para el estado eclesiástico. Por el amor que Vuestra Excelencia tiene a la religión, yo le ruego quiera ocuparse de esta desgraciada ocurrencia, dignándose adoptar medidas que estime convenientes para averiguar el paradero de los dos desconsiderados jóvenes, para que su atentado tenga la menor trascendencia posible. Por el honor de la Iglesia y de la clase sacerdotal —concluyó el sacerdote, intentando calmarse.

—Para salvar el honor, entonces. —Rosas repasó en su cabeza el diálogo que antes había tenido con O’Gorman.

—Estamos llenos de dolor, y en medio de la angustia en que nos vemos sumergidos, no se nos ocurre otro modo de aquietar nuestro corazón que suplicar a Vuestra Excelencia que se digne ordenar al Jefe de la Policía que despache requisitorias por la ciudad y la campaña, para que en cualquier punto donde encuentren a estos miserables, desgraciados e infelices, los aprehendan y traigan. Así se podrá proceder en justicia para que sean debidamente reprendidos y haya una satisfacción pública luego de un hecho tan enorme y escandaloso —intervino el padre Medrano, en tono bastante más duro.

Rosas atendía a los sacerdotes sin abandonar sus cavilaciones. Antes de esa visita había recibido una denuncia por escrito del deán de la Catedral y director de la Biblioteca Pública, don Felipe Elortondo y Palacios, en donde vertía epítetos incendiarios contra la parejita en fuga. Le causaba gracia la furia del deán, de quien sabía que había mantenido relaciones sacrílegas con la negra Anastasia, de la que se burlaba llamándola «la barragana de Elortondo», para luego meterse en la cama con doña Josefa Gómez, «la canonesa». ¿Acaso habría creído que él no estaba al tanto? Él también frecuentaba mujeres a las que no había desposado, pero al menos no vestía sotana. Estos hipócritas fiscalizaban a todos desde el púlpito de Dios y, cuando nadie los veía, bajaban a revolcarse en el barro. El único digno de escuchar era el padre de la pecadora y su ira podía ser comprendida. El oprobio y la humillación... Si Manuelita le hubiera hecho algo semejante, habría preferido pegarse un tiro.

* * *

No se celebraba una fiesta pero no le faltaban motivos a Manuelita para reunir a sus amigas en el barco encallado. En general, los bailes se daban en el célebre bergantín proveniente de los Estados Unidos de América, que había sido arrastrado por una

sudestada y arrojado tierra adentro. Como había resultado imposible desencallar, Juan Manuel había tomado la decisión de darle alguna función. Le había encargado a un carpintero que lo apuntalara y lo arreglara por dentro para transformarlo en el sitio perfecto para celebrar recepciones. Había ordenado que se pintara el gran espacio de rojo punzó y tras finalizarse la obra, dispuso que llevaran un piano, un órgano a manivela y hasta un billar. Así acondicionado, el barco se había convertido en lugar de reunión y diversión para los invitados de Rosas, pero sobre todo para los de Manuelita.

Ese día la reunión era sólo de señoritas, los caballeros habían quedado fuera de la convocatoria. Tenían algo íntimo para festejar, ya llegaría la celebración grande. Marcelina había anunciado su pronta boda con Martín Yrigoyen y Manuelita había querido felicitarla con una fiesta de amigas, temprano en la tarde. La servidumbre servía chocolate, mate y té para beber, y dulces para comer.

—Cuéntanos todo, Marcelina. Los nervios, la alegría, cómo es el vasco, ¡todo! —reclamó Manuelita con más ansiedad que nadie.

La hija de Alen intentaba demostrar serenidad pero se notaba la preocupación que la carcomía por dentro. Todo había sido como un torbellino de sensaciones. Había conocido al joven, él se le había acercado con cautela y caballerosidad, ella había aceptado el cortejo con timidez y pocas palabras, y su padre había alentado para que el compromiso se celebrase pronto. Era inconcebible para ella contradecir las órdenes paternas y, casi sin darse cuenta, se vio contradecida en sus deseos reales y con la fecha de matrimonio encima. Le gustaba Martín, no lo iba a negar, era un buen muchacho, pero ni siquiera había tenido tiempo para pensar o dejarse llevar por los sentimientos. Su padre parecía apurado y había instado al joven herrero para que hiciese su parte. Y así se encontraba Marcelina, apabullada por los sucesos y con una extraña sensación, mezcla de alegría y pavor.

—Martín es un buen hombre, trabajador y honesto sobre todo. He tenido mucha suerte de cruzarme con él. Todo gracias a mi padre —la sonrisa tenue escondía el torbellino de sentimientos que la embargaban.

—¿Y cómo te trata? —preguntó Juanita, y agregó con un dejo de sorna—: No puedo creer que te hayas enamorado con tanta velocidad.

—No todas las mujeres deben ser como tú quieras, Juanita. Marcelina es diferente a ti —interrumpió Dolores Marcet.

—Y a ti, Dolorica. ¿Marcelina es diferente a todas las mujeres? ¿Es un caso especial? Mira tú —Juanita levantó una de sus cejas excelsamente delineadas y tomó un sorbo de su mate.

—Él quiere casarse conmigo, eso me parece suficiente. Y además es una persona de bien, y me quiere —respondió Marcelina con la mirada vidriosa.

—Por supuesto que es suficiente, mi querida. No la escuches a Juanita, es brava pero en el fondo es buena —dijo Manuelita y le tomó la mano para calmarle la destemplanza.

El corazón de Marcelina se aceleró. No estaba demasiado segura de las palabras que decía. Martín era un caballero y de buenos sentimientos, pero con tanta urgencia tenía miedo de equivocarse, y ese paso era para toda la vida. Habría querido sentirse libre durante un tiempo más, pero su padre había impuesto su voluntad. Mientras tanto, tenía la mente arrasada por otros pensamientos que no podía evitar aunque quisiera. El responsable de esa inquietud constante no era otro que el Restaurador. Era como si Rosas la habitara por dentro. Desde aquel intercambio de palabras y de cercanía en su despacho, el cuerpo se le había desarreglado por completo envuelto en un mar de sensaciones. Pero sabía que ese hombre no era para ella. Yrigoyen, en cambio, sí. Confiaba en que el vasco calmara ese sobresalto perenne.

Quien no tenía dudas era la Edecanita. Ella sí estaba segura de lo que sentía y lo que provocaba en el sexo fuerte. Buscaba encandilar y lo lograba. Y no conocía la vergüenza, un sentimiento que había borrado de su cuerpo. El vaivén de la seducción iba y venía entre Rosas y ella sin ningún tipo de obstáculos. Él gustaba del carácter fuerte de la jovencita y se lo hacía saber. Cuando faltaba en alguna recepción, la reclamaba. «Lo que me divierte la Edecanita», gritaba a los cuatro vientos. La Sosa era exultante y voluptuosa como un huracán, y se mofaba de las buenas costumbres y el deber ser. Era muy diferente de Manuelita pero se querían como hermanas. Sus revolcones con el padre de su amiga eran un secreto guardado bajo cuarenta candados. No le confiaba a su amiga lo que hacía con su padre aunque sí con otros hombres. Las muchachas reían nerviosas cada vez que Juanita describía sus conquistas con desfachatez. El resto del grupo escuchaba con embeleso, listas para aprender a través de las palabras de la Edecanita.

—¿Quieren escuchar mi nueva anécdota? —preguntó la Sosa con regodeo de hombros—. Tengo un enamorado.

Las carcajadas inundaron el bergantín y las caras de las chicas se iluminaron. El siseo de las sedas de los vestidos se sumaba al cuchicheo. Juanita les confió que había conocido a un nuevo galán, esta vez oriundo de Montevideo. Había aceptado paseos en carruaje, caminatas por la Alameda y algún que otro escarceo cuando el crepúsculo servía de escondite. Manuelita reía y no sabía si todo era tan cierto como decía su amiga. Sin embargo nadie la contradecía. Era fabuladora pero enmudecía al resto a la hora de contar. Sabía hacerlo.

—Supongo que no será algún enemigo de Tatita, ¿no es cierto? ¿No querrá sacarte información secreta? —le preguntó.

—Pero por favor, que ni se les ocurra acercarse a esos salvajes, que los enveneno sin dudar —dijo Juanita, segura.

Era cierto lo que decía. Ella era capaz de matar si se lo pedían. Y si el que se lo pedía era Rosas, se sentía capaz de empuñar un arma. La sangre no la atemorizaba, tampoco la muerte. Pero las palabras de Manuelita la hicieron reflexionar. Si pensaba un poco, los orientales que empezaban a acercársele bien podían querer algo más. Y ella perdía la cabeza cuando le gustaba un hombre y después no recordaba si había

hablado de más...

De repente, Manuelita miró por sobre el hombro de sus amigas, como si buscara algo allí afuera. Se incorporó en el acto y corrió hacia la baranda. A los gritos llamó a su padre, que había llegado hasta la orilla del río donde pescaba, cerca del barco encallado, acompañado por su negrito de turno. Era una costumbre que le gustaba hacer cuando aún el sol iluminaba el día e iba en busca de silencio y concentración. Se escapaba de las obligaciones durante un rato para volver renovado. De paso cumplía las órdenes de su médico. Manuelita lo saludó con la mano y él le respondió. Le gritó que estaba con las chicas de festejo y lo convidó para que se uniese al grupo pero Rosas desechó la invitación. Quería pensar, necesitaba la soledad de la pesca.

* * *

Manuelita había recibido una carta con un remitente caliente. Desesperada, Camila O’Gorman había recurrido a la ayuda de su amiga e hija del Gobernador.

La muchacha y el cura habían escapado para resguardar su amor prohibido y habían recalado en la localidad de Goya, en Corrientes. Habían cambiado sus nombres y se hacían llamar Valentina Desan y Máximo Brandier; se hacían pasar por una pareja de maestros, originarios de Salta. En su rancho habían comenzado a dar clases y cobijo a los niños de la zona, y tal había sido la demanda que se habían visto obligados a mudarse dos veces a casas más grandes. El 16 de junio de 1848, en plena celebración de una fiesta, el cura irlandés Miguel Gannon había creído reconocer al sacerdote encubierto y lo denunció al juez de Paz. Un alboroto tremendo siguió a la denuncia y la pareja fue separada y detenida en el acto. La muchacha había sido alojada en la casa de la familia Baibiene pero, a los pocos días y por órdenes directas del gobernador de Corrientes, don Benjamín Virasoro, ambos fueron trasladados a la cárcel.

Ajustándose a la demanda popular y sin analizar demasiado, se decidió su traslado a Buenos Aires. Se destinó una celda en el Cabildo para Gutiérrez, y un cuarto en la Casa de Ejercicios Espirituales para Camila.

La correspondencia iba y venía, sin tregua. Apresada, Camila leyó con avidez la carta firmada por Manuelita en respuesta a la suya:

9 de agosto de 1848

Señorita Doña Camila O’Gorman

Querida Camila:

Lorenzo Torrecillas os impondrá fielmente de cuanto en vuestro favor he suplicado a mi Señor padre Don Juan Manuel de Rosas. Lacerada por la doliente situación que me hacéis saber, os pido tengáis entereza suficiente para poder salvar la distancia que aún os resta, a fin de que yo a mi lado pueda con mis esfuerzos daros la última esperanza. Y en el ínterin, recibid uno y mil besos de vuestra afectísima y cariñosa amiga

Manuela de Rosas y Ezcurra

Sin embargo, éste no había sido el único reclamo que había recibido la familia Rosas. Pepa Ezcurra, tal vez recordando el arrebató pasional que la había sumido luego en una tristeza infinita, también había cursado una petición a su cuñado para que repensara las decisiones tomadas:

Mi querido hermano Juan Manuel:

Ésta se dirige a pedirte el favor de Camila. Esta desgraciada, es cierto, ha cometido un crimen gravísimo contra Dios y la sociedad. Pero debes recordar que es mujer y ha sido indicado por quién sabe más que ella el camino del mal. El gran descuido de su familia al permitirle esas relaciones tiene muchísima parte en lo sucedido; ahora se desentienden de ella. Si quieres que entre recluida en la Santa Casa de Ejercicios, yo hablaré con doña Rufina Díaz y estoy segura de que se hará cargo de ella en sí y enmendará sus yerros, ya que los ha cometido por causa de quien debía ser un remedio para no hacerlos. Espera una respuesta en su favor,

Tu hermana María Josefa

Pero Rosas hizo caso omiso a los pedidos de su hija y su cuñada. Resolvió que el desembarco de los reos en Buenos Aires iba a complicar demasiado las cosas, y ordenó que fueran encerrados en celdas separadas en Santos Lugares, bajo el ojo avizor de su edecán Antonino Reyes. Con Camila y Uladislao lejos, ganó algo de tiempo para tomar la decisión final sobre cuál sería el castigo. Las presiones llegaban desde todos los flancos y encargó un dictamen a los juristas Lorenzo Torres, Baldomero García, Dalmacio Vélez Sarsfield y Eduardo Lahitte. La respuesta fue condenatoria.

Luego de varios interrogatorios, los pecadores confesaron su amor. A fines de agosto se los colocó en el paredón, sentados cada uno sobre una silla y con los ojos vendados, para recibir el tiro de gracia. A Camila, que llevaba una criatura en su vientre, le dieron de beber un vaso de agua bendita para redimir al alma inocente que llevaba en sus entrañas. Las armas dispararon sobre los cuerpos aterrados de la joven y el sacerdote, que cayeron de las sillas para reunirse en el suelo de tierra, ya sin vida.

Buenos Aires se sumió en el pánico. Desde Montevideo llegaban noticias repletas de espanto por la ciudadanía corrupta bajo la tutela de Juan Manuel de Rosas. El foco unitario hacía pie y aprovechaba para estigmatizar las costumbres federales. Manuelita se sentía desolada. Morir por amor, le daba terror pensar en algo así. Su padre, en cambio, mantenía una frialdad que asustaba. Detrás de su mirada de hielo, lo único que dijo fue: «Hay que cortar la inmoralidad».

CAPÍTULO VI

Tanto había insistido el caballero norteamericano, que Manuelita lo había vuelto a convidar a la casa. El abogado Samuel Greene Arnold había participado de una de las tertulias en Palermo y había quedado prendado de la belleza de varias de las damas que departían en el salón. Había agasajado especialmente a Agustina Ortiz de Rosas, pero como la señora no manejaba más idiomas que el castellano, el intercambio no había podido prosperar. Tampoco había logrado un encuentro con el Gobernador durante aquella primera visita pero no perdía las esperanzas de lograrlo en ésta.

Arnold traía un pedido puntual: necesitaba el permiso de Rosas para que un peón pudiera acompañarlo en el viaje que pensaba emprender por el territorio. Ya lo había intentado con Mansilla, pero éste lo había derivado a su cuñado. Manuelita accedió y los recibió, a él y a Mr. Graham, el cónsul norteamericano, con la diplomacia y afabilidad de siempre.

—Vengo acompañado, doña Manuelita. Qué guapa se encuentra esta tarde — Arnold le besó la mano con grandilocuencia—. Ya sabe la razón de mi visita, motivada por el deseo de conocer mejor este paraíso en la tierra.

Manuelita pidió permiso y fue a anunciarle a su padre que los norteamericanos querían verlo. Pronto regresó al salón donde esperaban los dos hombres.

—El Gobernador les envía sus saludos y quiere verlos personalmente, pero en este momento está ocupado. Antes podemos dar una vuelta por la casa, ¿qué les parece?

—Me siento doblemente honrado —dijo Arnold, tomó a Manuelita del brazo que ésta le ofrecía y se dejó guiar. Graham, con los brazos cruzados a su espalda, los seguía a un paso de distancia.

—Espero que nuestra casa sea de vuestro agrado, señores —dijo la joven y dio inicio a la recorrida—. ¿Dónde está viviendo, Mr. Graham?

—Al principio recalé en el Hotel de Provence, pero *Madame* de Angelis se ofreció a conseguirme un cuarto en casa de una familia para que aprenda pronto el idioma. Ahora me mudé a la casa de dos ancianas de España, las señoras de Larrea. Una de ellas habla en francés, así que de ese modo nos entendemos cuando no podemos hacerlo en español. Lo mismo haré con usted —y le dedicó una sonrisa galante.

Empezaron por su recámara, que estaba refulgente con sus almohadas y toallas de hilo fino adornadas con puntillas del Paraguay y la lámpara de porcelana blanca, que se destacaba en una mesa al costado. Manuelita les confió que se había acostado a las cinco de la mañana, escribiendo cartas para su padre que tenía horarios de trabajo bastante particulares. Bajaron unos escalones y llegaron a los jardines. Arnold sugirió que siguieran camino por la avenida de sauces. El hombre preguntaba por cada planta con la que se topaban y Manuelita le daba las respuestas. A cada rato, elogiaba la residencia y repetía una y otra vez que se sentía en el paraíso terrenal. El asombro

llegó al paroxismo cuando arribaron al bergantín *Elizabeth*. Manuelita los invitó a subir y les contó que allí se llevaban a cabo las diversiones veraniegas. Se disculpó por no haberlos recibido en el barco, pero aún no era temporada. Los caballeros recorrieron la cubierta baja y barnizada, desde donde se disfrutaba de una excelente vista de la ciudad a la derecha y un bosquecillo de sauces a la izquierda. Arnold se trepó a una de las crucetas del palo mayor y allí permaneció unos instantes observando el río. Luego pasaron a la cubierta baja que oficiaba de salón de baile y descubrieron el órgano a manivela. Arnold quedó asombrado con el ejemplar. Le dio unas vueltas para escuchar el sonido y le dijo a Manuelita que era el mejor instrumento que había visto en su vida. Ya en el camino de regreso, Manuelita les ofreció una ramita de verbena y le comentó a Arnold que era el símbolo de la constancia.

Terminado el paseo se dirigieron a la galería, donde les habían servido algunas bebidas. Se sentaron a esperar y sobre las tres de la tarde llegó el dueño de casa, vestido con pantalón y chaqueta azules con cordones rojos, la divisa en el ojal, chaleco punzó y gorra blanca con visera. Arnold y Graham se quitaron el sombrero y le estrecharon la mano.

—Bienvenidos a mi casa, caballeros —dijo Rosas. Volvió a colocarle el sombrero a Arnold y se sentó frente a los invitados—. Manuelita, ¿puedes buscar a uno de mis subalternos para que me oficie de intérprete?

La Niña lo miró sin entender. Ella habría podido ayudar pero era evidente que su padre prefería a uno de sus hombres. Entró en la casa y volvió al poco tiempo con Máximo, que manejaba el inglés y el francés a la perfección.

—Ésta es mi mujer —empezó Juan Manuel y señaló a Manuelita—. Tengo que alimentarla y vestirla, y eso es todo. No puedo tener con ella los placeres del matrimonio. Dice que es hija mía, pero yo no sé... Cuando estuve casado teníamos en la casa a un gallego y puede ser que él la engendrara. Se la doy a usted, señor, para que sea su mujer, y podrá tener con ella no sólo los inconvenientes sino también las satisfacciones del matrimonio.

Manuelita se puso pálida y Rosas largó una risotada; mientras tanto, Terrero traducía e intentaba disimular su desconcierto. Ya estaba acostumbrado a las bromas pesadas que escuchaba a diario, pero esta vez le pareció que Rosas había ido demasiado lejos. No le gustaba que humillara a Manuelita, quiso correr a abrazarla pero se dio cuenta de que era imposible.

—Pero señor, quizá la dama no quiera aceptarme, es conveniente obtener primero su consentimiento —respondió Arnold tratando de seguirle la corriente; estaba tan desconcertado como Terrero.

—Eso nada me importa —insistió Rosas— yo se la doy y ella será su mujer.

—Mi padre trabaja mucho y cuando ve alguna visita se convierte en una criatura, como en este caso —intervino Manuelita, con sus ojos pardos más brillantes que nunca.

Como si nada, Rosas cambió de tema y empezó a hablar de la tierra y a desplegar sus conocimientos. Enumeró las especies de árboles que había hecho plantar en Palermo, la inmensa obra hidráulica que habían necesitado para sanear el terreno pantanoso, y así siguió y siguió. El norteamericano y su amigo francés escuchaban pasmados. Era imposible meter baza. Varias veces durante el monólogo Rosas volvió a las chanzas, su modalidad favorita cuando quería inquietar a los presentes. El tiempo empezó a refrescar más de la cuenta y Manuelita sintió un escalofrío. Se incorporó y cambió de asiento, alejándose del lugar que ocupaba al lado de mister Arnold.

—Yo sabía que a ella no le agradaría su proyecto de casarla conmigo, Gobernador —dijo Arnold.

—Es el frío, mister Arnold, no se ofenda —dijo Manuelita, y regresó a su lugar al lado del norteamericano. Rosas volvió a reír como un loco.

—No es hija mía, o no sentiría frío. Yo nunca siento ni frío ni calor. Cuando era joven trabajé afuera, en el campo. Mire mis manos —y abrió las palmas—. Pero mi cuerpo es blanco, como le mostraré.

Se desabrochó el chaleco y las dos camisas para combatir el frío y descubrió el pecho. Aún a los cincuenta y cinco años mantenía una fortaleza excepcional. Levemente incómodo, Arnold se ofreció a llevarle lo que quisiera a los países que visitaría, pero Rosas respondió que no tenía nada que mandar. Luego de una hora de entrevista apareció un criado por segunda vez, para anunciar que la comida estaba lista. Rosas asintió y ordenó que sirvieran. Disfrutaron de unas apetitosas carbonadas, guisados y estofados. Manuelita se sentó entre Arnold y el cónsul. Había decidido cambiar de estrategia y seguirle la corriente a su padre. Bromeó con el asunto de la boda y le reclamó al norteamericano fidelidad cuando llegara a Chile; Arnold se sumó a la broma y le deseó que la próxima vez que se casara, por lo menos pudiera elegir por sí misma.

—Si no fuera mucha molestia, me gustaría pedirle un autógrafo al gobernador don Juan Manuel de Rosas —dijo Arnold—. Y uno a usted, *Mademoiselle* Manuelita, porque es la reina en los corazones de las gentes.

El pedido provocó una risa generalizada. A las seis y media los dos hombres anunciaron la partida. Habiendo obtenido lo que había ido a buscar, ya era hora de regresar a la ciudad y no querían que cayera la noche. Saludaron al Gobernador y se estrecharon en un abrazo. Como si la amistad viniera de años, Arnold le insistió a Manuelita que, como mujer suya, le escribiera una carta pronto.

La dama y Terrero acompañaron a los invitados por la galería hasta la salida del caserón. Se saludaron con la mano y el carruaje partió raudo. Manuelita y Máximo permanecieron un rato con la mirada perdida en la nada, hasta que volvieron y se miraron.

—¿Te encuentras bien, Manuelita? —preguntó él, preocupado.

—Ahora sí.

—Temí lo peor en un momento.

—Yo también, no me gustan esas bromas de Tatita. Y exponer así a mi difunta madre. Ni en chiste —Manuelita frunció el ceño y su cara se tiñó de angustia.

—Me di cuenta de todo. Casi corro a abrazarte... —dijo, como pidiendo permiso.

Manuelita le apretó el brazo y le sonrió con dificultad. Dio media vuelta y susurró que mejor regresaran. En silencio, volvieron sobre sus pasos.

* * *

Todo parecía indicar que el Reino Unido comprendía que Juan Manuel de Rosas era indomable y que era mejor estar de su lado que en la vereda de enfrente. Lord Palmerston —conocido por su frase «Inglaterra no tiene amigos permanentes ni enemigos permanentes. Inglaterra tiene intereses permanentes»— había anunciado que le reconocían a la Confederación el derecho sobre los ríos —que tantas marchas y contramarchas había traído en las negociaciones— y su navegación debía permitírsele a los ribereños y ciudadanos. Para confirmar las paces entre ambos países, había decidido enviar un nuevo plenipotenciario a Buenos Aires, el caballero Henry Southern.

El 5 octubre de 1848, el intelectual egresado del Trinity College con el grado de Master of Arts, que había pasado algunos años en las embajadas de Madrid y de Lisboa, desembarcaba en Buenos Aires. Y como sucedía con casi todos los ingleses que pisaban suelo porteño, él también había escuchado con suma atención los consejos de Mandeville para no dar puntada sin hilo durante su misión.

Sin embargo, aún quedaban enemigos en suelo inglés. Uno de los más enfervorizados contrincantes era uno de los líderes del Partido Conservador en la Cámara de los Comunes, Benjamin Disraeli, que señalaba a la Confederación como «una colonia sublevada de segundo orden». La discusión había llegado hasta el recinto y Palmerston había hecho todo lo que le había sido posible por defender las misiones británicas en el Sur. Finalmente, se decidió que Southern atravesara el océano y desembarcara en Buenos Aires.

En Francia, el intercambio de opiniones era bastante parecido al inglés. Los monárquicos aún defendían el colonialismo, pero la República establecida tras la revolución de febrero de 1848 se oponía y miraba con buenos ojos el restablecimiento de la armonía entre ellos y el territorio del Plata. El célebre poeta romántico y político Alphonse de Lamartine se había mostrado disconforme con la política que habían elegido al plegarse a Inglaterra, y había condenado al gobierno anterior por haber «creado dificultades inextricables, mezclándose en lo que no le concernía», y dispuesto nuevas políticas para un próximo levantamiento del bloqueo. Pero en Francia no faltaban los opositores, liderados por el miembro del Parlamento, Adolphe Thiers. Al mismo tiempo, los comerciantes del país galo bregaban por el cese del bloqueo; sus negocios se habían visto afectados, y les parecía un despropósito que

desde Francia se pretendiera dirigir la libre navegación de aquellos ríos.

Southern había llegado con una intención clara pero, como era su costumbre, Rosas se tomó su tiempo antes de recibirlo oficialmente. Prefería tratarlo como a un simple ciudadano de a pie que como a un enviado de la Corona. El Gobernador insistía con aceptar las bases que había establecido con anterioridad Samuel Hood y no estaba dispuesto a conceder ni un cambio. Manuelita, entonces, fue quien se ocupó de entretenerlo y, como era de esperar, el inglés cayó bajo su influjo. No había día en que no la reclamara y le confesara que «me hace falta el consuelo que siempre encuentro en su trato». Ella lo recibía en Palermo, declamaban versos, cantaban canciones criollas con la guitarra, cabalgaban, daban paseos en góndola por los lagos y disfrutaban de alegres banquetes que terminaban con cantos en coro. Southern estaba más preocupado en adaptarse a la vida de Buenos Aires que en profundizar en los asuntos de la política exterior. Vestía a sus criados con librea punzó, visitaba y agasajaba a Manuelita y enviaba mensajes a Inglaterra donde aseveraba que Rosas era «bondadoso y alegre en su vida privada» y que su hija «es su verdadera ministra y secretaria; afable, aparentemente de buen corazón y afectuosa. A través de ella es fácil concertar cualquier comunicación que se desee efectuar». De este modo y para provecho de su padre, otro representante de la política caía rendido a los pies de Manuelita. Cuando por fin decidió recibirlo, Rosas optó por consentir un convenio provisional, que Southern debía enviar a Londres para que se aprobara. El plenipotenciario enfatizaba las ventajas de mantener una buena relación con el gobierno de Buenos Aires en pos de sostener los verdaderos intereses de los británicos.

Los primeros días de 1849, el almirante francés Fortunat Joseph Leprédour desembarcaba en el puerto de Buenos Aires en misión de paz y para poner fin al interminable asunto del bloqueo. Lo enviaba el gobierno de Lamartine pero durante su viaje la realidad francesa había cambiado, y había sido elegido presidente el príncipe Luis Napoleón Bonaparte.

Fiel exponente de la buena vida y amante de los placeres, Leprédour también cayó bajo los encantos de la Princesa de las Pampas. Velozmente se incorporó a su corte y participó de las celebraciones. Manuelita tenía todo el tiempo del mundo para agasajar a uno y a otro. Obsequió un día a Southern con un paseo de campo por la Boca, y a la semana repitió los honores con Leprédour. Los invitados fueron desde la ciudad en coches, y así también violinistas y cantores. Recorrieron el Riachuelo en dos falúas, a pura música y disfrute. Hicieron un alto en una isla situada a la entrada del Plata donde celebraron un banquete. Una casilla de madera construida sobre pilotes había sido tapizada para la ocasión de lanilla blanca y punzó, con toldos en cada ángulo; el piso estaba alfombrado, había sillas y sofás para cada convidado; comieron asado con cuero y bebieron Oporto, Madera, Sauternes, Burdeos y Champaña. Al son de dos orquestas de guitarras, bailaron valeses y minués. La fiesta, para el inglés primero y luego para el francés, cumplió su cometido: los extranjeros

quedaron envueltos en una sensación aletargada y romántica, que borraba cualquier desconfianza.

Las gestiones con Leprédour marcharon a la perfección. El ministro Arana redactó un nuevo proyecto —sin apartarse de las bases Hood— y se lo entregó. Mientras el documento partía a Francia, el almirante regresaba a Montevideo, su lugar de residencia. En el mes de mayo obtuvo la suspensión de las hostilidades entre sitiadores y sitiados. Sin embargo, la correspondencia con Manuelita no había cesado, desde el mismo momento de su partida. Así se confesaba:

Difícilmente me acostumbro a la mansión de mi fragata, y creo que no podría vivir más en ella, si a cada paso no encontrara la ocasión de hablar de usted, de las señoras cuyo agradable conocimiento me ha hecho usted hacer y de la acogida tan cordial que me hizo Su Excelencia. Éstos son asuntos inextinguibles de conversación y que volveré a tomar en familia cuando esté de vuelta en París, donde haré saber a todos los que me son queridos, lo que hay de admirable, de gracioso y de bueno en la organización tan natural y tan franca de la señorita Manuelita.

Las cartas habían ido y venido varias veces entre el francés y la Niña. Él le había confiado, incluso, los romances de sus subordinados. Le daba la noticia de la boda de uno de sus oficiales con una dama de Montevideo, que había aflojado la resistencia que tenía al enterarse de la cantidad de buenas mozas que lo habían rodeado en Buenos Aires. También le hacía referencia acerca del enamoramiento de «otro señor», de quien «no se podría creer hasta dónde va su pasión por la linda doña Dolores», en alusión a la joven Marcet. Y el 22 de mayo, dos días antes de su cumpleaños, Manuelita recibió nuevamente una carta enviada desde la fragata:

Comiendo con el comodoro Herbert beberé a su salud de usted, a pesar de que él está muy celoso desde mi último viaje a Buenos Aires, haciéndome el honor de crearme más avanzado que él en la amistad de usted. ¡Siempre la rivalidad de la Francia y de la Inglaterra!

A todo esto, el 24 de noviembre, Southern recibía la noticia de que su Majestad Británica aceptaba el convenio que le había enviado y lo autorizaba para firmarlo. Se restablecía así la amistad entre los dos países.

Pero Europa comenzaba a desdibujarse en los ojos de Rosas. El Viejo Continente dejaba de encandilarlo como había sucedido hasta hacía poco y otros intereses pasaban a tomar preponderancia estratégica en su mente. Había puesto el foco en Brasil como nuevo contrincante de la Confederación. Pero el inmenso territorio vecino no era su única preocupación. El ascenso vertiginoso del general Urquiza en el feudo entrerriano comenzaba a inquietarlo. Sabía que era un hombre ambicioso y con ansias de extender su poderío a otras provincias. Rosas tenía muchas cosas en qué pensar pero no por eso quitaba la atención de los movimientos de Urquiza.

* * *

El coche parecía un gallinero. Daba la impresión de que adentro había una multitud

pero sólo lo ocupaban cuatro señoritas: Manuelita Rosas, Juanita Sosa, Telésfora Sánchez y Dolores Marcet. El asunto era que hablaban todas al mismo tiempo, y a pesar de eso, podían mantener un diálogo que sólo ellas entendían. El cochero escuchaba sin captar nada; sonreía como siempre, acostumbrado al parloteo de su patrona y compañía. Debía llevarlas hasta el teatro, esperarlas cerca de la puerta y regresarlas a sus hogares sanas y salvas. Del resto se ocupaban otros.

Las jóvenes llegaron al Teatro Argentino y descendieron del coche. En la vereda las aguardaba Máximo Terrero, que había cabalgado al costado del coche y era el acompañante masculino de la comitiva. En cuanto se acercaron a la entrada, el gentío se abrió para dejar paso a la hija del Gobernador. Manuelita, con la frente en alto y el cuello estirado, pasó por el camino que se le había abierto y con algunos cabeceos leves a modo de saludo, llegó al palco de honor y se ubicó en la primera silla. A cada lado la flanquearon Juana y Telésfora, y detrás suyo se sentaron Máximo y Dolores.

El teatro se había vestido de fiesta. Se estrenaba el *Gran Vals*, del maestro húngaro Francisco José Debali, quien se había destacado en Italia y luego en Montevideo para luego recalar en el teatro porteño. El músico había llegado con la compañía de Fernando Quijano como director de orquesta y pensaba permanecer en Buenos Aires por varias temporadas. Pese a que Quijano era un notorio antirrosista, no había tensiones a la vista.

La obra estaba dedicada a Manuelita Rosas y habían decorado la sala para la ocasión: divisas punzó, rosetas carmín decorando los palcos por fuera y banderas bicolor.

—Me dijeron por ahí que Debali es excelso —Dolores se movió hacia adelante y anunció lo que sabía al oído de Manuelita. Aún debían aguardar para que diera comienzo el espectáculo.

—Pero claro, Dolores. No lo hubiera convocado el Argentino si el hombre fuera malo en lo suyo —respondió Manuelita y sacudió su abanico con vehemencia, mientras hacía una rápida recorrida visual por la platea para ver quiénes habían concurrido al estreno.

—Espero que sea tan bueno como el concierto al que fuimos hace unas semanas en el Teatro de la Victoria. —Telésfora se refería al concierto que había ofrecido uno de los primeros violinistas de Europa, el alemán Augusto Luis Moeser, al que habían concurrido también en grupo.

—A mí no me gustó tanto. —Juanita frunció la nariz mientras perdía la vista entre el público, y luego se dirigió a su amiga—. Prefiero el *Himno a Doña Manuela* que te cantaron las negras congo^[32] el día de tu cumpleaños.

Todas rieron. Máximo sólo escuchaba. No intervenía en la conversación de las mujeres. La espera se alargaba pero los presentes conversaban sin demostraciones de ansiedad. El teatro era uno de los principales entretenimientos para la sociedad porteña de entonces.

—Al son del candombe, las congas bailemos, y a nuestra gran reina, canción

entonemos —cantó Juanita y movió los hombros, seductora.

Algunas damas de los palcos cercanos, atentas a lo que sucedía en el sector de Manuelita y su comitiva, miraron con ojos de reprobación los movimientos de la joven Sosa. Entre los caballeros en general era bien vista, pero no sucedía lo mismo entre las damas. Manuelita hizo caso omiso de las miradas maliciosas y batió las palmas en agradecimiento a su amiga. Era la primera en defenderla cada vez que alguien la atacaba.

—Cómo tarda esta gente; ¿les habrá pasado algo? —se preguntó Dolores—. No puede ser que sigan afinando los instrumentos...

Todos volvieron a reír y las muchachas recordaron la hazaña del joven José Antonio Wilde, que había ido a la puerta de la casa de Manuelita en la ciudad para ofrecerle una serenata junto a un grupo de amigos. Pero no conforme con hacerla con guitarra, como era lo común, habían preferido llevar un piano. Se había dirigido al Café de Marcos y le habían solicitado a su dueño, don Francisco Munilla, que les prestase el suyo. Cuatro changadores habían salido prestos con el piano, y el coro de atrevidos había improvisado una serenata bajo la ventana de la Niña. Las muchachas se tentaron con el recuerdo y escondieron las risotadas detrás de sus abanicos. Máximo estaba de brazos cruzados y sólo esbozaba una sonrisa.

La orquesta irrumpió en el jolgorio de la velada e impuso un silencio generalizado. El espectáculo transcurrió ante un público encandilado. El aplauso, al finalizar, fue cerrado y el maestro Debalí hizo una reverencia desde el escenario, dedicada a Manuelita. Ella asintió con una sonrisa de agradecimiento. Esperaron un rato a que desalojaran la sala y salieron a la calle. Las damas subieron al coche y Máximo montó su caballo. El cochero hizo la recorrida y depositó a cada muchacha en su casa, hasta que sólo quedó Manuelita a bordo. Era un largo camino a Palermo, pero la dama estaba acostumbrada. El trayecto llevaría más de media hora pero no estaba sola con sus cavilaciones. En esta oportunidad estaba Máximo, que cabalgaba al lado de su ventanilla.

—¿No tienes frío? La noche está helada, Máximo —dijo Manuelita apoyada en el canto de la ventana.

—Para nada, la chaqueta me abriga —y la miró desde el lomo de su caballo.

Manuelita suspiró y se perdió en sus pensamientos. Estaba cansada pero temía que al llegar a la casa su padre la convocara para algo más.

—¿Qué tienes, Manuelita?

—Nada especial, me gustaría llegar e irme a acostar de inmediato.

—Y es lo que debes hacer.

—Ojalá pueda, ya sabes cómo es Tatita.

—Lo sé muy bien, pero ya es tiempo de que pienses un poco en ti y dejes de aceptar todos sus reclamos.

Manuelita se incorporó y miró a Máximo con ojos de asombro. Siempre tan educado, tan correcto, le pareció extraño escucharlo hablar de ese modo.

—Discúlpame si te ha parecido que me atreví por demás, pero no me gusta que abusen de ti. Ni siquiera tu padre —dijo, firme.

—No puedo oponerme a Tatita, lo sabes bien. Nos conocemos desde chicos, Máximo, hemos trepado árboles juntos, jugado con las armas de nuestros padres, me conoces mejor que nadie y a él también. ¿Cómo hago? Aunque quisiera, no puedo — una súbita tristeza se posó en su rostro como un velo.

—Sí que puedes y yo quiero ayudarte. Sabes bien lo que siento por ti, Manuelita. —Máximo se agachó un poco, para acercarse más a la muchacha.

—Claro que lo sé, somos los mejores amigos —pareció más una pregunta que otra cosa.

—No, Manuelita, yo te quiero, me quiero casar contigo —la miró serio.

—Ay, mi querido, pero yo no puedo, mi padre no me deja; no puedo dejarlo solo.

Sus ojos se pusieron vidriosos al instante. Sintió que se le aceleraba el corazón ante la declaración de Máximo. Pero la realidad de su vida dedicada a su padre se impuso a la emoción.

—¿Cómo puede hacerte algo así? ¿Cómo puede ser tan egoísta con su hija? Y lo que tú sientes ¿no cuenta? —Máximo estiró el brazo y le rozó la mano—. Abre tu corazón, Manuelita; te mereces otra vida. Todo esto, las fiestas, las celebraciones, se acaban de buenas a primeras.

—No puedo abrirte mi corazón, temo comenzar a llorar y no parar más. Te vas a ahogar con mis lágrimas. —Manuelita tragó con fuerza, la angustia contenida le anudaba la garganta.

—Sé nadar, mi querida, no me pasará nada —le sonrió con ternura—. Nada me atemoriza, no te preocupes. Quiero cuidarte, Manuelita, déjame hacerlo.

Las lágrimas comenzaron a rodar por las mejillas de la Niña. Caían solas, el llanto parecía infinito, interminable. Era como si se hubiera abierto un grifo que ya era imposible de cerrar. Pero no temía las consecuencias que pudieran derivarse de ese llanto que soltaba libre como nunca. Máximo Terrero era su amigo de la infancia, pero era mucho más que eso. Manuelita se había quitado las obligaciones de encima por primera vez y era capaz de resquebrajar la coraza que la había recubierto durante treinta años. Máximo era un hombre y la quería de verdad, sin discursos melosos ni embustes evidentes. La conocía como nadie y ella a él.

CAPÍTULO VII

Comenzaba la década del 50 y la figura de Rosas estaba más fuerte que nunca. Como en años anteriores, había presentado la renuncia a la gobernación exponiendo problemas de salud, y la Legislatura, previsiblemente, se la había rechazado. Era un cuento repetido, una pantomima que nadie entendía mejor que el propio Rosas.

Con el bloqueo inglés levantado, la Confederación comenzaba a crecer con calma pero con firmeza. Muchos emigrados políticos habían tomado el barco de regreso desde Montevideo, acogidos por una amnistía y recibidos en el puerto con entusiasmo.

El único motivo que aún inquietaba al Gobernador era Brasil. Sin embargo, todavía faltaba para que la aristocracia brasileña se transformara en el más hábil enemigo de la Confederación Argentina.

Rosas disfrutaba de la bonhomía del éxito acumulado y aprovechaba los beneficios que le otorgaba un caserón repleto de mujeres que entraban y salían sin demasiado control. Eugenia seguía ocupando un lugar especial junto a su prole, a la que había sumado dos hijos: Justina y Joaquín. Pero la muchacha no era ni más ni menos que eso: la que ocupaba la cama en sus aposentos cuando él lo decidía, la madre de una buena cantidad de bastardos y su débil confidente cuando se sentía urgido de compartir alguna inquietud. Eugenia tenía raptos de ensoñación en los que se imaginaba esposa de Juan Manuel, pero duraban pocos segundos. Sabía que era imposible, que debía conformarse con ser la reina de ese pequeño dominio.

Los cincuenta y siete años no le pesaban a Juan Manuel pero se habían hecho evidentes en su cuerpo. Había subido de peso, el pelo raleaba un poco. A veces el cansancio le ganaba pero, en general, Rosas peleaba el paso del tiempo con vigor. Miraba para otro lado cuando la salud le daba un toque de atención, se sentía inmortal como el primer día. La muerte no era una idea que lo desvelara ni mucho menos. Al revés, era un enfermo del vitalismo. Para él, la vitalidad, cuando no la derramaba en las cuestiones públicas, se expresaba en el arrebató sensual. Como por arte de magia y sin buscarlo, las ansias de conquista le ganaban la pulseada a la razón. Era un cazador y sin demasiado miramiento para con sus presas. Apuntaba y buscaba dar en el blanco. Si no lo conseguía, fijaba un nuevo objeto a su deseo y listo. No se detenía a pensar que tal vez del otro lado quedaba un animal herido. Daba por sentado que la mujer que merodeara a su alrededor estaría más que encantada de salir elegida.

La política parecía navegar aguas serenas y eso lo aburría un poco. No sabía vivir sin sobresaltos, necesitaba verse envuelto en tensiones y con decisiones álgidas que tomar. Esa vida bucólica le parecía cosa de señoritas. Era un tigre enjaulado a la espera de alguna carne jugosa por devorar.

Esa tarde regresó de pescar contento: había tenido buen pique. Luego de depositar el balde con el botín en la cocina, se refugió en sus aposentos. Se sentó en su sillón favorito y se dispuso a leer. Volvía una y otra vez sobre el mismo párrafo. Perdía la

concentración, otros asuntos lo distraían. Hacía días que pensaba en la hija de Alen. Debía cambiarle de nombre y llamarla como correspondía, ahora era la mujer de Yrigoyen. Marcelina había desposado al herrero y ya andaba con su tripa a cuestas. En algunos meses sería madre pero la belleza no la había perdido. La muchacha estaba más bonita que nunca, el casamiento le había hecho bien. Dio vuelta la página sin comprender una palabra de lo que leía. Marcelina Alen lo miraba con interés, él sabía de esas cosas, sabía cuándo una mujer lo buscaba. Hacía tiempo que no la veía en Palermo, seguramente prefería descansar en su casa, ahora que era una mujer casada.

Harto del sillón, dio unas vueltas por la recámara a grandes zancadas, y de nuevo ganó la impaciencia. Salió en busca de algo que ni él sabía qué era y en ese momento la puerta de la otra punta del pasillo se abrió con chirrido de gozne. De los aposentos de su hija salió Juanita. Como una tromba de colores y curvas, la joven apartó los rulos negros de sus hombros y clavó la vista en Rosas. Sin mirar hacia atrás y con paso decidido, caminó hacia donde estaba el hombre, aguardando con mirada inquietante.

—¿Hay reunión en lo de la Niña? —preguntó Juan Manuel.

—Como casi todas las tardes, Gobernador —respondió Juanita sin quitarle los ojos de encima.

—¿Y ya te vas?

—No, iba al baño nomás —El baño quedaba afuera de la casa, algo alejado.

—Supongo que eso puede esperar, mi Edecanita. Vamos para adentro. —La tomó fuerte del brazo y en un segundo estaban en su recámara a puertas cerradas.

Juanita se dejó llevar y se soltó con suavidad. Recorrió la habitación con la mirada y luego se acercó a la mesa. Como si le interesara, se detuvo en la infinidad de documentos y carpetas que la ocupaban. Le pasó el dedo a los papeles mientras espía a Rosas por el rabillo del ojo. Él la miraba y la dejaba hacer. Luego, a paso lento, se le acercó.

—Así que te interesan los asuntos de la Confederación, que andas fisgoneando los papeles —la provocó.

—De esas cosas yo no entiendo nada, pero tal vez alguien me pueda enseñar.

Juanita conocía, a pura intuición, el lado flaco de los hombres y muchas veces los manipulaba.

—Bastante me ayudas ya con Manuelita.

—Pero a veces siento que me gustaría ayudar mucho más.

Rosas se le acercó a un hilo de distancia y sin aviso y de un solo tirón, le arrancó la falda.

* * *

Manuelita y Máximo habían ido en busca de algún lugar tranquilo y solitario en el

caserón. No era una tarea difícil. Si no era por la servidumbre que estaba en todos lados, era la infinidad de visitantes que se acercaban a Palermo, o las amistades y los políticos que se reunían con el Gobernador. Habían preferido las galerías menos transitadas, las del fondo de la casa, aquellas que no miraban hacia la laguna o los jardines más concurridos.

Se sentaron en las sillas de hierro pintadas de blanco, separados por una mesita baja que completaba juego. Desde aquella declaración por los caminos, la pareja se había acercado cada vez más. Casi por inercia, sin forzarlo, Máximo y Manuela habían transformado su hermandad en un vínculo hondo entre un hombre y una mujer. Las amigas no se atrevían a preguntar aquello que era más que evidente, y Manuela tampoco confesaba demasiado. Pero el modo en que miraba a su amigo de toda la vida, lo decía todo. Máximo habló con voz serena.

—Casémonos, Manuelita.

—Me haces sufrir, te lo pido por favor —susurró ella y bajó la mirada.

—No tienes derecho a ser infeliz.

—Y yo no entiendo cómo puedes fijarte en una mujer de treinta y tres años; deberías casarte con una muchacha más joven. Ya soy demasiado mayor.

Máximo lanzó una carcajada franca, se acomodó y extendió su brazo. Le mostró su mano, como si llamara a la de ella. Manuelita sonrió con tristeza y se la dio.

—Pues somos dos ancianos, entonces. Tenemos la misma edad, Manuelita. Me causan gracia tus excusas, son pésimas —volvió a reír el joven y la contagió—. Deberías intentar otro truco mejor para hacerme retroceder. Tomé una decisión y es bastante complicado que cambie de parecer.

Manuelita lo miró y así permanecieron durante unos instantes. Desde chico Máximo había sabido defender sus convicciones. No era prepotente ni avasallante, más bien al revés, pero tenía principios y los sostenía, sin entrar en disputas estériles. Desde la templanza de quien es dueño de su verdad, salía a la vida.

—Estoy más que asombrado, Manuela. Pensé que no existía mujer que se entristeciera ante un pedido de mano, pero aquí tengo una a mi lado. —Hablaba sin soltarle la mano—. No podría ser feliz con otra persona que caminara por la Tierra.

—¿Qué hacemos con Tatita, entonces? —preguntó Manuelita con ansiedad.

Era un secreto a voces que Rosas veneraba a su hija, y desde la muerte de Encarnación más que padre e hija habían casi formado una pareja pública. Muchas veces, la confusión traspasaba las paredes del ámbito público para instalarse entre las cuatro paredes de lo privado. Juan Manuel daba por sentado que su hija lo acompañaría hasta la muerte, y ella había abonado aquella idea con su solicitud y su docilidad fuera de lo común.

—De sólo pensar en abandonarlo, me falta el aire —agregó y respiró hondo, como si fuera la última vez.

—Pareces una de esas actrices que vamos a ver al teatro, ¿no estarás exagerando un poco? —Máximo intentaba romper la solemnidad que imponía Manuelita—.

Entiendo que el dolor pueda ser profundo, pero te juro que pasará.

—¿Nunca dudas? —preguntó ella azorada.

Máximo lanzó una carcajada y luego le besó la mano. Se miraron durante unos segundos que parecieron horas. Se tomó del apoyabrazos de hierro de la silla de Manuelita y con fuerza la tiró hacia él. Ella sonrió con complicidad y lo dejó hacer. La besó y ella le correspondió. Se alejaron para mirarse y los ojos de Manuelita se llenaron de lágrimas, que esta vez no eran de tristeza sino de emoción. Le acarició la cara y se volvieron a besar.

De repente, unas risitas contenidas interrumpieron la intimidad. Manuelita miró a un lado y al otro, y detrás de una de las columnas vio un amontonamiento de medio hermanos intentando esconderse sin lograrlo.

—¿Qué hacen ahí? ¡Atrevidos! —les gritó a Angelita, Nicanora y Emilio.

Los niños seguían tentados pero la reprimenda de su hermana los asustó.

—Vengan aquí inmediatamente.

En fila india los fisgones se acercaron a la pareja con la cabeza gacha. La mayor y el varón traían la casaca militar desarreglada y sucia; Nicanora, en cambio, llevaba una faldita blanca repleta de tierra. La tropa infantil correteaba por los jardines y siempre terminaba el día cubierta de polvo.

—¿Nos pueden explicar por qué espían a los mayores? —Manuelita estaba muy seria, mientras que Máximo intentaba disimular la gracia que le causaba el incidente.

—Nos mandó el Tata —largó Emilio y ligó un pisotón de Angelita. Al instante, el niño empezó a llorar.

Manuelita lo tomó de la mano y acercó al niño de ocho años a su pecho. Lo abrazó, le dio un beso y lo sentó en su regazo. Buscó un pañuelo en su bolsillo y le secó la cara. A veces debía ponerles límites pero adoraba a sus hermanitos y ellos la veneraban.

—Ahora me van a contar todo —dijo Manuelita y volvió a besar a Emilio.

Los ojos desorbitados de Nicanora hablaban por sí solos. Le gritó a su hermano mayor y le chistó para que hiciera silencio. Máximo largó una risotada ante semejante espectáculo.

—Tata nos dijo que viniéramos a ver qué andaban haciendo aquí solos. No quiere que se besen —confesó el niño y los imitó en el acto.

Sus hermanas se indignaron y lo miraron con ojos asesinos. No querían traicionar a su Tatita.

—¿Y qué vieron? Nada, y eso es lo que irán a contarle. Guay de que me entere de que anduvieron mintiendo por ahí. El castigo será ejemplar —los amenazó Manuelita.

Emilio la rodeó con sus bracitos y ella le prometió unos dulces. Saltó de su regazo y festejó con un bailecito improvisado. Antes de salir disparados, Manuelita levantó el dedo y los miró fijo. En un segundo, volaron con rumbo desconocido.

—¿Y ahora qué hacemos? —le preguntó Manuelita a Máximo.

—Tal vez sea hora de hacer el gran anuncio.

—Me dan escalofríos. Sabes que Tatita me ha prohibido que me vaya de su lado. No es en broma lo que te digo —dijo, en un hilo de voz.

—Tampoco bromeo yo. Eres una mujer y estás en condiciones de casarte y formar una familia. Conmigo, desde ya. Y poco me importa que tu padre se ofusque.

Manuelita se lanzó a sus brazos y apoyó su cara contra el pecho de Máximo. Los latidos de su corazón, el ritmo constante, la tranquilizaron. Por primera vez tuvo la rara sensación de sentirse en casa.

* * *

Urquiza se encontraba en el escritorio de su residencia, a unas leguas de Concepción del Uruguay. Desde allí, desde el Puesto de San José, comandaba el gobierno de Entre Ríos. Desde hacía unas semanas una idea le rondaba la cabeza y lo tenía a mal traer.

Desde 1850, la provincia del litoral se había transformado en una de las más prósperas de la Confederación. Había comenzado a atraer inversores de ultramar, que veían en aquellas tierras la posibilidad certera de emprender negocios rentables. Pero la atracción no encendía sólo a caballeros extranjeros en busca de dividendos. Varios de los exiliados en Montevideo, como el joven Adolfo Alsina, además de los que habían regresado a Buenos Aires pero seguían tan antirrosistas como siempre, empezaban a hacer foco en la figura de Urquiza como el único capaz de acabar con el Gobernador. Cual gota que horada la tierra, los referentes unitarios habían acercado filas con el entrerriano. No le daban tregua al líder de la provincia en ascenso y trataban de entrarle por donde mejor pudieran.

Alsina había empezado a mirar con buenos ojos el armado de componendas que ayudaran al derrocamiento del enemigo de ojos azules. Todo venía bien para aunar fuerzas contra el enemigo. De adentro y también de afuera. «La desavenencia de Rosas con Urquiza sigue. Si Urquiza llegase a contar con seguro apoyo exterior, no hay duda de que se declarararía. ¡Ah, Brasil, Brasil!», le escribía Alsina al ministro plenipotenciario y enviado del gobierno montevideano a Brasil, don Andrés Lamas.

También el gobernador de Entre Ríos recibía correspondencia insistente. Esteban Echeverría, quien no había cejado ni por un minuto en su odio visceral contra Rosas, le había puesto por escrito sus necesidades:

Debe ponerse al frente de un partido único y nacional que represente a la religión social de la Patria representada en la bandera de Mayo. Nos asiste un convencimiento de que nadie en la Confederación Argentina está en condición más ventajosa que Vuestra Excelencia para ponerse al frente de ese partido nacional y promover con suceso la fraternidad de todos los argentinos.

Rosas había adoptado algunas medidas que afectaban la economía entrerriana; así lo consideraban el gobernador Urquiza y su pueblo. Desde hacía un tiempo, Urquiza venía reclamando la libre navegación de los ríos —fundamental para el crecimiento

de su economía—, ya que por ese medio el comercio exterior no se veía obligado a pasar sí o sí por el puerto de Buenos Aires. Ya había concretado una alianza con el gobernador de Corrientes, Benjamín Virasoro, y continuaban los coqueteos con el emperador de Brasil, Pedro II. Paralelamente, había enviado un emisario a Montevideo proponiendo una mediación entre el Brasil y Rosas, para lograr que éste retirara las tropas argentinas del Estado Oriental. El gobierno de Brasil, sin embargo, había rechazado la propuesta. En un sinfín de idas y vueltas, Urquiza lograba traer agua para su molino y continuaba en buenas relaciones con el país vecino. Lo prefería de aliado que en veredas contrarias. Ya sabía qué negociaría, qué entregaría y cómo se lo cobraría.

Urquiza daba vueltas; leía y releía el documento que tenía frente a sí. El día anterior, su secretario Juan Francisco Seguí lo había escrito y firmado. Sólo faltaba su firma. Sabía que luego de que se publicara y leyera públicamente, ya no habría vuelta atrás. El enfrentamiento con Rosas sería completo, no podría enmendar el paso dado. Era a matar o morir. Por primera vez, haría pública su respuesta a Rosas a la renuncia anual a la conducción de las relaciones exteriores de la Confederación. Aquello de la enfermedad perpetua como argumento para que le imploraran que se quedara en funciones, hacía rato que le parecía una afrenta. Y un artilugio perfecto era responderle en consecuencia. Volvió a leer antes de firmar:

El Gobernador y Capitán General de la provincia de Entre Ríos.

Considerando:

Primero: Que la actual situación física en que se halla el excelentísimo Señor Gobernador y Capitán General de Buenos Aires, Brigadier Don Juan Manuel de Rosas, no le permite por más tiempo continuar al frente de los negocios públicos dirigiendo las relaciones exteriores y los asuntos generales de paz y guerra de la Confederación Argentina;

Segundo: Que con repetidas instancias ha pedido a la Honorable Legislatura de aquella provincia se le exonere del mando supremo de ella, comunicando a los Gobiernos Confederados su invariable resolución de llevar a cabo la formal renuncia de los altos poderes delegados en su persona por todas y cada una de las provincias que integran la república;

Tercero: Que reiterar al general Rosas las anteriores insinuaciones, para que permanezca en el lugar que ocupa, es faltar a la consideración debida a su salud y cooperar también a la ruina total de los intereses nacionales, que él mismo confiesa no poder atender con la actividad que ellos demandan;

Cuarto: Que es tener una triste idea de la ilustrada, heroica y célebre Confederación Argentina, el suponerla incapaz, sin el general Rosas a su cabeza, de sostener sus principios orgánicos, crear y fomentar instituciones tutelares, mejorando su actualidad, y aproximando el porvenir glorioso reservado en premio a las bien acreditadas virtudes de sus hijos.

En vista de estas y otras no menos graves consideraciones, y en uso de las facultades ordinarias y extraordinarias con que ha sido investido por la Honorable Sala de Representantes de la provincia declara solemnemente a la faz de la República, de la América y del mundo:

1. Que es la voluntad del pueblo entrerriano reasumir el ejercicio de las facultades inherentes a su territorial soberanía delegadas en la persona del excelentísimo señor gobernador y capitán general de Buenos Aires, para el cultivo de las relaciones exteriores y dirección de los negocios generales de paz y guerra de la Confederación Argentina, en virtud del tratado cuadrilátero de las provincias litorales, fecha 4 de enero de 1831.
2. Que una vez manifestada así la libre voluntad de la provincia de Entre Ríos, queda ésta en actitud de entenderse directamente con los demás gobiernos del mundo, hasta tanto que congregada la Asamblea Nacional de las demás provincias hermanas, sea definitivamente constituida la república.

Comuníquese a quienes corresponda, publíquese en todos los periódicos de la provincia e insértese en el Registro Oficial.

Justo J. de Urquiza —Juan Francisco Seguí (secretario)

1° de mayo de 1851

Meticuloso, estampó su firma. Urquiza hizo un gesto a mitad de camino entre una sonrisa y una mueca, y dobló la hoja con el pronunciamiento. Se incorporó, estiró su casaca azul y dejó el documento en el platillo de plata, de donde lo recogerían a la mañana siguiente para hacerlo público. Salió de su despacho y permaneció un buen rato en el gran patio central. Necesitaba estirar las piernas y pensar. ¿Cómo continuaría todo eso?

CAPÍTULO VIII

La mulata María Patria hervía la leche y el azúcar en la gran olla especial para el preparado. Revolvía y lo dejaba reposar, le había tomado el tiempo a la mezcla para que saliera perfecta. Rosa, la criada de Manuelita, descansaba sentada a la mesa luego de realizar un sinfín de quehaceres domésticos. Como nadie la reclamaba, aprovechó para escapar un rato a la cocina. Allí se encontró con la mulata, con quien hacía buenas migas, y aprovechó para tomar unos mates y acompañar a su amiga en la labor.

—¿Me das a probar, María Patria? —reclamó la muchacha.

—Un poco de paciencia, mujer. Todavía le falta —dijo la mulata sin dejar de revolver. Cada vez que se decidía a hacer el dulce de leche tenía una fila interminable de candidatos para probar. Tan hábil era en su preparación, que hasta había dejado correr la leyenda de que ella misma lo había inventado. Y para que no la tuvieran como engreída, solía decir sin pestañear que había sido por casualidad. Daba detalles: una vez, hacía mucho, preparando la lechada se le había olvidado la leche sobre el fuego. Y aunque estaba aterrada por el error, antes de tirarlo se había tentado en probar el menjunje oscuro que se había hecho, que le pareció rico y se lo había dado al patrón. La servidumbre contaba que Rosas, aquella vez, estaba reunido con Lavalle en vísperas de firmar un pacto de paz, y que gracias al dulce de leche de María Patria la discusión entre ellos se había suavizado. De lo más divertido, don Juan Manuel dejaba que María Patria repitiera esa historia una y otra vez como si fuera más verdadera que un documento rubricado, y le reclamaba constantemente que le cocinara aquel elixir que tanto le gustaba.

Rosa se acercó a la olla para ver si lograba tomarle la mano a la preparación. María Patria rio con ganas y sacudió el repasador para alejarla.

—Que no se va a escapar la olla, Rosita. Siéntate, que en unos minutos te sirvo un poco.

La criada le hizo caso con desgano y volvió a su lugar. El tamborileo de sus dedos sobre la mesa interrumpía el silencio de la cocina.

—¿Has visto lo que pasó ayer a la tarde? —le preguntó Rosa a María Patria, con cara cómplice.

—Si no me explicas un poco mejor, me será imposible adivinar. En esta casa pasa de todo.

—El ataque del patrón, otro más —Rosa apoyó los codos sobre la mesa y depositó la cara redonda en sus manos—. Estaba en el despacho y revoleó todo por el aire.

—Y bueno, está un poco más enojado que de costumbre, sí. —María Patria apagó el fuego y continuó revolviendo con la cuchara. Luego sirvió un poco de la espesa pasta amarronada en un plato y se lo alcanzó a Rosa—. Le deben pasar cosas que nosotras desconocemos.

La miró comer con satisfacción. Le gustaba cuando alguien probaba sus recetas y las aprobaba. Rosa era una fanática fiel de su cocina y se lo hacía saber cada vez que la usaba para ensayar nuevos ingredientes.

—En fin, ahí anda, de monta en monta, así que me parece que no hay motivos para tanta ira. Tan mal no le va, ¿no es cierto? —El desparpajo de Rosa era bestial.

María Patria la fulminó con la mirada. Defendía al patrón a capa y espada. Sin embargo, la curiosidad era más fuerte.

—Otra vez, ¿puedes ser más explícita, m'hija?

—No se conforma con la Eugenia; anda de aquí para allá, arrastrando a otras a sus habitaciones —Mientras bajaba el tono de la voz, Rosa abría los ojos como platos.

—¿De dónde sacas semejante chisme?

—Ningún chisme, yo lo vi —y se señaló el pecho con el dedo—. Y no con una sino dos.

María Patria acercó aún más su silla a la de la criada. Temía que en cualquier momento entrara algún cochero o peón en busca de menesteres y las escuchara. Luego la instó a que continuara con su cuento.

—La Sosa, de tanto en tanto, anda por la recámara del patrón. Y me parece que la Niña no lo sabe, porque esa otra es más viva que el hambre. Encandila a hombres y mujeres por igual, pero yo tonta no soy y me di cuenta de todo.

—¡No digas eso, Rosa! Es la amiga de Manuelita y ya por eso solo es una buena chica —la reprendió la mayor.

—¿Y quién dice que es mala? Pero yo sé lo que te digo, algo busca en las habitaciones del Gobernador y no creo que sea ropa de cama. Más bien se le mete adentro —y se tapó la boca con la mano—. Y no es la única, ya te lo dije.

Rosa revoleó los ojos haciéndose la intrigante. Le encantaba poner en jaque a su auditorio cuando tenía un buen chisme.

—Abandona las morisquetas y larga todo ya mismo.

—Otra a la que vi por los corredores del patrón es la Marcelina.

María Patria lanzó un grito y también se cubrió la boca. No podía creer lo que escuchaba. Le pareció demasiado.

—Pero si es una mujer casada... Estás loca, Rosa.

—De ninguna manera, y claro que es la esposa de Yrigoyen y tienen un niño pequeñito. Pero yo la vi entrar de la mano, y no precisamente de la de su marido, al despacho —dijo, desafiante—. Me quise acercar a la puerta para escuchar, pero me dio miedo que me descubrieran. Ya me pasó alguna vez y me ligué unos azotes que madre mía.

Siguieron cuchicheando un rato más, olvidadas del dulce de leche y de las obligaciones que tenían. Rosas y sus amantes era un tema de conversación fascinante, y no sólo para ellas. Los amoríos del hombre eran la comidilla de la ciudad entera, incluso de otros territorios leguas adentro. Las mujeres imaginaban que era una

especie de semental; los hombres, en cambio, lo defenestraban o se burlaban de la fama adquirida. Incluso el rumor de que, de tanto en tanto, dormía con Manuelita en la misma cama, rondaba aún por las calles de Buenos Aires.

* * *

El Pronunciamiento de Urquiza, en vez de deprimir o asustar a Rosas, lo exacerbó; como si hubiera encendido pólvora, quiso demostrar que su gobierno se encontraba más fuerte que nunca. Para eso hizo uso, otra vez, de la figura de su hija. El 24 de mayo, día del cumpleaños de Manuelita, decidió matar dos pájaros de un tiro. Se armó la celebración como todos los años, pero en aquella oportunidad también recibieron a multitudes en apoyo a su Restaurador. Hubo una fila interminable de visitas con regalos para la Niña, que ella se dedicó a agradecer uno por uno. Exponentes de la sociedad porteña, generales y diplomáticos, empleados públicos, negros y mulatas, y hordas enfervorizadas llegaron a Palermo para rendirles homenaje.

El 9 de julio también fue una fecha para celebrar y Juan Manuel, montado a caballo, lideró la caravana militar en el Paseo de Julio^[33]. El pueblo vivaba a su líder y a su joven heroína. Cualquiera que hubiera intentado contrariarlos habría tenido que vérselas con los enfervorizados seguidores de Rosas.

A los seis días de la celebración de la Independencia, Manuelita y su corte acudieron al Teatro Argentino. Sin embargo, el clima allí había cambiado radicalmente; ya no se respiraba tranquilidad por las calles de Buenos Aires. Se estrenaba el drama *Juan sin Pena o El fin de todo traidor*, y en el medio de la función, el público enardecido empezó a los gritos contra el actor Ximénez, a quien veían, por su caracterización, demasiado parecido a Urquiza. Amenazaron con ahorcarlo pero el artista, gracias al escudo humano de los organizadores, logró escapar a salvo.

A la salida, cientos de personas escoltaron a Manuelita hasta su casa, y en el patio entonaron el himno *Loor eterno al magnánimo Rosas*.

A la semana, de nuevo concurrió al Argentino para disfrutar de la puesta de Pedro Lacasa, *El entierro del loco traidor Urquiza*. Aplausos y gritos de guerra tronaron aquella vez en el teatro. Finalizada la obra, Manuelita y compañía subieron a una carroza arrastrada por admiradores, entre los que estaban Rufino de Elizalde, Adeodato de Gondra, Santiago Calzadilla, Lorenzo y Eustaquio Torres, y hasta el periodista español fundador de *El Agente Comercial*, Benito Hortelano.

También fue agasajada en forma privada por sus amigos. El 9 de septiembre, Josefa Gómez, amiga de su padre, ofreció un baile en su honor. *La crème de la crème* estuvo allí para enaltecer la figura de la hija del Gobernador, y también, como sucedía en aquellas convocatorias, para ser vistos. Más que nunca, había que ser y parecer.

En octubre, en el medio de la borrachera de euforia en la que estaba inmersa,

Manuelita concurrió al Convento de San Francisco acompañada por un séquito femenino. Iban a celebrar la fiesta del santo con una comida en el refectorio. Tenía la autorización del provisor eclesiástico; sin embargo, su actitud fue mirada con malos ojos por varios ciudadanos. La prensa, inmediatamente, gastó ríos de tinta para defender la acción de la Niña. Junto a la figura de la hija de Rosas, reverenciaron a las mujeres argentinas, atentas a la política, la literatura, los idiomas, la música y la pintura; y Manuelita era el epítome brillante «por su tino mental».

Pero el punto máximo de la veneración a su figura tuvo su lugar el 28 de octubre, en la fiesta que le ofreció el comercio porteño a modo de homenaje. Se preparó con sumo cuidado hasta el más mínimo detalle. Incluso se encargó un retrato de Manuelita, para que cada invitado pudiera retirarse de la fiesta con una litografía de la agasajada. El baile se preparó a conciencia desde el mes de julio. La comisión organizadora estuvo formada por Rufino de Elizalde, Manuel Pérez del Cerro, Carlos Urioste y Pedro del Sar, comerciantes y hacendados de prestigio. La fiesta se ofrecería en el Coliseo^[34], donde había un teatro en construcción.

La comisión había consultado con Manuelita si le parecía pertinente la idea de ser retratada y que luego los invitados se llevaran una imagen suya, y ella había respondido que su padre la había educado bajo los principios de la modestia y que no estaba en sus pensamientos retratarse. Veloces como el rayo, los impulsores de la idea apelaron a un consejo de íntimos para que alentaran a la dama. Los elegidos para la tarea fueron Juan Nepomuceno Terrero, padre de Máximo y ex socio de Rosas; otro asociado, Luis Dorrego, y el tío del Gobernador, Gervasio Ortiz de Rozas. No dudaron ni un segundo, dictaminaron que Manuelita era una personalidad histórica, «celebrada por la prensa del mundo», y justificaron la necesidad de retratarla: era un agradecimiento a los servicios que tan acertadamente rendía a sus compatriotas bajo las sabias directivas de su ilustre padre. La litografía sería un ejemplo más de la fusión de voluntades que había sabido operar su padre en esa tierra antes tan lastimosamente despedazada.

Se eligió a Prilidiano Pueyrredón para realizarlo. Los Pueyrredón habían regresado de París en 1849, luego de una estadía de cinco años. Prilidiano, de veintisiete años, había sido compañero de juegos infantiles de Manuelita, y para ese entonces tenía una sólida formación artística, además de estudios en Arquitectura. Luego de algunas deliberaciones, el consejo determinó que la Niña debía posar de pie, el traje tenía que ser rojo según la divisa federal, y tanto la postura como la expresión del rostro tenían que exaltar la bondad y la dignidad de su rango. Luego de escuchar los requisitos, Pueyrredón solicitó que le permitieran colocar encajes blancos en el vestido para resolver plásticamente, por medio de contrastes, la majestuosidad de la figura.

Manuelita posó con su miriñaque carmesí y el artista la pintó con la mesa de caoba al lado y su mano derecha apoyada sobre un papel blanco, que refería a una carta para su Tatita, un ramo de rosas relacionado con su apellido, más los tonos de

rojo de los cortinados, la alfombra y la divisa en el peinado. Al ver el trabajo terminado, todos quedaron de una pieza: era excelso.

La fiesta fue deslumbrante. Los salones del Coliseo se decoraron con sumo cuidado y el ambigú desplegó exquisiteces fuera de serie. La agasajada llegó a la hora señalada e hizo su entrada con toda la pompa. Lució un vestido carmín y oro, más una gargantilla y una tiara de brillantes en composé. Varios admiradores recitaron poemas en su honor, a los que Manuelita agradeció con emoción. Se bailó hasta las siete de la mañana y la reina de la noche fue la más requerida. Máximo no participó de la celebración. La pareja aún guardaba las formas y no había hecho pública su relación. Ni siquiera estaba del todo aceptada por Rosas. Por el momento, la ciudadanía prefería ver a su «Ángel de la Confederación» como el símbolo de la pureza y el virtuosismo.

Al amanecer del día siguiente se apagaron las velas del Coliseo y Manuelita subió a su carroza con una sonrisa en el rostro. Había sido una fiesta deslumbrante. Escortada por varios hombres a caballo, regresó a Palermo con la sensación nostálgica de la celebración eterna.

* * *

A fines de diciembre, Lucio Victorio, el primogénito de Agustinita y Lucio Norberto Mansilla, estaba de regreso en Buenos Aires. Luego de que su padre lo enviara a países lejanos para ponerlo en caja, el niño Lucio había tomado el barco para volver a casa. El primo dilecto de Manuelita había pisado suelo porteño completamente renovado: vestido a la francesa y con aire chic, descendió en el puerto ataviado con sombrero de copa puntiagudo, levita larga y pantalón muy estrecho. La familia lo recibió con algarabía pero por lo bajo le comentaban que el loco traidor, salvaje unitario Urquiza avanzaba victorioso. En seguida Lucio preguntó por su tío y por Manuelita. Agustina respondió que estaban bien y que al otro día podría ir a saludarlos.

A la tarde del día siguiente, Lucio Victorio montó a caballo y se dirigió a Palermo a pedirle a Rosas la bendición por su retorno. Dejó el animal en el palenque y de inmediato fue en busca de Manuelita, que estaba en el Jardín de las Magnolias rodeada de un gran séquito, algunos sentados sobre el césped y otros de pie. A su lado estaba el jurisconsulto Dalmacio Vélez Sarsfield. Al ver a su primo, Manuelita se incorporó y de un salto se fundieron en un abrazo.

—¡Lucio de mi vida! ¿Cuándo llegaste? ¿Cómo no me avisó nadie? —preguntó Manuelita, una y otra vez—. Pero qué guapo estás.

Lo miró de arriba abajo y le zampó un beso en la mejilla. El cortejo de federales hizo silencio y miró al recién llegado.

—Desabróchate ese botón que vas a caer redondo por el calor. —Manuelita le señaló la levita, que su primo llevaba abrochada hasta arriba, y lo tomó del brazo.

—Vamos para adentro, tenemos tanto que hablar...

Con paso cansino se dirigieron hacia los salones, sin dejar de conversar ni por un segundo. Ella le preguntaba por sus hazañas de ultramar y él, con una oratoria histriónica, respondía a todas sus curiosidades.

—Quiero ver a mi tío —dijo en un momento Lucio.

Manuelita asintió y salió del salón para volver al rato y anunciarle que Rosas lo recibiría de un momento a otro. Lo convidó a quedarse a comer pero el joven no aceptó porque lo aguardaban en su casa.

La espera se hizo más larga que de costumbre. Las horas pasaban y pasaban, y Lucio no se atrevía a preguntar de nuevo, pero su cara lo delataba. El gesto de incertidumbre fue leído en el acto por Manuelita, que le recomendó paciencia y le aseguró que pronto lo atendería.

Como a las once de la noche, después de una seguidilla interminable de idas y vueltas, Manuelita volvió a la sala con una sonrisa renovada.

—Dice Tatita que entres —le estiró la mano para que la siguiera y así fueron, de estancia en estancia haciendo zigzags, hasta que llegaron al despacho de Rosas.

Lucio recorrió con la mirada y observó que la habitación no tenía alfombra sino baldosas relucientes. Reinaba un silencio sepulcral y el muchacho se mantuvo de pie, conteniendo la respiración.

Apareció Rosas, con su estilo limpio hasta la pulcritud, vestido con un chaquetón de paño azul y cuellos altos y en punta, chaleco colorado y pantalón azul. En el rostro se le dibujaba una sonrisa afectuosa. Lucio se tomó las manos por detrás de la espalda y lo saludó.

—¡La bendición, mi tío!

—¡Dios lo haga bueno, sobrino! —dijo Rosas y se dirigió a la cama. Allí se sentó e invitó a su sobrino a que lo imitara. Así, uno al lado del otro, hizo un breve silencio y luego continuó—. Sobrino, estoy muy contento con usted...

Lucio se encogió de hombros, no entendía demasiado lo que sucedía. Por lo pronto estaba tranquilo ya que lo trataba de usted. Todo el mundo sabía que cuando Rosas trataba a alguien de tú era señal de que no estaba contento con su interlocutor.

—Sí, pues, estoy muy contento con usted —continuó mientras balanceaba las piernas, que no alcanzaban el suelo— porque me han dicho que no ha vuelto agringado.

Lucio se miró las ropas afrancesadas y le devolvió a su tío una mirada ufana.

—¿Y cuánto tiempo has estado ausente? —agregó Rosas.

Sabía perfectamente la respuesta. Estaba resentido porque habían mandado a Lucio a viajar sin consultarlo. Cuando Mansilla había resuelto que se fuera —el jovencito había sido descubierto leyendo *El contrato social*, de Rousseau, y por temor que aquellas lecturas llegaran a oídos de su tío, habían decidido sacarlo de Buenos Aires— durante veinte días Lucio había ido a Palermo a diario, sin conseguir ver a su tío. Manuelita, fiel a su estilo, un día tras otro le había dicho que volviera al

día siguiente, que su Tatita lo recibiría. Agustinita, harta de la dilatación, le había anunciado que si Juan Manuel no lo despedía su hijo se iría igual rumbo a Calcuta. La última tarde no hubo novedades y Lucio partió rumbo a los mares. Rosas tenía una memoria fuera de lo común pero también gustaba de hacerse el zonzó.

—Van a hacer dos años, mi tío —respondió Lucio.

—¿Has visto mi mensaje? —preguntó Rosas y la cara de su sobrino se puso blanca—. Baldomero García, Eduardo Lahitte y Lorenzo Torres dicen que ellos lo han hecho. Es una botaratada. Porque así, dándoles los datos, como yo se los he dado a ellos, cualquiera hace un mensaje. Está muy bueno, ha durado varios días la lectura en la sala. ¿Qué? ¿No te han hablado en tu casa de eso?

—¡Pero, mi tío, si recién he llegado ayer!

—¡Ah! Es cierto, pues entonces no has leído algo muy interesante. Ahora vas a ver. —Rosas bajó de la cama, salió de la habitación y dejó solo a su sobrino.

Lucio cambió de sitio y se sentó en una silla, donde permaneció inmóvil durante un tiempo. Al rato volvió su tío. Rosas vivía días difíciles pero prefería perder unas horas con su sobrino. Llevaba un mamotreto enorme a cuestas. Acomodó simétricamente los candelabros e instó a Lucio a que se sentara en una de las dos sillas que se miraban. De pie, comenzó a leer desde la carátula:

—¡Viva la Confederación Argentina! ¡Mueran los Salvajes Unitarios! ¡Muera el loco traidor, el Salvaje Unitario Urquiza! —y siguió hasta el fin de la página, pronunciando todas las letras con la afectación de un purista.

Continuó así, deteniéndose de vez en cuando, apurando al sobrino con alguna pregunta insidiosa acerca de tal o cual duda gramatical.

—Y aquí, ¿por qué habré puesto punto y coma, o dos puntos, o punto final? —pensaba Rosas en voz alta. De repente, de la nada, miró a Lucio y largó la pregunta:

—¿Tienes hambre?

—Sí —Lucio estaba famélico. Eran las doce de la noche y a la tarde había rehusado un lugar en la mesa.

—Pues voy a hacer que te traigan un platito de arroz con leche.

Al joven se le hizo agua la boca; el arroz con leche era famoso en Palermo y estimaba que más que un platito sería un platazo, según el estilo de la casa. Rosas fue a la puerta del cuarto contiguo, la abrió y dio la orden. La lectura siguió y un momento después se presentó Manuelita con un enorme plato sopero de arroz con leche, lo puso delante de Lucio y se fue. El joven lo comió de un saque, y luego le sirvieron otro y otro, hasta que el joven anunció que ya era suficiente. Sentía que iba a explotar. Pero no hubo caso, siguieron los platos y el invitado comía maquinalmente como si obedeciera a una fuerza superior a su voluntad. La lectura continuaba y Lucio tenía la cabeza como un bombo y la panza dura como una piedra; no sabía cómo aguantaba.

Por fin, Rosas pareció satisfecho, le puso el mamotreto en las manos y lo despidió:

—Bueno, sobrino, vaya no más, y acabe de leer eso en su casa —y agregó en voz alta—. Manuelita, Lucio se va.

La Niña se presentó y miró a su primo con cara de «Dios nos dé paciencia» y lo acompañó hasta el corredor que quedaba del lado del palenque, donde esperaba su caballo. Eran las tres de la mañana y los Mansilla, inquietos, habían mandado buscar a su hijo. Llegó a su casa y sus padres estaban despiertos. Lucio se excusó diciendo que su tío lo había retrasado. El padre, Lucio Norberto, mientras su hijo hablaba con su madre, se paseaba de un lado a otro de la sala, meditabundo. Al ver el cartapacio que el joven tenía debajo del brazo, le preguntó:

—¿Qué libro es ése?

—Es el mensaje que me ha estado leyendo mi tío.

—¿Leyéndotelo? —preguntó y encaró a su esposa con visible desesperación.

—¿No te digo que está loco tu hermano?

Agustina Ortiz de Rozas se echó a llorar.

CAPÍTULO IX

Habían llegado los últimos días de diciembre y los tiempos de celebración pero Justo José de Urquiza no estaba para esas cuestiones. La ansiedad motorizaba la marcha y veía, cada vez con mayor claridad, que lo que tenía por delante era una batalla ganada.

A fines de noviembre de 1851, las provincias de Entre Ríos y Corrientes, con la ayuda del Estado Oriental y Brasil, habían declarado la guerra a Juan Manuel de Rosas. El Imperio había concedido un crédito de cien mil patacones mensuales por cuatro meses para financiar la guerra, y como garantía, los gobiernos provinciales le hipotecarían las rentas y las tierras públicas.

Tras reunir y adiestrar sus fuerzas en Gualeguaychú, el Ejército Grande de Urquiza llegaba el 20 de diciembre a Diamante con veinticuatro mil hombres, de los cuales más de cuatro mil eran brasileños. En la víspera de Navidad, las tropas comenzaron a cruzar el Paraná y completaron su cometido el Día de Reyes. No había tiempo para festejar; las tropas de infantería y los pertrechos de artillería cruzaron en buques militares brasileños, mientras que la caballería lo hizo a nado. Desembarcaron en Coronda y el gobernador de Santa Fe, don Pascual Echagüe, abandonó la capital con sus fuerzas para enfrentar al ejército enemigo, pero las tropas santafesinas se sublevaron contra Rosas. Lucio Norberto Mansilla y su tropa rosarina habían querido detener a la escuadra del Brasil mientras subía por el Paraná, en el Paso del Tonelero, cerca de Ramallo, pero los buques habían logrado seguir adelante y a Mansilla no le había quedado otra que retirarse.

Urquiza continuaba con el avance. El 15 de enero, San Nicolás se pronunciaba en contra de Rosas y a los tres días, el grueso del ejército llegaba al Arroyo del Medio. Pero allí empezaban los contratiempos. No había haciendas pues Rosas las había hecho retirar. Y no era todo. Un incendio feroz en los cardales obstaculizó la marcha. La columna debió seguir a través de una pared de humo, que transformaba su marcha en una hazaña por demás difícil. El sol de enero perforaba los cuerpos de los soldados y escaseaba el agua. Las poblaciones fieles a Rosas se negaban a colaborar. Los habitantes de Luján manifestaban la misma estudiada indiferencia que los de Pergamino. Cuando se les consultaba, exageraban el número y la calidad de las tropas de Rosas. Urquiza hacía silencio y reflexionaba. Por momentos pensaba que debía abandonar todo como estaba y dar marcha atrás; pero sus propósitos eran demasiado contundentes. «Si no fuera por el interés que tengo en promover la organización de la República, debería conservarme aliado de Rosas, porque estoy persuadido de que es un hombre muy popular en este país», dialogaba consigo mismo.

A Buenos Aires llegaban las noticias de la avanzada enemiga. Sin embargo, nadie se disponía a impedirle el paso ni se preparaba a la ciudad para el arribo del Ejército Grande. Todos esperaban la respuesta de Rosas que no llegaba. Se preguntaban por qué no enviaba a su ejército para contener a las fuerzas enemigas aliadas. A

diferencia de otras veces, Rosas esperó. Sus jefes tampoco obraban con contundencia. Mansilla, a quien le había encargado la defensa de la ciudad, terminó enfermo. El general Ángel Pacheco, jefe de las divisiones del norte y del centro, cambiaba de disposición a cada rato. ¿Sería que veían clara la derrota? ¿O pensarían que no hacía falta demasiada alharaca para defender a Buenos Aires? Urquiza era un enigma. Para algunos, un mercenario bien dispuesto al degüello; para otros, un alma benigna que entraría en la ciudad para solucionar todos los problemas.

Mientras tanto, el general Urquiza se acercaba cada vez más. El 27 de enero pasó por Chivilcoy y el 30 llegó a unas pocas leguas del puente de Márquez. Al día siguiente, sus tropas derrotaron a tres mil hombres de la caballería del coronel Hilario Lagos, único combate en toda la marcha.

* * *

Manuelita estaba desgarrada como nunca. El llanto constante le deformaba la cara. Con las mejillas empapadas en lágrimas y los ojos hinchados, estaba agotada de tanto llorar pero le era imposible parar. No podía creer lo que le estaba sucediendo. Su padre partía rumbo a Santos Lugares y se llevaba con él, entre otros, a Máximo para cumplir funciones de comandante de la caballería.

Rosas gritaba, daba órdenes, iba y venía: estaba desencajado. Jamás había imaginado que los amagues de Urquiza terminarían convirtiéndose en una funesta realidad. Esta vez venían por él. Con una pequeña tropa de leales, organizaba el convoy que lo llevaría hasta el campamento. La servidumbre ordenaba los baúles repletos de armas, que luego serían repartidas entre los hombres de su fuerza.

Manuelita miraba la faena con el cuerpo laxo. Había perdido el vigor que la caracterizaba, sentía como si la muerte le rondara cerca. A diferencia de lo que le había sucedido de pequeña, esta vez el contacto inmediato con las armas le provocaba un temblor imparable. Como un alma en pena corría por las galerías en busca de su padre. El caserón de Palermo era puro grito y ansiedad. Manuelita parecía perdida, giraba en círculos; la servidumbre la miraba con dolor pero seguía en lo suyo. Parecía una recreación del purgatorio con una infinidad de almas deambulando.

El vestido de Manuelita se le había pegado a la carne, empapado de transpiración y llanto. Ahora que conocía por primera vez el amor, no podían arrebatárselo. En una de las recorridas por los jardines, a lo lejos vio a su padre, que se dirigía con tranco firme a sus aposentos por la galería. Como una enajenada corrió a buscarlo. Sin tocar, abrió la puerta y entró. Rosas, que ordenaba unos papeles y separaba frascos de tinta y plumas, levantó la vista y la vio.

—¿Qué te pasa, hija querida? —le preguntó acercándose asustado; nunca la había visto en ese estado.

—¿Que qué me pasa? ¿Cómo te atreves a preguntarme algo así? —Manuelita se le tiró encima y con los puños cerrados empezó a darle golpes contra el pecho,

mientras él la sujetaba. Pero perdió las fuerzas y se abandonó sobre el cuerpo de su padre.

—Por favor, Manuelita, no hagas las cosas más difíciles de lo que ya son — intentó soltarla pero la fiera en la que se había convertido su hija volvió a agitarse, y entonces la apretó más fuerte.

El llanto pasó a ser un aullido hondo, como el de un animal herido. Ya nada le importaba, que la escucharan todos, le daba igual.

—No me lo quite, Tatita, se lo pido por favor. Lo quiero y él me quiere —dijo en un hilo de voz.

—Te desconozco, m'hija. El honor está ante todo, y yo no te quito a nadie. Máximo tiene que defender a Buenos Aires, y por ende a mí y a ti. —Juan Manuel la separó y la sentó. Fue en busca de un vaso y la jarra de agua.

—Siento por primera vez que nadie me defiende a mí. Me pierdo en toda esta guerra, donde nada tengo que ver. Yo sólo quiero al hombre que me quiere, y quien me dio la vida hace más de treinta años, pretende quitármela con la decisión que tomó —dijo y tragó con dificultad.

—Más que nunca, Manuela, deberías agradecerme con tu vida y aceptar todas mis condiciones. Pensé que entenderías, que serías digna hija de tu madre.

—¡Que dio su vida por la de usted! ¿Y qué ganó? ¡Nada, mi madre está muerta por su culpa! ¡Usted sigue vivo y yo muerta en vida! —gritó como una loca y Rosas le dio vuelta la cara de una cachetada. Anestesiada, miró hacia adelante y enmudeció.

—¡No me pongas nervioso, m'hija! ¿No te das cuenta de que estamos en guerra, que las pavadas del corazón son nimiedades al lado de lo que pasa? No me hagas perder el tiempo.

—Tatita, no lo quiero muerto... Y tampoco a usted. ¿Qué hago sin ustedes? —se arrastró hasta su padre y lo tomó de la chaqueta—. Se van a vengar, usted lo sabe mejor que yo. Toda la sangre derramada en el pasado, se la van a cobrar con creces.

Rosas la ayudó a incorporarse. Con una ternura inusitada, le quitó una a una las mechadas negras que se le habían pegado a la cara y le secó las lágrimas. Paciente, la acarició una y otra vez.

—Te lo ruego, mi Niña adorada, te subes al carruaje que ya tengo presto para ti, con las cosas que creas indispensables, y te vas a la casa de Buenos Aires. Ya le di la orden a tu hermano y él, junto a Mercedes y Juanchito, buscarán cobijo en lo de tus tías Ezcurra. Te imploro que me hagas caso —la besó en las dos mejillas y la miró fijo. Aquellos ojos de hielo quemaban esta vez.

Manuelita asintió como una automática, abrazó a su padre y luego salió de la recámara. Sabía muy bien adónde se dirigía. Fue directo a los aposentos de Terrero. El joven terminaba de acomodar su magro equipaje.

—Mi querida, ¿pero no habrás estado llorando? —preguntó Máximo con la aflicción en el rostro.

—De ninguna manera —negó ella con una sonrisa que no lo engañó—. Vengo a

despedirme de ti, ya lo hice de mi padre. Me mandó a Buenos Aires cuanto antes.

—Entonces hazle caso. Allí nos reencontraremos en cuanto todo termine —dijo él con una sonrisa endeble.

Manuelita suspiró queriendo creer en sus palabras. Hurgó en uno de sus bolsillos y encontró lo que buscaba.

—Quiero que lleves contigo este pañuelo bordado por mí. Te protegerá, será mi presencia constante —le puso en la mano un pañuelo de seda punzó y se la apretó con la suya.

—Ya verás que nada me pasará. Además, necesito que me esperes para casarte conmigo y ser la madre de mis hijos —le dijo Máximo con un brillo especial en los ojos.

Manuelita no pudo aguantar y las lágrimas rodaron por sus mejillas. Ella no pensaba en ser madre, sentía que ya era mayor para tener hijos. Además de la guerra, debían saltar el escollo de su padre, que le había prohibido desposarse con nadie. Ni siquiera con Máximo, el hijo de su amigo. Se dieron un largo beso y se despidieron con la incertidumbre que traía la llegada de los renovados tiempos violentos.

* * *

Al amanecer del 3 de febrero, Urquiza hizo formar a sus tropas y leyó la siguiente proclama:

¡Soldados! ¡Hoy hace cuarenta días que en el Diamante cruzamos las corrientes del río Paraná y ya estáis cerca de la ciudad de Buenos Aires y al frente de vuestros enemigos, donde combatiréis por la libertad y la gloria!
¡Soldados! ¡Si el tirano y sus esclavos os esperan, enseñad al mundo que sois invencibles y si la victoria por un momento es ingrata con alguno de vosotros, buscad a vuestro general en el campo de batalla, porque en el campo de batalla es el punto de reunión de los soldados del ejército aliado, donde debemos todos vencer o morir!
Éste es el deber que os impone en nombre de la Patria vuestro general y amigo, Justo José de Urquiza.

A las nueve de la mañana la vanguardia del ejército aliado arribó al puente de Márquez. Al fin se encontrarían cara a cara Juan Manuel de Rosas y Justo José de Urquiza, aquellos camaradas devenidos en enemigos acérrimos, en los campos de la familia Caseros^[35], situados en las afueras de la ciudad de Buenos Aires.

A Rosas lo acompañaban sus jefes Jerónimo Costa, que había defendido la isla Martín García de los franceses en 1838; Martiniano Chilavert, que había abandonado a los unitarios por no unirse al extranjero agresor; Hilario Lagos, veterano de la Campaña al Desierto; Juan José Hernández, y Agustín Pinedo, jefe de la Revolución de los Restauradores.

La batalla duró seis horas. Urquiza no dirigió la contienda, cada jefe hizo lo que quiso. Sólo los brasileños constituyeron un verdadero ejército y salvaron el desorden imperante, apoderándose de la casa del Palomar. Del bando de Rosas, sólo Chilavert continuó con la lucha.

Antes de las tres, todo había concluido. Al finalizar la batalla, el coronel Chilavert permaneció al pie del cañón hasta que lo llevaron frente a Urquiza. Tras una fuerte discusión en la que Urquiza le recriminó su defección de la causa antirrosista y Chilavert lo acusó de traidor, el entrerriano ordenó su fusilamiento por la espalda, castigo reservado para los traidores. Cuando lo llevaron al campo donde se ejecutaría la pena, Chilavert derribó a quienes lo arrastraban y exigió que lo fusilaran de frente y a cara descubierta. Hubo golpes y fue ultimado a bayonetazos y golpes de culata. Allí quedó el cadáver, en el campo y sin sepultura, durante días.

Rosas, sintiéndose vencido, abandonó el combate. Tenía una herida de bala en el pulgar de la mano derecha. En silencio, montó su yegua y acompañado por un asistente llegó al Hueco de los Sauces^[36]. Se apeó y se apoyó en un árbol. Le reclamó papel y pluma a su asistente y ahí, sobre una de sus rodillas, redactó su renuncia:

Creo haber llenado mi deber con mis conciudadanos y compañeros. Si más no hemos hecho en el sostén de nuestra independencia, nuestra identidad, y de nuestro honor, es porque más no hemos podido.

Terminado su escrito, volvió a hacerle un pedido a su asistente. Le quitó el poncho, con el que se envolvió, y le pidió el garrote. Montaron a caballo nuevamente y Rosas lideró el camino. En silencio, emprendieron el regreso a Buenos Aires.

* * *

Desde las cuatro de la tarde, en la ciudad empezó a tronar un griterío lejano desde el fondo de La Matanza. Se acercaba la furia del triunfo de los aliados hacia Buenos Aires y las ansias por conocer la verdad de los hechos habían quedado suspendidas. El terror contaminaba las calles como una enfermedad letal.

Juan Bautista, el hijo del derrotado y su familia, habían buscado amparo en lo de las Ezcurra. Tenía los nervios a punto de estallar. Cumplía la indicación que había recibido de los asistentes de su padre: no salir hasta recibir la orden. Su esposa Mercedes oraba en soledad en una de las habitaciones, mientras Juan hacía vigilia en la ventana del salón que daba a la calle. Su hijo pequeño andaba por ahí sin reparar demasiado en los acontecimientos. De repente, los cascos de un caballo repiquetearon contra el empedrado, y así siguieron más y más, entre gritos y disparos. Se escuchaban amenazas, advertencias, era el sonido del saqueo y la muerte. Juan apretó a Juanchito contra su pecho, como si de ese modo le evitara el peligro de esa realidad pasmosa. Y dio comienzo a un discurso delirante, en donde le prometía un final anunciado, la llegada al paraíso, un fusilamiento en familia y unas cuantas cosas más.

Mientras tanto, Manuelita esperaba en su casa, solamente custodiada por algunos criados. Sin familiares cerca, ella también espiaba por la ventana, a pesar de los reclamos constantes de la servidumbre. «Doña Manuelita, la van a reconocer, salga de ahí; no vaya a ser que le den un tiro», le imploraban. Por primera vez, aquellos

ojos que siempre habían transmitido serenidad y bonhomía, eran el fiel reflejo de la insondabilidad del padre. Por momentos eran desolación pura; en otros, sed de venganza y abismo.

Camuflado por las ropas de otro y guarecido detrás de la turba, Rosas llegó a la casa del encargado de negocios de Inglaterra, *sir* Robert Gore, quien no se hallaba allí en ese momento. Mandó a su asistente a cumplir varios recados y este salió en el acto. En voz baja, Rosas pidió un baño tibio. Mientras le calentaban el agua, se recostó en una cama y se durmió. A la hora, llegó Gore y así lo encontró. Pero el sueño era liviano y se despertó. El inglés le describió el estado en el que se encontraba la ciudad, le contó que habían abierto las puertas de la cárcel, que su vida y la de su familia corrían peligro.

—Confío en la bandera inglesa, que usted me ha enseñado a respetar. Aquí no vendrán. No es el pueblo el que me ha volteado, son los brasileros —dijo Juan Manuel, con la seguridad de siempre.

—La confianza es lo último que se pierde —señaló Gore.

—Si no le molesta, voy a tomar el baño que tanto necesito. Le ruego avise a Manuelita y a mi hijo mis deseos de embarcarme esta misma noche.

Gore se puso a sus órdenes y salió a disponer todo para el embarque del vencido y su gente.

A las ocho de la noche llegaron todos. Manuelita se fundió en un abrazo con su hermano, al que hacía tiempo que no veía. Le apretó la mano a su cuñada y las lágrimas se adueñaron de ambas. El pequeño Juan miraba desde abajo, en silencio y serio. No sabía muy bien qué sucedía pero el aspecto de todos daba todo a entender. El asistente fue derecho a comunicarse con su patrón. Eugenia no aceptaba irse con él. Rosas le había propuesto sumarse al contingente del exilio, pero sólo con Angelita y Emilio; el resto quedaba abajo. La muchacha, embarazada otra vez, había desistido. No abandonaría al resto de sus hijos. Rosas abrazó a su hijo pero rápidamente buscó a su hija. Con un llanto ahogado, Manuelita se echó en sus brazos y allí quedó durante un buen rato, en un sollozo interminable. Juan, Mercedes y Juanchito salieron de la habitación, dejándolos solos.

—Ya está, mi Niña, todo terminó. Nos vamos —susurró Juan Manuel.

—Estamos tan solos, Tatita. Lo han abandonado.

—Desagradecidos, ya está. Estamos los que importamos, el resto, bien lejos puede quedar —y le acariciaba el pelo con cuidado.

—¿Dónde está Máximo? Se lo ruego, Tatita —lo miró con pavora.

—Lo perdí de vista, m'hija; lo deben haber apresado —El padre habría querido darle más noticias pero no las tenía.

Manuelita apretó los puños y las lágrimas volvieron a caer. Ya no tenía fuerzas. No quería imaginar lo peor pero era muy difícil no caer en la trampa.

A las doce de la noche del 3 de febrero de 1852, Juan Manuel de Rosas, todo vestido de negro, tomó del brazo a Gore y emprendió el camino. Detrás suyo iba su

hijo, también de negro, junto a su mujer e hijo, y más atrás, el secretario de la legación de Inglaterra y a su lado, un muchacho cubierto por un gabán y una gorra bien encasquetada. Debajo del gabán y la gorra iba Manuelita.

Escondidos detrás de la oscuridad de la medianoche, caminaron hacia el bajo, rumbo al bote que los conduciría a la fragata de guerra *Centaur*, de Su Majestad Británica.

EPÍLOGO

Por casi una semana estuvieron anclados en la rada exterior. El 10 de febrero, al fin, fueron trasbordados al vapor *Conflict*, que zarparía en pocos minutos hacia la libertad.

Manuelita, apoyada en la baranda de cubierta, miraba hacia la ciudad. Un escalofrío le recorría la espalda. Recordó la masa negra del río que los había llevado, aquella madrugada, hacia la salvación. Y las figuras de Gore y su gente, cada vez más pequeñas a medida que se alejaban de la orilla, hasta que la bruma se los tragó por completo. Y el golpe de los remos contra el agua. Sólo eso les anunciaba que estaban vivos y que no habían caído en el túnel de la muerte.

Vio a su padre y lo llamó con la mano. Rosas se acercó y se paró a su lado, y ella lo rodeó con su brazo. Juntos miraron aquella ciudad en llamas, de la que escapaban sin rumbo fijo y con la zozobra de lo desconocido. Esa Buenos Aires que, al final del cuento, lo había traicionado. El hombre intentaba disimular su inquietud. No quería preocupar a su hija. Estaba solo, todos sus fieles, los leales de la primera hora, quedaban en las calles de su querida ciudad. Él, en cambio, iba resguardado por una soledad insoslayable. Y en su memoria se agolparon una infinidad de recuerdos: las cabalgatas bravías a través del desierto, las eternas luchas con compatriotas y extranjeros, sus hombres. Ya nada quedaba de todo eso.

La espera a bordo prolongó la agonía de los Rosas. Salvo Manuelita, que recibió una noticia que ya no esperaba. Buenos Aires se había visto obligada a llenarse de hombres de otras nacionalidades. El gobierno provisorio había intimado a los agentes diplomáticos extranjeros a desembarcar fuerzas para proteger las vidas y propiedades de sus respectivos connacionales. Así fue que arribaron buques americanos, franceses, sardos, ingleses y suecos, y estacionaron cerca del *Centaur*. En uno de los tantos intercambios, un oficial de la corbeta sueca *Lagerbjelka* embarcó por unas horas en el *Centaur* y le transmitió a la dama que Terrero había sido tomado preso por las fuerzas enemigas y liberado inmediatamente por orden del general Urquiza. Manuelita, al enterarse, suspiró con alivio infinito y prefirió guardar silencio.

El vapor comenzó a moverse. Empezaba el largo viaje que los llevaría a las costas inglesas. A un costado, solo, Juan Bautista observaba los perfiles de su padre y su hermana, uno al lado del otro. Él siempre lejos, nunca en las conversaciones de ellos dos.

—Tatita, digámosle adiós a Buenos Aires; vaya uno a saber cuándo volveremos a verla —susurró Manuelita.

—No veo aquello que no existe —sentenció Juan Manuel de Rosas.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a Diego Arguindeguy por nuestras conversaciones eternas y constantes; a mi padre, Gustavo Béliz y Jolie Gils Casalis por las recomendaciones y libros imprescindibles; a Mariano Soto por las imágenes, reproducciones, pinturas y grabados; a mi editora Mercedes Güiraldes por el entusiasmo permanente, y a Nacho Iraola por la confianza infinita.



FLORENCIA CANALE. Nació en Mar del Plata. Estudió Letras en la Universidad de Buenos Aires. Es periodista y trabajó en varias publicaciones: *Noticias*, *Living*, *Gente*, *Siete Días*, entre otras. Actualmente es editora en la revista *Veintitrés*.

Pasión y traición, su primera novela, lleva vendidos desde su publicación en 2011 más de cincuenta mil ejemplares; seguida por *Amores prohibidos*, publicada en 2013 y también un éxito editorial.

Notas

[1] La calle Moreno en la actualidad. <<

[2] La propiedad de los Pereyra Lucena, ubicada en la esquina de México y Perú. <<

[3] Hasta 1808, esa esquina era conocida como San Juan y La Merced; desde ese año cambió por Correa y Sáenz Valiente; en 1822 por los nombres mencionados en la novela. Cangallo es Perón en la actualidad. <<

[4] La quinta de los Rodríguez Peña estaba situada en el perímetro comprendido entre Callao, Ayacucho, Viamonte y Charcas. <<

[5] Piedras y Moreno, en la actualidad. <<

[6] En la actualidad, la esquina de Moreno y Perú. <<

[7] Situada en la Manzana de las Luces, actualmente. <<

[8] La calle Moreno en la actualidad. <<

[9] Se saludaban tomándose suavemente de los brazos y besando de costado las mejillas. <<

[10] Así se llamó la Plaza de Mayo hasta 1880. <<

[11] Hoy Reconquista. <<

[12] La Plaza Garay en la actualidad. <<

[13] Los candelabros se bajaban directamente de la fragata y la sigla hacía referencia a *Victoria Regina* (reina Victoria), quien reinaba en Gran Bretaña desde el 20 de junio de 1837 luego del fallecimiento de su padre Guillermo IV, y al no haber otro varón en la línea sucesoria. <<

[14] Una de las formas de llamar a los unitarios. <<

[15] Un poco más de 40 kilómetros. <<

[16] Antigua medida española: una vara equivalía a poco más de 83 cm. <<

[17] La esquina de avenida Rivadavia y Matheu. <<

[18] Bolívar en la actualidad. <<

[19] El sector de la Plaza de Mayo que daba frente al Cabildo; la otra mitad se llamaba Plaza 25 de Mayo. <<

[20] En 1840, en el antiguo Convento de los Mercedarios, Rosas levantó el campamento de los Santos Lugares, en la actual localidad de San Andrés. <<

[21] Así había bautizado Rosas al uruguayo Fructuoso Rivera, quien había destituido al presidente Oribe. <<

[22] Perú y Moreno en la actualidad. <<

[23] Desde mediados de la década de 1810, así se conocía a la zona de Parque Lezama, por el comerciante Daniel Mackinlay, que había comprado los terrenos en remate en 1812 y hecho la quinta original; poco después, Brown tendría su «kinta» sobre Martín García, y muy cerca estaba la del médico Mathew Reid. <<

[24] Defensa en la actualidad. <<

[25] Maipú en la actualidad. <<

[26] Así llamaban al degüello, los miembros de La Mazorca. <<

[27] En la actualidad, el Cementerio de la Recoleta. En 1820, durante el gobierno de Martín Rodríguez, fueron expropiados los terrenos ocupados por el huerto de la Congregación Franciscana, siendo destinados a la construcción del Cementerio del Norte, el primer cementerio público en la ciudad de Buenos Aires. <<

[28] La calle Reconquista, actualmente. <<

[29] El 3 de marzo de 1769 el obispo Manuel Antonio De la Torre concedió licencia para la fundación de la hermandad con el nombre de Cofradía del Cordón de Nuestro Padre San Francisco con la advocación de San Benito de Palermo. Estaba abierta a distintos estratos pero su fin era «principalmente mirar a aquellos que por su estado y condición son más miserables y abatidos, cuales en estos países son los negros, indios, mestizos, zambos y mulatos, y toda gente de servicio». <<

[30] Actualmente, la calle San Martín. <<

[31] Bartolomé Mitre en la actualidad. <<

[32] Una de las sociedades que conformaban la población negra en Buenos Aires, llamadas «naciones». <<

[33] Ampliación de la antigua Alameda, inaugurada en 1848. Es la actual avenida Leandro N. Alem. <<

[34] Ubicado donde hoy está la Casa Central del Banco de la Nación Argentina. <<

[35] Aquel campo de batalla se encuentra actualmente en los terrenos del Colegio Militar de la Nación. <<

[36] La Plaza Garay, en la actualidad. <<